BAILAR EN EL DESIERTO

JUAN ARNAU

Grijalbo

JUAN ARNAU

Bailar en el desierto

Grijalbo

A todos los clientes y amigos que durante estos ciento cincuenta años nos han seguido, han bailado con nosotros y han formado parte de esta historia. Ha sido un honor y un privilegio para toda la familia Arnau haber podido servirles y hacerles la vida un poco más feliz y llevadera.
Espero que lo hayamos conseguido

Una cita con mister Finkel

«Los espectáculos no son nunca ni buenos ni malos, simplemente son entretenidos o aburridos».

Esto fue lo que mi abuelo me dijo un día cuando le pregunté si la película que estaba viendo le parecía buena. Lo recuerdo bien: llevaba su eterno traje de franela gris, su traje «de los domingos» —solo tenía dos, el de pana negra, que vestía religiosamente de lunes a sábado, y aquel, que reservaba para el último día de la semana—, y estaba sentado en la butaca que solía ocupar en la fila veinticinco del cine, junto a mi abuela. Yo había acudido a él como siempre hacía, cuando ya había empezado la proyección. A oscuras, con la complicidad de mi hermana, íbamos ambos a ese rincón situado a mano derecha del pasillo central en el que sabíamos que nos aprovisionaríamos de chucherías. Mi abuelo las llevaba en el bolsillo, ya que jamás se olvidaba de comprar unas cuantas en el pequeño quiosco que el So Perico instalaba en la calle, delante de la entrada del cine, donde vendía pastitas de coco, caramelos, cacahuetes salados, pipas, chicles Bazooka —enormes— y unas obleas riquísimas, rellenas de una pasta dulce y rosada, que no recuerdo cómo se llamaban, pero que a los niños nos privaban. Ese día, además de llevarme parte del codiciado botín, me llevé también un valioso consejo. Y es que mi abuelo no hablaba por hablar; algo sabía del negocio, puesto que él y mi abuela habían levantado aquel cine con sus propias manos.

Fui el niño más privilegiado del mundo porque en mi habitación había una puerta por la que podía entrar en una

fábrica de sueños. En realidad, la puerta —una portezuela, más bien— no estaba exactamente en mi cuarto, pero nada más salir de él se accedía a una galería que conectaba la vivienda con el cine, y allí estaba esa puerta que te conducía a la cabina de proyección. De noche, a escondidas, mientras mis padres confiaban en que dormía, atravesaba ese umbral e iba a la sala de máquinas de la fábrica de sueños. Porque un cine es una fábrica de sueños y la cabina de proyección, su sala de máquinas.

—¿Crees que me engañabas, Juanito? Siempre supe que te escabullías de tu dormitorio —dijo mi madre cuando se lo conté al cabo de los años.

Debo confesar que eso rompió un poco la magia que, hasta entonces, asociaba con mis recuerdos. Me imaginaba como un héroe que se escondía para que los malos no lo pillaran, al igual que hacían mis ídolos del celuloide: era como un polizonte infiltrado en un barco pirata, como un espadachín oculto en el palacio del duque perverso contra quien se proponía ejecutar su venganza. Sin embargo, resulta que no era nada de eso porque mi madre supo siempre que yo no estaba en mi cama, y todas las precauciones que tomé para evitar que me descubrieran fueron tan ridículas como infantiles. Y así contemplaba yo entonces mi pasado, como una película para niños, que es muy emocionante si la ves de crío, pero a la que detectas todos los trucos en cuanto creces.

De todas formas, aquel verano de 2013 no pensaba demasiado en ello. Otras cuestiones ocupaban mi mente, asuntos que debían ser resueltos con urgencia. Como heredero, me tocó encargarme del negocio familiar. Y no hablo solo de los cines, que habíamos tenido que cerrar pocos años antes a causa de la brutal crisis que arrasó con el sector. Hablo de discotecas y de festivales, lo que por aquel entonces nos permitía sobrevivir, aunque a duras penas. La gente imagina a

los empresarios como señores ricos preocupados tan solo por incrementar su cuenta corriente y acumular riqueza. No digo que no sea así en algunos casos, pero no en el mío. Y es que a lo largo de mi larga trayectoria profesional me he arruinado tres veces. Eso no significa que perdiera dinero y ya está, significa que llegué al extremo de ver que los del banco se llevaban hasta mis muebles. En 2013 eso quedaba lejos, por suerte, así que volvía a vivir con cierta holgura en un pequeño apartamento en Barcelona, ciudad a la que nos habíamos trasladado cuando faltaba poco para que mis hijos entraran en la universidad y de los que Mari Cruz, mi mujer, se negó a separarse todavía. Aun así, la situación en casa, más allá de eso, no era demasiado boyante.

Me encontraba en mi despacho de Barcelona, ocupándome de algunos de los muchos detalles por ultimar de la edición de ese año del Monegros Desert Festival, un gran evento que, desde hacía dos décadas, celebrábamos cada mes de julio en pleno desierto de los Monegros, en la provincia de Huesca, muy cerca de mi Fraga natal. La primera edición tuvo lugar en 1993 y consistió en un puñado de amigos alrededor de una barbacoa. Veinte años más tarde el festival concentraba a más de cuarenta mil jóvenes. Aunque solo durara un día, era tiempo suficiente para atraer a una multitud de amantes de la música electrónica, conocidos familiarmente como *ravers*, obsesionados con bailar durante esas horas mágicas aderezadas con viento y fuego.

Mi teléfono trinó; entraba un mensaje. Era de mi hombre de confianza, Eloy Martín.

Tenemos que hablar. Es sobre un tema de extrema importancia.

«Extrema», escribió. Nada menos. Pero a dos semanas escasas del inicio del festival todos los temas pendientes se

volvían de «extrema importancia», y yo ya tenía unos cuantos de esos sobre la mesa. Así que, sin inmutarme demasiado, tecleé:

Ven mañana a la oficina. O el lunes.

A lo mejor, pensé, en lugar de reunirnos en la oficina, le propondría ir al café San Marco, en la calle Major de Sarrià, un establecimiento discreto y acogedor que estaba —y está— cerca de mi casa. Además, allí los capuchinos son excelentes. Otro trino de mi teléfono, casi inmediato, interrumpió mis cavilaciones.

Juan, extrema importancia.

A Eloy le gustaban esas dos palabras, sin duda. Y tengo que admitir que tanta insistencia empezaba a intrigarme, aunque, de todas formas, no esperaba encontrarme con un problema de gran magnitud. Quizá un DJ que había cancelado su actuación o una previsión de lluvia torrencial que nos obligaría a replantear la dimensión de las carpas. Nada con lo que no hubiéramos lidiado en el pasado, me dije, nada que en ese momento me pareciera irresoluble y no termináramos resolviendo airosamente. Con la taza de café humeante que acababa de servirme en una mano, marqué con la otra su número en mi teléfono.

—¡Eloy! Cuéntame qué es eso tan importante. —Mis palabras no pretendían sonar burlonas, pero no pude evitar cierto tono de sarcasmo.

Lo que Eloy me respondió por poco hizo que me arrojara encima el café entero.

—¡Nos han hecho una propuesta por el festival, Juan! Una propuesta en firme… ¡Nos ofrecen tres millones de dólares!

Es cierto que Monegros se había convertido en una de las citas más importantes de música electrónica a nivel europeo y, por lo tanto, resultaba lógico que le salieran novias, pero oír esa cifra me provocó una sacudida. Sin embargo, procuré disimularla interesándome por saber quién era la persona dispuesta a gastarse en nuestro festival semejante cantidad.

—¿Recuerdas a Shelly Finkel? —inquirió Eloy.

—No…, no lo conozco.

—¿Cómo que no? Pero si os vi juntos… Estuviste hablando con él un buen rato en las jornadas de música electrónica. En Ibiza. En el Gran Hotel.

Por fin caí y, de paso, liberé a Eloy de seguir estrujándose el cerebro. Lo recordé, sí: me habían presentado a un estadounidense en el vestíbulo de aquel hotel. Y sí, dijo llamarse Shelly. Me comentó que tenía intención de meterse de lleno en el mundo de la electrónica y me hizo algunas preguntas sobre nuestro festival. Reconozco que no le presté mucha atención. Hay infinidad de millonarios yanquis recorriendo el mundo en busca de negocios en los que introducirse, y casi todos pretenden entrar por arriba. A los estadounidenses les gusta hacer las cosas a lo grande, pero a lo grande grande, en plan Gran Cañón del Colorado. Son así. Aunque luego, a la hora de la verdad, la jugada no siempre les sale bien. Recordé también que charlamos un rato mientras nos tomábamos una copa y que, media hora después de despedirnos, dejé de pensar en él.

—Finkel es la mano derecha de Robert Sillerman. ¿A ese lo tienes más presente, Juan?

—Sí, a ese sí.

Robert F. X. Sillerman, emprendedor, filántropo y fundador de SFX Entertainment, se había hecho famoso en Nueva York por sus arriesgadas operaciones. Su fórmula consistía en localizar negocios con poca estructura internacional e

integrarlos en un grupo de empresas, haciéndolos así más rentables y atractivos para los inversores. Y, mira por dónde, ahora quería absorbernos también a nosotros. A personas como Sillerman no se les puede dar la callada por respuesta. Pero enseguida pensé que tendría que darles alguna antes de que, ese otoño, sacaran a bolsa su compañía, que se dedicaría a la música electrónica de baile. Si entonces no estábamos con ellos, seríamos el rival a batir. O la competencia a aplastar.

—Y bien, Juan, ¿qué les digo?

Eloy tenía prisa por contactar de nuevo con Finkel, y tampoco es que yo tuviera que darle demasiadas vueltas; tenía claro ya lo que iba a contestar.

La respuesta corta era: «Sí». La respuesta larga era: «¡Sí, por supuesto, hagamos pronto la operación y vivamos un poco más tranquilos lo que nos queda de existencia!». No solo pensaba en mí, sino en Mari Cruz, mi mujer, y en Juan y Cruz, nuestros hijos, pues los tres trabajan conmigo en el negocio familiar y saben lo duro que es. La venta, sin duda, resultaría una gran noticia también para ellos. Había truco, sin embargo. Cuando una empresa tan grande compra un negocio lo hace para arrasar, sin manías ni complejos. Y para asegurarse de que no tendrá competencia suele obligar por contrato a los antiguos propietarios a abandonar ese sector, de manera que yo no podría seguir dedicándome al entretenimiento. Ni yo, ni mis socios ni mis familiares directos, de hecho. La oferta de SFX no era distinta a otras de ese estilo: incluía la famosa cláusula «No compite». Así pues, al igual que yo, tanto Mari Cruz como nuestros hijos serían expulsados de su trabajo. Pero con todo el dinero que íbamos a recibir, me dije que los chicos podrían montar otra cosa —la que quisieran, siempre y cuando no implicara hacer bailar a la gente— y que mi mujer y yo teníamos ganado ya un merecido descanso. Lo hablé con los tres y, aunque al principio no parecían muy convencidos,

aceptaron sin dudar en cuanto les mostré las cifras reales del negocio, que declinaban mes a mes. Estaba decidido: venderíamos.

A pesar de ello, me guardé mi respuesta. No pretendía hacerme el interesante, simplemente es que no podía ocuparme de un tema de tanta trascendencia con el festival a la vuelta de la esquina. Sería el último año que lo organizaría, pero no por eso iba a descuidarlo. Dos semanas más tarde, aún con la resaca de Monegros, urgí a Eloy a que trasladara mi buena disposición a los estadounidenses. Le pedí también que fuera discreto. Y si se lo pedí no fue para evitar que llegara a oídos de la prensa y con ello arriesgar la operación, aunque ese también habría sido un buen motivo. Se lo pedí básicamente para evitar que mi madre se enterara.

Mi madre, una anciana menuda de más de ochenta años, era el principal escollo que podía hacer naufragar la venta. No porque poseyera un poder real que le permitiera evitarla a nivel legal, sino porque podía ser dolorosamente insistente cuando quería conseguir algo. Yo sabía que mi decisión no iba a hacerle ninguna gracia porque solía defender con uñas y dientes todo lo que tenía que ver con la familia. No solo se opondría a la venta de Monegros, me dije; en cuanto supiera que los Arnau abandonábamos de golpe y porrazo el negocio tras cinco generaciones dedicadas al entretenimiento, la veía capaz de encadenarse a mi coche para impedirme que fuera a firmar nada. Supongo que por ese motivo no le había mencionado todavía lo de la oferta, aunque ocasiones no me habían faltado. Mi madre me llamaba por teléfono, y aún lo hace, cada día del mundo. Y yo le he contado siempre todo. Todo menos que unos poderosos promotores estadounidenses me habían ofrecido una cifra importante por el Festival de Monegros… y por abandonar nuestra actividad, claro.

Sospecho que me lo notó. No soy consciente de haber hecho

nada distinto. La informaba de los pormenores del día a día tratando de aparentar normalidad, pero cuando alguien te ha parido no hay mucho que puedas ocultarle. Y solo faltó el viaje. Con tal de oficializar la oferta, era imperativo que me trasladara a Nueva York. Allí conocería a Finkel y a Sillerman, acabaríamos de resolver los últimos flecos y firmaría los papeles que me convertirían en un hombre rico. Pero no podía contar nada de eso a mi madre.

—Hasta mañana —se había despedido emplazándome para una nueva llamada que seguramente me pillaría cruzando el Atlántico.

—Mamá, mañana a esta hora no podré hablar contigo.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Es que estaré fuera.

—¿Fuera?

—Sí, en Francia. Eloy se ha empeñado en conseguir a un DJ francés que está muy de moda, por lo visto.

¿Por qué demonios dije Francia? ¡Si compartimos huso horario! Que me encontrara en el país vecino no me impedía contestar su llamada de rigor. Pero ya lo había dicho, ahora no podía cambiar la versión. Aun así, supuse que con un poco de suerte se convencería de que comunicarse conmigo en el extranjero sería complicado. «Un poco de suerte», eso me dije. Vaya un ingenuo estoy hecho a veces.

—¿Cómo se llama? —Mi madre no estaba dispuesta a rendirse fácilmente.

—¿Quién?

—El DJ.

—¡Ah! ¡El DJ!

«¡Juan, piensa! Piensa un nombre creíble en francés. No es tan difícil».

—Eeeh… DJ Claude François.

—Ya.

No era tan difícil, pero me había puesto nervioso. De repente, volvía a ser el niño de cinco años que escondía los caramelos que su abuelo le había dado ante la mirada inquisitiva de una madre que sabía perfectamente que su hijo mentía. En fin, no era tan grave; tarde o temprano tendría que explicarle lo de la venta del festival. Pero sería más bien tarde. De momento, me limitaría a colgar, consciente de que ella me había pillado en un renuncio, y a la vuelta de Estados Unidos ya me ocuparía de ese problema. También me dije todo eso, sí. Soy un ingenuo, con todas las letras.

—Juan, ¿por qué no vienes a cenar hoy?

—¿Hoy? No puedo, mañana cojo un avión. A París. —Mantuve mi versión, a pesar de todo.

—Bueno, pues duermes aquí y mañana sales temprano.

—Pero, mamá, que estoy en Barcelona. Que tengo Fraga a dos horas en coche. Tendría que levantarme a las tres de la madrugada.

—Juan, ven a cenar hoy.

No fue una propuesta, fue una imposición. Y yo me maldije. Me maldije porque a pesar de ser un hombre adulto, a pesar de ser independiente, y solvente a nivel financiero, y de estar casado y de tener hijos ya mayores, no había nada que pudiera hacer para contradecir las órdenes de una anciana menuda de más de ochenta años.

El comedor olía a sofrito de tomate y cebolla, a queso gratinado y a carne picada frita. Con esos ingredientes tan simples en apariencia, mi madre era capaz de recrear la receta de los macarrones de la abuela Maria y llevarnos al cielo con cada bocado. La elección de ese plato no fue casual; era un chantaje emocional en toda regla, un intento de tocar en mí una fibra sensible que no existía en cuanto alguien me

confrontaba con tres millones de dólares. Disfruté la comida, a pesar de todo. Mi madre me observaba y yo observaba la casa familiar, esa casa de la que no quería marcharse ni que la matasen para ir a otro sitio más pequeño y fácil de limpiar. De nuevo el maldito apego a los recuerdos. Si estaba dispuesta a vivir peor porque se aferraba a unos tiempos pretéritos, ese era su problema. No me dejaría arrastrar al pasado con ella. A medida que me terminaba el plato, iba haciéndome a la idea de que no podía pasar más tiempo sin que hablásemos del tema. Así que, en cuanto solté el tenedor, me lancé yo también:

—No me voy a Francia, mamá. Pero eso tú ya lo sabes. Me voy a Nueva York. Unas personas muy importantes nos han hecho una oferta por el Festival de Monegros. Y no es cualquier oferta. Hablan de tres millones de dólares. ¡Tres millones de dólares, mamá! El mes pasado estuve en un tris de pedir un crédito para pagar las nóminas, y este me ofrecen tres millones… Nos ofrecen. Porque también serían para ti. Serían para todos. Los Arnau podríamos estar tranquilos por fin. Después de tantos años de luchar, de esforzarnos, de no dormir, tendríamos nuestra recompensa. Hay que avanzar, mamá. Y avanzar es vender el festival y dejar el sector del entretenimiento. Y, de paso, dejar de sufrir por si vuelven a embargarnos todo. Así que hazte a la idea de que eso es lo que probablemente va a pasar. Las cosas no marchan demasiado bien por Barcelona. Debes saber que tras abandonar el negocio que teníamos con Javier de las Muelas no hemos conseguido levantar cabeza.

Lo cierto es que exageré todo un poco. No quería arriesgarme a que mi madre contraatacara a medio discurso con algún argumento sentimental que muy seguro me habría hecho perder el hilo. Sin embargo, en cuanto pude respirar un par de veces, la miré a los ojos y no la vi dispuesta a interrumpirme. Al contrario, me contemplaba con una

expresión distante e inescrutable. Guardó silencio unos segundos más mientras el eco de mis palabras retronaba en mis oídos.

—*Ves a rentar-te les mans, va* —me soltó finalmente, sin variar un ápice el semblante.

Obedecí. Fui a lavarme las manos intuyendo que eso no era más que el prólogo del gran combate que tendría lugar a continuación. Salí del cuarto de baño notándome la barriga a reventar, en lo que era otro error de principiante. Afirman que es fundamental asistir a las negociaciones con el estómago ligero, y ese no era mi caso. Sea como sea, debo decir en mi favor que la persona que inventó esa regla no conocía los macarrones al estilo de la abuela Maria.

Regresé al comedor preparado para todo menos para lo que me encontré. Mi madre, que a pesar de sus casi nueve décadas cuenta con una agilidad que muchos jóvenes envidiarían, había retirado los platos de la mesa y había puesto en su lugar una maleta desvencijada. En cuanto me vio aparecer, la abrió con reverencia. El contenido quedó expuesto: legajos y más legajos de papeles amarillentos con los bordes abarquillados. Enseguida empezó a sacarlos uno por uno para depositarlos encima de la mesa con el mismo respeto y devoción. Me fijé en que no todos los papeles estaban igual de amarillentos; es más, algunos de ellos, de un radiante blanco, eran visiblemente nuevos. A pesar de los esfuerzos que mi madre hacía para poner orden en aquel caos, me daba la sensación de encontrarme en el vertedero municipal. No tenía ni idea de dónde había sacado todo aquel papelamen, pero no descartaba que hubiera perdido la cabeza como, por desgracia, les sucede a algunos ancianos y que lo hubiera rescatado de los contenedores.

—¿Te has lavado bien las manos? No vayas a arruinar ni uno de estos documentos.

Asentí, aunque los papeles parecían lo bastante arruinados ellos solitos.

—*Mare, què és tot això?*[1] —pregunté al fin temiendo una respuesta que quizá no me gustara en absoluto.

—La historia de la familia —me respondió como si nada. Y añadió—: *A bocins*.

La historia de la familia a pedazos. Sí, pensé, mi teoría sobre la falta de cordura de mi madre estaba cada vez más cerca de confirmarse. ¿Se supone que allí estaba escrito nuestro legado? Y, en tal caso, ¿quién demonios lo había hecho?

—Josepet —arrancó ella, como si me hubiera leído el pensamiento—. Tu tatarabuelo fue el primero en escribir sus memorias. Luego se las legó a Maria Satorres, que las leyó y consideró que debía ampliarlas con su propio testimonio. A partir de aquí, cada miembro de la familia, como continuador de la saga, asumió también entre sus responsabilidades la de dejar por escrito su experiencia. Todos lo hicieron.

—¿Todos? ¿El abuelo Antonio también? —La incredulidad era evidente en mis palabras.

—También.

—¿Y *lo pape*? —No podía creer que mi abuelo paterno, tan preocupado siempre por los asuntos prácticos, hubiera empleado un solo minuto de su vida en una tarea tan romántica.

—Todos.

La razón me decía que eso no era posible, no podía serlo. Y, sin embargo, allí delante tenía las pruebas en forma de unas hojas demasiado deterioradas para no tener unas cuantas décadas. Algunas incluso más de un siglo.

—¿Y por qué no me he enterado de que estos manuscritos existían hasta ahora?

—Pensaba dejártelos en herencia. Pero ya veo que no puedo esperar tanto.

Di la callada por respuesta. En parte porque toda esa información me había dejado mudo, además de conmocionado, y en parte porque sabía perfectamente lo que mi madre iba a decirme y nada que yo objetara se lo impediría.

—¿Quieres vender el festival? Véndelo. Es tuyo. Tu padre y yo decidimos que fueras tú quien llevara las riendas, y lo respetaré hasta que me muera. Solo te pido una cosa: antes, lee estos documentos.

—Pero ¿cómo voy a leer todo esto antes de firmar?

—No hace falta que sea todo. Hay información repetida, puedes saltarte fragmentos.

—Aun así, mamá, ¡la reunión es mañana!

—¿Cuántas horas de vuelo son? ¿Diez? Lee en el avión.

—Son nueve, y sospecho que me las pasaré durmiendo porque con lo de venir a Fraga esta noche me has arruinado el ciclo del sueño.

Mi madre se disponía a contraatacar, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra más la interrumpí:

—Mamá, sabes que siempre te digo que sí a todo. Esta vez, sin embargo, no puedo. No puedo, de verdad. Lo siento.

Se me rompía el alma, pero tenía que ser así. Y, para mi sorpresa, lo entendió.

—Está bien —soltó y, a continuación, se dedicó a guardar los manuscritos de nuevo en la maleta, siempre con sumo cuidado—. Está bien —repitió, casi para ella, mientras se alejaba con ese mamotreto del que de momento me había librado.

Pensaba que iba a resultarme más difícil. En otros tiempos, mi señora madre habría batallado conmigo hasta las tantas de la madrugada, pero tal vez, me dije, los años empezaban a mermarle la energía. Se lo agradecí, en cualquier caso.

«A mí también me sabe mal vender el festival —reconocí para mí—. Por supuesto que me gustaría seguir con el negocio

que iniciaron mis antepasados, no soy una máquina sin sentimientos, entiendo lo que significa eso para la familia. Pero precisamente para que la familia sobreviva es necesario hacer este sacrificio, y ya me cuesta bastante hacerlo como para, encima, aguantar estas tretas sentimentaloides».

Con esas reflexiones en mente, saqué el pijama que había guardado esa mañana en la maleta para llevarme a Nueva York. No pensaba entonces que lo utilizaría en Fraga, pero ya dicen que la vida te da sorpresas. Aunque esta iba a ser la última, no estaba dispuesto a consentir una nueva desviación del guion cuando había tanto en juego. Ingenuo, ingenuo, ingenuo.

Aún era de noche cuando me levanté, y no desperté a mi madre. ¿Para qué? Quería ahorrarme un nuevo momento desagradable. Pero cuando salí del cuarto de baño la encontré en la escalera bajando mi maleta en dirección hacia mi coche. Se la arrebaté de las manos de inmediato al tiempo que me preguntaba cómo una anciana de su edad era capaz de llevar esa carga que, acababa de darme cuenta, resultaba pesadísima. No lograba entender por qué insistía en hacer todo el trabajo. Además, estaba consiguiendo que me sintiera más culpable todavía por no haber accedido a su petición. Y puesto que no me apetecía seguir reconcomiéndome, me metí en el coche y me despedí de la manera más brusca que pude dispuesto a largarme de allí. Supuse que algún día ya me perdonaría.

Conduje durante un par de horas pisando el acelerador tanto como me lo permitían las señales de tráfico, como si esa exhibición de velocidad consiguiera alejarme no solo de la casa familiar, sino también de lo acontecido durante las últimas horas. En cualquier caso, no me costaría, me dije. Dentro de muy poco me rodearían los rascacielos, y la escena vivida en

una casa antigua de un municipio donde el edificio más alto no superaba las cinco plantas me parecería simplemente un mal sueño.

Ya casi había borrado la disputa de mi mente y mi imaginación me trasladaba a la Quinta Avenida cuando me vi forzado a regresar. Una empleada del aeropuerto me reprendía desde el mostrador.

—Señor, por favor, apártese de la cola.

No entendía nada. Tenía mi billete y me disponía a hacer el *check in*.

—Ya se lo he dicho, señor. Su maleta excede el peso permitido. O paga cuarenta euros ahora o no vuelva hasta que haya revisado su contenido.

¿Mi maleta? Sí, me había llevado ropa de abrigo y un par de voluminosas botas, por si acaso, pero ni por asomo la había llenado. Tenía que ser un error de la báscula, y así traté de trasladárselo a la empleada, quien no movió ni una ceja y se limitó a repetir:

—Señor, apártese, por favor.

Refunfuñando palabras ofensivas que no reproduciré aquí, abrí la maleta. Y allí estaba. La historia de mi familia en forma de papeles y más papeles y más papeles. Nada había erosionado el empeño de mi madre, y me sentí un idiota por no haber entendido que, por supuesto, no se había rendido. ¡Con razón la maleta me había parecido más pesada cuando se la quité de las manos! Lo primero que se me pasó por la cabeza fue agarrar esas antiguallas que me hacían parecer un trapero y tirarlas a la basura. Problema resuelto. Pero enseguida pensé que habría matado a la pobre mujer del disgusto. También se me ocurrió dejar los manuscritos en el aeropuerto, pero me dije que nadie querría hacerse cargo de ellos. Así pues, me tocó abrir la bolsa de mano y guardar en ella parte de los documentos, que me harían compañía en el avión.

No obstante, me negaba a leerlos. Dormiría. Repasaría los datos para la reunión. Vería alguna peli. Sin embargo, tras dormir tres o cuatro horas, ponerme a comprobar una vez más unos datos que me sabía ya de memoria se me antojaba tan innecesario como tedioso. Y lo de la película, desengañémonos: cuando has crecido junto a la cabina de proyección de un cine, tratar de ver algo en una pantalla diminuta resulta muy doloroso. No pasé de la segunda escena. Tenía por delante varias horas hasta que aterrizáramos y estaba claro lo que acabaría haciendo, pero aún me resistí unos minutos, tozudo. Hasta que, sin borrar la mueca de hastío de mi rostro, abrí la bolsa y cogí uno de los legajos que mi madre había preparado con tanto cuidado: el que, por ser el más amarillento, parecía más antiguo. En efecto lo era. Llevaba en su primera página el nombre de mi tatarabuelo Josepet, Josep Satorres. Con un suspiro de resignación, lo abrí y empecé a leer lo que había escrito, con tinta desvaída de estilográfica, en aquellas hojas de papel tan resecas que crujían con solo rozarlas.

El manuscrito de Josepet

Todo está a punto de acabar. Moriré pronto, lo sé, tengo un mal que me está carcomiendo por dentro. Y no es morirme lo que me apena, sino que todos los esfuerzos de mi vida no hayan servido para nada. Cuántas discusiones tuve con mi padre cuando yo era joven, y si me viera ahora, quizá tendría que darle la razón. Recuerdo lo que le solía decir:

—*Pare*, es que trabajar en el campo no me gusta.

—Pues ya me dirás de qué vas a vivir, si no —solía responder él, que era hijo, nieto y bisnieto de agricultores, que no conocía más vida que aquella y estaba convencido de que la de su hijo, como la de prácticamente todo el mundo en Fraga, estaba regida por leyes tan inexorables como las que marcan los tiempos de la siembra y la cosecha.

No podíamos ser más diferentes. Yo era flaco y enjuto, y lo sigo siendo; sobre todo ahora, que la enfermedad ha extremado mi delgadez. Él era recio y tenía la piel tostada por el sol, bajo el cual se peleaba cada día a golpe de azada con la tierra seca del desierto. Porque los Monegros es un desierto. Hectáreas y hectáreas de tierra plana, salvo por donde la cruzan los montes achaparrados y oscuros de la sierra de Alcubierre, esos montes negros (*monts negres*, mon-negros) que dan nombre a la región. Tierra seca, árida, punteada de pequeñas lagunas y balsas de agua salobre, en la que llueve poco o nada. Apenas hay árboles; allí solo crecerían los matojos si no fuera porque tozudos campesinos como mi padre se empeñan en hacerle parir a la tierra otras cosas: trigo y cebada, sobre todo, porque necesitan poca agua. Y, aun así, la tierra los escupe a regañadientes.

No quería seguir ese destino. No quería volverme un viejo prematuro de espalda arqueada y piel cuarteada, como mi padre, al que tenía enfrente mirándome con expresión no sé si de pena, de reproche o de ambas cosas a la vez.

—Josepet, aquí todo el mundo vive del campo. No hay otra cosa.

En eso no le faltaba razón: prácticamente el cien por cien de las familias de Fraga viven del campo. La mayoría tienen fincas en la huerta de Fraga, regada por el río Cinca —donde las mujeres bajan a lavar la ropa y, cada día, a aprovisionarse de agua que luego acarrean, en pesados cántaros apoyados sobre la cabeza, hasta las viviendas—, y grandes propiedades de secano, situadas entre Fraga y Candasnos, precisamente en ese infierno llamado los Monegros. Todas las mañanas, cuando el horizonte se tiñe de color azafrán, una larga caravana de burros, mulas y carromatos sale del pueblo rumbo a los lejanos terrenos de cada uno de los agricultores. En muchos casos, para llegar a ellos tienen que recorrer más de diez kilómetros. Todos los anocheceres, cuando el horizonte se tiñe de color violeta, la larga caravana de burros, mulas y carromatos regresa al pueblo.

Fraga está situada en pleno Camino Real, la vía que une Barcelona y Madrid y que atraviesa el centro mismo de la población, pero en espíritu no puede estar más alejada de esas dos grandes urbes. El Camino Real pasa por el llamado Revolt, una empinada cuesta que desemboca en el Segoñé, el paseo central de la ciudad por donde generaciones de fragatinos han paseado sus amores y desamores. El Segoñé se llama así por los nidos de cigüeña (*cigonya*, en catalán, y *sigüeña*, en fragatino) que constantemente adornan la torre de la iglesia principal. Tras el Segoñé, el Camino Real desciende por una cuesta hasta llegar al río. Una vez allí, gira y discurre en ángulo recto por los bordes de una depresión arenosa y rocosa que flanquea el

curso del mismo río. Al alcanzar Les Drassanes remonta una pequeña cuesta, pasa el Gran Puente Viejo, Lo Pont Vell, y llega a Les Afores, un barrio formado por huertos de higueras y otros frutales. Es en esa zona donde, poco a poco, se han establecido los forasteros que llegan a Fraga en busca de fortuna, la mayoría provenientes de pequeños pueblos de Cataluña como Serós o Aitona, especialistas en la trata de ganado, sobre todo de burros, yeguas y caballos de tiro.

En el centro de Fraga se alzan las viviendas de las grandes casas de agricultores y ganaderos, así como sus cuadras y almacenes. Estos constituyen la cerrada oligarquía que domina la población. Sus hijos se casan entre ellos para así hacer más fuerte la *ca*, la casa familiar. Las encargadas de buscar novio o novia a las hijas y los hijos suelen ser las esposas, así como de negociar los tratos y los importes de las dotes respectivas con la madre de la otra familia. Si hay acuerdo entre los padres, habrá enlace; en caso contrario, ni siquiera empieza la relación. Otra cosa con la que yo no estaba dispuesto a tragar, dicho sea de paso.

—Si naces en Fraga, vas a ser agricultor, esto es así. Y tú has nacido en Fraga —insistía mi padre.

En eso alguna razón tenía. Porque Fraga, perdido en la inmensidad de la provincia de Huesca, era un pueblo muy aislado, muy encerrado en sí mismo. Pertenece a la zona catalanoparlante de Huesca, pero sus habitantes hablan en su propio y peculiar dialecto, que hasta tiene nombre: el fragatino. Y diría que esta circunstancia, la de tener un idioma distinto del de sus vecinos, ha contribuido en parte a su aislamiento.

Y si eras fragatino, pero no querías deslomarte en el campo, pocas alternativas podía encontrar, porque la actividad comercial de Fraga también gira en torno a los productos del campo, principalmente higos, cereales y caballerías. Estas últimas porque son necesarias para cultivar la tierra. Otra

posibilidad es irte a trabajar a las minas de carbón de la cercana Mequinenza. Pero si deslomarte al sol sobre el polvo de los Monegros puede ser un infierno, bajar todos los días a las oscuridades del interior de la tierra, respirando carbonilla, es infierno y medio. Y cuando vuelves del infierno, sea el que arde bajo el solano o el que se introduce en las negras tripas de la tierra, mucho solaz no es que haya.

Es la fragatina una sociedad muy tradicional y no poco cerrada. Aquí hay dos bandos prácticamente irreconciliables, que son los que también se reproducen por toda España: el de los conservadores (en la calle Mayor) y el de los liberales (en el paseo Segoñé). Cada bando tiene su propio salón de baile para las reuniones. No se mezclan y, por supuesto, casi no hay matrimonios entre un bando y el otro. Aunque la separación me parezca aberrante, para la gente del pueblo ese es el estado natural y tratar de romperlo está muy, pero que muy mal visto.

Por aquel entonces (hace ya muchos años de esto, en mi ya muy lejana juventud, cuando aún no existían los motores de gasolina ni la luz eléctrica) por el Camino Real pasaba, de vez en cuando, la diligencia, y por ahí llegaban, también de vez en cuando, periódicos atrasados de Madrid, de Lérida o de Barcelona. O a veces revistas en las que se publicaban ilustraciones de las maravillas que había en el resto del mundo: el Union Pacific, el ferrocarril que cruzaba el continente americano, de costa a costa, o el fastuoso teatro de la ópera de Milán, ese que llaman La Scala…

—Hay muchas más cosas en el mundo que este pueblo, padre. Y muchas otras maneras de ganarse la vida aparte de hacer de payés.

—Tú lo que pasa es que tienes muchos *pardals* en la cabeza. Te los meten todos esos señoritos de ciudad que hacen noche en la fonda.

No andaba muy errado. Desde muy pequeño me quedaba

fascinado ante semejante trasiego, y cuando las diligencias se detenían, muy cerca de mi casa, corría raudo a ayudar a esos elegantes pasajeros. Recogía sus pesados bultos y los acompañaba hasta la fonda Sorolla. Allí pasaba horas y horas escuchando conversaciones hasta la cena o más allá, y me ganaba más de una riña de mis padres no solo por llegar tarde, sino también por meterme en lo que ellos llamaban «conversaciones de adultos». Durante años, en el calor de los hogares de leña y a la lumbre de primitivas lámparas de aceite, supe de aventuras y desventuras de muchos de aquellos caballeros, quienes describían salones de baile, cafés y lugares de tertulias y casinos donde se jugaban gran parte de su patrimonio. Las grandes ciudades que jamás había pisado me resultaban cercanas. Me transportaba a ellas gracias a los relatos de los viajeros y cada vez entendía con más claridad que ese sería un día u otro mi destino.

—Qué van a saber esos tipos —proseguía mi padre—. También tienen muchos *pardals* en la cabeza. Van de Madrid a Barcelona, o de Barcelona a Madrid, y no ven más mundo que ese. Pero el mundo no es como sus ciudades. El mundo está hecho de tierra, y la tierra necesita gente que la cultive, que le arranque de dentro las patatas y los nabos, que haga que crezca el trigo para hacer el pan. Qué iban a comer esos señoritos, si no.

—He conocido gente que ha estado en otros sitios: París, Nueva York… —replicaba yo.

—No lo creo. La mayoría lo que saben de esos sitios lo han visto en las revistas ilustradas. Pero el mundo no es como sale en las revistas.

—Padre, el mundo es precisamente así. Y los hombres ya no visten con blusón o levita. Ahora lo que se lleva es la chaqueta con los faldones cortos.

—Pero tú no vives en Nueva York, hijo. Vives en Fraga. Y el

blusón es lo más práctico para ir a labrar la tierra. A ver cómo vas a usar la azada con una chaqueta puesta.

—Pero, padre, es que yo no quiero trabajar con la azada.

Aquí siempre llegábamos a un punto muerto, y era cuando mi padre resoplaba, se pasaba la mano morena y callosa por la frente y se dejaba caer, derrotado, sobre una silla. O cuando yo me iba de casa a tomar el aire. Que era de lo poco que se podía hacer en el pueblo. O, como mucho, a tomar un vino en la fonda; con algo de suerte, si había llegado la diligencia de Barcelona a Madrid, o la de Madrid a Barcelona, habría allí algún viajero con el que pegar la hebra. Pero aquella tarde no había pasado la diligencia aún, y al único que me encontré en la fonda fue a mi amigo Miguel.

—Te veo mustio, Josepet —dijo nada más ponerme los ojos encima.

—Me quiero ir de este pueblo.

—¿A Mequinenza?

—Miguel, por favor. Si eso está aquí al lado.

—Entonces ¿adónde? ¿A Lérida?

—¿Lérida? ¡El mundo es grande, hombre! Puedo ir a París, puedo ir a Nueva York…

—Pero si no sabes hablar gabacho.

—Pues a Madrid.

—¿A hacer qué?

—¿Qué más da? El tema es que para eso necesito dinero.

—Bueno… Tengo el que ganamos organizando aquellos bailes.

Miguel se refería a los bailes casi clandestinos… o clandestinos del todo, en realidad, para qué vamos a andarnos con paños calientes y medias verdades, que habíamos organizado en alguna de las corralotas abandonadas que había por el pueblo. He de decir que yo había tratado de hacerlo por lo legal. Varias veces fui a ver al alcalde para pedirle que nos

dejara alguno de los locales municipales que permanecían vacíos y unos cuantos músicos de la banda municipal —compuesta por el barbero, el cartero, mi amigo Miguel y para de contar: guitarra, bandurria y acordeón— para organizar un baile. Para los jóvenes. El alcalde, al principio, se reía en mi cara, me decía: «Anda, zagal, ve con tu padre a recoger los higos y no enredes» y me ponía en la puerta. A medida que insistía, el tiempo que tardaba en ponerme en la puerta se iba reduciendo, se reía cada vez menos, y en vez de mandarme a coger higos, empezó a mandarme primero a paseo, luego al cuerno y, cuando ya no podía más, directamente a la mierda.

Así que lo tiré adelante sin su permiso. Los músicos de la banda eran, casi todos, los hermanos mayores de mis amigos, a los que la idea les seducía, y encima Fraga estaba lleno de corralotas vacías. En una de ellas organizábamos en secreto los bailes, los domingos, aprovechando las horas de misa; solo unos cuantos jóvenes, los que estaban de novios, sabían adónde dirigirse (Cal Pedret, un pequeño local situado en la cuesta del Segoñé), y ver las caras de felicidad que ponían al poder bailar era la mayor recompensa a la que podía aspirar. Pero no todo el mundo iba a misa, y no todos los que iban lo hacían al mismo tiempo, así que siempre había algún vecino que otro que iba al alcalde a quejarse del ruido. Y también se quejaron, con mayor vehemencia, las madres de los mozos —y, sobre todo, las mozas—, que a aquellas horas desaparecían, se decía que para ir a bailar. Al alcalde no le costó averiguar quién organizaba aquellas sesiones, así que fue a verme a casa y me prohibió terminantemente seguir con aquel sindiós. Esa fue la palabra que utilizó, «sindiós». O pondría el asunto en manos de la Guardia Civil, añadió. Me escandalizaba la falta de visión de futuro y modernidad de mis conciudadanos, pero no me quedaba otra que obedecer. De modo que dejamos el baile. Sin embargo, como cobrábamos la entrada, en el ínterin algo de

dinero recaudamos.

—No hay mucho, pero menos da una piedra —me respondió Miguel, aunque por el tono en que lo dijo se lamentaba que fuera tan poco.

Sin embargo, su ánimo cambió de popa a proa cuando preguntó:

—¿Y aquella chica con la que estabas hablando? La hija de los Cabrera… ¡Esa sí que es un buen partido!

—¿Antònia? Hablamos poco. Vino con su tía de carabina, y la mujer no nos dejaba en paz.

Al día siguiente, la diligencia trajo dos viajantes de telas desde Barcelona. Se quedaron a hacer fonda en Fraga, con la intención de seguir viaje a Madrid por la mañana. Uno de ellos nos preguntó qué se podía hacer para divertirse en el pueblo por la noche.

—Pues no gran cosa, señor —le contestó Miguel.

—¿No hay por aquí una casa… ya sabes, una casa de tolerancia donde un hombre de bien pueda echar una canita al aire…?

—No, señor, no la hay. Para eso habría que ir a Candasnos. Allí hay una señora que recibe.

—Buf… ¿Y no hay algún sitio para tomar un par de copas, al menos? Y, yo qué sé, jugar una partidita a las cartas…

—Podemos jugar a las cuarenta, si quiere. Usted y su compañero contra mi amigo Josepet y yo.

—Está bien, pero ¿qué nos apostamos?

—Apostar no se puede, señor. Como pase la Benemérita y nos vea…

—Bah. A estas horas y con el frío que está haciendo, bastante pereza les va a dar a los picoletos pasar por ahí.

Le dije a Miguel que propusiera ir a real el envite. El tratante de telas catalán aceptó. Por la cara que puso diría que pensó que éramos un par de paletos fáciles de desplumar.

Nos pasamos la noche jugando a las cuarenta, hasta que llegó la diligencia por la mañana. Para entonces, Miguel y yo le habíamos ganado a los dos forasteros veinte reales cada uno.

—O tenéis mucha suerte, o jugáis muy bien, o hacéis trampas —soltó el catalán, con un semblante muy distinto al que tenía horas antes.

—Suerte, lo normal —contestó mi amigo—. Y lo de las trampas, mejor que lo retire o las tendremos tiesas.

—No te sulfures, zagal, que era broma. Lo retiro, lo retiro. Entonces será que jugáis muy bien.

—Tenemos mucha práctica. Como aquí no tenemos baile, ni teatro ni casa de tolerancia, poca cosa más hay en qué entretenerse…

El sol ya despuntaba por el horizonte cuando volví a casa. Mi padre me debía de estar esperando en el zaguán, con la mula uncida al carro, para irnos a desbrozar la tierra en Les Peñetes, el terreno que teníamos en los Monegros. Y mientras caminaba con mis veinte reales tintineando en el bolsillo, tuve una súbita determinación que me devolvió las ganas de vivir: con aquel dinero me iría a Madrid en la siguiente diligencia.

Un día después, de madrugada, estaba yo sentado a la puerta de la fonda, con un hatillo de ropa en la mano y veinte reales guardados en la faja, esperando a que unciesen las mulas a la diligencia que había venido de Barcelona y tenía que seguir rumbo a Madrid. Ni siquiera me había despedido de mis padres.

Madrid: ¿vivir del baile?

La diligencia avanzó durante varios días por un camino polvoriento que atravesaba eriales desolados. Estábamos introduciéndonos cada vez más en el interior de la meseta, y desde la atalaya móvil de la tartana que me transportaba me di cuenta de que España es un vasto desierto, un Monegros grande, una extensa y monótona sucesión de campos de labor y campos en barbecho, salpicado aquí y allá por algún pueblo aislado. De vez en cuando nos cruzábamos con algún carro de heno tirado por bueyes, o algún mulero, o algún carromato de zíngaros donde acogían su circo ambulante. De vez en cuando, las mujeres levantaban el espinazo de lo que fuera que estuvieran haciendo en alguno de los campos colindantes para mirarnos pasar, pero esos encuentros tenían lugar muy raramente. Así me di cuenta, también, de que España, como buen desierto, está considerablemente despoblada.

En ocasiones, cuando ya no podíamos con nuestras almas y las mulas estaban a punto de reventar literalmente, nos deteníamos y hacíamos parada y fonda en alguno de esos pueblos y pequeñas ciudades por los que transcurría, al igual que también lo hacía por Fraga, el Camino Real.

Pensé en Antònia. Ni siquiera me había despedido de ella. Quería hacerlo, pero ¿qué le iba a decir? ¿Que me iba, pero que no sabía a hacer qué ni cuándo volvería? Y, además, habría tenido a su tía allí entrometiéndose. Era mejor así, estaba convencido, aunque me sabía muy mal.

De pronto la diligencia entró en un poblado que no se acababa nunca. A lado y lado del camino solo veía casas. Casas

y más casas, apiñadas, leguas y leguas de casas extendiéndose por todas partes, hasta el infinito. Una interminable extensión de edificios por entre los que pululaba una inmensa cantidad de gente. Nunca había visto tanta gente junta. Me parecía mentira que en el mundo pudieran existir todas esas personas.

Le pregunté al cochero cuándo llegaríamos a Madrid.

—Hace rato que hemos llegado —respondió—. Es todo eso que ves a tu alrededor.

—Entonces ¿por qué no para?

—Porque aún no hemos llegado a cocheras, zagal. Paciencia. Nos quedan unos minutos.

—Pero ¿cuánta gente vive en Madrid?

—Andará por el medio millón.

Intenté imaginarme medio millón de personas juntas, y me dio como vértigo. Medio millón era un número gigantesco, inimaginable. Yo no recordaba haber visto nunca medio millón de nada.

La diligencia paró, por fin, en unas caballerizas situadas en mitad de aquella inmensidad de edificios amontonados. Le pregunté al cochero, mientras desuncía los caballos, si sabía de alguna fonda u hostal donde pudiera alojarme por un precio módico.

—¿Muy módico? —preguntó.

—Lo más módico posible.

—Lo más módico son las casas de dormir de por allá Embajadores. A un real la cama, más o menos. Pero no sé si recomendártelo. Se duerme en catres, en salas comunes, con más gente. Y ya te imaginarás que allí puedes encontrarte con lo peor de cada casa. Y al verte a ti tan verde y tan recién llegado del pueblo, es probable que por la mañana te lo hayan robado todo menos la ropa interior, y eso porque la lleves puesta.

—Sé cuidar de mí mismo.

El cochero dejó de desabrochar arneses por un instante. Me midió con la mirada y sonrió.

—Si me hubieran dado un real por cada paleto al que han desplumado en su primer día en la ciudad después de haber dicho eso mismo, me podría haber comprado un palacete en la Castellana. Y tendría criados. Tú te subiste en Fraga, si mal no recuerdo, ¿verdad, zagal?

—Sí, señor.

—¿Y eres del mismo Fraga?

—Sí, señor.

—Conozco a una señora de Fraga que regenta una casa de dormir. Te voy a dar la dirección. Igual te trata bien por ser paisano.

—Gracias, señor.

—¿Sabes leer?

Sabía leer y escribir a la perfección. Trinitario Casas, un viejo maestro catalán que vivía en Fraga, me había enseñado durante varios años en interminables tardes de sábados y domingos. A pesar de que en ocasiones habría preferido estar jugando con los otros críos, era consciente de que sin saber de esas artes jamás podría abandonar el pueblo ni tener éxito en aquellas grandes urbes de las que me hablaban los viajeros, y por eso me esforcé muchísimo, no solo para aprender, sino también para convencer a mis padres de que valía la pena seguir pagando los honorarios del bueno de don Trinitario.

—Sí, señor. Leer, escribir y hacer las cuentas —respondí orgulloso al cochero.

—Eso está muy bien —repuso mostrando cierta sorpresa—. Pues te escribiré la dirección en un papel.

Así lo hizo, y además me dio unas indicaciones de cómo llegar. Hacia allí me dirigí, con mi hatillo al hombro, caminando por calles adoquinadas y bulliciosas llenas de gente, de carritos aparcados en cualquier rincón, en los que sus

propietarios vendían frutas, verduras, pollos o lo que se terciara. Cuando llegué a mi destino, descubrí que era un gran piso interior de un edificio más bien vetusto que ocupaba toda una manzana. La dueña, a la que me presenté, dijo llamarse Carmeta y no pareció muy impresionada al saber que yo era de Fraga. De hecho, ni siquiera me entendió cuando la saludé en dialecto fragatino.

—El cochero que me dio las señas me dijo que usted también era de Fraga.

—Mis padres eran de Fraga, sí. Bueno, también es verdad que yo nací allí. Pero no me acuerdo de nada. Me trajeron a Madrid cuando aún no había cumplido los cinco años.

A juzgar por su aspecto, eso debió de ser como un siglo antes. Estaba más arrugada que una pasa y llevaba el pelo, de color gris ratón, recogido en un moño hecho de cualquier manera. Era pequeña y flaca, no mediría más de tres codos y medio, tirando muy largo, y no pesaría mucho más allá de cuatro arrobas. Iba envuelta en un chal tan ratonero como su moño, y olía más bien raro, a una mezcla de col hervida y caliqueño, y si digo esto último es porque no tardé en averiguar que la señora Carmeta los fumaba en grandes cantidades. De hecho, en aquel momento, mientras hablaba conmigo, sacó uno del bolsillo del mandilito que vestía y un mechero de yesca para encenderlo.

—Si te vas a quedar, paisano —me dijo entonces, echándome el humo a la cara—, en las alcobas comunes es un real por noche. Si quieres un cuartito de preferencia, son dos reales.

—¿Y qué ventaja tienen los cuartitos de preferencia?

—Pues que son individuales. Tienen ventana y mejores muebles.

Lo de tener una habitación para mí solo me seducía. Pero había que ahorrar, pensé.

—¿Puedo ver las habitaciones antes de tomar una decisión?

—Claro, pasa. Ahora no hay nadie. No vienen a ocuparlas hasta bien entrada la noche.

Seguí a la señora Carmeta al interior del piso. Este era grande pero oscuro y olía mucho a cerrado, y a hollín, el que producían los quinqués (y, probablemente, los caliqueños apestosos que fumaba la dueña), que tiznaba las paredes. Las alcobas comunes eran habitaciones grandes, repletas de catres con sábanas tan llenas de remiendos y lamparones que no podía saberse cómo habrían sido originalmente. La señora Carmeta me enseñó dos, ambas del mismo tamaño más o menos, y como toda ventilación, un ventanuco que daba a un patio de luces.

Le pregunté entonces a la mujer por los cuartitos de preferencia. «Están al fondo», me dijo resoplando humo de su hediondo cigarro. Estaban situados al final de un largo pasillo, eran más pequeños, pero solo disponían de un catre, gracias a Dios, aunque con la ropa de cama tan destrozada y mugrienta como la de las alcobas comunes, y algo más de mobiliario. En concreto, la que me enseñó tenía una silla y una escarpia clavada en la pared que hacía las funciones de percha; otra, más pequeña, debía servir para colgar el quinqué, a juzgar por el nimbo negruzco de hollín que coronaba la pared por encima de ella. La habitación también contaba con una ventana, con el cristal más cagado de moscas que he visto en mi vida, pero esta no daba a un patio de luces, sino a un inmenso mar de tejados que se perdía, ondulante, en el horizonte. Eso era Madrid, pensé.

—Mire, señora, creo que me voy a quedar con el cuartito de preferencia —resolví, consciente de que entre no poder ahorrar y tener que compartir cuarto con varios tipos roñosos que probablemente roncarían a pleno pulmón, la opción buena era sin duda la primera—. Este mismo, si no le parece mal.

—Los dos reales son por adelantado. Y si quieres que te traiga una luz, será un real más.

—Tenga, le doy seis reales.

—¡Ah! ¿Te vas a quedar dos noches?

—De momento. Ya veré.

—Bueno, paisano, mientras me vayas pagando, yo encantada. Como si te quieres quedar hasta el día del juicio.

Aquella tarde me quedé allí. No sé si es que necesitaba descansar o que la ciudad, la gran ciudad que tanto había deseado conocer, me abrumaba. Era ya noche cerrada, casi de madrugada, cuando empezaron a venir los clientes, a los que llegaría a conocer en los días que estaban por venir: Senén era colillero; Augusta, billetera; Salustiano mendigaba sentado a la puerta de una iglesia, donde se arremangaba el pantalón para mostrar las llagas que le cubrían la pierna, y Hortensia, una anciana tan arrugada como la señora Carmeta, y probablemente igual de vieja, que un día me aseguró que hasta hacía poco había sido la manceba más solicitada del burdel donde vivía, hasta que la echaron a la calle, por vieja y por pelleja, porque ya no la solicitaba ningún cliente. Ahora pedía limosna junto a Salustiano el de las llagas, y a juzgar por cómo olía, todo lo que le daban, menos el real que le costaba la pernocta en casa de doña Carmeta, se lo debía de gastar en vino peleón. Aunque, la verdad, la mayoría de los usuarios de aquella casa de dormir olían parecido.

Yo tenía dinero como para vivir durante unos días, pero no muchos. Así que, tras dormir la primera noche en Madrid —vestido y con un ojo abierto—, al día siguiente me puse a buscar trabajo. El problema era ¿de qué?

Anduve deambulando sin rumbo fijo por las calles, mirando hacia arriba, a las fachadas, como un bobo. Tratando de no tropezar con la gente, muchísima, que también callejeaba, y procurando que no me atropellase algún carro de mulas, que

también eran muchísimos. Me asombró la cantidad de tiendas que había, de toda clase de productos, pero sobre todo me llamaron la atención las hueverías, las chocolaterías y las tiendas de telas. Muchas eran amplias y vistosas, con grandes escaparates de cristal donde se exhibía el producto, con fachadas de madera decorada con bonitos trabajos de ebanistería, zócalos de mármol y rematadas con rótulos en los que se anunciaba lo que se vendía en el interior y el nombre del dueño. Entré en un par de ellas a preguntar si necesitaban dependientes, contables o lo que fuera. En la primera, una tienda de paños finos, el tendero, que supongo sería también el propietario, me miró de arriba abajo, como si yo fuera una mula en la feria de ganado, y puso cara de estar viendo una mula vieja y coja, con sarna en las ancas y los dientes torcidos.

—Pero qué sabrás tú, destripaterrones, de paños finos y de atender a la clientela —dijo antes de echarme.

Entré en varias tiendas más, y cuando la excusa no era que ya disponían de personal suficiente, era que simplemente no estaban buscando a alguien como yo. Probé entonces suerte en restaurantes, pero me trataron con el mismo desprecio, y eso en los sitios en los que se dignaban a contestarme. Todos me miraban de arriba abajo como si fuera una mula, una mula que a todas luces no era lo bastante buena como para ser adquirida. Eso era Madrid, volví a pensar. La gran ciudad llena de oportunidades era, al fin y al cabo, menos acogedora de lo que había previsto. Pero no iba a desesperarme; todo era cuestión de perseverar. Por lo que me había contado un elegante viajero que había pernoctado en más de una ocasión en la fonda Sorolla, era sencillo encontrar trabajo en Madrid, en uno de sus múltiples talleres. Sin embargo, añadía, lo que hacían allá no era trabajo para un hombre. Ni para una mula. A veces, agregaba el caballero con teatralidad, ni siquiera para un perro. Y yo no me había escapado del trabajo en el campo para acabar

faenando en otro lugar infernal.

Tras una semana ofreciéndome en los comercios sin éxito, empezaba a replantearme lo de no caer en la desesperación.

—Ven conmigo y con Hortensia, hombre —solía insistirme Salustiano—. Cerca de la iglesia pasa gente de sobra como para conseguir limosnas para los tres. Eso sí, tendremos que buscarte alguna tara que conmueva a la gente. ¿Te importa si te arranco tres o cuatro dientes?

—Se lo agradezco mucho, don Salustiano, pero no he venido a Madrid para pedir caridad.

—Uy, ¿y qué tiene de malo la caridad? ¡Nos ha jorobado el crío este! ¿Lo has oído, Hortensia?

—Déjalo, es joven. Se le pasarán las manías —contestó la anciana desde su silla, sin darle la menor importancia a lo que sucedía.

—¡Y nada de «don»! ¡Salustiano a secas! ¿Qué se habrá creído, que somos todos unos señoritos?

Y el mendigo de las llagas desapareció, ofendido en lo más profundo, haciendo grandes aspavientos. En otras circunstancias no habría podido evitar reírme ante la hiperventilación del pobre hombre, pero en aquel entonces me resultaba imposible. Me quedaba dinero para un solo día, en la habitación común y sin ninguna luz extra, y ya me arrepentía de haber hecho semejante derroche desde mi llegada. Como no encontrara algo por la mañana, me tocaría soltar los prejuicios —y tal vez los dientes— con tal de ganar cuatro perras extendiendo la mano en las escaleras de la catedral.

—Algo encontrarás, hombre —terció Senén tratando en vano de alentarme.

—¿Algo digno? No estoy tan seguro. —No soy persona de desanimarme, pero siete días seguidos de sentirme como una mula rechazada habían conseguido tocarme la moral.

—Claro que sí.

—No se me ofenda, don Senén, pero es usted colillero. Su trabajo consiste en recoger los restos de los cigarrillos que los otros no han querido para revenderlos luego.

—¿Y? —preguntó, como tratando de revestir su oficio de una dignidad de la que claramente carecía.

No quería que otro adulto se me pusiera a gritar, enfadado conmigo por haber despreciado su trabajo, así que opté por poner punto final a la conversación.

—Nada. Creo que me voy a dormir. Y sí, tal vez hacerme colillero no sea tan mala opción —mentí para asegurar el tiro.

—¿Colillero? No, hombre, no hagas eso. Si yo fuera joven y fuerte como tú, me alistaría.

Había emprendido ya el camino hacia la habitación cuando esas palabras me hicieron retroceder.

—¿Alistarme, dice? ¿En qué?

—¿En qué va a ser, hombre? En el ejército. Buscan reclutas como locos. Augusta justo me decía el otro día que te quedaría la mar de bien el uniforme. Dan ropa, comida, cama y una soldada.

¿Daban ropa, comida, cama y dinero? ¿Y qué demonios hacía yo dando vueltas por las calles de Madrid?

—Claro que siempre hay el peligro —prosiguió el hombre— de que te manden al Rif con un fusil, para matar moros, o para que te maten ellos, pero ahora que el sultán de Marruecos ha capitulado y se ha firmado la paz en WadRas, la cosa está tranquila por allá. Y por acá, los militares se han quedado sin mucho que hacer, aparte de pulirse los botones de latón de la casaca. O jugar a la política, como ese general Prim.

Qué me importaban a mí el Rif, los moros, Wad-Ras y Prim. ¡Daban ropa, comida, cama y dinero! Me podría alejar por fin de esa pensión en la que pernoctar se volvía cada día más descorazonador. Habría besado a Senén, eternamente agradecido por su consejo, si el olor que desprendía no lo

hubiera desaconsejado con rotundidad.

Al día siguiente a primera hora, yo ya esperaba delante del cuartel general del Ejército de Tierra. Allí, tras un enorme portalón con el dintel de piedra labrada, se encontraba la oficina de reclutamiento, cerrada por una impresionante verja de hierro forjado. Tras ella, en el patio adoquinado, se había formado una cola de hombres jóvenes de más o menos mi edad que aguardaban turno delante de una mesa en la que se sentaba un oficial de puntiagudos y engominados bigotes, tocado con un quepis blanco con plumerillo enhiesto y vestido con un uniforme impecable. Reparé en que los botones dorados de la casaca refulgían al sol y recordé el comentario malicioso del colillero. Buena cosa, pensé entonces, porque si aquel oficial podía gastar tanto tiempo en pulirse los botones, poca faena más tenía que hacer. Me equivocaba, claro. Pronto aprendería que los oficiales no se pulen sus botones ni acharolan sus botas; para eso todos disponen de algún soldado raso que usar como criado. De uno como el que estaba a punto de convertirme yo.

Cuando por fin me llegó el turno, el oficial me hizo la misma pregunta que a todos:

—¿Nombre?

—Josepet Satorres, señor oficial.

—¿Giuseppe? ¿Eres italiano?

—No, señor. Aragonés. De Fraga.

—Vaya, otro maño. Y tan bruto como todos los demás, supongo.

—Hombre…

—Da igual —me interrumpió y se puso a escribir en el papel que tenía delante. Añadió mi nombre, o algo remotamente parecido, y cuando acabó, me alargó la pluma mojada en tinta.

—Toma, pon tu marca aquí, al lado de tu nombre. Tu nombre es el último de la lista.

—Sí, ya lo veo, señor oficial.

—Así que sabes leer. —Otro que mostraba sorpresa.

—Sí, señor oficial, pero yo no me llamo Giuseppe.

—¡Pon la marca donde te he dicho y deja paso al siguiente, Giuseppe!

La mayoría de los reclutas anteriores habían firmado con una cruz. Yo escribí mi nombre completo, rúbrica incluida, lo que llevó a una nueva mueca de asombro, y esta vez teñida también de incredulidad.

—Vaya. ¿Sabes escribir de verdad, Giuseppe, o solo sabes escribir tu nombre?

—Tengo estudios, señor oficial. Sé escribir, sé leer y conozco todas las reglas gramaticales.

—Eso está bien, lo tendré en cuenta. Ponte en aquella cola para que te den el uniforme.

Y así, tan fácil, entré en el ejército. Los primeros días, con la instrucción y todo eso, fueron un poco duros, no lo niego, pero pronto me aclimaté. Aunque tuviera que sudar para mantener bruñidos y brillantes no solo los botones de latón y las botas de charol de mi propio uniforme, sino también las del oficial que me ordenara limpiar el suyo, no me importaba. Tenía el techo y la manutención asegurados, y también un salario —o soldada— que sería modesto, aunque eso tampoco me quitaba el sueño. Dado que ya tenía todas mis necesidades cubiertas, lo que me daban era más que suficiente.

Al poco de instalarme en el cuartel, les escribí una carta a mis padres para decirles que estaba bien y que me había alistado. Dudé en si escribirle otra a Antònia explicándole la situación, porque contaba con que no me iba a responder, pero pudieron más las ganas y lo hice. En contra de mis previsiones, me contestó, y enseguida. En su carta me felicitaba por mi

decisión de alistarme en el servicio militar; me informaba de los chismes del pueblo, que muchos no eran, y afirmaba que, desde que me fui a la capital, llevándome conmigo mis manías de organizar bailes y saraos, todo era aún más aburrido allí. Empezamos a tomar la costumbre de cruzarnos una carta cada semana, y se convirtió en una de las rutinas más agradables que tenía en el ejército, esa institución tan llena de ellas.

Me convertí en soldado justo después del exilio de la reina Isabel II, que huyó por patas a Francia al estallar la revolución liberal que ha venido en llamarse «La Gloriosa» y que encabezaron los generales Prim y Serrano y el almirante Topete. Serrano había asumido la jefatura del gobierno provisional, en calidad de regente, y había convocado elecciones a Cortes Generales. Entre otras medidas liberalizadoras, había decretado el fin de las quintas de reclutamiento, motivo por el cual, en aquel momento, el ejército andaba tratando de reclutar mozos, porque ya no podía reclutarlos a la fuerza. Y esa había sido, precisamente, mi oportunidad.

El nuevo gobierno revolucionario redactó una constitución que satisfacía a los liberales y no molestaba mucho a los conservadores, por lo que la cosa política se calmó bastante. Aunque no me faltaron sustos. Sin ir más lejos, estuve a punto de tener que embarcarme para pegar tiros en Cuba, que había aprovechado el estallido de La Gloriosa en la península para declarar la independencia. Parece ser que a los potentados catalanes que controlaban el cotarro por allí no les gustaba que la metrópoli les impusiera la abolición de la esclavitud porque, claro, toda la mano de obra que cultivaba sus campos de caña y trabajaba en sus ingenios azucareros y en sus destilerías de ron eran esclavos negros, y no estaban dispuestos a perderlos, menos aún a tener que pagarles un salario, ¡habrase visto!

La cosa no llegó tan lejos como para que tuviera que poner

rumbo a la isla, pero la cuestión cubana estuvo dando la lata durante todo el tiempo que pasé en el ejército. Tanto, que se volvieron a decretar quintas. Hacían falta soldados por si había que ir al Caribe a defender la unidad de la patria, y fue entonces cuando las clases populares en España se volvieron a encabronar. Hubo muchas manifestaciones de madres pidiendo la supresión de ese sistema que captaba a un quinto de los hombres en edad para estar en el ejército, pero que permitía pagar para salvarse, cosa que en la práctica hacía que los únicos que estaban obligados a ir fueran los pobres. En alguna ocasión tuvimos que salir del cuartel, fusil en mano, para disolverlas. Y eso fue un deber bastante desagradable, porque a aquellas mujeres vociferantes se las podía entender a la perfección. Seguro que mi propia madre se hubiera unido a ellas de no ser porque yo había entrado en el ejército voluntariamente. Pero, en conjunto, en Madrid, como soldado, y salvo algún que otro susto como los que acabo de relatar, disfruté de bastante tranquilidad.

Las tardes que tenía permiso, con el dinero de la soldada en el bolsillo, me dedicaba a explorar la ciudad, aquella inmensa colmena. Pronto me familiaricé con el entramado de tranvías: unos vagones tirados por mulas, aunque algunos había de vapor, que circulaban por raíles, a lo largo de las calles y en los que, por unos pocos céntimos, podía recorrer con bastante rapidez aquella inmensidad de edificios y gente.

La noche madrileña me cautivó inmediatamente; aquello era otro mundo. Porque Madrid no duerme nunca, vive tanto de noche como de día; casi más de noche. Había multitud de teatros, tascas, cafés, espectáculos y verbenas en los barrios donde se podía bailar con una orquesta. Las tascas cerraban a las tres de la madrugada y abrían de nuevo tres horas más tarde, a las seis, para que los trabajadores más mañaneros se desayunaran su cazalla. Así que, en la práctica, podías pasarte

toda la noche de sitio en sitio.

La noche también tenía su cara sórdida. Las calles estaban llenas de arrapiezos que mendigaban o robaban y de prostitutas que no oficiaban en las casas de lenocinio. Eran las llamadas «clandestinas», las prostitutas que no tenían carnet y no pasaban reconocimientos médicos, como sí lo hacían las de las casas de tolerancia. Solían dormir en la calle, y en la misma calle abordaban a los posibles clientes; o en los espectáculos, o en los tugurios de los barrios bajos. Y en la calle remataban su labor, al abrigo de algún soportal o en algún rincón oscuro. Eran mujeres de rostros enfermizos y dientes estropeados; muchas de ellas —diría yo que la mayoría— habían formado parte del servicio de alguna casa. Un desliz con el señorito, que había devenido en un embarazo no deseado, había provocado que las despidieran echándolas a la fría calle. Allí, caídas en desgracia, sin posibilidad de encontrar otro trabajo y con un niño a su cargo —muchos de aquellos pilletes sucios que vagaban por las calles mendigando o cometiendo pequeños latrocinios eran hijos de prostitutas— acababan ejerciendo aquel triste oficio.

Había otras prostitutas de más alta categoría; a esas a veces se las veía en los cafés, como, por ejemplo, el Fornos, que tenía unos reservados numerados en el entresuelo. Allí solían reunirse los tertulianos, pero también podían servir para otros menesteres. Había una, muy famosa porque se había teñido el pelo de rubio, una cosa insólita, que se llamaba la Nunciata. También era muy conocida la Juaneca, muy pálida porque acostumbraba a consumir mucha morfina. Una vez, dos de ellas, Lolita la de las Canas y Paz de Villavicencio, se batieron a duelo con florete, no sé por qué motivo. Solo sé que el duelo tuvo lugar junto a la estatua del Ángel Caído, en el Parque del Retiro; que ambas contendientes se enfrentaron a pecho desnudo, como era costumbre para evitar que los cortes se

pudieran infectar al tocar la ropa, y que el lance fue comentadísimo por toda la ciudad. Durante semanas no se habló de otra cosa por las tabernas y los cafés. A veces le contaba esas cosas a Antònia en mis cartas y ella, lejos de escandalizarse, me respondía que se divertía mucho leyéndome. Que recibir mis cartas era mejor que leer una novela, llegó a escribir en alguna de las suyas. A mí me agradaba responder a sus misivas y explicarle cómo era Madrid, mis experiencias en la ciudad. Aunque no las compartía todas con ella, desde luego.

Pronto aprendí a bailar el chotis, que era muy popular. También había muchos salones de baile, siempre abiertos hasta altas horas de la madrugada y siempre rebullentes de público variopinto. Me llamó mucho la atención un salón conocido como el Baile de Capellanes, ubicado en un antiguo edificio en la calle de Capellanes, la llamada «Casa de la Misericordia», ya que, en tiempos de los Austrias, había sido un establecimiento de beneficencia. Pero si la calle en la que se abría era triste y oscura, el interior era todo luz, lujo, música y alegría. Cuando yo lo conocí, habían techado el gran patio central y por doquier había multitud de espejos y lámparas de araña. Allí acudían personas de toda clase y condición, pues no se hacía ningún tipo de distinción, y los grandes señores, disfrazados para las fiestas de carnaval, bailaban con los criados. Fue uno de los primeros locales de Madrid en el que empezó a bailarse el cancán, importado de Francia, que escandalizaba a las gentes de bien y, sobre todo, a los curas.

Mientras yo estuve en Madrid, la Casa de la Misericordia se convirtió en el primer café teatro de la ciudad con apenas unos ligeros cambios tales como un pequeño escenario y la instalación de una cantina; de este modo pasó a llamarse café teatro de Capellanes. El salón de espectáculos recién reconvertido se ubicó en ese antiguo patio techado, por lo que

el visionado de las representaciones se veía entorpecido por las columnas que lo sostenían, aunque eso no empeoraba en absoluto el humor de los espectadores, que más tarde se lanzaban con ganas al gran baile que anunciaba el final de la noche.

En cuanto a los cafés, donde muchas veces también actuaban músicos, los había por todas partes. Los más célebres eran el Café del Parnasillo, el de Fornos, en la calle Virgen de los Peligros, y el Café Suizo, en la confluencia entre las calles Alcalá y Sevilla, donde servían unos bollitos a los que la gente había bautizado como el café donde se suministraban: «bollos suizos».

Pero de todos los cafés, el más destartalado, sombrío y solitario era, sin duda alguna, el situado en la planta baja de la casita contigua al Teatro del Príncipe, y que en virtud de tal vecindad vino en ser conocido como Café del Príncipe, aunque, propiamente, no tenía ningún nombre. Pues bien, a pesar de todas estas condiciones negativas, y tal vez a causa de ellas mismas, este miserable tugurio, sombrío y desierto llamó la atención y obtuvo la preferencia de los jóvenes poetas, literatos, artistas y aficionados. Allí echaba yo muchas noches. Y allí, en la trastienda, podía dedicarme a otra de mis pasiones: los juegos de cartas. No solo al tute, como ya jugaba en Fraga. En aquel sitio aprendí otro juego apasionante: el póquer, traído de Francia, como el cancán. Se jugaba con una baraja diferente, la llamada «baraja francesa», con la que me costó un poco familiarizarme al principio, y se hacían apuestas, a veces muy fuertes. Eso estaba prohibido, por supuesto, pero las autoridades hacían la vista gorda. Otra de las cosas que descubrí fue que, desperdigados por todo Madrid, además de cafés, tascas, teatros y bailes, se podían encontrar fácilmente timbas en las que participar. Y yo participaba. A veces, en alguna de las que se organizaban en los reservados numerados

del entresuelo del café que he mencionado antes; otras, en lugares más lóbregos, donde las apuestas eran más altas y el juego, más emocionante. Así era la que se celebraba, de vez en cuando, en el susodicho Café del Príncipe. Allí conocí a gente de muy mala catadura. Como Demetrio el Piojo, un habitual. Era este un individuo muy bajito y menudo —quizá de ahí le venía el apodo— que, vistiera como vistiera, siempre llevaba el mismo bombín color canela, el mismo fular amarillo anudado al cuello, un mondadientes colgando de la comisura de la boca (espero que no fuera siempre el mismo) y un garrote nudoso que era casi más alto que él.

Como les sucede a muchos hombres bajitos, el Piojo compensaba su corta estatura con una perenne actitud chulesca y agresiva. A la mínima ofensa, fuera esta real o imaginada, se erguía sobre los talones y empezaba a gritar mientras hacía molinetes en el aire con aquel garrote enorme y lleno de nudos; molinetes que no pocas veces finalizaban en una finta en la que el extremo del garrote percutía contra la cabeza de un infeliz que había cometido el gravísimo error de insolentársele, o el más grave aún de haberle llamado «piojo» a la cara. Y no digamos ya si hubiera hecho cualquier alusión a su corta estatura, porque entonces el infeliz acababa descalabrado y en el hospital, seguro.

Si su oponente evitaba el garrote, o se lo quitaba de las manos, como una vez vi hacer a un señorito atildado de notable estatura y más notable agilidad, el Piojo sacaba, con un chasquido, una navaja de resorte con una hoja de dos palmos. Y si resultaba ser un tipo peleón con suficiente agilidad y arrojo como para librarse de los navajazos y seguir plantándole cara, el Piojo se metía dos dedos en la boca y silbaba como un cabrero, llamando así a la pelea a su sicario Tres Quintales. Y ahí acababa toda pendencia, porque Tres Quintales era un gigante con unas manos como hogazas de pan y el cuello como

un toro de lidia que medía, como poco, dos varas y media de estatura y una vara de hombro a hombro.[2] Se decía que había sido mozo de cuerda, pero que una vez, subiendo un piano a un quinto piso, se le había caído en la cabeza dejándolo lelo. Lelo lo era, desde luego, aunque yo tengo para mí que quizá nació así. Sea como fuere, tampoco hace falta mucha inteligencia para machacar a alguien con aquellas manos como panes, que cuando se cerraban en puños parecían martillos pilones.

Aquellas manos inmensas, aquellos puños masivos, los usaba Tres Quintales, sobre todo, contra los que le debían dinero al Piojo y no pagaban a tiempo. Porque este, que era un jugador empedernido, más del póquer que del tute, rara vez perdía una partida y se dedicaba a prestar dinero a quienes no tenían esa suerte, a un interés muy usurero. En vez de el Piojo, deberían llamarle «la Sanguijuela». Yo mismo, en una ocasión en que iba apurado en una partida, cometí el error de pedirle prestadas dos pesetas para tener algo con que remontar. Y no remonté.

—Pues me tienes que devolver lo prestado la semana que viene, mañico. Y con el interés correspondiente —me dijo el Piojo.

Al instante observé cómo Tres Quintales, sentado en una silla en un rincón, flexionaba aquellas manazas enormes. Tragué saliva y asentí.

La semana siguiente, sin embargo, solo había conseguido reunir una peseta. Se la entregué al Piojo. Él se la guardó y dijo:

—Esto son los intereses de esta semana. La deuda queda para la siguiente.

—Pero si eso ya es la mitad de la deuda —repuse yo.

—No, mañico, solo son los intereses.

Desde entonces, semana tras semana, el Piojo me iba

sangrando, sin que yo lograra nunca deshacerme de la deuda. Y eso que muchas noches me levantaba de la mesa de juego con mucho dinero, pero no eran pocas las que lo hacía pelado como una rata. Y, casi siempre, con el tiempo justo para volver al cuartel para el toque de diana.

—¿Qué, Giuseppe? ¿Otra noche que has empalmado? —me decía el sargento, con cara de sorna, al verme en la formación con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados, en precario equilibrio en la posición de firmes, porque me caía de sueño.

Tuve la suerte de que, al poco de acabar la instrucción, el coronel Eugenio Padrós, un militar catalán que estaba a cargo de abastos e intendencia, viniera a preguntar si había algún recluta con estudios suficientes como para hacer de secretario. Cosa que no era frecuente, porque la gran mayoría de mis compañeros eran analfabetos, salvo unos pocos que sabían leer lo justito.

—Giuseppe el maño sabe escribir y echar las cuentas, mi coronel —recuerdo que le dijo entonces el sargento.

El coronel me miró. Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, con un gran mostacho gris de largas guías puntiagudas.

—¿Tiene nombre italiano, pero es maño? —preguntó.

—Me llamo Josepet, mi coronel. Pero aquí me han bautizado como Giuseppe. Soy de Fraga.

—Mala pinta tienes, Giuseppe de Fraga. Esas ojeras te llegan hasta el suelo. ¿Estás enfermo?

—Es que no duerme, mi coronel —intervino el sargento—. Este, en cuanto tiene pase, se va a quemar la noche. Tiene esa cara porque las noches las pasa de claro en claro y los días, de turbio en turbio, como don Quijote, pero no por leer, sino por pendonear. No debe haber tasca, café o baile que no haya pisado. Del poco dormir y del mucho pendonear se le va a secar el cerebro, como al ingenioso hidalgo. Y, como él,

también escribe; más de una vez le he encontrado dormido sobre un papel, con la pluma en la mano.

—Vaya, vaya. Así que eres un punto filipino, Giuseppe de Fraga.

—No, mi coronel. Soy buena gente. Es solo que me gusta divertirme.

—Y eso que escribes, ¿qué es?

—Cartas, mi coronel. Le escribo a una chica de mi pueblo que se llama Antònia.

—Ah. ¿Tu novia?

—Pues no lo sé muy bien, mi coronel. Me gustaría que lo fuera.

—¿Le escribes mucho?

—Una carta cada semana.

—Bueno, pues queda establecido que sabes escribir. Pero ¿qué sabes de cuentas, Giuseppe de Fraga?

—Sé sumar, restar, multiplicar, dividir, conozco la regla de tres, las operaciones con fracciones, el cálculo de superficies de figuras geométricas y el teorema de Pitágoras.

—Vive Dios. El teorema de Pitágoras, nada menos.

—Sí, mi coronel. Ese que dice que la suma de los cuadrados de los lados…

—Sí, sí, ya sé qué dice el teorema de Pitágoras. Está bien, a partir de ahora tienes un nuevo destino, en oficinas. Bajo mis órdenes directas.

—A sus órdenes, mi coronel. Es un honor.

—Eso ya lo veremos. Depende de cómo te comportes.

El primer encargo que me hizo el coronel fue ir al mercado de abastos a recoger una partida de carne de buey, con destino a las cocinas del regimiento. A tal menester llevé un carro tirado por mulas. El mayorista, tras ver mis credenciales, hizo que cargaran el carro con medias reses envueltas en sacos de arpillera, que previamente pesaba en una balanza como

comprobación, porque el pedido era al peso. Lo último que subieron fueron varias cajas llenas de cabezas de res descarnadas y pezuñas. Dos quintales de calaveras y pezuñas.

—Oiga, pero ¿esto qué es? No es lo acordado —le protesté al mayorista.

—Claro que es lo acordado. Es carne de buey.

—Esto no es carne, son desperdicios.

—Pero es buey, ¿no?

—Sí, pero…

—Tu coronel ya sabe de qué va esto. Pregúntale a él.

Me conformé, volví al cuartel con mi cargamento e hice que lo dejaran en las cocinas. En eso estábamos cuando el coronel vino a meter la nariz.

—¿Qué tal ha ido, Giuseppe?

—Muy bien, mi coronel.

—¿Has vigilado el peso?

—Sí, mi coronel. Está todo.

—Pero, oye, ¿y esto qué carajo es? —dijo el coronel señalando las cajas llenas de cabezas y pezuñas.

—Es parte del pedido, mi coronel. El mayorista me dijo que usted ya sabía…

—¿Qué coño voy a saber yo?

—Son dos quintales de buey, mi coronel. Completan el pedido de carne de buey que el ejército ha comprado. Está todo correcto.

—Todo correcto —repitió; casi le podía ver sonreír—. ¿Y tú así lo certificas?

—Por supuesto, mi coronel. Lo he pesado personalmente todo. El pedido está completo.

—Y si alguien te pregunta…

—Diré eso exactamente, mi coronel.

—Bien. Muy bien.

Y se marchó. Yo ya había adivinado qué significaba todo

aquello: el coronel había comprado aquellos dos quintales de desperdicios inaprovechables con dinero de los presupuestos del ejército, como si fueran carne. Y como carne se lo había facturado el mayorista. Seguro que después se repartían el dinero. El coronel me había puesto a prueba para saber si se podía fiar de mí. Y podía. A partir de entonces me lo gané y desde ese momento me libré del servicio de armas. Durante el día trabajaba en mi destino en oficinas, aunque lo de trabajar es un decir porque solo había algo que hacer de vez en cuando. Muchos días podía dormitar encima de los libros de cuentas abiertos sobre mi pupitre sin que nadie me molestara, y reponerme así de mis correrías noctámbulas.

—Vaya un calavera estás tú hecho, Giuseppe —me decía el coronel si alguna vez me pillaba durmiendo en la oficina. Pero lo decía riéndose.

—Calavera no, mi coronel. Es solo que me gusta el baile y la gresca.

—Ya. Y revolotear de noche más que a los murciélagos.

—Lo aprovecho, mi coronel, porque en mi pueblo no hay nada de esto. Allí, en cuanto cae el sol, todo queda oscuro y silencioso como una tumba. Es cuando las gallinas se van a dormir, y las personas también.

—Pues a fe mía que estás recuperando deprisa el tiempo perdido, Giuseppe. Por lo que dicen, no debe de haber tugurio ni tablao en Madrid que tú no conozcas.

—Pocos deben de quedar, mi coronel. Ahí le doy la razón.

—Pues mira, te voy a encargar una misión especial.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Estoy esperando la visita de un amigo mío, también catalán, como yo, que tiene que venir a pasar unos días aquí, en la Villa y Corte, por cosas de negocios. Quiere ver cómo son los cafés de Madrid y qué se bebe por las tabernas y los tugurios. Es que él es fabricante de espirituosos, ¿sabes?

—Sí, mi coronel. Le puedo pasear por los cafés de Madrid. Por mí, encantado.

—También me ha dicho que le gustaría aprovechar para divertirse un poco. Y ver flamenco, que parece que le encanta. ¿A ti te gusta el flamenco, Giuseppe?

—A mí me gusta todo lo que sea música y baile, mi coronel.

—Estupendo. Pues llévatelo alguna noche a algún café cantante bueno, y a escuchar flamenco y tomar unas copas.

—A sus órdenes, mi coronel.

En Madrid, los cafés cantantes eran cualquier cosa menos buenos. La gente bien de la ciudad los consideraba sedes del vicio, la prostitución y la delincuencia. A los más concurridos, como el de Naranjeros, El Brillante, La Marina, La Aduana, El Imparcial y El Paraíso, iba un público más fino, de señoritos sinvergüenzas y viejos verdes, pero allí se mezclaban sin apuro con los matones de barrio bajo, los jugadores de ventaja y las omnipresentes meretrices. Y con forasteros, muchos forasteros. Porque, para las gentes sencillas de pueblos y aldeas, el café cantante era, de la corte, la principal atracción.

Los locales de estos establecimientos solían ser todos iguales: una sala, decorada en tonos oscuros, amueblada con sillas desvencijadas y, para la clientela más selecta, divanes, con frecuencia con algún muelle fuera. En las paredes, unos cuantos espejos, para dar ilusión de amplitud, y en el punto más estratégico, un tablado, desde el que se divisaba toda la sala, y un mostrador. Por lo común, el cuadro artístico lo componían dos cantaoras, tres bailaoras, un tocador de guitarra, un cantaor y un bailaor. Ellas solían ir ataviadas con trajes de maja, mantón de Manila (imprescindible) y, en la cabeza, un tocado de flores, muchas flores. Ellos acostumbraban a vestir chaquetilla corta y pantalón de talle alto. Los sótanos de estos cafés cantantes estaban destinados a juergas. Terminado el espectáculo, las personas que gustaban

disfrutar a solas de los encantos de la flamenquería pedían vinos de marca y disfrutaban en privado de cuadros artísticos más picantes.

—¿Y de dónde de Cataluña es su amigo, mi coronel?

—De un pueblecito de la costa que se llama Badalona.

Pensé que me sería fácil deslumbrar a un catalán provinciano en cualquiera de esos locales.

El amigo del coronel resultó ser un señor muy distinguido, de pelo gris y cuidada y puntiaguda barba del mismo color, que se llamaba Vicente Bosch. Por lo que supe después, Bosch era un notario catalán, aunque jamás había ejercido su profesión. Su familia tenía negocios en las Américas, sobre todo en Estados Unidos, me dijo, pero él, con su hermano José, se habían asentado en Badalona y allí estaban construyendo una destilería. Afirmó poseer la receta para producir un licor de anís excelente.

—¿Sabe qué hace falta para hacer un buen licor de anís, amigo Josep?

Él sí sabía pronunciar bien mi nombre y siempre me llamaba Josep. De hecho, entre nosotros solíamos hablar en catalán si no había nadie más delante.

—No tengo ni idea, señor Bosch.

—Pues, en primer lugar, una buena matalahúva, que es de donde se saca el aceite esencial que le proporciona al licor su buqué característico. En segundo lugar, agua químicamente pura, que no añada sabores. Luego, jarabe de azúcar bien refinado y filtrado. Y para terminar, alcohol de buena calidad. Y de todo eso tengo en Badalona. Ahora mi hermano y yo instalaremos en la destilería unos buenos alambiques; de cobre, que son los mejores. Y en ellos fabricaremos el mejor licor de anís que se pueda encontrar en España. Mucho mejor que este.

Estábamos sentados alrededor de una mesa en un café cantante, no recuerdo cuál. Sí recuerdo, en cambio, que la

cantaora que estaba actuando en aquellos momentos, atacando unos fandanguillos de Huelva, era notablemente anciana. O al menos lo parecía. Y al decir lo que acababa de decir, el señor Bosch levantó la copita de anís Machaquito —muy popular en Madrid— y le dio un sorbo.

—¿Ve? Por ejemplo, este anís no está mal, la matalahúva se nota que es buena, pero hay por ahí unos saborcillos que no deberían estar. Seguro que le han añadido agua que no es pura.

Tras decir eso, el señor Bosch olisqueó el interior de la copa que recién había vaciado, como si fuera un clavel, y rezongó algo que no entendí, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Ya se ve que sabe usted mucho de esto.

—Es natural. Es mi pasión y la he convertido en mi forma de vida. No hay nada mejor en el mundo que vivir de tu pasión. ¿Y usted, amigo Josep? ¿Cuál es su pasión? ¿El ejército? ¿Quiere hacer la carrera militar?

—¡Uy, no, qué va! El ejército está bien, pero para mí es solo una manera de tener techo y comida. Mi pasión es… es…

Miré a mi alrededor, hacia el escenario, donde actuaba la vieja cantaora acompañada por un guitarrista. Luego hacia las otras mesas, donde la gente tomaba copas mientras seguía la actuación; donde la gente disfrutaba.

—Mi pasión es la música, el baile y el espectáculo —dije.

—¡Vaya! ¿Quiere usted ser artista, Josep? ¿Quiere subirse a un escenario?

Reflexioné la respuesta. Aunque no había mucho que reflexionar, pues había pensado en ello muchas veces.

—No. No exactamente. Lo que me gustaría es hacer bailar a la gente, entretenerla, hacerla feliz, al menos por unas horas. Me gustaría llevar un café cantante y un gran salón con espectáculo, música y baile. Esa es mi pasión, señor Bosch.

—Es un buen proyecto. Pero aquí en Madrid, por lo que me lleva enseñado, va a tener usted mucha competencia…

—Ya lo sé, y eso me echa para atrás, pero ¿dónde lo voy a montar, si no? ¿En Fraga?

Pronuncié el nombre de mi pueblo con desprecio, y un segundo después comprendí que esa era la idea que había buscado toda mi vida. Repetí la palabra con un entusiasmo inusitado.

—¡En Fraga, claro!

Allí no tendría competencia, pero no era ese el motivo de mi frenesí. Me gustaba Madrid, pero en el fondo de mi corazón siempre había sabido que, en algún momento, regresaría a Fraga. Era solo que no quería hacerlo para deslomarme destripando terrones bajo el sol de los Monegros, como mi padre. Y, además, estaba Antònia, con quien llevaba tanto tiempo carteándome. En el mismo fondo de mi corazón sabía que quería volver con ella, que tenía ganas de que nuestro noviazgo epistolar —si es que noviazgo era— pasara a la siguiente fase. Además, quieras que no, allí en Madrid, sin familia, a veces me sentía un poco solo, a pesar de las amistades, del bullicio de la vida nocturna y del ambiente de camaradería con los compañeros de armas, en el cuartel. No era lo mismo. Y, de repente, esa idea lo ponía todo en su sitio.

La verdad es que en Fraga siempre se había bailado mucho, pero en aquella época no contaba con ningún local en condiciones para hacerlo, ni mucho menos para que diera dinero. Se bailaba en casa del Sastre, el del Palomar, en medio de la calle enfrente de casa la Punxona o en la taberna de la Catarra del Banco para acabar debajo del Castillo o en pleno Segoñé con una música[3] compuesta solo por guitarras, bandurrias y algún acordeón. Se bailaban sobre todo jotas, y también fandangos; bailes tradicionales y aburridos, no como los que yo había contemplado en el salón Capellanes en la capital. No es por echarme flores, pero las sesiones de baile más memorables que yo recordaba en el pueblo eran las que yo

mismo había organizado a espaldas del alcalde en Cal Pedret. El repertorio musical, es cierto, no era ni muy variado ni muy lucido; estaba compuesto, básicamente, por las sempiternas jotas, más alguna polca y algún vals. Pero era el único local de Fraga donde los jóvenes podían bailar sin estar en la parte trasera de las tabernas o a la intemperie. Pronto, el salón de baile de Cal Pedret adquirió popularidad, aunque la gente no lo llamaba así. Lo llamaban «el Ball de Cabres», porque el corral de Cal Pedret estaba allí mismo y a media tarde, cuando el pastor volvía del campo para meter las cabras, el rebaño pasaba por mitad del salón, por entre los danzantes. Y ahí se solía acabar el baile, claro está. Pero si un local improvisado ya había funcionado, un sitio específicamente diseñado para ese fin, y encima al lado de un gran café, sería un éxito.

—Aunque… montar un café en Fraga es una locura —objeté yo mismo.

—¿Y por qué? —replicó Bosch—. A veces me he parado con la diligencia a hacer noche y no hay nada con cara y ojos donde pasar un buen rato. Para mí es una idea excelente.

—Lo sería si no fuera por la sociedad tan tradicional que existe allí. No, no lo van a tolerar.

Yo mismo le estaba echando toneladas de agua al vino, pero el comerciante catalán no pensaba permitir que siguiera arruinando mi propio plan.

—No solo van a tener que tolerarlo, sino que va a ser el mejor café de la zona gracias a los buenos licores y espirituosos que ofrecerá usted allí.

Eso captó definitivamente mi atención y me mejoró el humor. ¿Me estaba proponiendo lo que yo creía?

—¿Permitirá que sirva sus anisados?

—Ahí quería llegar. Si algún día abre ese café concierto en su pueblo, venga a buscarme. *Farem negoci plegats*.

Ese Bosch me empezaba a gustar.

Pedimos otra ronda para brindar por el proyecto.

—En fin… —dijo el catalán tras haber chocado copas—, dejemos ya de hablar de negocios, que aquí hemos venido a divertirnos, y este lugar no es demasiado divertido… ¿Es que en este tablao no tienen muchachas lozanas? Esa mujer parece más vieja que mi abuela.

—Canta bien.

—No ofende a los oídos. Pero a la vista, muchísimo.

—Bueno, hay otros tablaos. Madrid está lleno de ellos.

—Oiga, Josep, en confianza… A mí me han dicho que hay tablaos donde las bailaoras bailan desnudas.

—Sí, yo también lo he oído. Pero no lo he visto nunca. Se comenta que no están al alcance de cualquiera. Que esos espectáculos solo se hacen a puerta cerrada, para marqueses y otra gente importante, que pagan por tener una fiesta privada para ellos y sus amigos…

—Y para que se desnuden las bailaoras.

—Eso dicen.

Si el éxito de la noche dependía de encontrar uno de esos sitios, andábamos apañados, porque ni los conocía ni me interesaban demasiado las fiestas en las que solo entraba la alta sociedad. Por suerte, Bosch estaba tan ávido de experiencias que las alternativas le parecían aceptables. Le llevé al baile de la Casa de la Misericordia y al Café del Príncipe, a ver si veíamos algún tertuliano famoso. Y lo vimos. O, al menos, él lo vio: en una mesa de un rincón había dos jóvenes de larga melena y retorcido bigotillo, con una botella de chinchón. Uno de ellos pintaba en unas cuartillas con unas acuarelas que tenía sobre la mesa; el otro escribía.

—Fíjese, amigo Josep —me susurró el señor Bosch al oído, con cierta emoción—, aquel que está allí escribiendo es Gustavo Adolfo Bécquer, el joven poeta.

—Y usted ¿cómo lo sabe? ¿Le conoce?

—¡Qué va! Es igualito al retrato que viene en un librito de poemas suyos que poseo. Y el que está dibujando debe de ser su hermano Valeriano, que es pintor.

Observé con más atención a los dos hombres. Era verdad que guardaban cierto parecido. Bien podrían ser hermanos.

—Me pregunto qué estará escribiendo el uno y pintando el otro. ¿Cree usted que sería de mala educación ir a su mesa a presentarnos y preguntarles?

—Quizá sí. Parece que prefieran estar a solas con su arte —respondí yo, porque me había dado cuenta de que, cada vez que se acercaba el camarero, el Bécquer pintor escondía la lámina que estaba dibujando bajo la carpeta que tenía a su lado, sobre la mesa, y el Bécquer poeta tapaba con la mano lo que fuera que estaba escribiendo.

Varios años después, estando yo de vuelta en Fraga, el azar, que es muy guasón, me llevaría a enterarme de qué estaban escribiendo el uno y pintando el otro en aquel momento: unas acuarelas pornográficas, con rimas alusivas, en las que se hacía escarnio de la reina, su marido y diversos personajes de la corte y que se vendían bajo mano, con el título de *Los Borbones en pelota*. Pero eso es otra historia, que nada tiene que ver con esta.

El señor Bosch tenía muchas ganas de aprovechar la noche y me preguntó qué más solía hacer en mis salidas noctámbulas. Jugar a las cartas, repuse. Aunque hacía tiempo que no me sumaba a ninguna partida, no porque le hubiera perdido el gusto, sino porque no quería encontrarme con el Piojo. Aún le debía dinero. Y empezaba a temer los puños de Tres Quintales.

—¿No corremos peligro de que nos detenga la policía?

—¿Usted juega?

—Al tute, a veces. En el casino de Vic. Y al póquer, cuando estaba en América. Allá es muy popular.

—Y, en el casino de Vic, ¿le ha detenido alguna vez la

policía?

—No, nunca. Hacen la vista gorda. Es que aquello es pequeño y nos conocemos todos. Pero aquí, en la gran ciudad…

—Aquí, más de una vez he estado jugando en la misma mesa que un ministro y un comisario de policía de uniforme. Créame, no corremos más peligro de que nos detengan por juego ilegal aquí que en Vic. ¿Le apetece una partidita? —sugerí con animación olvidando por un momento los potenciales peligros.

—Pues no le diría yo que no.

Dicho y hecho. Por no ir a algún sitio donde me encontrara con el Piojo, lo llevé a la ruinosa Casa del Duende, en el paseo del Canal. A la sazón era un teatro: en un sótano lóbrego y agrietado por el paso de los años, actuaban saltimbanquis y prestidigitadores de lo más bajo del escalafón, de los que duermen al raso en el Retiro. También solían ejecutar números variados algunos vecinos aficionados.

El espectáculo era infame, ciertamente; pero en los camerinos que había tras las bambalinas solían organizarse partidas de tute y de póquer. Una oportuna propina deslizada en la mano de la vieja que, sentada en una silla de mimbre, custodiaba la puerta de acceso al trascenio le sirvió como motivación para informarnos de en qué camerinos había partida aquella noche; una propina más la hizo acordarse de quién las organizaba —y, para mi alivio, ninguno era el Piojo, porque, como ya he dicho, él solía operar en el Príncipe—. Había dos partidas en marcha en dos camerinos diferentes; una de tute y otra de póquer. Esta última la organizaba el Goyito, un chulángano que se ganaba la vida de forma parecida al Piojo, y asistían un par de indianos catalanes, recién llegados de Cuba, con los bolsillos llenos de plata. En aquella partida, nos informó la vieja, se estaba apostando muy fuerte. El señor Bosch y yo intercambiamos una mirada, y de esa forma

acordamos, sin cruzar palabra, que era a esa partida a la que íbamos a asistir.

Al entrar en el camerino vimos la mesa redonda alrededor de la que se agolpaban los jugadores. Los dos indianos eran fáciles de distinguir porque ambos estaban muy morenos y vestían trajes de color claro, con aspecto de ser muy caros.

Sin embargo, entre ellos se sentaba un jugador al que no esperaba, ni deseaba, encontrarme allí. Ni en ningún otro sitio, por cierto. Porque entre los dos hombres, tostados por el sol del Caribe y vestidos de claro, se veía la figura canija, tocada por un bombín color canela y con un pañuelo amarillo al cuello, del Piojo.

—¡Hombre, pero si es el maño! ¿Vienes a saldar deudas? —dijo nada más verme.

Luego me enteraría de qué había pasado: el Piojo estaba expandiendo el negocio y le había comprado la partida al Goyito, precisamente aquella noche. Perra suerte la mía. Aunque, en el fondo, quizá fuera aquel un golpe afortunado, como se verá por lo que sucedió a continuación.

Me giré, dispuesto a abrir la puerta y echar a correr tan deprisa como me lo permitieran las piernas, pero me estrellé contra lo que parecía una pared de ladrillo y resultó ser el pecho de Tres Quintales. Sin darme tiempo a recuperarme del golpe, que fue de órdago, me agarró por el cuello con una de sus manazas y me levantó en vilo, hasta donde no lograba rozar el suelo con las puntas de los pies. El Piojo se levantó de la mesa, le dijo a una mujer que por allí rondaba que le vigilara las cartas y se acercó.

—¿Dónde está mi dinero, maño?

—¡Esto es un atropello! ¡Suelte usted a mi amigo inmediatamente! —intervino el señor Bosch, indignado, agitando su bastón ante la cara de Tres Quintales. Era un buen bastón, de caña, con pomo de marfil en forma de cabeza de

galgo. Tres Quintales lo atrapó con la mano que le quedaba libre —es decir, con la que no me estaba agarrando en vilo por el cuello— y con esa sola mano lo quebró en dos, como si fuera un mondadientes. Aquella demostración de fuerza impresionó al señor Bosch y le dejó callado.

—Usted no se meta, *mesié* —le interpeló el Piojo—. Esto es un asunto entre el maño y yo.

—Josep, ¿quién es este… caballero?

—Este caballero está cristianizado como Demetrio, señor Bosch. Nunca supe cómo se apellida —dije, con cierta dificultad, por encima de la manaza de Tres Quintales.

—Borrego Quintela, maño.

—Pues eso, Demetrio Borrego Quintela. Aunque por aquí mucha gente le llama el Piojo.

—Eh, no te pases, maño. No te pases ni un pelo. Que a mí nadie me llama eso a la cara y vive para contarlo.

—Yo no te lo llamo, Demetrio. Solo digo que hay gente que te lo llama.

—¿Le debe usted dinero al señor Piojo?

—¡Eh! ¿Qué se ha creído, *mesié*? ¿Quiere que lo raje como a una sandía?

—No sé por qué me llama *mesié*.

—Pues por el acento, *mesié*.

—No soy francés. Soy catalán.

—Y yo que me alegro. Pronto va a ser un catalán rajado como una sandía.

—¿Cuánto le debe mi amigo Josep?

—Diez reales me debe.

—Deudas de juego, señor Bosch.

—Exacto. Y ya sabes cuáles son las normas de la casa: si no pagas, cobras.

—Yo respondo por él. —Y diciendo esto, Bosch sacó la cartera, contó unos billetes y se los alargó al Piojo—. ¿Diez

reales ha dicho usted?

El Piojo miró primero los billetes y luego con avidez la cartera, que Bosch estaba haciendo desaparecer en el interior de su chaqueta.

—Más intereses —soltó entonces el Piojo.

—¿A cuánto ascienden esos intereses?

—A dos reales.

—Eso no son intereses, eso es un abuso en toda regla.

—Es lo que hay, *mesié* señor catalán.

—Muy bien.

Bosch volvió a sacar la cartera, cogió otro billete y se lo alargó al Piojo.

—Me he equivocado. Son cuatro reales.

—¿En qué quedamos? ¿Es que no sabe usted contar? Así no se lleva un negocio, señor mío.

—Yo llevo mi negocio como me da la gana, *mesié* señor catalán. O afloja otro real o aquí mi compadre Tres Quintales le rompe un hueso a su compadre el maño.

El señor Bosch separó otro billete del fajo y se lo entregó al Piojo.

—¿Está todo pagado ahora? —dijo Bosch.

—Eso parece —respondió el Piojo.

—¿Puede mandarle a ese oso que suelte a mi amigo, por favor?

—Tres Quintales, deja al maño en el suelo.

Tres Quintales obedeció sin hacer una mueca —a aquel enorme pedazo de carne lo mismo le daba arre que so— y yo me vi de nuevo con los pies en el suelo y el cuello libre del cepo de su manaza.

—Gracias, señor Bosch. Le prometo que le devolveré hasta el último céntimo.

—No se preocupe, amigo Josep, que ya nos arreglaremos.

—¿Quiere entrar en la partida?

—No, se me han quitado las ganas de jugar. Salgamos.

Salimos. Por indicación de Bosch nos sentamos un rato en la platea, para ver a los prestidigitadores convertir pañuelos en palomas y oír cantar a las tonadilleras que, junto con payasos y saltimbanquis, se iban sucediendo sobre el escenario. Estuvimos como una hora, hasta que vimos salir al Piojo y a su sombra Tres Quintales por la puerta de acceso al trascenio. Ellos no nos vieron a nosotros y se dirigieron hacia la puerta que daba a la calle. Bosch entonces sacó otro billete del bolsillo, lo dobló en varios pliegues y me lo alargó indicándome que lo guardara en un bolsillo recóndito.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ya lo verá —respondió—. Ahora vamos; si no, los vamos a perder.

Y se marchó en la misma dirección en que habían desaparecido el Piojo y Tres Quintales. Yo le seguí, intrigado.

Era de madrugada y fuera la noche era negra como la tinta. Las llamitas de las farolas hacían lo que podían por dispersar la negrura a ras de suelo. Esa oscuridad nos permitió seguir al Piojo y a Tres Quintales a distancia, sin ser vistos, hasta que se pararon a la puerta de una botillería para conversar con dos hombres que allí bebían y fumaban.

—Ahora debemos buscar a un guardia, amigo Josep —dijo Bosch.

—¿A un guardia? ¿Ahora? ¿Por qué? —pregunté.

—Aguarde y lo descubrirá. ¿No habrá ninguno por aquí cerca?

Dio la casualidad de que sí, de que al fondo de la calle, bajo la luz de una farola, distinguí la silueta uniformada de un oficial. Se lo señalé a Bosch y para allí que nos fuimos.

—Usted sígame la corriente —me susurró mientras nos acercábamos hacia él.

Cuando estuvimos a una distancia suficiente, empezó a

interpelarlo a gritos:

—¡Señor oficial! ¡Señor oficial! ¡Socórranos, se lo ruego!

El guardia, que ya nos había visto, saludó a Bosch militarmente y se acercó. El catalán le dijo que nos acababan de atracar en la calle dos individuos malencarados y que le habían robado el dinero.

—Catorce reales nos han sustraído esos desaprensivos, señor oficial. Intentamos defendernos, por supuesto. Yo la emprendí a bastonazos con el más grande, pero es tan bestia que se me rompió el bastón en sus costillas sin que él acusara los golpes. Mire, mire. —Y le enseñó el bastón partido en dos trozos por la manaza de Tres Quintales que se había preocupado en conservar.

—Mi amigo es testigo de que lo que digo es cierto —añadió Bosch señalándome.

Yo cabeceé en asentimiento, aunque no las tenía todas conmigo. A ver en qué acababa eso.

—Veo que no le han quitado el reloj, señor —observó el guardia—. Lo que es extraño porque es de lo primero que guindan.

—Pues no —repuso Bosch—. Se conoce que iban con prisa. Además, catorce reales…

—Sí, es dinero, pero el dinero no tiene cara ni dueño. Sería más fácil si le hubieran robado el reloj y los pilláramos con él en su posesión. Así, usted podría identificarlo como suyo…

—Pero es que puedo identificar los billetes que me han robado como míos, señor oficial.

—¿Qué me dice? ¿Cómo?

—Verá… se lo mostraré. Amigo Josep, ¿puede usted devolverme ese billete que le di antes? Ese que usted lleva tan bien guardado y no le pillaron los ladrones…

Del bolsillo del chaleco saqué el billete doblado en ocho y se lo alargué. Bosch empezó a desdoblarlo ante las narices del

guardia.

—Fíjese, señor guardia. Yo siempre tomo la precaución de escribir mis iniciales en una esquina de los billetes que llevo encima. Por si acaso, ¿sabe usted?

Efectivamente, en una esquina del billete había escritas a mano, con un lápiz, una diminuta V y una aún más diminuta B. Ambas letras, por menudas y por marginales, podían pasar desapercibidas a un vistazo descuidado.

—Todos los billetes que esos desalmados me han robado están así marcados, señor oficial. Y, además, sabemos dónde están esos pillastres. Los hemos visto detenerse en la botillería que está abriendo allí, a la vuelta de esa esquina.

El guardia se tragó el cuento. Desenfundó la porra que llevaba al cinto y se dirigió a la botillería, donde dejó que Bosch identificara al Piojo y a Tres Quintales, y se encaró con ellos. Titubeó un poco al ver el volumen de este último, pero el Piojo no iba a dejar que su guardaespaldas cascara a un guardia. Eso sería muy peligroso. Aun así, se notaba que el guardia no las tenía todas consigo, porque tocó su silbato pidiendo ayuda. Les exigió a ambos que le mostraran el contenido de sus bolsillos y en los del Piojo encontró los catorce reales de Bosch, marcados con sus iniciales. Como para entonces ya habían aparecido en la escena otros dos guardias, procedió a detenerlos, a él y a Tres Quintales, haciendo caso omiso de sus protestas.

—¡Le digo que ese *mesié* catalán me ha pagado con ese dinero una deuda!

—¿Qué clase de deuda?

—Una deuda de juego.

—Eso no es una deuda, Piojo. —Sí, el guardia conocía al Piojo. Todos los policías de Madrid debían de conocerlo—. Porque, como el juego está prohibido, las deudas de juego no existen.

—Bueno, en todo caso, no se lo he robado.

—Esto es ridículo, señor guardia —intervino Bosch—. Esta noche es la primera vez que pongo los pies en Madrid. ¿Cómo podría haber contraído una deuda, ni de juego, ni de ninguna otra clase, con este individuo? Insisto en que me ha robado.

Bosch tenía mucho poder de convicción, y con su ropa elegante y su aspecto distinguido y digno, los guardias se sintieron inclinados a tomar como buena su palabra. Además, les mostró sus credenciales de notario, lo cual también ayudó a que le creyeran, tanto como se sentían inclinados a desconfiar del gañán granujiento, al que ya sabían capaz de robar y de cosas peores.

—Tenga su dinero, caballero —dijo el guardia alargándole a Bosch los billetes recién incautados al Piojo—. Pero tendrá que acercarse por comisaría para rellenar la denuncia.

—Por supuesto, señor guardia. Eso haré, a primera hora, después de que salga el sol. Téngalo por seguro.

Se llevaron al Piojo, que se deshacía en blasfemias y maldiciones, y a Tres Quintales, que iba callado y sumiso, como suelen ir las grandes bestias cuando les colocas el yugo. Y nosotros nos marchamos camino a nuestros respectivos jergones. Ya habían sido suficientes emociones por una noche.

—¿Lo ve, amigo Josep? Le dije que ya lo arreglaríamos. Usted se ha librado de su deuda, yo he recuperado mi dinero, y ese indeseable va a pasar un tiempo a la sombra. Todos ganamos: usted, yo y hasta Madrid.

—Usted no ha ganado gran cosa. Como mucho, se ha quedado como estaba.

—¡Ah, no! ¿Y lo que me he divertido tomándole el pelo a ese *sapastre*? Ya sabe la importancia que les damos los catalanes al dinero como para permitir que nos los quiten, así que recuperarlos ha sido una aventura impagable.

A la mañana siguiente, el señor Bosch no fue a comisaría

para formalizar la denuncia. Al Piojo, en cambio, lo hicieron comparecer igualmente ante el juez, y como tenía algunas cuentas pendientes con la justicia, lo encarcelaron. Cinco años le cayeron. Eso es lo que se decía en la calle. Pasado ese tiempo, yo dejaría de sentirme seguro en Madrid, pero calculaba que, si todo iba bien, para entonces ya habría regresado a Fraga.

Bosch y yo volvimos a salir juntos la noche siguiente. No me tocaba permiso, pero él habló con mi coronel y lo arregló. Visitamos otro tablao y un salón de baile, y aunque fue sin duda una noche agradable, no fue ni por asomo tan inolvidable como la anterior. Al otro día le fui a despedir a la estación de ferrocarril porque volvía a casa. En aquellos años se acababa de inaugurar una línea que unía Madrid con Zaragoza. Una vez allí, una moderna compañía de diligencias se encargaba de seguir el viaje hasta Barcelona, a través del Camino Real, pasando por Fraga. Nos despedimos como buenos amigos y me hizo prometer de nuevo que, si cumplía mi sueño y montaba un café concierto en mi pueblo, fuera a contárselo.

Aquella noche escribí una carta extra a Antònia contándole mi aventura nocturna con el señor Bosch. A punto estuve de preguntarle también qué le parecía lo de montar un gran café en Fraga, pero de pronto lo que ayer veía como una gran idea, esa noche se me antojaba absurda. Volvieron las dudas. ¿Y si Antònia no quería saber nada más de mí? Conocía de sobra lo conservadores que eran en su familia, y mi propuesta supondría poco menos que la revolución. Nada, nada. Me limité a contarle mi aventura nocturna saltándome algunos detalles.

Unos meses después (para entonces yo ya llevaba como un año y medio en Madrid), el señor Bosch me envió a mi dirección en el cuartel, por correo postal, una afectuosa carta acompañada de un par de revistas ilustradas francesas. En la carta decía que recientemente había vuelto de un viaje a París,

y allí había comprado una botella de perfume para su mujer que le había dado una idea para el diseño de la botella de su anís. Algo había visto que le hizo pensar en mí, que lo buscara en las páginas tal y tal de dos revistas concretas. En las susodichas aparecían ilustraciones y explicaciones sobre un nuevo salón de baile que se había inaugurado en aquella ciudad. Lo habían bautizado como Le Grand Café Chinois porque el tejado sobre el segundo piso tenía forma de pagoda china. Las ilustraciones que acompañaban sendos artículos reproducían el edificio con detalle, y era magnífico.

La segunda planta era un gran salón de baile; la planta baja era café y teatro, y en él se representaban vodeviles y operetas bufas. Ahora que estoy escribiendo estas líneas, muchos años después, al Grand Café Chinois ya no se le llama así y ha perdido su remate en forma de pagoda china; ahora se le conoce como Le Bataclan, al parecer porque así se llamaba una opereta de Offenbach que allí se representó durante mucho tiempo, con mucho éxito, por cierto. Al leer todo aquello pensé: «Dos pisos con dos espacios para dos actividades distintas: el café abajo y el salón de baile arriba. Qué gran idea». De nuevo me vi arrastrado por el entusiasmo y me pasé tres días en una nube, fantaseando sobre cómo montaría mi propia versión de eso en Fraga. Y de nuevo llegó una noche en la que me sentí pequeño y ridículo y descarté la empresa.

Bosch no volvió por Madrid. Yo seguí con mi rutina, más tranquila ahora que el Piojo estaba en la cárcel y no corría peligro de encontrármelo. Al Tres Quintales sí que me lo encontré, un par de veces, pero sin el Piojo que le guiara era solo un cuerpo sin cabeza. Deambulaba por ahí sin rumbo ni propósito; incluso daba un poco de pena.

Yo seguía jugando, de vez en cuando, en las partidas del Goyito, pero había aprendido la lección y si perdía, perdía, pero no pedía prestado para financiar la remontada. Me

limitaba a volver a dormir al cuartel, con los bolsillos vacíos, sí, pero con la cama y la pitanza aseguradas. Y los días que no encontraba partida, o no tenía ganas de jugar, o no tenía ni un real para apostarlo a las cartas, hacía lo que más me gustaba: recorrer el Madrid nocturno. Sus cafés, sus teatros, sus salones de baile, sus tabernas con música…

Lo único que me estropeaba la alegría de vez en cuando era el pensamiento de que más temprano que tarde el Piojo volvería a estar en las calles, pero aún faltaba para eso. Podía disfrutar de Madrid todavía mucho tiempo más. Justo en eso pensaba cuando, en las oficinas del cuartel, se me acercó el brigada ordenanza con unos estadillos en la mano.

—Giuseppe, acabo de ver que se te acaba el año de recluta.

—Sí, mi brigada. Justo dentro de dos semanas. Si me hace el favor de prepararme los papeles para el reenganche…

—Es que eso no va a poder ser.

—¿Por qué no? Si ya lo hice el año pasado. Y el anterior…

—Pues por eso mismo, Giuseppe. Ya llevas aquí más de tres años, más los tres del servicio, y no puedes volver a reengancharte. Bueno, a menos que hubieras ascendido a sargento. Pero tú te has quedado en soldado raso.

—Claro, ¿cómo voy a hacer galones aquí, en la oficina? —Preferí argüir una excusa a confesar que es que no me interesaba en absoluto la carrera militar, ni de hecho nada que tuviera que ver con los militares, más allá de la cama y la comida que me daban.

—Pues hala, dentro de quince días entregas el uniforme y que te vaya bien de regreso a Italia, Giuseppe.

—No soy italiano, mi brigada. Soy aragonés.

—¿Aragonés de Aragón?

—De ahí suelen ser los aragoneses, mi brigada.

—¡Anda, la osa! ¿Cómo vas a ser aragonés si te llamas Giuseppe? En fin, vete a Aragón o a Italia o la Conchinchina,

me da igual, pero lo que es aquí no te puedes quedar.

Lo hablé con mi coronel, pero él me dijo que, sintiéndolo mucho, el reglamento era el reglamento (él, que se lo saltaba cada vez que le convenía), que muchas gracias por los servicios prestados, que me iba a echar mucho de menos, pero que tocaba volver a la vida civil.

—Además, ¿no tienes una novia por allí, esa a la que siempre le estás escribiendo cartas?

—Antònia. Sí, mi coronel.

—Bueno, pues ya va siendo hora de que le propongas matrimonio, ¿no crees? O al final te la va a robar otro botarate. O se quedará para vestir santos, y no creo que la pobre muchacha se lo merezca.

—Puede que tenga razón, mi coronel.

Antònia. ¿Qué le iba a decir en mi carta? ¿Que si volvía a Fraga era para montar un café, que, si no, prefería quedarme a pedir caridad en Madrid con Salustiano el de las llagas? De perdidos al río, y se lo dije. Me salté la parte del mendigo, pero planteé lo otro muy claramente, negro sobre blanco. Ella me contestó a los pocos días. Me temía lo peor. Pero, para mi sorpresa, me dijo que lo del café le parecía una idea estupenda, que por qué no volvía ya al pueblo para montarlo. Creo que fue justo entonces cuando decidí que no solo regresaría a Fraga de inmediato, sino que, en cuanto lo hiciera, la primera cosa que haría sería seguir el consejo del coronel y pedir a Antònia en matrimonio.

Cierto era que solo le había hablado del café y se me había… olvidado… mencionar la parte del baile. Pero ya he dicho que en su familia eran muy conservadores y eso de bailar estaba muy mal visto por toda aquella sociedad tradicional anquilosada en el pasado a la que pertenecían. En fin, yo pensaba hacerlo igualmente, pero ya me plantearía cómo cruzar ese puente cuando llegara a ese río.

Así que, dos semanas más tarde, entregué el uniforme, cobré la última soldada y me subí en la diligencia que recorría el Camino Real entre Madrid y Barcelona, con parada en Fraga.

Volvía a casa.

Fraga, de nuevo: el café Josepet

La diligencia me dejó delante de la fonda, en el mismo punto exacto donde me había recogido hacía seis años. Como si hubiera sido ayer, porque todo estaba exactamente igual. Lo único que había cambiado era yo. Mis padres ya sabían que venía, por supuesto; se lo había comunicado por carta, aunque muy a última hora, pero el correo, no sé cómo, viaja más deprisa que las personas y hasta que los caballos. Sin embargo, allí, frente a la fonda, no había nadie para recibirme. A la hora que era —primera de la tarde— mi padre estaría en las tierras de labor, en los Monegros o en la huerta, recogiendo higos, y mi madre, en casa, muy ocupada con sus labores. Tampoco había nadie por la calle. A esa hora nunca había nadie, todos estaban atendiendo sus trabajos respectivos; y la mayoría de los hombres también estarían en el campo. Recuerdo que el calor era sofocante, lo que sin duda era bueno para la cosecha de cereal y para los higos, pero insoportable para los mortales. Era un mes de julio, la víspera de la verbena de San Jaime.

Así que, cuando la diligencia se marchó, entre las nubes de polvo que sus mismas ruedas levantaban rumbo a Barcelona, me quedé solo, con mi petate militar, en mitad de la calzada, en mitad del silencio. Tanto me había acostumbrado al bullicio de las populosas calles madrileñas que aquella falta de ruido y aquella soledad me golpearon como un mazazo. Debería ir a casa de mis padres, pensé, pero antes entré en la fonda. El dueño estaba tras la barra, limpiando vasos, más por entretenerse que porque estuvieran sucios, porque no tenía parroquianos. También él estaba igual.

—Manel, sírveme un vino.

—¡Hombre, pero si es Josepet, «Lo Sec», de Ca Satorres! ¿Qué mal viento te ha traído de nuevo por aquí?

—Viento, ninguno. Me ha traído la diligencia.

—¿Ya te aburriste de Madrid? —preguntó mientras me servía el vino en la barra.

—No. Es que ya tocaba.

—¿Pues no *feies de soldat*?

—Sí, *feia de soldat*, hasta que se me acabaron los reenganches.

—No has cambiado nada. Sigues igual de flaco, *mare de Déu*. ¿Y de qué vas disfrazado?

Me costó un par de segundos entenderle. Hasta me tuve que mirar, aunque sabía perfectamente cómo iba vestido. Llevaba un traje de tres piezas, de franela gris, que me había hecho a la medida en la sastrería de Gabino Ranz y López, conocida entonces como «comercio de La Amistad» y que centraba su actividad en la confección de prendas para caballeros con género «nacional» y «extranjero». Y, ahora que me acordaba, aún le debía la mitad al pobre sastre. En Madrid no llamaba la atención con él puesto, pero aquí, claro, los hombres seguían vistiendo blusón, y chaqueta de pana los domingos para ir a misa.

—Así es cómo viste la gente en la capital, Manel.

—Vas hecho todo un figurín. Aunque a ti ya te gustaba eso de provocar. No recuerdo haberte visto nunca con ropa de ir al campo.

—Y, a partir de ahora, me verás menos. ¿Qué hay de nuevo por aquí?

—De nuevo, nada —contestó confirmando mis sospechas—. ¿Y qué hay de nuevo por Madrid?

—Una cosa cada día.

Me acabé el vino, me despedí de Manel y me dirigí a casa.

Mi madre estaba en la cocina y, al verme, le dio una gran llorera. Insistió en prepararme una comida porque me veía muy flaco —flaco lo he sido toda la vida; y, por lo que parece, flaco me voy a morir—. Ahí en la cocina, comiendo las raciones pantagruélicas que me había servido mi madre, me encontró mi padre cuando, al filo del anochecer, llegó a casa. Él fue mucho menos efusivo que ella. No porque no me quisiera, o me quisiera menos, ni porque no se alegrara de verme, sino porque él era así.

—Vaya, ya has vuelto de Madrid.

—Ya lo ve, padre. Regreso para quedarme.

—Bonito traje. Pareces un señorito de la capital.

—A mí me gusta.

—A mí también, estás muy elegante. Pero lo tendrás que guardar para ir los domingos a misa. Porque, para trabajar en el campo, muy cómodo no parece…

—No voy a trabajar en el campo, padre. —La misma discusión de hacía tantos años otra vez. Parecía que en Fraga se hubiera detenido el tiempo.

—Entonces ¿de qué vas a vivir?

—Me casaré con Antònia Cabrera.

—Sí, es un buen partido. Su familia tiene muchas tierras, pero… ¿lo sabe ella? —Era una muy buena pregunta, sobre todo teniendo en cuenta que no, no lo sabía.

—Aún no se lo he preguntado. Pero creo que me dirá que sí.

—Bueno, en caso de que te acepte… Permíteme que lo dude sabiendo cómo se las gastan sus padres. Pero, si te acepta, yo te podría dar una parte de la finca de los Monegros. Y alguna fanecada más aquí en la huerta. No es mucho, pero con lo que le dejen a ella de dote empezaríais vuestras nuevas vidas con un buen patrimonio.

No voy a escribir el final de la conversación porque transcurrió exactamente como yo imaginaba y como las

personas que lean esto también habrán podido suponer, si es que alguna vez lo lee alguien. Tener que repetir por enésima vez que no me iba a dedicar al campo me resultó penoso, aunque no tanto como verle la cara de espanto a mi padre cuando afirmé que iba abrir un café y, quizá con el tiempo, un local de baile. «¿Un qué, lo qué?» fue lo único que pudo articular, y ya dio igual que le dijera que en Madrid estaban siempre llenos y que al no tener competencia en Fraga iba a ser un negocio redondo. Se limitó a sacudir la cabeza —yo odiaba ese gesto, como si dictara sentencia a cabezazos— y me volvió a decir, como si en lugar de seis años me hubiera ausentado seis minutos, que tenía la mía llena de *pardals*. Y, sin dejar de sacudir la suya, se levantó y marchó a lavarse.

Al día siguiente fui a ver a Antònia, quien se alegró mucho de verme. Ya sabía que yo había regresado, por supuesto, porque la carta en la que la informaba de ello había llegado antes que yo y porque, a los cinco minutos de haber bajado de la diligencia, la noticia ya se había propagado por todo Fraga. Pero se alegró lo mismo, como si fuera una sorpresa inesperada. Estaba incluso más guapa de como la recordaba. La invité a un paseo y accedió encantada, si bien tuvimos que llevarnos a una de sus tías como carabina. Y con la tía caminando a dos metros por detrás, salimos a pasear por el Segoñé.

—Y ahora que estás de vuelta, ¿qué vas a hacer, Josepet? —me preguntó mientras paseábamos.

—Casarme contigo… si tú quieres —le respondí, sin poder esperar más.

—Ay, Josepet. Pues claro que quiero. Pero yo me refería a trabajar.

Y así, de sopetón, resulta que ya había aceptado mi propuesta de matrimonio. No fue la conversación más romántica de la historia, pero sirvió. Y así me podía centrar en

mi futuro laboral, que me obsesionaba.

—Ya te lo dije en una de las cartas —proseguí—. Quiero abrir un café.

—Ah, ¿lo decías en serio?

¿Acaso Antònia lo dudaba? Empezábamos mal entonces. Sin embargo, lejos de acobardarme, puse todas las cartas encima de la mesa:

—Quiero abrir un café y, con el tiempo, un salón de baile.

—¿Un salón de baile?

—Para eso voy a necesitar dinero… Ya lo sé, pero lo voy a conseguir.

—Mmm.

Antònia se calló por un momento mientras pensaba en ello. Aún estaba a tiempo de desdecirse del compromiso, pero nada me habría hecho más infeliz. Hoy me doy cuenta de que ya me había enamorado de ella en Madrid, a través de sus misivas, pero entonces la capital me tenía tan absorbido que no la tenía demasiado en cuenta, bendita sea. Ahora que escribo estas líneas comprendo lo injusto que fui entonces y me alegro de que ella, que ya hace unos años que falleció, nunca llegara a saberlo. Que Dios la tenga en su gloria.

—¿Tú crees que eso va a funcionar? ¿Aquí en Fraga?

—Aquí en Fraga, como en todas partes, la gente lo que quiere es divertirse. Y aquí, como en todas partes, a la gente le gusta bailar. Fíjate en la cantidad de bailes a escondidas que se organizan en las trastiendas de las tres tabernas mal contadas que tenemos. Con el peluquero tocando la bandurria y el guardicionero, el acordeón. Yo les proporcionaría un lugar para hacerlo bien, con espacio y buenos músicos. Me he pasado seis años en Madrid visitando los mejores salones de baile y observando cómo conseguir que los jóvenes se diviertan, beban buenos licores y bailen, igual que lo hacen en las grandes ciudades del mundo.

—Ya.

—¿Te parece una mala idea?

—No, no. En absoluto. Me parece muy buena.

Eso me enamoró todavía más, aunque su tono de voz no indicaba alegría precisamente.

—Te parece muy buena idea, ¿pero…?

—A mi familia no le va a gustar eso.

En efecto, la familia de Antònia, como ya he comentado, era muy, pero que muy tradicional. Agricultores con tantas tierras que se contaban entre los grandes terratenientes de la localidad. En cuanto Antònia dijo a sus padres que Josepet de Ca Satorres le había propuesto matrimonio, ellos se negaron en redondo. Que si yo era un aventurero sin oficio ni beneficio, que si vestía como un señoritingo de la gran ciudad y que a saber en qué había estado enredado cuando vivía allí, me explicó Antònia que le advirtieron. Pues que estuvo enredado en el ejército, les respondió Antònia, que buena era para que la achicaran. Al final los amenazó con fugarse a Madrid conmigo, donde nos casaríamos sin su consentimiento, y allí viviríamos a todo tren con los negocios a los que me dedicaba en la capital. Yo, la verdad, es que poco dinero tenía en el bolsillo y poco futuro podía encontrar en Madrid, pero no era eso de lo que presumía por las tabernas de Fraga: dejando caer alguna media verdad por aquí y callándome algún desmentido por allá, había conseguido que se difundiera la especie de que yo, en la capital, era un próspero negociante de no se sabe muy bien qué. Y mi ropa ciudadana y mis modos de señorito, aprendidos en la gran ciudad, parecían corroborarlo. Desde que llegué a Fraga, mis aventuras por Madrid eran la comidilla de todas las chafarderas del pueblo. Qué digo la comidilla, se habían elevado a la categoría de leyenda popular. Era habitual que glosaran mi vida y milagros en la capital, muchas veces más inventados que reales, en corrillos de mercado y

conversaciones de lavadero público; no pocas veces entre burlas y exageraciones, que a mi parecer lo que expresaban era, sobre todo, secretas envidias.

Los padres de Antònia terminaron cediendo. Antònia siempre lo conseguía. Y mientras preparábamos la boda, empecé a moverme para realizar mi plan. Contaba con la inestimable ayuda de mi amigo Miguel, quien, a pesar de que se pasaba el día trabajando en el campo, como tantos otros, y a pesar de que mis ideas muchas veces le parecían fantasiosas en exceso, como a tantos otros también, siempre acababa por echarme una mano (y así sería durante toda la vida).

Compré por poco dinero, gracias a que estaba medio en ruinas, una casa situada en uno de los extremos del paseo Segoñé, la arteria central de Fraga. Concretamente, la que daba al comienzo de la cuesta que, con ese mismo nombre, unía la rambla con el río Cinca. No tuve que desembolsar todo el importe de golpe: le pedí al propietario que me diera crédito, pues necesitaría dinero para arreglar la finca, y le prometí que, al cabo de un par de años, se lo devolvería con intereses gracias a los beneficios de un negocio que allí quería emprender, cuya naturaleza me guardé muy mucho de especificar. No tuve que recurrir al prestamista de Lérida al que en principio pensaba acudir, lo cual me dio mucha tranquilidad. Nunca me gustaron los prestamistas desde mi triste experiencia con el Piojo en Madrid.

Cuando tuve ese trato apalabrado, cogí la diligencia rumbo a Barcelona para visitar a Vicente Bosch en Badalona, donde había acabado de edificar su destilería de anisados y justo empezaba a hacerla funcionar. Se alegró mucho de reencontrarme.

—Hombre, Josepet, ¿qué buen viento le trae a Badalona? —dijo nada más verme.

Yo había ido a buscarlo a la fábrica. No fue difícil, en

Badalona todo el mundo sabía por dónde quedaba la destilería de Anís del Mono, de los hermanos Bosch. Al parecer, daba trabajo a mucha gente de la localidad. Era un edificio nuevo y muy bonito, que el señor Bosch se apresuró a enseñarme, en todos sus recovecos y con todo lujo de detalles. Me dijo que se lo había hecho un arquitecto muy reputado, Joan Amigó i Barriga. «De aquí, de Badalona», añadió con orgullo. También me mostró la botella en la que iba a envasar el anís: era realmente muy curiosa, con la superficie de cristal grabada formando un dibujo de rombos en relieve.

—¿Se acuerda, amigo Josep, de que en una carta le decía que había comprado un perfume para mi mujer en París? Pues bien, el diseño de la botella es este, más o menos. Me enamoré de ella. Se la enseñé al botellero de aquí y le dije que la quería así para mi anís. Ahora estoy en tratos con el perfumista francés para comprarle la patente. Probablemente saldrá caro, pero valdrá la pena, porque todo el mundo reconocerá mi anís solo con ver la botella, aunque sea de lejos. Bueno, por la botella y por la etiqueta. Mire, aquí tiene un boceto. ¿Qué le parece?

Me mostró el dibujo de una etiqueta romboide en la que se leía «Anís del Mono» y, efectivamente, en la etiqueta campaba un mono muy raro; estaba sentado, con una botella en la mano, y aunque era de cuerpo peludo, pies como manos y cola retorcida, su rostro era poco simiesco: calvo, con la nariz larga y una luenga barba, sin bigote. Bosch me contó que el animal, en realidad, era una caricatura de Charles Darwin.

—Usted sabe quién es Charles Darwin, ¿verdad?

—Pues no, no tengo el gusto… ¿Un inglés, tal vez?

—Sí, amigo mío. Inglés es, en efecto. Es un afamado científico. Se hizo famoso por formular la teoría de que el hombre es un descendiente del mono. Vamos, que, según él, somos un mono evolucionado.

—Algo había oído hablar, sí. A los curas parece que les escandaliza mucho.

Bosch me dio una palmada amistosa.

—Claro que sí, amigo mío. A los curas y a la gente retrógrada en general. Pero eso es la ciencia, porque Darwin es un científico. Pero aquí estoy yo, hablando por los codos, sin dejarle meter cucharada. ¿Qué le trae por Badalona, amigo mío?

Por un momento temí que se hubiera olvidado de su promesa. Le recordé mi proyecto de montar un café como los de Madrid en Fraga. Le dije que no quería limitarme a servir cazallotas y vinachos, como las otras tabernas del pueblo, sino que quería tener una oferta de licores finos. Y que como en Madrid me había dicho que, si montaba el café, contase con él…

—Por supuesto, amigo Josep —dijo al fin, para mi tranquilidad.

Esta parte de la conversación la mantuvimos en su despacho, ante sendas copas de su simiesco anís. Debo reconocer que lo encontré muy fino, más que los que conocía hasta entonces. Y no sé si fue el alcohol o que realmente le caía muy bien, pero para cuando nos despedimos no solo había conseguido su promesa de proporcionarme un suministro regular de las dos variedades de anís que producía su destilería, el dulce y el seco, sino que además me abría un crédito en el suministro para ayudar a levantarme sobre mis propios pies. También prometió que hablaría con alguna de sus amistades entre los catalanes que, como él, habían vuelto de las Américas para instalarse en la madre patria y se habían puesto a comercializar el ron de caña; entre ellos, el popular ron Pujol. Y así lo hizo; pocos meses después, junto con las cajas de Anís del Mono que me llegaban al café, empezaron también a llegar cajas de ese acreditado ron cubano.

Antes de volver a Fraga, eso sí, me di un garbeo por Barcelona, a ver cómo era la noche. Pero apenas me entretuve porque la encontré aburrida. Sé que esta afirmación puede chocar hoy en día, cuando estamos a punto de entrar en la segunda década del siglo xx y Barcelona es mundialmente conocida por sus cabarés y su esplendorosa vida nocturna. Pero por aquel entonces aún no se había construido el Paralelo, poco más de dos kilómetros de calle llenos de luces, teatros, cabarés, tascas y burdeles de lujo, ni se había celebrado aún la Exposición Universal que tanto empuje le daría a la urbanización de la ciudad. Lo que yo vi fue una ciudad pequeña, ahogada dentro de unas murallas medievales, compuesta de sórdidas callejuelas que olían perpetuamente a hollín de las fábricas —porque fábricas sí que había, dentro y por los alrededores— y a orines. En algunas tascas había unos salones de baile donde los obreros que durante el día se deslomaban en las susodichas se gastaban parte del salario en comprar boletos para bailar con mujeres que parecían, invariablemente, tristes y derrotadas. Cerca de la plaza Cataluña estaban los jardines de los Campos Elíseos, los jardines del Tívoli y pocas cosas más donde matar el rato. Concluí que, si bien la miseria era muy parecida a la que había visto en Madrid, la ciudad catalana no tenía nada de su esplendor. Tras una noche descorazonadora, volví a Fraga en la siguiente diligencia.

Allí me esperaba mucho trabajo. Con la ayuda de unos amigos albañiles, dejé en condiciones el caserón semiderruido que acababa de comprar, preparado para usarse como café. Lo inauguramos, con la oposición de mis padres, de los de Antònia, del párroco y hasta de las autoridades municipales, en 1873. Lo bautizamos como café Josepet porque la gente de Fraga ya lo llamaba así desde que empezamos a construirlo, ¿y por qué contrariar el saber popular? Además, me llenaba de

legítimo orgullo que todos conocieran esa gran novedad para la población con mi nombre, o con el nombre por el que todos me habían conocido siempre allí, ya desde que nací.

Fue por aquellos tiempos cuando Antònia y yo nos casamos. La planta baja la reservamos para el café. La primera planta la dejamos libre, por el momento. Yo seguía con la idea de, más adelante, habilitar allí un salón de baile. La segunda planta la destinamos a vivienda; allí nos instalamos, allí nacieron todos nuestros hijos y, más tarde, también los nietos. La tercera planta quedó como despensa y almacén, mientras que en las falsas criamos animales para consumo familiar y para abastecer a la cocina del Josepet. Todo eso lo habíamos planeado Antònia y yo durante nuestro noviazgo.

Apenas dos años antes había subido al trono Amadeo de Saboya, aquel italiano que al general Prim se le ocurrió importar para rellenar el trono, pero que no cuajó: apenas llevaba mi café abierto unos meses cuando Amadeo, hasta las narices de España y de los españoles —y no se lo recrimino—, volvió a Italia, y aquí se proclamó una república que duró menos que un responso. Y entonces volvió el hijo de Isabel II y lo coronaron como Alfonso XII. A veces, pensando en todo aquello, concluyo que dejé el ejército justo a tiempo: unos meses más y me hubiera encontrado enredado en todos esos follones.

En cualquier caso, cuando Isabel II, exiliada en Francia, dejó de dar la lata con aquello de que el trono es mío, la economía mejoró, gracias sobre todo a las medidas que había tomado el nuevo ministro de Hacienda, Laureano Figuerola; entre ellas, cambiar de moneda. Fue Figuerola el que creó las pesetas con las que funcionamos desde entonces. Tras eso tuvimos unos años de recuperación económica y relativa calma. Los conservadores de Cánovas y los liberales de Sagasta suscribieron un pacto, que se llamó «de El Pardo» porque se

debió de firmar en ese palacio, en virtud del cual sus partidos respectivos se alternarían en el gobierno, en buena armonía. Había elecciones, eso sí, pero como si no las hubiera: si durante una legislatura gobernaban los conservadores, a la siguiente les tocaba a los liberales, y vuelta a empezar. Los caciques locales se encargaban de que se eligiera al candidato que tocaba. No ha sido hasta hace poco que, al menos en las grandes ciudades, el sistema se ha empezado a quebrar, y a veces salen candidatos de otras partes.

En Fraga pasaba eso mismo, como en toda España. La población estaba dividida entre los liberales y los conservadores, y cada uno de los dos bandos tenía su propio lugar de reunión, un café al que no iban los otros. Pero los de ambos bandos venían al mío. Era una especie de territorio neutral.

No obstante, todos los comienzos son difíciles, y los del café Josepet no fueron una excepción. Para empezar, lo de abrir un salón de baile en la primera planta se me complicó, y mucho. Me topé con la Iglesia, como don Quijote. Es decir, en primer lugar, topé con mi mujer, que no sería la Iglesia en sí, pero era muy de misa.

—Ni lo sueñes, Josep —dijo cuando insistí en la idea—. Aquí arriba no vas a poner un salón de baile.

—¿Por qué no?

—Porque ya bastante moscas están en mi familia. Y en la parroquia. El cura, en el sermón, domingo sí y domingo también, habla sobre la perversión moral del baile.

—Ya sé lo que debe decir. Lo mismo que los curas de Madrid.

Después topé con otra mala costumbre; en concreto, con la que tenían las mujeres de Fraga de no salir a tomar algo por ahí. Eso estaba muy mal visto, era cosa de frescas o casquivanas. En vano enronquecía yo explicando, una y otra

vez, que en Madrid eso de que una mujer, sola o acompañada, fuera a un café a tomar algo era de lo más normal, y lo hacían lo mismo las chachas que las señoras finas. «*Això no és Madrid*», solían responderme.

A partir de 1890, mi café también adquirió fama porque se podía escuchar música en él. Yo, que me hacía traer a casa todas las revistas ilustradas que podía, y gracias a eso siempre estaba al quite de las novedades musicales que tenían lugar en el mundo, me había enterado de que Thomas Alva Edison, el famoso inventor estadounidense, había empezado a comercializar un invento suyo, el fonógrafo: un aparato que reproducía música previamente grabada en un papel de aluminio enrollado en unos cilindros metálicos. Me faltó tiempo para comprar uno para el café. Ocupaba un puesto de honor, en un extremo de la barra, y llamaba mucho la atención. Tenía un aspecto extraño: estaba compuesto por una caja de madera, en cuya superficie giraba un cilindro que se cargaba dándole cuerda con una manivela, y sobre la caja, una enorme bocina.

Antònia creyó que, tras incorporar el fonógrafo al café, me daría por satisfecho con el tema de la música y no daría más la lata con lo de montar un salón de baile. Pero la cosa fue así: a espaldas de mi mujer, y en complicidad con mis amigos músicos, aprovechábamos la misa de los domingos para organizar bailes en alguna de las entradas a las casas más escondidas del pueblo. Primero conté con la ayuda de Baltasar Sisó, un músico ciego con el que había trabado amistad porque solía venir por el café a tomarse un anís. Su hijo solía acompañarle al violín.

Un tiempo después me enteré de que un tal Berliner había inventado otro aparato para reproducir música, al que llamó «gramófono». La primera noticia me la dio un amigo que, recién venía de un viaje a Francia, entró en el café a tomarse

una copa y vio mi fonógrafo. Eso debió de refrescarle la memoria porque dijo:

—¿Sabes qué he visto en París, Josepet? Un aparato como este, pero más moderno. Mejor.

—¿Cómo que mejor? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, mejor. Es parecido a este, pero la música suena mejor. Lo llaman un Berliner.

Con esos datos busqué información, y pronto la encontré. El Berliner era parecido al fonógrafo de Edison que tenía en el café, pero mientras este funcionaba con cilindros, aquel lo hacía con discos de cera. Era más cómodo de usar y el sonido era mejor. O eso se decía en los artículos que consulté.

—Miguel, tenemos que conseguir uno de esos ingenios ahora mismo —urgí a mi compañero tras explicarle las características del invento.

—Eso va a costar un dineral, Josepet. Y ahora mismo no estamos muy boyantes…

—Por eso mismo, amigo mío. ¡Debemos hacer algo para conseguir que venga más público al café! La música atraerá a más juventud.

—No, si mala idea no es. Pero va a costar demasiado dinero para lo que podemos permitirnos.

—Bueno, bueno. Ya lo arreglaremos.

En Fraga vivía un señor de cierta fortuna muy aficionado a la música, Ismael Vallcarca. Le propuse comprar entre los dos el aparato en cuestión, y con él empezar a hacer baile en plena calle… cuando el tiempo lo permitiera, por supuesto. Y así lo hicimos. A través de un amigo catalán, que vivía en París, adquirimos el gramófono. De lunes a sábado, el aparato sonaba en el café. Los domingos se lo llevaba Vallcarca, quien lo sacaba a la calle, frente a la fachada del café, donde organizábamos sesiones de baile.

El gramófono era algo realmente mágico e insuperable. Los

discos de cera se colocaban encima del plato rotatorio. La bocina acababa, en su extremo más estrecho, en una aguja muy fina, y esta se ponía sobre el disco para que la aguja siguiera los surcos del disco; y entonces ¡magia! Sonaba música. La gente se quedaba embobada ante tal milagro. No pocos decían que parecía cosa de brujería; el párroco, el primero, y eso que no ponía nunca los pies en mi café.

Compré algunos discos de arias de ópera y unos adagios de Beethoven, pero los brutos destripaterrones que tenía por clientes siempre me pedían que pusiera los de música tradicional. Nunca se aburrían de eso. Y lo que era peor: nunca querían saber nada de otra cosa.

Mi padre vino un día, por sorpresa. Anochecía, pero aún quedaban un par de horas para que echara el cierre. Se sentó a una mesa y pidió un vino. Mientras se lo servía, le vi echar un vistazo apreciativo en derredor. Con cierto temor, pregunté:

—¿Qué le parece, padre?

—Que no tienes mucha parroquia.

—Es que es tarde ya, pero cada vez viene más gente. El local va prosperando.

—¿Y te da para dar de comer a la familia?

Por aquel entonces ya había nacido mi primera hija, y Antònia volvía a estar embarazada.

—Sí, da suficiente dinero. La verdad es que da bastante.

—Dicen que tienes una máquina que hace música…

—Sí, el gramófono. Es eso de ahí, eso que parece una bocina enorme. ¿Quiere escucharlo?

Él se encogió de hombros. Yo puse el aria *Celeste Aida*, cantada no recuerdo por quién. Caruso no, que por aquel entonces aún no había empezado su carrera musical. Algún otro, es igual. Le di cuerda al aparato con la manivela, y cuando el disco empezó a girar coloqué encima la aguja, con cuidado. Una voz un tanto metálica y con mucho crepitar

surgió de la bocina del aparato inundando el aire del local. Le di unos segundos antes de interrogarlo de nuevo:

—¿Qué le parece, padre?

—Parece cosa de brujería.

—Sí, me lo dicen mucho. ¿Le gusta?

Se encogió de hombros, otra vez.

—¿Sabe cantar jotas?

Lo pensé un segundo. Quizá jotas no exactamente, pero algo bastante parecido sí. Le puse otro disco, este con música folclórica popular. Lo escuchó con la misma expresión estoica con que lo escuchaba todo, lo miraba todo, lo vivía todo. Se acabó su vino y dijo que se retiraba ya, que era muy tarde.

—¿Qué le ha parecido? —le pregunté a su espalda, ancha espalda encorvada de campesino, mientras se dirigía hacia la puerta.

—*No està malament* —dijo él sin detenerse.

Con el tiempo vendría más, no mucho, pero sí de vez en cuando, a tomar algo o a escuchar música. Pero nunca le saqué mayor elogio que aquel «*No està malament*».

El café empezó a tener clientela, pero eran todos hombres. Y los hombres solos son muy aburridos. Y si son campesinos aragoneses, más todavía. Sobre todo venían a tomarse un vino o una cazalla mientras cerraban sus tratos de compraventa de mulas, o de sacos de grano, o de lo que fuera. Y si bien mi café pronto se hizo famoso, entre otras cosas, por los licores finos que vendía, los rones venidos de Cuba y, principalmente, el anís de la curiosa botella labrada y la etiqueta con un mono barbudo dibujado en ella, la verdad es que no tenían mucha salida. Algo se vendía, sí, pero mi clientela, tan campesina, era muy tradicional y muy poco dada a las novedades, y en su mayoría seguían apegados a sus tragos tradicionales: el vino de

la tierra, la cazalla y algún jarabe para los más golosos. Tenía que hacer algo para salir de ese estancamiento en el que estábamos hundidos. Y conocía perfectamente la manera: debía ofrecer espectáculos musicales en mi café.

Había, sin embargo, un problema mayúsculo: en Fraga y alrededores no había artistas. Pero a grandes males, grandes remedios. En Madrid seguro que habría. Conseguí la dirección de un representante de artistas, dejé a Antònia a cargo del café, subí a la diligencia y volví a la capital. Esta vez, ay, solo por un par de días.

El representante de artistas que me habían recomendado se llamaba Timoteo Hinojosa, tenía su oficina en una calle de Lavapiés y, según me dijeron, había sido torero. No me sonaba ningún diestro con aquel nombre, pero puede que en los ruedos usara otro. No hubiera sido extraño. Cuando su secretaria me hizo pasar al despacho, detrás del escritorio de caoba me encontré a un señor muy atildado, vestido con un traje gris de tres piezas a rayas, leontina de oro con abalorios cruzándole el chaleco de bolsillo a bolsillo, una luenga barba gris y, entre el pulgar y el índice, un habano enorme. Pero nada de eso me llamó la atención. Lo que sí me la llamó, enormemente, fue que don Timoteo medía poco más de un metro.

—Cierre usted ya la boca, que le va a entrar alguna mosca —me dijo, a modo de saludo, dando al hacerlo una chupada a su gigantesco habano, que en su manita diminuta y rechoncha parecía aún más gigantesco, envolviéndose así en una nube de humo aromático—, y siéntese ahí. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Perdone, pero… me dijeron que usted había sido torero.

—Sí, señor. Le dijeron bien. He salido a los ruedos de media España durante más de veinte años.

—Pero…

—Toreaba vaquillas. Y cabras, a veces. Y hasta gallinas. Lo

de torear gallinas le gustaba mucho al público, se partían de risa al verlo. Es que el mío era un espectáculo de toreo cómico. ¿Nunca ha visto usted una actuación en el ruedo de la cuadrilla de El Pulguita? Éramos todos personas «pequeñas», como yo mismo. Al público le hacía gracia. Éramos muy famosos. ¿No ha oído hablar de nosotros?

—Pues, creo que sí… vagamente. Hace tiempo.

—Sí, hace tiempo que me retiré. La edad, ¿sabe?, que no perdona. Bueno, la edad y una cornada muy mala que me descuajaringó la cadera.

—Créame que lo lamento. ¿Fue una vaquilla?

—No, fue una cabra. Esos bichos tienen muy mala leche. Bueno, su leche es buena, pero el bicho no, nada. Casi me deja tullido para los restos, la *hideputa*. Después de eso me reciclé en representante de artistas. Y volviendo a ello… ¿qué se le ofrece? ¿Un torero, un faquir, un funambulista, un cómico? Tengo de todo.

—Me interesa contratar a algún músico. Y bailarinas de cancán, prestidigitadores, cantantes de coplas…

—Bailarinas tengo todas las que quiera. Y prestidigitadores también. ¿Quiere alguna cantante de cuplés? Los cuplés son una cosa que se está poniendo muy de moda aquí en Madrid.

—Pues no sé… Quizá sí.

—Yo creo que le iría bien para atraer clientela. Mi secretaria me ha dicho que tiene usted un cabaré. ¿Cómo se llama y por dónde cae?

—Bueno, no es exactamente un cabaré, más bien es un gran café. Se llama café Josepet. Y está en Fraga.

—¿Dónde?

—En Fraga, en la provincia de Huesca.

—Vamos, donde Jesucristo perdió la sandalia… y todavía la debe de andar buscando. Eso le va a salir más caro. Está fuera del circuito de las grandes salas y ciudades por donde solemos

actuar y, compréndalo, habrá que pagar los viajes de los artistas, el de ida y el de vuelta, la manutención, la pernocta… No es como si fuera aquí en Madrid.

—Usted dígame el precio —exigí yo, como si el dinero me cayera de los bolsillos. Pero es que el comentario me molestó. Siempre me irritaba que me trataran como a un paleto de pueblo.

No obstante, volví a casa con unas cuantas actuaciones apalabradas. Y sí, me salieron un poco caras, pero las amorticé. Fraga debía tener las mejores actuaciones, ¡y vaya que si las iba a tener!

El día que llegaron de Madrid los primeros artistas se armó un gran revuelo en Fraga. Para la ocasión había contratado a una cantante, un mago prestidigitador, que además ejercía de cómico y de maestro de ceremonias, y a cuatro bailarinas. También vino Timoteo Hinojosa en persona. Fue el primero en bajar de la diligencia. Probablemente el audaz representante quería ver con sus propios ojos si esa relación con un pueblerino como yo tenía visos de continuidad en el futuro. Como me habían avisado de la llegada del carruaje, ya estaba esperando para recibirlos. Me adelanté para estrecharle la mano al señor Hinojosa.

—¿Cómo está usted, señor Satorres? —dijo alegre—. Como es la primera vez, he venido con la troupe para asegurarme de que todo va bien.

Con el rabillo del ojo vi que algunas de las mujeres que pasaban por la calle camino de sus tareas (hombres, a aquellas horas, pocos había, pues la mayoría habían ido a trabajar al campo) se paraban a mirar, porque allí, donde la gente suele ser tan sobria en todo, Timoteo Hinojosa, con su breve estatura, su enorme cigarro —más enorme aún en su mano diminuta— y su vistoso traje de tres piezas a cuadros, la verdad, llamaba la atención. Nunca se había visto nada remotamente parecido en

Fraga.

Hinojosa me presentó al mago, un señor de estatura corriente vestido con un traje oscuro más o menos normal, aunque el chaleco, de raso brillante y rojo como una amapola, estampado con motivos florales, era de todo menos normal. Al menos, en un pueblo de Aragón. Además, era un poco amanerado de ademanes, y eso también llamaba la atención.

—¿Ha venido usted solo, don Frenoli? —le pregunté. Me mantuve bien en medio de la calle para asegurarme de que todo el mundo nos veía, pues se estaban formando corrillos y ya se estaban incorporando algunos hombres a ellos.

—Oh, no, claro que no, señor Satorres —respondió el mago —. Y, por favor, fuera del escenario llámeme Guillermo. Frenoli es solo un nombre artístico. Las damas siguen dentro del carruaje. Me han enviado a mí de avanzadilla.

—¿Y eso?

—Por timidez, caballero. Las mujeres son prudentes, y hacen bien. Y ahora se sienten en territorio desconocido.

—¿Dónde vamos a alojarnos? —nos interrumpió Hinojosa.

Le señalé el establecimiento de los Sorolla, que estaba al lado. La misma fonda donde yo había tenido contacto con Madrid por primera vez, aunque solo fuera de oídas.

—Allí. Ya les he reservado habitaciones, pero no había previsto que fuera a venir usted, señor Hinojosa.

—No se preocupe, yo quepo en cualquier sitio. Ventajas de ser de mi estatura. Además, supongo que aún les quedarán habitaciones libres.

—Sí, sin duda.

—Guillermo, dígales a sus compañeras que pueden bajar sin temor.

El Gran Frenoli, o Guillermo, como me dejaba llamarle, hizo un gesto en dirección al carruaje. Entonces bajaron de este las cinco mujeres y oí que el rumor de conversaciones que

provenía de los cada vez más poblados corrillos aumentaba de volumen. Porque las mujeres eran muy guapas —las cuatro bailarinas eran además muy jóvenes; la cantante, que decía llamarse Laura Castelo, parecía algo más mayor—, pero llevaban una cantidad de maquillaje encima como ninguna de las mujeres de Fraga; ni siquiera las más pudientes, que eran las que se podían permitir comprar afeites, se atrevían a ponerse. Y sombreros y boas con plumas. El cochero les bajó el equipaje, y los murmullos del público arreciaron, porque nunca nadie de los allí presentes había visto un montón tan grande de arcones de viaje, cajas de sombreros y bolsos. Algunos de los que nos observaban a lo lejos casi se escandalizaron ante tal derroche en equipaje. En honor de la verdad, la mayor parte correspondía al vestuario y el atrezo de escena, pero en eso no habían caído mis paisanos, y preferí no sacarles de su error: que corriera la voz, que se escandalizaran cuanto más, mejor. Que hablaran, que hablaran mucho de todo ello. Cuanto más hablaran, más curiosos vendrían al Josepet a ver el espectáculo. Aunque fuera para echarse las manos a la cabeza. Eso era lo mejor que le podía pasar al local.

Volví a casa eufórico.

—Antònia, esta noche en el debut vamos a tener un lleno histórico —le espeté a mi mujer, que me miró raro.

Sin embargo, acerté: aquella noche no sobró ni una silla. El Gran Frenoli, derrochando arte, presentó a la cantante, que interpretó con mucho sentimiento varias coplas y, a petición del público, un par de jotas. Las bailarinas, más llenas de plumas aún que cuando se bajaron del carruaje, la arroparon en el escenario e hicieron brotar grandes aplausos. Y el Gran Frenoli ejecutó unos números de magia con cartas que a mí no me llamaron mucho la atención, porque ya había visto espectáculos parecidos en Madrid, pero a mis paisanos los dejó con la boca abierta.

Había contratado a la troupe para que actuaran tres noches, pero, en vista del éxito de la noche de estreno, los contraté para otras tres. Era la Feria de San Bartolomé y en Fraga se celebraba a lo grande durante toda una semana. Ellos aceptaron encantados. Hinojosa había vuelto a Madrid en la diligencia del día siguiente, tras asegurarse de que todo marchaba como era debido, pero cuando la troupe regresó, por fin, a Madrid, llevaban una carta mía dirigida a Hinojosa felicitándole por la profesionalidad y las buenas maneras de todos los artistas del espectáculo. Regresé a la capital en un par de ocasiones más para contratar a otros artistas, que tuvieron parecido éxito. Cierto es que me salían caros, pero recuperaba la inversión con creces.

No obstante, algunos en el pueblo arrugaban la nariz ante aquella invasión de gente extravagante de la farándula. Empezando por mi Antònia.

—Josep, nos estás llenando el café de gente estrambótica… Bueno, el café y el pueblo. Y nos estás haciendo ganar una fama que ya… ya.

—Pero es bueno para el negocio. Ya ves qué caja hacemos cuando nos vienen artistas de Madrid.

—Puede ser, pero la gente comenta… Y no sabes qué comentarios.

—Empezando por tus padres, supongo.

—Sí, ellos también. Si ya les parecías estrafalario tú, imagínate esos…

—Bueno, así, por comparación, yo lo pareceré menos.

Siempre había tenido fama de un poco excéntrico en Fraga, incluso desde antes de irme a la capital. Era en parte por mi forma de vestir, más propia de la gran ciudad que de una población agrícola. Y no digamos cuando me monté un gimnasio personal en las cuadras, que, en realidad, no era nada del otro jueves. De una viga colgué unas anillas con cuerdas

para hacer ejercicio y unos sacos llenos de cebada para golpear con los puños; trataba de reproducir artilugios que había visto en Madrid, en un gimnasio de boxeadores. La de comentarios que levantaron entre los fragatinos aquellos artilugios. Les parecía inútil cansarse a lo tonto golpeando sacos y colgándose del techo por unas anillas. Ellos ya hacían ejercicio más que suficiente en el campo, con la azada. Pero yo no iba a trabajar al campo, me pasaba las horas sentado detrás de un escritorio o de pie tras un mostrador de bebidas, y toda la vida me habían llamado Lo Sec, que significa literalmente «el seco». A partir de cierta edad, un apodo como ese hay que esforzarse para conservarlo.

Estaba francamente contento. La gente hablaba, y criticaba, pero venía. Le estaban cogiendo el gusto a los espectáculos excéntricos, y a mi café, y a divertirse… Al fin y al cabo, había esperanza para Fraga. No para todo el mundo, claro. Había quien jamás mostraría interés por lo nuevo, pero ahí sí que no tenía ninguna perspectiva de poder cambiarlo. Alguna gente le tenía alergia a lo moderno y no había nada que hacer, pero eso lo sabía ya. Lo que me resultó chocante fue comprobar que aquel apego a la tradición no solo se encontraba a mi alrededor, sino que la tenía también viviendo dentro de casa. Y no hablo de mi señor padre, no. Me estoy refiriendo a mi hijo Josep.

La verdad es que, tan ocupado como estaba entre el café y el cabaré, apenas había tenido tiempo para dedicarlo a mis hijos. Cinco habíamos tenido en total, cuatro muchachas y un muchacho. Los recordaba como unos bebés recién nacidos, y de pronto eran esos adolescentes que entraban y salían de casa y me llamaban «*pare*» de pasada mientras se iban a atender sus asuntos. Antònia era quien se había encargado de las cosas de la casa y de los hijos durante todos esos años. En cualquier caso, era él con quien contaba para darle continuidad a mi

sueño. Lo habíamos bautizado con mi mismo nombre, y se haría cargo del gran café cuando él tuviera edad suficiente y yo ya demasiada para hacerlo. Pero mis planes de futuro empezaron a truncarse en cuanto cumplió los quince años.

—Mañana va a ser un día ajetreado en el café. Cuento contigo —le solté un día a mi hijo, como de pasada.

Hasta entonces, habían sido contadas las ocasiones en las que el chaval había venido a ayudarnos. Yo presionaba para que así fuera, pero siempre que lo hacía me encontraba con una regañina de Antònia.

—Aún es demasiado joven. Y nos bastamos solos —solía decirme.

Yo sabía perfectamente que no era la edad del chico lo que le preocupaba, sino alejarlo de los «peligros» que traía consigo la farándula que rodeaba el negocio del café. Su espíritu de madre protectora había conseguido aplazar su contacto con la música y el baile durante un tiempo más que prudente, pero no estaba dispuesto a tolerarlo más. Era ya lo bastante mayor como para trabajar en el Josepet sin asustarse.

—Mañana no puedo —replicó mi hijo.

—Ah. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Se va al campo a ayudar a su abuelo —habló la tercera en discordia. Antònia se entrometía una vez más.

—Mi padre puede solo. Además, que ya le ha ayudado mucho últimamente. Te pasas el día allí. No es cierto, ¿hijo?

—El abuelo tiene mucho trabajo.

—Yo también lo tengo. No te preocupes, voy a hablar con él, lo entenderá.

Josep se calló. Había algo que quería decir y no me estaba diciendo. Y, por supuesto, no fue él quien me dio la réplica, sino Antònia.

—Mañana, Josep tiene otro compromiso.

Ahora ya parecía que me tomaran el pelo. A ver qué se

inventaba ahora.

—Otro compromiso. Ya. ¿Qué pasa, que ha quedado con el rey don Alfonso XIII?

—Con Alfonso XIII no. Ha quedado con su novia.

Ahora resultaba que mi hijo tenía novia y yo ni siquiera estaba enterado. Aunque debo decir que no estaba enterado casi nadie. Josep había empezado a festejar a escondidas con una chica. Aparentemente, se citaba con Maria Vilar, que así se llamaba ella, y se iban a pasear, como tantos novios. Sin embargo, en lugar de hacerlo como las parejas normales, por el Segoñé y siempre acompañados por una carabina, ellos andaban por el otro lado del río, donde no había viviendas. Y si ambos lo ocultaban era porque Maria Vilar no era cualquier chica, al contrario: se trataba de la heredera de una de las más importantes familias de agricultores de la población. Antònia, por supuesto, estaba encantada. Yo me lo tomé con un poquito menos de entusiasmo.

Al día siguiente, me personé en casa de los Vilar. Josep me había suplicado que no me entrometiera, pero no podía dejar pasar sin más algo que amenazaba mi café y su continuidad. En cuanto me vio en su salón, la madre de Maria no pudo disimular la perplejidad de encontrarme allí. Se lo vi en la cara, por más que trató de fingir que todo estaba bien. Se apresuró a decirme que su marido estaba trabajando en el campo y que si quería hablar con él podía volver otro día.

—No me importa esperar, gracias.

Y esperé, ante la incómoda mirada de la señora de la casa, que cada vez era más incapaz de ocultar que yo no le caía bien. Sin embargo, Anna no era nada en comparación con su marido. Cuando Joaquim Vilar apareció por la puerta, con la ropa polvorienta y el semblante avinagrado, soltó sin ninguna manía:

—¿Y este qué hace aquí?

—Ha venido para hablar contigo.

—He venido para hablar con los dos —la corregí.

Vilar ni me miró, y mientras avanzaba hacia su cuarto dejó caer:

—Hoy no podrá ser. Vuelva otro día.

Pero yo estaba resuelto a hacer que ese día pudiera ser, así que sin moverme un ápice anuncié:

—Nuestros hijos están saliendo.

Joaquim se detuvo. Anna alzó la vista hacia mí, evidenciando una vez más la falta de simpatía.

—Lamento que tengan que saberlo de esta manera. Yo me enteré ayer. Y estoy francamente preocupado por la continuidad de mi negocio. La chica con la que se case tiene que entender…

—Deje que lo pare aquí, señor Satorres. Sabemos perfectamente que nuestra Maria se ve con el hijo de usted, y agradeceríamos un poco más de discreción con el asunto. Si puede evitar proclamarlo a los cuatro vientos, mejor que mejor.

—Ah, bueno. Yo…

Me sentía un poco tonto y no sabía cómo continuar, pero no hizo falta, porque Vilar no esperaba una respuesta. Prosiguió él:

—Para nosotros sería una vergüenza emparentarnos con usted. No querríamos que nos salpicara con su mala fama. Sus correrías por Madrid son sobradamente conocidas por todos los fragatinos, así que Maria sabe que no se puede dejar ver en público con un Satorres. Si, a pesar de todo, el noviazgo siguiera adelante, estamos dispuestos a permitir que se casen. —Algo no cuadraba en esa explicación, aunque Joaquim Vilar iba a sacarme de dudas de inmediato—: Pero con la condición de que jamás pisarán el café, ni ella ni su marido.

Y ahí estaban, ante mí, mis peores temores. Aquella relación amenazaba mi sueño. Me quedé unos segundos allí, sin

moverme, como un pasmarote. Cuando el terrateniente se disponía a reemprender la marcha, yo le detuve de nuevo con una propuesta:

—No permitan el enlace, entonces. Ustedes no quieren estar emparentados conmigo. Yo tampoco con ustedes. Y los chavales lo superarán sin problema, son muy jóvenes. Todos ganamos.

Anna abandonó la estancia sin mirarme, como si mi idea no solo no mereciera respuesta, sino que tampoco fuera digna de ser honrada con su presencia. Joaquim sí puso los ojos en mí, y no sé qué había más en ellos, si desprecio o pena.

—No nos vamos a oponer. El chico parece decente, a pesar de todo —sentenció—. No hay duda de que ha salido a su madre.

Y después de soltar esa frase lapidaria se fue él también. Comprendí entonces que los Vilar estaban igualmente preocupados por la continuidad de su negocio y que Josep resultaba el yerno ideal para llevar las tierras de su familia. Si tenían que pagar el precio de meterse a Josepet Satorres en el árbol genealógico, lo pagarían, ya que al menos así tendrían a alguien capacitado en quien depositar las gestiones de su patrimonio. Solo podía ganar una de las dos familias, y estaba claro que, al menos por el momento, los vencedores claros eran los Vilar.

Yo me quedé unos segundos a solas en el comedor de esa gente, incapaz todavía de moverme. Entre esas paredes se podía decidir el destino de todo por lo que había trabajado. Mi hijo ya iba a heredar las tierras de la familia de su madre, los Cabrera. Ahora solo le faltaba tener a disposición las de su quizá futura mujer, los Vilar. Esos malditos agricultores estaban bien dispuestos a influenciarlo para apartarlo definitivamente de mi café. Y yo no iba a permitirlo.

Sentí entonces una mirada clavada en mí. No pensaba que

allí hubiera nadie más que yo, pero podría haber jurado que alguien me estaba observando. Me giré y confirmé que tenía razón. Ante mí se encontraba una criatura que no aparentaba más de quince años, vestida con elegancia. Era guapa, sin duda, aunque yo no supe encontrarle la gracia. Tal vez eran las facciones a través de las que veía tanto a su padre como a su madre combinadas en una cara menuda. Quién iba a decir que la fuente de mis problemas no era más que una jovencita. Nuestras miradas se encontraron durante un instante. ¡Las cosas que me habría gustado decirle! Que no sabía lo que estaba haciendo, que dejara en paz a mi hijo, que había demasiado en juego por culpa de un capricho de chiquillos. Tal vez ella también me habría dicho cosas a mí. Pero no lo hizo. En lugar de eso, llamó a su madre y corrió hacia el interior de la vivienda. Y yo entendí que hacía rato que mi presencia allí había dejado de tener sentido y me fui también, en dirección a la salida.

La vida seguía y el café Josepet, por el momento, también. Un día, la diligencia me acababa de traer unos discos de tonadillas que había encargado en Madrid. Se los di a Antònia para que los pusiera en el gramófono, a ver qué tal sonaban. Mi intención era escucharlos mientras hacía las cuentas en el despachito que me había instalado en una habitación tras la barra. Y allí estaba yo, inclinado sobre los libros de contabilidad, cuando oí una voz de mujer, plena, clara, bien timbrada, sin rastro alguno de ese crepitar de fondo que siempre se oía en los discos, interpretar la famosa tonadilla *La calle de Salsipuedes* de forma inmejorable. Salí del despacho. Antònia estaba detrás de la barra, junto al gramófono, con la funda de un disco en la mano.

—¡Qué estupenda grabación! —exclamé—. ¿No crees? Tal

parece que la artista esté cantando aquí al lado.

—Es que está cantando aquí al lado, Josepet.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que oyes. Todavía no he puesto disco alguno. Eso es alguien que canta en la calle.

Eché un vistazo al gramófono y me di cuenta de que, en efecto, el plato estaba vacío. Entonces me acerqué a una de las ventanas, que estaba abierta porque hacía calor. Era San Bartolomé, día de feria, y allí en la calle, casi al lado de la puerta del café, un feriante había aparcado su carromato. Parapetados tras un mostrador que habían improvisado con una tabla y dos barriles, un hombre de más o menos mi edad y una muchacha joven servían vinos a granel, y también en vasos, a quien se los pedía. Subida al carromato, entre los barriles, cantaba una mujer de sobresaliente voz. Me acerqué a saludar y le pregunté al hombre del mostrador quién era ella.

—Es mi hija, Xesca. ¿A que canta bien?

—Es extraordinaria. Me pregunto si le interesaría dar un recital en mi café. Es este de aquí. Tengo espacio para actuaciones musicales. Y la voz de su hija bien lo vale.

—Uy, no, *no podem*. Tiene que ayudarme a vender todo esto para marcharnos pronto, que casa no está muy lejos, pero una tirada sí hay.

—¿Dónde viven ustedes?

—En Aitona. Tenemos allí una taberna que se llama El Raval. Mi mujer canta de vez en cuando para la clientela y mi hija se viene conmigo a recorrer las ferias de la comarca, también cantando. Y le aseguro que no hay mejor manera de llenar el local de parroquianos.

—¿Y qué vende usted?

—Pues ya lo ve, buenos vinos de Lérida y un poco de todo: que si harina, que si aceites… ¡Ah! Y buenos *xarops* también. Los hacemos nosotros mismos.

—Bueno, usted y yo podríamos hablar de negocios. ¿Tiene un momento?

—Para hacer negocios, siempre. Pero ya le aviso por adelantado que a mi hija no se la voy a dejar.

Le invité a entrar a tomarse un anís conmigo y hablar. Dijo llamarse Juan Cabasés; su mujer, Francesca Farré, y su única hija, Xesca. Y no, no pude convencerlo de que dejara ni a su mujer ni a su hija cantar en mi café, aunque le insistí en que pagaría bien y disponía de buenos músicos para que la arroparan en el escenario —no le dije que eran el barbero, el cartero y el maestro del pueblo—, pero acabamos pactando un acuerdo de suministro de vinos. Él se convirtió en uno de mis principales proveedores. Y aunque sus licores de garrafa nunca estuvieron a la altura de los anises de Bosch ni de los rones de Pujol —esos sí eran canela fina—, acabaron suponiendo una parte muy importante de mis ventas.

Juan Cabasés era un buen tabernero y, como pude comprobar más adelante en uno de mis viajes, El Raval era una de esas cantinas humildes pero con alma —me recordó mucho a aquel local sin nombre conocido muy cerca del Teatro del Príncipe madrileño—, donde todos los jóvenes del pueblo se reunían para charlar de política y jugar a las cartas. La joven Xesca era un buen reclamo y, aparte de servir las mesas con un aire y una alegría especiales, de vez en cuando salía a la terraza donde cantaba y animaba a la clientela a entrar en el local, tal y como lo había visto hacer enfrente del Josepet.

Xesca tenía una energía radiante, algo que no se suele encontrar, y encandilaba a la gente de su alrededor con su simpatía. Era, además, guapa. Pensé que si yo hubiera tenido veinte años menos me habría enamorado de ella sin dudarlo. Y fue aquí cuando me vino la idea, como un relámpago. Tenía que conseguir que Josep se casara con ella. Si mi futura nuera no fuera la hija de los estirados de los Vilar, sino aquella

extraordinaria cantante, la continuidad del negocio estaría asegurada, ¡y de qué manera! El esfuerzo de tantos años no podía quedar en nada cuando yo faltara. El café Josepet debía tener un sucesor, y si lograba casar a mi hijo con Xesca, el negocio no podía quedar en mejores manos. Yo llevaba mucho tiempo tratando de convencer a Josep, pero se me hacía evidente que no era ese el camino. Lo que no puede conseguir un padre, siempre es más fácil que lo consiga el amor.

Y empecé a maquinar. Al año siguiente me invitaron a las fiestas de San Antolín en la localidad de Aitona, allá para finales de agosto, y entendí que esa era la oportunidad que había estado esperando. Allá que me fui, por supuesto, con la intención de hacer una propuesta en firme que iba a servir para mejorarnos la vida a todos.

En Aitona me instalé en una pequeña pensión en la misma calle Mayor, allá por donde también transcurría la carretera que la unía con Alcarrás y luego seguía hasta Lérida también por el Camino Real. Por la noche, en medio de la calzada, se había instalado un pequeño escenario donde iba a actuar una de aquellas orquestas que venían de Fraga y que daban vueltas por todas las fiestas mayores de las comarcas vecinas. Concretamente, esa noche tocaban Los Serrallers, una de las mejores, y para la ocasión habían incorporado a la joven Xesca como vocalista.

Juan me invitó a su mesa, que estaba justo a la derecha del escenario, muy pegada a unas escaleritas por donde tenía que subir su hija para acceder al remolque que hacía las veces de estrado, donde ya estaban instalados los músicos con sus instrumentos.

—¡Satorres! ¡Ven aquí con nosotros! —Me llamaba «Satorres», algo que me desconcertaba puesto que a nadie jamás se le ocurría llamarme por el apellido.

—Aquí estoy, señor Cabasés.

—¡Anda, déjate de formalismos, hombre! ¡Estamos en familia! —Y me abrazó, efusivo.

«En familia», así mismo lo dijo. Sospechaba que mi objetivo iba a ser más fácil de alcanzar de lo que había previsto. Cabasés se sentaba con un amigo, un tal José Arnau, un tipo bastante callado del que pude intuir, por la ropa que vestía, que era de clase muy humilde. Tan discreto era que prácticamente todo lo que llegué a saber de él fue por boca de otros; de Cabasés, en concreto, que como ese día no trabajaba debió de aprovechar para beberse todos los vinos que no me había vendido a mí.

—¡Aquí donde lo ves, José Arnau es un pionero de la electricidad!

—No —se defendió el buen hombre mirándome con recato.

—¿Cómo que no? ¡No te hagas el modesto, José! Trabajas en Serós, aquí al lado, en una central eléctrica. ¿Es o no?

—Solo trabajo de albañil, y de todos modos es una central muy rudimentaria.

—¡Qué va a ser rudimentaria! Aprovecha el paso del río Segre antes de su desembocadura en Mequinenza y justo después de regar las huertas y campos de la Granja de Escarpe.

Cabasés hablaba atropelladamente y podía notar que me apreciaba por la necesidad que tenía de transmitirme todos los detalles. Aunque bien podría ser que eso fuera consecuencia del vino, claro.

—Un buen albañil, claro que sí. Aprendió el oficio trabajando en la construcción del canal de Aragón y Cataluña. ¡Y un convencido republicano!

Arnau bajaba la mirada esperando que en algún momento a Cabasés se le pasaran las ganas de hablar de él. No ayudó que su hijo Josep Maria —o Pepe, que así era conocido por todo el pueblo— acudiera a la mesa a saludar.

—¡Este apuesto joven ayuda a su padre en la central

eléctrica! ¿Es o no?

—Es, hombre, es —dijo aún avergonzado—, pero me temo que estás aburriendo a tu invitado con mis historias.

—¿Yo? ¿Yo qué voy a aburrir? ¡Satorres, dile que no te aburro!

Pepe regresó con sus amigos riéndose. Juan Cabasés estaba francamente divertido, y sin duda era esa una buena ocasión para empezar a introducirle en la cabeza la idea del matrimonio entre nuestros hijos. En cuanto el muermo de Arnau se fuera de la mesa, se lo propondría en serio.

—Claro que no me aburres, hombre —empecé—. Es más, creo que nuestra relación podría ser incluso más frecuente.

—Ah, ¿quieres que te suministre más vinos? Porque ahora hay uno nuevo que puede tener mucha salida en tu café.

—No, no me refería a eso. —Y proseguí, con toda la intención y sin ningún disimulo—: Xesca ya está en edad de casarse, ¿no?

—Xesca… ¡Ay, Xesca! ¡Ojalá le llegara un pretendiente con posibilidades económicas que le permitiera alejarse para siempre de las tabernas y los escenarios!

Y con esta frase se levantó, resuelto.

—Voy a cambiar el agua a las aceitunas. Si me disculpáis…

Tambaleándose, Cabasés logró llegar hasta el baño. Yo me quedé un poco contrariado con su última afirmación y miré a José Arnau, que me sirvió como amigo improvisado a quien expresarle mis preocupaciones. Aunque no llegué a detallarle mis planes, claro; eso era algo entre Cabasés y yo.

—No quiere que Xesca siga en las tabernas —le resumí con inquietud, pero inmediatamente traté de calmarme—. Bueno, es normal, los padres tendemos a proteger a nuestros hijos.

—¡Qué me va usted a decir!

—Y quiere un pretendiente con posibilidades económicas, claro. Pero tampoco podrá casar a Xesca con un marqués, eso

es evidente, así que solo se trata de hacerle entrar en razón. Usted lo conoce más. ¿Cree que se le puede hacer entrar en razón?

—Yo creo que sí.

—¡Gracias, señor Arnau! Eso es exactamente lo que quería oír.

—O eso espero, al menos, porque en caso contrario Josep Maria no se va a poder casar con ella.

—Perdone, ¿qué?

—Xesca está enamorada de mi Pepe. Y Pepe de ella, vamos. Y yo soy muy amigo de Cabasés, pero él aspira a algo mejor. De todos modos, creo que está siendo ingenuo, ya que los dos han manifestado firmemente que no desistirán de su romance.

Todo el futuro que había imaginado se me desvaneció cual castillo de cartas. Aquel hombre que había estado callado largo rato de repente abría la boca y arrasaba con mis ilusiones. No contento con eso, prosiguió:

—De momento hemos solicitado a los Cabasés un plazo de dos años para pedir de nuevo la mano de su hija, y en ese tiempo Pepe espera mejorar lo suficiente su situación económica. Y Juan nos lo ha aceptado, así que confío en que tarde o temprano el enlace sea una realidad.

Claramente los tragos habían hecho efecto en su verborrea, puesto que el otrora convidado de piedra continuó hablando, confesándome cosas que en un estado más lúcido no habría compartido ni en un millón de años.

—Y no es el único que está enamorado de Xesca, ¿sabe? Su hermano mayor, Antonio, la quería también. Pero fue incapaz de soportar que Pepe hubiera logrado un compromiso con ella, así que decidió abandonar el pueblo. Nos rompió el corazón a su madre y a mí, pero no hubo consuelo alguno para él en cuanto supo lo de su hermano con Xesca. Lo último que sé es que está viviendo en Argentina. Quizá algún día vuelva, Dios

mediante.

A la chica no le faltaban pretendientes, y yo me sentí totalmente ridículo con mi propuesta, que por fortuna no había llegado a plantear. Es más, me empecé a sentir bastante culpable por haber querido forzar a mi hijo a casarse con una chica que ni siquiera conocía por el bien del negocio. Eso era justamente lo que hacían mis paisanos, a los que tanto despreciaba por su estilo de vida tan alejado de la modernidad y el progreso. ¿No era yo en el fondo igual que ellos? Ese pensamiento me molestó sobremanera, pero me consolé pensando que la cosa no había llegado a prosperar y que a Pepe y a Xesca les esperaba, ojalá, un futuro brillante en compañía el uno del otro. Y me consoló también la certeza de que había aprendido algo muy valioso en mi viaje a Aitona, algo que esperaba no olvidar jamás.

La orquesta Los Serrallers había salido al escenario para interpretar el primer pase de los dos que ofrecerían esa noche. Y allí estaba Xesca deleitándonos a todos con su preciosa voz. Observé a Pepe, que la miraba totalmente embelesado. También ella en ocasiones se fijaba en él y sus miradas se encontraban. Tratar de romper eso habría sido propio de un necio. Fue entonces cuando Juan Cabasés regresó a la mesa, tras haber aprovechado su viaje de vuelta para charlar con los amigos a los que se había ido encontrando.

—¿Cómo va, Satorres? —me saludó de nuevo.

—Muy bien —le dije con sinceridad.

Y contemplando con una sonrisa a ese hombre tosco y alegre deseé con todas mis fuerzas que permitiera la boda entre los enamorados.

A todo esto, el noviazgo entre mi hijo y Maria Vilar no solo siguió adelante, sino que se casaron. Tal como habían

prometido a los padres de ella, se dedicaron a las labores del campo mientras Antònia y yo seguimos con el negocio del café. Esta vez, sin embargo, me lo tomé con calma. «Son muy jóvenes —pensé—. Ahora tienen la fuerza y las ganas para estar deslomándose bajo el sol, pero ya se cansarán. Y en cuanto lo hagan, tendrán el negocio al que he dedicado mi vida esperándoles».

Al cabo de dos años, en una de aquellas visitas en que Cabasés me acercaba hasta Fraga aquellos brebajes artesanales y otras mercancías, acabamos los dos en una de las mesas de las que disponía la terracita que tenía el café Josepet. En esa terraza fue por donde los asistentes a mi local observaban diariamente cómo sufrían las caballerías tirando de pesados carros cargados de carbón, resbalando en la tierra y chapoteando en los charcos, mientras intentaban, muchas veces sin éxito, vencer el gran desnivel de la cuesta del Segoñé. En cualquier caso, Juan me informó de que había casado a su hija con aquel joven apuesto al que yo había conocido en las fiestas de San Antolín de Aitona, y yo no pude reprimir una carcajada de felicidad que mi amigo catalán no acabó de entender.

Al parecer, Pepe Arnau se había hecho con una pequeña edificación cercana a la acequia que pasaba por en medio del pueblo y, aprovechando un terraplén entre la calle y la acequia, había conseguido un salto de agua que le permitía producir energía eléctrica. Años más tarde se la venderían a La Canadiense, una de esas primeras multinacionales que habían desembarcado en España con el objetivo de electrificar Cataluña. Ese pequeño ingenio se convirtió muy pronto en un molino de harinas y en otro para extraer aceite de oliva que él mismo diseñó y levantó con sus propias manos. Ambas instalaciones ya funcionaban con energía eléctrica y, como esta les salía gratis, la ventaja respecto a sus competidores les hizo prácticamente imbatibles. Las cosas les iban bien en Aitona al

joven matrimonio de recién casados y, al año del enlace, Xesca ya había parido a su primer hijo, al que bautizaron como Josep Maria. Pepe Arnau había conseguido en muy poco tiempo ser un respetable fabricante de harinas, lo que en aquellos tiempos era, ironías del destino, poco menos que ser marqués.

Por lo que a mí respecta, el negocio nos iba bien, y para aumentar clientela se me ocurrió montar una línea de diligencias entre la cercana Lérida y Fraga, precisamente para que gente de por allí pudiera venir a mi café, ya totalmente asentado como café cabaré, a ver a los artistas que yo traía de Madrid. Eso me atrajo más público, y el transporte de viajeros se convirtió en un negocio próspero por sí mismo. En poco tiempo la fama del café Josepet ya se extendía por Aragón y por parte de Cataluña.

También organizaba partidas de cartas en el local, o dicho de otro modo, dejaba que se organizaran. Y yo participaba, claro. En aquella época, como creo haber dicho ya, yo era un jugador empedernido. El juego estaba prohibido en España, pero si no había apuestas de por medio no pasaba nada. Todas las semanas tenía partida de tute en alguna de las mesas del fondo. Y de dominó también, tan del gusto de los viejos del lugar. Yo enseñé a algunos amigos a jugar al póquer, y de vez en cuando organizábamos alguna partida en la trastienda, porque el póquer, si no hay apuestas de por medio, no hay manera de jugarlo y maldita la gracia tiene. Aunque, dado que entre los habituales tenía al alcalde y al capitán de la Guardia Civil, no esperaba tener problemas con las autoridades. A esos dos los tenía ganados solo con servirles las copas gratis.

Y así, durante un tiempo, las cosas me fueron bien; muy bien incluso. Pero la vida no para de dar vueltas, y en una de esas bajó de la diligencia que venía de Madrid Demetrio el Piojo. Con su bombín color canela, con su fular color amarillo, con su bastón más grande que él y con toda su chulería de

bajito con ínfulas, que era mucha. Así le vi entrar en mi café, y no voy a ocultar que, al verlo, me dio un vuelco el corazón. Era como ver a un fantasma largo tiempo olvidado.

Aeropuerto Internacional John F. Kennedy

La luz que indicaba que había que abrocharse el cinturón se encendió.

¿Ya estábamos en Nueva York? Al fin y al cabo, el manuscrito había servido para algo. No para ablandarme, como erróneamente había calculado mi madre, pero por lo menos me había entretenido en lo que prometían ser horas muy largas.

Algunas de las historias que acababa de leer ya me sonaban, alguien me las había contado en algún momento de mi vida, o en varios, y se encontraban almacenadas en alguna recámara de mi cerebro cuya puerta hacía años que estaba cerrada. Otras eran totalmente nuevas o, en cualquier caso, si las había oído, no habían dejado huella en mí. Recibirlas todas de golpe, ordenadas y narradas en primera persona, había resultado una experiencia sin duda estimulante, pero ahora tenía muchas cosas que hacer, y la primera era abrocharme el cinturón.

Armado con el pasaporte y con la autorización del viaje, solo me quedaba atravesar el control de aduanas para encontrarme oficialmente en suelo estadounidense. Aproveché la cola para escribir un mensaje e informar a Miquel Sebastià de que ya había llegado. Miquel, que se había comprometido a esperarme en el aeropuerto, era un amigo a quien había conocido en la escuela de negocios ESADE en Barcelona. Compartíamos habitación en un caserón antiguo en la mismísima plaza de Pedralbes, donde las octogenarias hermanas Mercè y Montse cuidaban de nosotros lo mejor que podían. Estábamos muy unidos, y por aquel entonces creíamos que siempre nos tendríamos el uno al otro, pero a pesar de eso

hacía cuarenta años que no nos veíamos. Al acabar los estudios, Miquel se casó con Julia, una vallisoletana, se mudaron a Nueva York y le perdí la pista. Me habían llegado todo tipo de historias acerca de su periplo por el país, pero la mayoría no se correspondían con la realidad; la única verdad era que estaba de jefe en la oficina comercial de España en la Gran Manzana. Me moría de ganas de reencontrarlo, aunque esa cola que avanzaba a duras penas parecía dispuesta a impedírmelo.

Llegó mi turno al fin, y tras un rápido intercambio de impresiones, el empleado de Aduanas alcanzó el sello y me lo estampó en el pasaporte. Con el rato que nos habían hecho perder con ese trámite, seguro que mi maleta ya habría salido, pensaba, pero en cuanto llegué a la zona para recogerla lo único que encontré era una cinta vacía con un montón de gente agolpada alrededor. Tocaría esperar de nuevo, pero en esta ocasión podía sentarme. Mientras miraba cómo la hipnótica cinta daba vueltas y más vueltas sin transportar absolutamente nada, se me vino el Piojo a la cabeza. Había detenido la historia de mi tatarabuelo en un punto francamente interesante y tenía ganas de saber cómo se resolvería. No contaba con volver a tocar esos documentos hasta mi regreso, pero, total, tampoco estaba haciendo nada de provecho, así que abrí la bolsa de nuevo, recuperé los papeles amarillentos y me transporté a Fraga mucho más rápido de lo que me podría haber llevado cualquier avión.

Fraga, de nuevo

—¡Hombre, Giuseppe! ¡Así que aquí te escondes! —gritó desde la puerta el Piojo, nada más verme.

—No me escondo. Vivo aquí. Este es mi pueblo. ¿Qué quieres tomar?

—Ponme un chinchón.

—Chinchón no tengo. ¿Quieres un anís del Mono?

—Venga.

El Piojo se sentó a una mesa, sobre la que dejó su enorme bastón, como al descuido, pero yo lo conocía lo suficiente como para saber que no era ese el caso, que lo dejaba allí, bien a la vista, con toda la intención. Le serví yo mismo la copa de anís.

—¿Cómo has venido a parar aquí? ¿Es que viajas a Barcelona?

—No, he venido a buscarte a ti.

Mi cara de desconcierto lo animó a seguir hablando:

—Sabía que te escondías aquí. Je, je, je. Me lo dijo una pulga.

—¿Una pulga?

—Sí, una pulga que presumía mucho de lo buen representante de artistas que era. Charlando, charlando… me dijo que suministraba artistas a un café que había en un pueblo de Huesca y que tenía también un cabaré. Y entonces me acordé de que yo conocía a un maño de Huesca al que le gustaba mucho pendonear por los cabarés. Dos más dos, cuatro.

Acabáramos. Don Timoteo Hinojosa; en arte, la Pulguita. Una pulga se chivó de mí a un piojo. Casi tenía gracia. Salvo porque volver a encontrarme con Demetrio no me producía

ninguna.

—Bueno, pues ya me has encontrado. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes de sobra que me debes dinero. Mucho dinero.

Al decir eso, tamborileó con los dedos sobre la madera nudosa de su bastón.

—Yo no te debo nada. Ya te pagó el señor Bosch en mi nombre.

—Ah, sí, tu amigo el catalán. Vaya un marrullero estaba hecho. Me pagó y luego me lo quitó todo. Hasta la libertad. También me debes dinero por los años que estuve en la *cangrí* por vuestra culpa.

—Eso es entre tú y él. Yo no tengo nada que ver.

—Claro que tienes que ver, Giuseppe. No me tomes por tonto, porque eso no se lo aguanto a nadie. Así que o me pagas en dinero o me lo cobro en especie.

Y, al decir esto, repiqueteó de nuevo los dedos sobre el bastón que yacía sobre la mesa, entre ambos.

Y, lo que son las cosas, en aquel preciso momento entró por la puerta el capitán de la Guardia Civil, que era un hombre alto y corpulento, imponente con su uniforme, su capelina, su tricornio y su enorme, puntiagudo, bigote entrecano.

—Buenas tardes, Josepet. ¿Todo bien por aquí? —preguntó. Y aunque se dirigía a mí, su mirada estaba clavada en el Piojo, quien miraba para otro lado encogiéndose igual que las liebres cuando se acerca el cazador para ver si hay suerte y las confunde con una piedra.

—Sí, mi capitán, todo bien. Aquí, de charla con un viejo conocido de Madrid, que está de paso. Porque estás de paso, ¿verdad, Demetrio?

—Sí, claro.

—Ah, pues encantado. ¿Demetrio qué más?

—Demetrio Borrego Quintela, para servirles a Dios y a usted, mi capitán.

La llegada del guardia civil, tan oportuna, no había sido casualidad. Sin duda la presencia de aquel madrileño de mala catadura, tan distinto de los artistas que solían venir a mi café preguntando a todo el mundo dónde podían encontrarme, había llamado la atención de más de uno. Y alguno se lo habría contado al capitán, y el capitán había resuelto venir a asomar las narices, a ver de qué iba todo esto.

—Tómese algo, mi capitán. Está usted invitado, ya lo sabe.

—No, gracias, Josepet. En otro momento. Ahora tengo trabajo. Solo he pasado a saludar. Con Dios. ¿Demetrio Borrego Quintela, me ha dicho usted?

—Sí, mi capitán. Eso he dicho, Demetrio Borrego Quintela, para servirles a Dios y a usted.

—¿Y es artista? ¿Va a actuar aquí?

—Eso ya se verá, mi capitán. Antes tengo que hablarlo con mi amigo Giuseppe.

—¿Giuseppe?

—Es una larga historia, mi capitán —intervine.

—Ah, muy bien. Os dejo solos, pues.

El capitán se marchó y El Piojo se relajó y, al poco, se volvió a erguir. Se había encogido tanto que casi llegó a tocar la superficie de la mesa con la nariz.

—Aquí no puedes amenazarme, Demetrio —dije yo entonces—, esto no es Madrid. Esto es mi territorio. Aquí todo el mundo me conoce, incluyendo, como ves, a la Guardia Civil y al alcalde. Todos son amigos míos. Aquí tú solo eres un forastero del que nadie sabe nada y de quien todo el mundo desconfía. Ni siquiera puedes contar con los puños de Tres Quintales.

—Que Dios lo tenga en su gloria.

—¡Que Dios lo tenga en su gloria! En efecto.

—Pero tú sigues teniendo una deuda conmigo, maño. Una que adquiriste libremente. Yo no te puse la navaja al cuello para que aceptaras dinero prestado; el mío, para más señas. ¿Es que los paletos de pueblo no sois lo suficientemente hombres como para reconocer vuestras deudas?

Aquello me ofendió. El Piojo sabía muy bien en qué nervio pinchar. En el del orgullo, en este caso.

—Está bien, saldaré mi deuda contigo. Te devolveré lo que te quitó mi amigo el catalán. Pero solo eso. Sin intereses y sin zarandajas.

El Piojo volvió a repiquetear con los dedos sobre su garrote nudoso mientras me miraba por debajo del ala del bombín color canela, como si estuviera calibrando en dónde iba a arrearme el primer bastonazo.

—Está bien —dijo por fin—. Me has forzado la mano, maño, y eso es algo que no todo el mundo puede conseguir y salirse de rositas. Pero menos da una piedra.

—No tengo todo el dinero aquí, Demetrio. Tendrás que esperar hasta mañana. O pasado. Con la recaudación del fin de semana tendré suficiente para pagarte. Mientras tanto, la pensión y la comida corren de mi cuenta. Y las consumiciones aquí en el café. Estás invitado a todo. ¿Tenemos un acuerdo?

—Tenemos.

Y así fue. Al segundo día, ya tenía suficiente como para pagar al Piojo. Le hice pasar a mi despacho de la trastienda y le di el dinero.

—¿En paz?

—En paz. Pero escucha una cosa… He visto que en tu café se juega.

—Sí, al tute, al dominó… Sin apuestas. Que ya has visto que el capitán de la Guardia Civil viene mucho.

—Venga, hombre, maño, que soy yo, tu compadre Demetrio… Que te he visto jugar, coño. Y sé que lo llevas en la

sangre. ¿Me vas a decir que no te permites alguna partidita como Dios manda?

—No —mentí.

—Vamos a hacer una cosa. —Sonrió, y cuando el Piojo sonreía, más bien parecía que su apodo fuera «la Hiena»—. Vamos a jugarnos todo este dinero tú y yo al póquer. Si pierdo, te quedas con la deuda y el dinero. Y si gano yo… bueno, me llevo más dinero. ¿Qué me dices? Anda, por los viejos tiempos.

Aquello era muy tentador. De hecho, para un jugador empedernido como yo, era la madre de todas las tentaciones. Y no debería haber aceptado, bien lo sé ahora y bien lo sabía entonces, pero…

—Está bien, Demetrio. Esta noche.

—¿Al póquer, como en los viejos tiempos?

—Al póquer, como en los viejos tiempos. Y sin límite de apuesta.

—Escúpete en la mano.

Así lo hice. Él escupió en la suya y las encajamos mezclando de esa forma los escupitajos. Una guarrada, ya lo sé, pero es como se sella un pacto en ciertos ambientes.

Aquella noche montamos la mesa en la trastienda. Se supone que para que no nos viera nadie, pero se había corrido la voz de que Josepet de Ca Satorres iba a enfrentarse a las cartas con aquel madrileño malencarado que llevaba dos días martirizando a los dueños de la fonda con sus exigencias, y allí en la trastienda, viendo la partida, estaba medio Fraga. Hasta el alcalde y el capitán de la Guardia Civil, que, eso sí, en esa ocasión había venido vestido de paisano.

Yo tenía confianza en mí mismo. No había dejado de jugar en todo ese tiempo y había adquirido mucha práctica. El Piojo era peligroso por ser un jugador de ventaja, pero ¿qué ventaja podía conseguir allí, tan lejos de su territorio, en mitad del mío, como yo mismo le había hecho notar?

La partida se alargó durante toda la noche y todo el día siguiente. Solo nos levantábamos de la mesa para hacer nuestras necesidades, lavarnos un poco y volver a la partida de inmediato. Comíamos sobre la marcha: a sus horas, de la cocina del café nos traían unos pinchos de tortilla, o unos chorizos, o pan y queso ya cortado, y un vaso de vino. Los espectadores se iban turnando: se marchaban a casa para comer algo o dormir un rato, pero volvían al cabo de unas horas.

Durante la mayor parte de la noche, la cosa estuvo bastante igualada, con una ligera ventaja para mí. Por la mañana, tras el canto del gallo, fue el Piojo quien me fue sacando, poco a poco, cierta ventaja. Al mediodía, estábamos igualados.

—¿Qué te parece, Demetrio? ¿Lo consideramos tablas y lo dejamos así?

—Yo de aquí no me levanto mientras tenga con qué apostar, Giuseppe. Y todavía tengo mucho.

La ventaja se fue ampliando, poco a poco, por la tarde. Al anochecer, el Piojo ya se me había quedado con casi todo el dinero que llevaba encima, más la recaudación de la caja. Yo estaba a punto de dejarlo, pero al repartir la siguiente mano me cayeron cuatro ochos. Un póquer. Una mano casi imbatible. Tuve claro que esa era la mía de resarcirme y le fui picando, subiendo la apuesta poco a poco, cada vez más. Y él se dejó picar: puso sobre la mesa todo el dinero que me había ganado, más un papel que se había sacado del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué es esto? —pregunté al ver el papel.

—El título de propiedad de una taberna en Madrid.

—¿Tú tienes una taberna? ¿Cómo?

—La gané en una partida.

El alcalde se adelantó, cogió el papel, se puso los quevedos sobre la nariz y lo leyó. Dijo que era, en efecto, una escritura

de propiedad, con todos los timbres y las rúbricas de rigor y que, por lo que él sabía de la cosa, parecía auténtica. Pero ¿para qué quería yo una taberna en Madrid? Así mismo se lo dije al Piojo.

—Si no la quieres, puedes venderla a buen precio —replicó él—. No te durará ni un día en las manos.

—Pero yo no tengo nada para respaldar una apuesta tan grande.

—Tienes propiedades, ¿no?

Sí, claro que tenía propiedades. La finca de Les Peñetes, en los Monegros, que me había cedido mi padre. La casa. Y el dinero y todas las tierras de la dote de mi mujer, que aún no había gastado, o no del todo. Eso era cuanto tenía, pero no lo dudé. Con cuatro ochos en mi mano no podía perder. Iba a enviar al Piojo de vuelta a Madrid bien pelado.

Recuerdo que el alcalde, al ver lo que hacía, me puso la mano sobre el hombro e, inclinándose sobre mí, me susurró al oído:

—Josepet, ¿estás seguro?

—Sí, muy seguro —susurré yo a mi vez.

También recuerdo que, en aquella sala atiborrada de humo de tabaco y de gente sudorosa, se había hecho un silencio tan espeso que se podía cortar con un cuchillo.

Y el Piojo habló:

—Todos los que estáis aquí sois testigos: el que ahora saque la mano más alta se va a llevar todo esto. Sin peros y sin discusiones.

—Está claro —dijo el capitán de la Guardia Civil, que miraba la partida desde el fondo de la habitación.

—En ese caso… lo veo.

Yo sonreí y mostré sobre el tapete verde, uno por uno, los cuatro ochos. Corazón, trébol, diamante, pica. Rojo, negro, rojo, negro.

—Te felicito, maño —dijo el Piojo, visiblemente sorprendido—. Esa es una mano casi imbatible.

—Gracias. —Yo estaba eufórico, con ganas de celebrarlo lejos de su molesta presencia—. La diligencia a Madrid sale por la mañana. ¿Te irás en ella?

—Pues sí, me iré… pero con todo esto.

Recuerdo perfectamente, como si hubiera sucedido hace unos instantes y no hace varios años, la punzada de alarma que sentí al escucharle decir eso. Y al verle sonreír. Porque el Piojo estaba sonriendo, a su torva manera. Y no era agradable verle sonreír. Que yo recordara, nunca lo había sido, pero en aquel momento, mucho menos.

Colocó sus cinco cartas sobre el tapete verde. Dos de trébol, tres, cuatro, cinco y seis. Escalera de color. Un póquer es casi imbatible, pero una escalera de color lo es del todo.

A la mañana siguiente (un rato después, porque llevábamos dos noches y un día seguidos jugando), el Piojo volvió a Madrid en la diligencia, con todo mi dinero y mis propiedades. Yo lo había perdido todo. Todo.

Me fui a casa abrumado por una sensación de derrota como no la había sentido nunca en mi vida. Y me quedaba lo más duro: contárselo a mi mujer. Antònia, que ya estaba preocupada, se horrorizó al oírme. Luego lloró. Luego me increpó lanzándome terribles insultos. Con toda la razón. Gritando me preguntaba qué íbamos a hacer con las cuatro bocas que teníamos que alimentar. Yo intentaba quitarle hierro al asunto destacando el hecho de que por lo menos no se había quedado el café, pero eso no parecía aplacar su ira.

—Josep, tienes que prometerme que nunca, nunca, volverás a jugar.

—Claro que te lo prometo.

—No. «Claro», no. —Me miró como jamás antes me había mirado, sin una gota de simpatía ni de compasión, y prosiguió

—: Si me entero de un día, un solo día, que has vuelto a tener una baraja de cartas en las manos, ni que sea durante cinco minutos, no respondo de mis actos. ¿Estamos?

—Sí. —Hice una pausa y me reafirmé—: Sí, descuida.

—Bien.

Y se fue. A saber adónde, pero durante un rato largo estuve allí sentado, mirando a mi alrededor con vergüenza, observando la única propiedad que había logrado conservar. Finalmente, Antònia regresó. Se la veía enfadada todavía, pero por lo menos me hablaba.

—Bien —repitió al volver—. Vas a recuperar todo lo que has perdido.

—Ojalá —repuse yo.

—No, no me estás entendiendo. Vas a recuperarlo.

Antònia era muy inteligente. No se le notaba mucho porque era de natural reservada; a ella lo que le gustaba era quedarse en casa cuidando de los hijos. Pero cuando convenía, o cuando a ella le parecía, daba un paso al frente y destapaba su enorme talento. Yo solía notárselo en la mirada. Y, en aquel momento, se lo noté de una forma muy clara.

—Josepet, el juego te metió en esto… y el juego te sacará.

—No te entiendo.

—La primera planta del café sigue libre.

—Sí, claro. Como no me dejaste montar allí un salón de baile…

—Vas a montar otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Un casino. Pedirás dinero prestado para comprar una ruleta y una mesa del veintiuno.

—Eso es ilegal.

—Por Dios bendito, Josepet. Tienes al capitán de la Guardia Civil y al alcalde jugando a las cartas en el café, día sí y día también. ¿Y apuestan?

—Vaya si apuestan.

—Pues eso. Será ilegal, pero a nadie parece importarle.

Sopesé la idea durante algunos segundos. Era brillante. Miré a Antònia y solo le pude decir una palabra, repetida una y mil veces:

—Gracias. Gracias, gracias, gracias. ¡Gracias!

—Aún sigo enfadada —fue su respuesta, alejada de cualquier sombra de cariño—, y lo seguiré estando hasta que recuperes todo lo que has perdido.

—Lo haré. Te lo prometo. —Me sentía capaz de eso y de mucho más.

—No prometas tanto. Hazlo y ya está.

Así que lo hice. Pedí dinero prestado para comprar en Barcelona una ruleta francesa y una mesa de blackjack, y en el piso de arriba del café montamos el casino. En principio tenía que ser algo austero. Le prometí a Antònia que me gastaría poco dinero, pero al final resultó que me gasté el préstamo y tuve que pedir más a otro prestamista. Me la jugué una vez más, pero ahora puedo decir que valió la pena. El casino quedó impresionante, y los fragatinos, deslumbrados con tanto lujo de detalles. Hasta incorporé un pequeño escenario, tal y como lo había visto en los tugurios de Madrid donde nos jugábamos los dineros. Y pude comprobar que eso que siempre se dice es totalmente cierto: la banca siempre gana. O, por lo menos, nunca pierde, que viene a ser casi lo mismo.

Además, el café seguía dando dinero. Los artistas, músicos y agentes de Madrid, y alguno de Barcelona (el Paralelo ya empezaba a poblarse de teatros, cafés, cabarés y *music halls*), empezaban a tenerlo en cuenta para sus giras. Si el espectáculo, cualquiera que fuera, era de pequeño formato, lo programaba en la planta baja, en el café propiamente dicho. Si, en cambio, se trataba de algo más espectacular o picante, lo montaba en la primera planta, en el casino. También invertí para hacer crecer

poco a poco Transatorres, la compañía de diligencias y tartanas que cubría la ruta entre Lérida y Fraga, y eso también daba dinero; cuando la empresa Hispano Suiza comercializó el primer autobús de pasajeros a motor, sustituí con uno de ellos los tiros de mulas. Muchos jóvenes de Lérida, así como trabajadores de las minas de carbón de Mequinenza y los obreros que trabajaban en la construcción del canal de Aragón y Cataluña aprovechaban mis coches de línea para acercarse hasta Fraga, porque había corrido la voz de aquel aparato que tenía en el café del que salía música (mi querido gramófono Berliner), y ya empezábamos a tener los primeros músicos que tocaban en directo nuevas canciones y nuevos ritmos para bailar. La industria de los higos secos también atraía a Fraga a muchas mujeres jóvenes que se dedicaban a recoger, secar y encajonar el fruto. Las encajonadoras, las llamaban, y cobraban sueldos que muchas —las más avanzadas— venían a gastar al café; las mujeres de su generación no eran como las de antes, que nunca ponían los pies en un local público de bebidas por miedo al qué dirán.

Los tiempos estaban cambiando con más o menos celeridad, y lo hacían para bien. Por otra parte, también venían muchos comerciantes ingleses a comprar partidas de higos secos, y esos aumentaban mi clientela, a la vez que nos traían noticias de lo que estaba sucediendo en Inglaterra, lo que poco a poco ayudó a la apertura de mentes de los habitantes de Fraga. Y la familia Sorolla también había modernizado aquella fonda convirtiéndola en un espléndido hostal, donde se alojaban los cada vez más numerosos viajeros que hacían parada en Fraga.

Puedo decir, con legítimo orgullo, que mi café casino debió de ser uno de los primeros sitios de España en los que, con el cambio de siglo, se escuchó un nuevo género musical, el ragtime. Era este un tipo de música que inventaron los negros de América. Derivaba de las marchas para bandas, pero los

negros las adaptaban a un ritmo sincopado acentuando los tiempos impares, el primero y el tercero. Probablemente tenía influencias de las músicas africanas que los esclavos se llevaron consigo en los barcos negreros. Su máximo exponente era un pianista llamado Scott Joplin. Yo, que de estas cosas siempre estaba al quite gracias a las revistas ilustradas que seguía analizando a la caza de novedades, y gracias a lo que me contaban en sus cartas los amigos que conservaba en Madrid y en Barcelona, como el mismo Vicente Bosch, conseguí hacerme con unos discos grabados del pianista estadounidense. Recuerdo que la primera vez que sonó en el gramófono del café Josepet el ragtime *Maple Leaf Rag*, de Joplin, la gente casi se escandalizó. Poco tiempo después no paraban de pedirme que lo pusiera. Y cuando los fragatinos ya estaban acostumbrados a estos nuevos ritmos, me alié también con una orquesta para tocarlos y bailarlos en vivo en un local que el ayuntamiento sacaba a subasta cada año para celebrar en él las fiestas mayores. Aún recuerdo la de veces que casi llegaron a las manos los músicos que pretendían seguir con la tradición de las jotas y demás bailes populares y los nuestros, los más jóvenes, que lo que queríamos era que en Fraga se bailara la música que provenía del otro lado del Atlántico. Los primeros tocaban en Lo Botó de Dalt y nosotros nos hicimos con un local situado muy cerca del Josepet, en pleno Segoñé, al que llamamos Lo Botó de Baix. Así que en Fraga se bailaba lo tradicional y lo más moderno. La sociedad estaba dividida entre las clases populares y los pudientes, que eran asimismo los más conservadores. Esto también cambió con el ragtime. Si querías bailar ese nuevo ritmo, tenías que venir forzosamente a nuestro café musical.

En aquel entonces también montamos la primera «Música moderna»: la Katalan's Jazz Orkestrina, con la exuberante Gina Ginés como vocalista. Las disputas entre ambas facciones para

conseguir a los mejores músicos eran épicas y muchas veces acababan en broncas entre los promotores y los mismos clientes. Esa feroz competencia hizo que muchas veces tuviéramos que ir a buscar músicos a otras poblaciones para completar esas formaciones. Con estos nuevos intérpretes forasteros llegaron también nuevos clientes, que seguían buscando lugares donde poder bailar. Así se fue enriqueciendo la relación entre jóvenes de distintos pueblos. De allí salieron muchos matrimonios. Creo que se puede afirmar que el baile ayudó a Fraga a abrirse. Y, en cualquier caso, a mí me ayudó a, poco a poco, ir juntando la suma de dinero que necesitaba para cumplir con la promesa que le había hecho a Antònia.

En dos años me había resarcido de las pérdidas y tenía suficiente como para comprarlo todo de nuevo, pero aún quedaba lo más difícil: conseguir que el Piojo me lo volviera a vender. Por suerte, tenía un as en la manga. Un as metafórico, por supuesto, ya que mantenía la promesa que le había hecho a Antònia: por mucho que me costase, y Dios sabe que había días en los que me costaba horrores, no había vuelto a tocar una baraja de cartas más que para dársela a los clientes del casino.

Hacía un largo tiempo que no la visitaba, pero en cuanto puse los pies en Madrid pareció como si jamás me hubiera ido. El bullicio y la algarabía eran los mismos que el primer día que llegué allí, cual polluelo recién salido del cascarón. Pero habían cambiado las cosas, por supuesto. Una de ellas era que el Piojo ahora tenía un despacho. ¿Para hacer qué?, no tengo ni idea, pero por algún motivo ahora se las daba de señor respetable. En cuanto di con la dirección, me presenté de inmediato, dispuesto a hacer negocios con mi peor enemigo.

Me abrió la puerta un mozo joven y fornido con cara de contar con muy pocas luces. Si la vista no me engañaba, tenía

que ser sin duda el hijo de Tres Quintales.

—¿Qué se le ofrece?

—Deseo hablar con el Piojo.

—¿Con quién?

—Con Demetrio Borrego Quintela —corregí esperando que el desliz no me costara un disgusto.

—¿Borrego? —repitió el zagal intentando entender lo que yo decía. Sin duda, le faltaba un hervor.

—¡Me quiere ver a mí, hazlo pasar! —gritaron con impaciencia desde el interior de un cuarto. Ahí estaba esa voz tan desagradable y familiar. Mi viejo conocido Demetrio Borrego Quintela, alias el Piojo.

El más que probable hijo de Tres Quintales sí entendió esa orden directa y me abrió la puerta para conducirme hasta su patrón.

—Dígame lo que se le… ¡Giuseppe! —Parecía hasta alegrarse de verme—. ¿Qué te trae por aquí, maño?

Me ofreció asiento y me senté. Aunque poseyera un despacho, no engañaba a nadie: seguía siendo la misma alimaña tratando de hacerse pasar por una persona.

—Negocios —respondí yendo directo al grano.

—Vaya. ¿Y con quién?

—Contigo. He venido a comprarte todo lo que me ganaste a las cartas.

El Piojo me miró y sonrió. Contaba con que disfrutaría viendo cómo me había arrastrado hasta él, y se lo pasaría todavía mejor negándose a acceder. No me equivocaba en ninguna de las dos cosas.

—Pero, maño, eso lo perdiste. En la vida hay que saber decir adiós.

—Puedes decir hola al dinero, Demetrio.

—Ya, bueno, es que… no me va mal, ¿sabes? —Y echó un vistazo a ese cuartucho destartalado al que osaba llamar

«despacho»—. Me temo que no necesito tu dinero.

—Entiendo. —Hice una pausa. Mi dinero le hubiera venido muy, pero que muy bien, pero priorizaba verme derrotado. Cosa que, por cierto, no iba a pasar—. Te ofrezco el doble.

—¿El doble?

—El doble de lo que cuestan. En metálico, ahora mismo.

Cuando digo que la banca siempre gana, es que siempre gana. Hasta tal punto me había resarcido de las pérdidas. Algo cambió en la mirada del Piojo. Sabía que no podía rechazar tanto dinero. Y, sin embargo, dijo:

—La respuesta sigue siendo no.

—Pero, Piojo…, ¡quiero decir, Demetrio! ¿Tienes idea de la cantidad de dinero de la que estoy hablando?

—Lo sé y no me interesa.

—¿Por qué no te iba a interesar? ¿Para qué demonios quieres tú la finca de Les Peñetes? ¿Qué se te ha perdido allí?

—Un trato es un trato, Giuseppe. Dijimos que el ganador se quedaría con todo, y yo fui el ganador. No tengo nada más que hablar.

—¡Que es una finca en los Monegros, por el amor de Dios! ¿Tanto me odias? —vociferé, y mis gritos debieron de llegar a oídos de los vecinos.

—No tengo nada más que hablar contigo, maño. Si me disculpas…

Se giró dándome la espalda mientras fingía repasar unos papeles que, estaba claro, en ese momento le importaban un comino. Yo abandoné el despacho dando un portazo, tras el cual creo que oí al Piojo reírse.

—¿Qué? ¿Quiere usted una finca en los Monegros? —me interpeló aquel pedazo de carne que estaba en la entrada.

—Sí, pero parece que no estoy de suerte.

Cuando ya dirigía mis pasos hacia la puerta, el chaval pronunció una frase que me hizo regresar:

—Ya. Si llega a venir una semana antes…

—¿Una semana antes?

—Sí, resulta que…

El Piojo salió entonces del cuartucho, alarmado, tratando de evitar que su secretario siguiera hablando.

—Benito, deja que el señor se vaya.

—No tengo prisa —repuse yo, e insistí—: ¿Qué pasó la semana pasada?

—¡Nada! —El Piojo tenía mucha prisa por verme marchar sin la información, cosa que no iba a suceder.

—¿Cómo que nada? —saltó el mancebo—. Si vendió usted la finca de los Monegros la semana pasada junto con el resto de las propiedades que le ganó a ese paleto de pueblo jugando a las cartas.

Los gestos que hacía el Piojo para indicarle al tal Benito que cerrara el pico no surtieron ningún efecto. Ni tampoco las palabras, vaya.

—Te confundes, hombre. Sigo teniendo todas las propiedades —insistió el Piojo tratando en vano de salvar los muebles.

—Que no las tiene, que se las vendió usted a un prestamista de Lérida.

Solo le faltó darme su dirección. Al Piojo se lo llevaban los demonios, y el chico, que tenía que ser hijo de Tres Quintales puesto que no creo que pueda haber dos personas tan tontas sobre la faz de la Tierra, seguía insistiendo en que tenía razón. Me divertí mucho, lo admito. Hubo un momento en que hasta sentí pena por el pobre Piojo, que si no se hubiera precipitado vendiéndolo todo, habría obtenido el doble de lo que le pagaron —porque no hay duda de que, si aún hubiera tenido en su poder mis propiedades, me las hubiera vendido, ¡menudo era ese cuando había dinero por medio!—, pero se me pasó rápido.

No perdí el tiempo y abandoné Madrid con destino a Lérida, donde no tardé en localizar al prestamista en cuestión (Lérida es un pueblo grande) y recuperé todo lo que había perdido, y por un precio mucho más bajo del que estaba dispuesto a pagarle al Piojo. Incluyendo la finca de Les Peñetes, claro.

Pasaron los años, y yo fui envejeciendo. Ley de vida. Mi querida Antònia murió, lo que me dejó sumido en la desolación. Poco después se me declaró una tos perruna, que, cuando me atacaba, me sacudía todo el cuerpo, y fue a peor. Cada vez me dolía más la garganta, y cada vez tosía más.

Fui a un médico de Zaragoza, y este me preguntó si fumaba mucho. Lo normal, le dije. Me hizo unas cuantas pruebas y al final me dio un diagnóstico lamentable: cáncer de garganta. Lo que, en la práctica, equivalía a una sentencia de muerte.

De vuelta a Fraga, pensé que ya iba siendo hora de retirarme y dejarle el relevo a la generación siguiente. Había llegado el momento de tener con mi hijo la conversación que ambos llevábamos tiempo evitando. Para entonces, Josep ya andaba cerca de los cuarenta, y yo confiaba en que el paso del tiempo hubiera empezado a hacer mella en él. Pero su respuesta fue tan contundente que me supuso lo mismo que un jarro de agua fría.

—*Pare*, llevo años y años diciéndole que no me gusta el negocio del café. Entiendo y respeto que a usted le guste y que sea toda su vida, pero no es la mía.

—Pero, hijo, ya has pasado muchos años en el campo. Y te habrás dado cuenta de que es muy duro y muy aburrido —argumenté yo—. Quizá sea el momento de que des un giro en tu vida y lo pruebes. Una temporada por lo menos.

—A mí el cultivo de la tierra no me parece aburrido —se reafirmó—. Al revés, soy muy feliz allí.

Muy feliz. Acabáramos. Me quedaba una única carta por jugar; la más desesperada.

—Hazlo por mí. Es el único favor que te voy a pedir en la vida. Hazlo por mí.

Josep me miró con algo que no acerté a adivinar —¿lástima, tal vez?— y, con solo dos frases, me dejó sin esperanzas:

—No haga eso, por favor. El abuelo jamás me habría pedido algo de esa manera.

El abuelo, claro. Mi padre ya llevaba muerto unos años, pero él sí se había encargado de asegurar su legado. Me maldije por haberlo hecho tan mal con el chico. Cómo no iba a parecerse a su abuelo, si su abuelo había sido más su padre que su propio padre.

Aquello fue un golpe terrible para mí, no lo voy a negar, porque me obligaba a luchar en el momento en el que más me flaqueaban las fuerzas. Aunque lucharía, de eso no había ninguna duda. Me costaría más o me costaría menos, pero me negaba a aceptar que mi primogénito despreciara un negocio lucrativo en favor de una forma de vida tan lastimosa. Había que convencerlo, no tenía alternativa.

Y, de repente, Fraga amaneció un día sin café ni casino. Me dolió en el alma, pero me vi obligado a cerrarlo temporalmente. Y lo cerré a pesar de que hacía tiempo que el juego era legal en España y no me crearía problemas tenerlo abierto, aunque, en honor a la verdad, nunca me los había creado. Pero es que la maldita enfermedad me había debilitado demasiado, y ya no podía con él. Puse el candado en la puerta pensando que pasaría poco tiempo hasta que abriera de nuevo, y no conmigo al frente, sino con mi hijo y mi nuera. Estaba seguro de que Josep finalmente cedería. Poco sospechaba entonces que no iba a poner los pies allí dentro nunca más. Ni allí dentro ni en ninguna otra parte.

El día de San Miguel, mientras trabajaba, según me contaron los que lo habían visto, Josep se llevó la mano al pecho, crispó el rostro en una expresión de dolor, dobló la rodilla y cayó al suelo, muerto. El médico diagnosticó que había sufrido un ataque cardiaco fulminante. Mi hijo falleció en el mismo campo que él tanto amaba, bajo el sol inclemente, sobre la tierra polvorienta a la que hay que arrancar las cosechas a mordiscos. De repente, sin más. Él, que era fuerte y sano como un roble. Como su abuelo, mi padre. Ninguno de los dos mereció nunca el apodo de Lo Sec que recayó en mí, porque ambos tenían cuerpo recio, de campesino. Ahora ambos me han abandonado, y cómo me duele el vacío que han dejado tras de sí.

Maria Vilar, su viuda, entró en mi habitación unos días después. Nos veíamos constantemente, claro está, pues ambos vivíamos en la misma casa, justo encima de aquel café que sus padres le habían prohibido pisar hacía ya unos cuantos años. Esa vivienda, tan repleta de vida en otro tiempo, llena primero con mis propios hijos y más tarde con los hijos de Josep y de Maria —tuvieron siete, dos más que Antònia y yo—, se había quedado ahora casi deshabitada. Para entonces, mis nietos ya se habían hecho mayores —excepto la mayor, Isadora, que desgraciadamente murió en el parto—, y casi todos se habían dispersado por el mundo. En la residencia familiar no vivíamos más que mi nuera, un servidor y dos de mis nietas: Joaquina y Antonieta. También dos hermanos de Maria que habían escogido la carrera religiosa y se habían hecho curas. Sí, aún quedaba gente en casa, lo que no quedaba era vitalidad; en esos días, más que personas, parecíamos espectros. En especial mi nuera y yo. A pesar de estar tan cerca, apenas nos dirigíamos la palabra. La muerte de Josep nos había dejado sumidos en un dolor tan profundo que no nos veíamos con fuerzas de decirnos nada más allá de lo estrictamente

necesario. Sin embargo, el día que Maria vino a mi cuarto, algo había cambiado en ella. Vestida de riguroso negro, como mandan las reglas, aún estaba sin duda afectada por lo ocurrido, pero exhibía un atisbo de fuerza hasta entonces inaudita. Por primera vez desde el entierro, hablamos abiertamente de él.

—Josep nunca habría trabajado en el café, usted lo sabe.

—Lo que es seguro es que ahora ya nunca va a trabajar allí.

Fueron simplemente esas dos frases. No nos dijimos nada más. Ella se quedó sentada y yo, tumbado en la cama, y así pasó un largo rato. Ni siquiera nos mirábamos, pero de algún modo la presencia del otro nos reconfortaba. Esa fue la primera de las muchas charlas que tendría con Maria a lo largo de los siguientes meses, y, por supuesto, la más corta. Las reticencias entre ambos, que siempre habían estado allí, empezaron a ceder ahora que solo nos teníamos el uno al otro, como aquel que dice. Maria acudía a mi habitación cada vez con más frecuencia. Al principio solo hablábamos de Josep, pero pronto comenzamos a compartir toda clase de conversaciones. Así me encontré narrándole a esa pobre muchacha mis andanzas por Madrid, las correrías en el ejército, las desventuras con el Piojo —que, en contra de lo que esperaba, la hicieron reír a carcajadas— y, sobre todo, los cafés, los cabarés, las tascas, las tabernas, el baile… Mi vida y mis sueños, en definitiva.

Yo cada vez me encontraba peor, y era Maria la que me cuidaba. Sospecho que sin ella la enfermedad todavía habría avanzado a más velocidad, porque saber al menos que podría hablar con ella me hacía levantarme de mejor humor. Quién me lo iba a decir aquel lejano día que la vi en casa de sus padres, donde me despertó poco más que desprecio.

—¿Cree que, si yo no me hubiera casado con Josep, él aún seguiría vivo? —preguntó un día, como de la nada.

—¿Por qué dices eso?

—Si él no se hubiera casado conmigo, habría ido a trabajar al café. No habría estado en el campo, que fue lo que lo mató.

—Josep nunca habría trabajado en el café, eso fue lo que me dijiste.

—Es lo que me gustaría pensar.

—Y es la verdad. Por mucho que yo te intentara culpar a ti de lo ocurrido… no había nada que hacer, el muchacho se parecía demasiado a su abuelo.

Mi explicación pareció tranquilizarla, pero quién sabe si lo hizo de verdad. A partir de entonces, la idea de encontrar un heredero para mi café empezó a ser recurrente en nuestras conversaciones. Y no era precisamente yo quien la sacaba. Maria, la misma Maria a quien yo había señalado como la fuente de todos mis males, empezaba a estar casi tan obsesionada como un servidor por la continuidad del negocio familiar. Ignoro si era por sentirse responsable de la muerte de Josep o porque en aquellas largas horas de conversaciones había conseguido transmitirle mi entusiasmo, o por un poco de cada, pero la cuestión es que parecía más dispuesta que yo a reabrir el negocio.

—Debería ser Santiago —comentaba a menudo.

Santiago Satorres era su hijo, que todavía vivía en la casa familiar cuando murió su padre. Había empezado a trabajar muy joven en un comercio, y años después se había trasladado a Zaragoza para llevar la tienda de los perfumes catalanes Myrurgia.

—Se siente muy a gusto en Zaragoza y por ahora no quiere regresar al pueblo —me confió en una ocasión—, pero ya lo convenceré, ya.

Admiraba esa energía, que me recordaba a la que yo había tenido no tanto tiempo atrás. Sin embargo, yo ya había aprendido —y por las malas— que no basta con armarse de voluntad para convencer a alguien, y que dan igual los planes

que tenga uno, que allí está el destino esperando para rompérselos.

Un día, mi nuera entró por la mañana con más vitalidad que nunca y, sin darme siquiera los buenos días, lanzó una pregunta al aire:

—¿Y Maria y Antonio?

Se refería a mi nieta Maria, su hija, que vive en Barbastro con su marido. Antonio es un buen chico, pero ellos dos ya tienen su vida lejos de Fraga. De vez en cuando vienen por aquí para verme, pero, ay, demasiado poco. Me encantaría que pasara, pero a él hace poco lo han hecho socio del hotel San Ramón, así que no creo que se quieran quedar con el café Josepet.

—Bueno, bueno, ya veremos. —La otra Maria, mi nuera, le quitó importancia a mis dudas.

Maria y Antonio. Yo mismo me había encargado de animarlos al comienzo de sus relaciones acariciando también esa secreta idea. Eran mi plan alternativo por si mi hijo no se bajaba del burro, pero en cuanto vi que Antonio empezaba a prosperar en Barbastro, me lo fui quitando de la cabeza. Sí, sin duda sería bonito, pero no quiero soñar. La vida ya me ha enseñado lo que pasa cuando tienes demasiadas ilusiones, y yo no podría soportar un nuevo desengaño.

Escribo esto en el año del Señor de 1921. Hace ya un año que me vi obligado a cerrar el café y el casino, y nada indica que la situación vaya a cambiar, por más que Maria se empeñe en decirme que pronto va a reabrir. No sé si lo cree de verdad o simplemente quiere hacerme sentir bien, pero, sea como sea, se lo agradezco de corazón.

La tos arrecia. Me asalta en unos ataques terribles que me dejan agotado y que hacen que tenga la impresión de que estoy escupiendo los pulmones a pedazos. Cada vez me canso más. Apenas tengo fuerzas para levantarme de la cama. Apenas

tengo fuerzas para sostener la pluma con la que emborrono estas cuartillas. El mal feo se me va comiendo por dentro. Mis hijas no se ven con ánimos de encargarse del negocio que tiré adelante con el esfuerzo de toda mi vida. Tampoco vienen a verme mucho, están muy ocupadas con sus familias, sus maridos, sus hijos. Suerte tengo de Maria Vilar, a quien Dios bendiga. No escribas más, Josep de Ca Satorres, Josepet, Giuseppe, Lo Sec, el de Fraga. No escribas más. Tu historia ya se está acabando. Tu tiempo en la Tierra, también. Espero que pronto pueda reunirme con Antònia. Nunca le dije cuánto la quería. O, en todo caso, nunca se lo dije lo suficiente. Pero estoy tranquilo, porque sé que dentro de poco lo voy a poder hacer.

New York, New York

Se me erizó la piel. Si esa historia fuera ficción, probablemente me habría conmovido, pero no solo era verídica, es que encima era la historia de mi familia, cosa que multiplicaba el efecto. Creo que también se me escapó alguna lágrima. En cuanto me sequé los ojos, pude volver a observar la realidad alrededor mío. La gente a la que había visto apiñada al lado de la cinta ya no estaba allí, quién sabe cuánto rato hacía que se habían ido. Mi maleta sí estaba, dando vueltas, solitaria. Guardé el manuscrito y me fui a buscarla.

Crucé la puerta de salida al fin esperando ver a mi amigo y tardé pocos segundos en encontrarlo. En efecto, Miquel Sebastià estaba allí, sorprendentemente bien conservado. Nos abrazamos. Aunque en aquel momento me hubiera dado media vuelta y hubiera vuelto a casa, el viaje a Nueva York ya habría valido la pena. Me guio hasta su coche. ¡Teníamos tanto que contarnos! Y, sin embargo, lo primero que hicimos, una vez que ambos estuvimos sentados, fue ponernos a hablar de negocios.

Y es que Miquel me asesoraría en la negociación. O tal vez sería más exacto decir que me traduciría. Mi inglés no es malo, pero tampoco es bueno, y sin duda no resulta adecuado para una operación de ese nivel. Que fuera precisamente mi amigo el que estuviera a mi lado en este trance resultaba un gran honor, pero también me supuso una pequeña molestia, ya que me moría de ganas de ponernos al día y de recordar mil anécdotas que vivimos juntos, cosa que en esos momentos no podíamos hacer, ocupados como estábamos en repasar todos los pormenores de la venta. La cuestión habría requerido una

sentada en condiciones en un sitio tranquilo, pero la reunión era esa misma tarde y no había tiempo para eso. Que yo me hubiera personado en Nueva York un par de días antes, o una semana, tampoco habría cambiado mucho la situación: Miquel era un hombre extremadamente ocupado, y que hubiera decidido liberarse un día entero para atenderme ya era más de lo que le podía pedir. De todas formas, tenía una mente afilada capaz de recordar sin esfuerzo los datos tras haberlos escuchado una sola vez. Así era en nuestra adolescencia y así seguía siendo, para mi tranquilidad.

Lo miraba y no me podía creer que lo tuviera al lado. Cuántas noches habíamos pasado casi en vela compartiendo ilusiones, soñando en voz alta. Y aquí estábamos casi medio siglo después, en la Gran Manzana.

Miré por la ventanilla. Edificios relativamente bajos de ladrillo marrón se erguían orgullosos absolutamente indiferentes a mi alegría casi juvenil. A pesar de la seriedad de la empresa que teníamos entre manos, Miquel puso música, una música animada y alegre con la que parecía querer celebrar nuestro reencuentro.

Medio disco más tarde, la arquitectura comedida dejó paso a la desmesura. Pisos y más pisos y encima de ellos todavía más pisos. Oficinas, restaurantes, teatros, carteles luminosos, vida. Y gente, gente y más gente. Pensé en Josepet. Creí entender cómo se sentía mi tatarabuelo cuando pisó la gran ciudad por primera vez.

Miquel detuvo el coche y yo vi mi hotel al otro lado de la calle. Habíamos llegado.

—Instálate con calma, tómate tu tiempo, duerme un poco si quieres —sugirió mi amigo—, que luego te recojo para comer.

—¿Cómo luego? ¿No vamos a pasar la mañana juntos? —protesté.

—Me encantaría, Juan, pero no me ha sido posible aplazar

todos los compromisos que tenía hoy —repuso—. No te preocupes, la reunión con Finkel y Sillerman irá estupendamente.

—De eso no tengo ninguna duda.

Y no la tenía, pero me sabía mal no poder exprimir las horas que estaría en la ciudad pasando tiempo con él y recordando esas anécdotas de juventud. En cualquier caso, le entendía perfectamente. Yo sabía también qué era tener un cargo de responsabilidad y no poder disfrutar de vida privada más que en escasos ratos. Me tendría que conformar con eso.

Subí a la habitación, una elegante suite en el piso quince de un rascacielos en el corazón de Manhattan. Y ni siquiera estaba en lo más alto del hotel, ni mucho menos. Le hice caso a Miquel y me instalé con calma, me tomé mi tiempo y traté de dormir. Sin embargo, a pesar de las pocas horas de sueño que llevaba encima, no lo conseguí. Y dar un paseo por la ciudad, por atractivo que pudiera parecer el plan, era una mala idea si quería ir bien descansado a la reunión. Así que me acomodé en la cama y eché mano de otro manuscrito. Era el turno de Maria Satorres, la nieta de Josepet. También de ella me habían contado historias que ya no recordaba y que de repente me apetecía recuperar. Su letra, más redondeada y limpia que la de su abuelo, me transportó de inmediato al pasado.

El manuscrito de Maria Satorres

Mi abuelo escribió sus memorias. No es que fuera un escritor, ni nada que se le pareciera. Lo suyo era el entretenimiento. En un pueblo de agricultores tuvo la osadía de montar un café. Yo ya le admiraba por ese motivo. Pero cuando mi madre, antes de traspasar, dijo que tenía un regalo para mí, jamás podría haber imaginado que se trataría de un tesoro de esta magnitud. Ahora que he leído lo que hizo le admiro más. Sí, no puedo decir que esté de acuerdo con todas las decisiones que tomó en su vida, pero lo que hay descrito entre sus garabatos es precisamente eso, vida, vida en su máxima expresión. Josepet era la vitalidad hecha persona, y era mi abuelo, así que siento la responsabilidad de continuar con su relato allí donde él lo dejó, de la misma forma que continué con su negocio. A lo mejor a otra gente le parece raro que yo quisiera meterme voluntaria en un sector que no todo el mundo ve con buenos ojos y que no diré que esté exento de peligros. Sin embargo, conocía muy bien ese mundo. Crecí en él. Y no es una manera de hablar: lo tenía literalmente en el piso de abajo.

Soy la nieta mayor de Josepet y Antònia —tan fundamental para la prosperidad del local como lo fue él, aunque no se exhibiera tanto— y, como tal, estaba en la primera línea y veía todo lo que pasaba. Los músicos, el jaleo, el juego… ¡El gramófono! Me encantaba ponerme delante de ese cacharro que a los fragatinos de más edad les parecía brujería y dejarme llevar por la música que de allí salía. Me hizo mucha gracia leer en las memorias la aventura de las bailarinas maquilladísimas y llenas de plumas. No es que lo recordara

personalmente —imposible, pues por aquel entonces no había nacido—, pero sí que me venían a la memoria infinidad de casos similares. Yo no veía ningún problema con nada de eso y sin dudarlo me habría puesto detrás de la barra para participar. Pero mi padre tenía otros planes para mí.

Quizá algo menos obsesionado por el campo que como lo pinta mi abuelo en su escrito, pero sin duda ferviente detractor del café, mi padre Josep se cuidó de alejarme de lo que él consideraba un antro de perdición. En aquellos tiempos, una mujer que trabajara ya estaba mal vista. Pero si encima lo hacía en un local como ese, apaga y vámonos. Por eso admiro también a mi abuela Antònia, a la que por desgracia conocí menos, pero quien jamás se arrugó ante el qué dirán, algo que todavía tiene más mérito viniendo de la familia de la que venía.

En resumen, que mi padre me buscó un novio. Agricultor, bien posicionado en la sociedad fragatina y al que yo conocía, puesto que se trataba de Carlos, mi primo hermano. Carlos era el heredero de la casa Aribau y recientemente había enviudado, de Carmen, una prima con la que yo había tenido una relación casi como de hermana. Todo quedaba en familia, literalmente también. La idea de casarme con el marido de Carmen era en verdad extraña, pero en casa estaban tan convencidos de que eso era lo que tenía que hacer que no les quise llevar la contraria.

Que conste que lo intenté. Le puse voluntad, le puse ganas, traté de mirarlo con los mejores ojos que pude. Sin embargo, los paseos que dábamos por el Segoñé se me hacían eternos. A veces transcurrían en silencio, y esos eran los mejores días. Porque cuando a Carlos le daba por hablar, yo ya me ponía a temblar: que si los higos, que si la cebada, que si las mulas… En otros tiempos recordaba haberme divertido con él, pero ahora, por algún motivo, él creía que la manera de seducirme

era sumergirme en aquella serie de datos insulsos sobre su día a día. Yo miraba hacia el suelo y pensaba: «¿En serio no se da cuenta de que me está aburriendo?». Pero no, no se daba cuenta y seguía y seguía y seguía y seguía y yo solo pensaba en ponerme a correr y en no detenerme hasta dejar muchos kilómetros atrás tanto higo, tanta cebada y tanta mula.

Que no se me entienda mal. Yo lo quería. No como se quiere a un novio, pero lo quería. Era un muy buen chico, mucho. Y le deseo lo mejor del mundo. Simplemente, no se lo deseo conmigo a su lado como esposa. Sin embargo, seguía encontrándome regularmente con él. Me daba demasiada pena. Y eso que rechazarle era, en el fondo, hacerle un favor. Había visto cómo miraba a Carmen, y no era esa la forma en que me miraba a mí, ni en la que, seguramente, podría mirar a nadie por un largo tiempo. Comprendía que a él también se le hacían eternos los paseos conmigo y que si me torturaba con esos temas insustanciales era porque él tampoco tenía ganas de hablar con nadie que no fuera su difunta esposa.

Faltaba un mes para la boda cuando decidí que no podía seguir con aquello. No sabía cómo lo iba a decir, pero si no quería arruinarme la vida, y arruinársela de paso a mi pobre primo, era necesario comunicarlo. Me encontraba dando vueltas por el comedor cuando me sorprendió mi padre, que regresaba del campo para comer.

—¿No te arreglas?

—¿Por qué, padre?

—Pensaba que hoy habías quedado con Carlos.

Ahí estaba mi oportunidad. Y la aproveché.

—No voy a ir.

Esperé una respuesta de mi padre, pero no la hubo. Sospecho que no entendía por qué caramba le estaba diciendo algo así y estaba esperando más información. Y se la di:

—No me voy a casar con Carlos, padre. Ni yo estoy

enamorada de él ni él está enamorado de mí. Seríamos muy desgraciados.

Ahí sí que mi padre dijo cosas, muchas. Ninguna demasiado agradable. Su tono de voz tampoco acompañaba. Más que hablar, podríamos decir que vociferaba a todo volumen para descargar su frustración, que no era poca.

—¡Soy yo quien le dio la palabra de honor a la familia del novio de que te casarías con él! ¿Con qué cara voy yo ahí a decir que no te da la gana? —dijo.

Y también:

—¡Enamorados! ¿Tú te crees que tu madre y yo estábamos enamorados cuando nos casamos? ¿Quién te ha metido todas esas tonterías en la cabeza?

Y también:

—Yo he hecho todos los preparativos para que este romance sea un éxito, ¿y me lo pagas así? ¿Acaso me quieres matar del disgusto?

Sin embargo, lo que más me preocupó entre todo lo que me chilló fue que yo me iba a casar con Carlos, tanto si quería como si no quería, por encima de su cadáver.

A continuación, sin probar un bocado, dio un portazo y regresó —entiendo— a trabajar. Yo me vi atosigada por las preguntas de mi madre y hermanos, que se encontraban en un estado de excitación digno del numerito de mi padre. Intenté ser muy atenta con todo el mundo y tratar de explicar por qué había tomado esa decisión, pero los gritos, que ahora se habían trasladado al resto de la familia, no lo ponían fácil. Mi madre me repetía que estaba aterrada por lo que diría el cura de nosotros, sería una gran deshonra para una familia tan católica como la nuestra. Mis hermanas Joaquina y Antonieta lloraban porque les habían dicho que la que no se casaba se quedaba para vestir santos y no querían que yo me pasara el resto de la vida vistiendo a nadie, y menos a unas tallas de madera. Mi

hermano José se reía de mí, descarado. Y mis hermanos Santiago e Hilario correteaban arriba y abajo pegando gritos cuyo significado solo ellos sabían, ajenos al drama, pero añadiendo varios decibelios que sin duda no ayudaban.

Cogí la puerta y me fui. ¿Adónde? No lo sabía. Me fui y ya está, no podía quedarme. Empecé a andar por el pueblo, a la deriva, fantaseando con la idea de escapar de allí, muy lejos. Tal vez a Madrid. Decían que el abuelo Josepet lo había hecho cuando joven, y si él había podido, ¿por qué yo no? Probablemente, pensé, porque él era un hombre y yo, una mujer, y descarté el proyecto. La mirada se me fue entonces hacia el Cinca, ese río por el que había pasado tantas veces y que ahora me atraía como nunca antes. Meterme y desaparecer en él, pensé. De repente me parecía un planteamiento cuando menos contemplable. Paseé por la orilla un rato. Incluso metí la mano, no sé si para comprobar la temperatura del agua o para sentir que me encontraba más cerca de hacerlo. Pero sabía que eso no iba a pasar. Me gustaba demasiado la vida. De hecho, era por eso mismo que me negaba a casarme con la persona equivocada. Y me alejé del río.

Seguí andando, sin rumbo, hasta que se hizo de noche. Podía imaginar la reprimenda que me esperaba en casa. Por si no había suficiente con el disgusto del mediodía, ahora desaparecía y no volvía hasta altas horas. No tenía ningunas ganas de que me reprendieran de nuevo, pero en algún sitio tendría que dormir. Y entonces vi el convento alzándose ante mí con una majestuosidad que jamás le había visto antes. Ese Dios al que mi madre invocaba constantemente lo había puesto allí para mí. Y llamé a la puerta.

La madre superiora tardó algunos minutos en abrir. Sospecho que estaría durmiendo, aunque no me hizo ningún reproche por haberla despertado. Simplemente se plantó ante mí y me preguntó qué se me ofrecía. Mi respuesta fue clara:

—Quiero ingresar en el convento.

Pasaron los días.

—Ha vuelto a venir su madre, hermana —me informó la buena mujer.

—Pues dígale lo de siempre.

Y así, la madre superiora fue a contarle a mi madre que si no me daba la certeza plena de que no me obligarían a casarme, yo no iba a salir de allí. Había sido solo una semana, pero me podía quedar en ese lugar tanto tiempo como fuera necesario. Curiosamente, lo de la oración hasta me gustaba. Y la vida en el convento era… tranquila. Seguramente no se trataba de lo que yo necesitaba para siempre, pero resultó una pausa agradable, lejos de las obligaciones de fuera que yo no estaba dispuesta a asumir.

Al día siguiente, mi madre regresó. Siempre era ella. Mi padre, según decía, estaba demasiado ocupado en el campo. Yo sé que no me visitaba por orgullo. Y suerte que no lo hizo, porque hubiera salido de allí enfurecido, puesto que yo no habría querido recibirlo. Tampoco quería recibirla a ella, pero mamá se lo tomaba con más calma. Le contaba a la madre superiora las penas de la familia, los grandes sacrificios que habían hecho por mí y de qué modo la cría desagradecida había decidido huir a traición dejándolos a ellos hundidos en la deshonra. La monja se encomendaba al cielo y respondía invariablemente que si yo no quería salir de allí, ella no podía hacer nada, que tal era la voluntad del Señor. Ignoro si esa era la voluntad de Dios, pero sin duda era mi voluntad, y no estaba dispuesta a ceder. Al final gané la partida por agotamiento. Tras tres semanas allí, la madre superiora me comunicó que otra madre, la mía, la había visitado una vez más, pero en esta ocasión con el compromiso firme de que me casaría con quien

yo quisiera. Una hora más tarde, ya estaba fuera del convento.

Cuando mi padre volvió a casa ese día, traté de darle explicaciones por lo ocurrido, pero él me cortó y me pidió que pusiera la mesa. Parecía aún disgustado conmigo, pero no se le veía dispuesto a tener una mínima conversación sobre el hecho de que yo me hubiera ausentado durante prácticamente un mes. Quise insistir, pero me detuve a tiempo. Al fin y al cabo, yo había conseguido lo que quería, y bastante le tenía que haber costado al pobre hombre aceptar mis condiciones. Me callé y fui a buscar los cubiertos.

Aún debía casarme, sin embargo. Estaba en la edad. La pregunta era: ¿con quién? La respuesta me llegaría muy pronto a través de mi abuelo Josepet. Él era el único de la familia que no solo no se había tomado a mal mi escapada, sino que sospecho que incluso estaba complacido. Nunca me lo dijo directamente, pero desde que volví a casa me pareció que empezaba a mirarme con una sonrisa pícara, como si con eso me quisiera transmitir que lo que hice, lejos de provocarle la gran afectación que generaba en el resto, le hacía hasta gracia.

—Tú aún tienes que casarte, ¿no? —me abordó un día, sin más preámbulos.

—Ojalá. Pero no tengo ningún pretendiente. Y quién sabe si jamás volveré a tener uno ahora que se ha corrido la voz de que rompo las promesas de boda.

Mi abuelo me miró sin variar su expresión socarrona y continuó:

—¿Conoces a Nazario Salcedo?

—No me suena.

—Es un recaudador de tributos de Barbastro que se aloja donde los Sorolla cuando viene a Fraga y pasa mucho tiempo en el Josepet jugando a las cartas y charlando conmigo.

Pensé en los parroquianos que se pasaban muchas horas con los naipes en el local de mi abuelo y ni uno solo tenía ningún

encanto en absoluto. Él siguió hablando:

—Buen tipo, don Nazario; más raro que la calentura, pero muy buena persona.

¡Sí, ahora le recordaba! De Barbastro. Pero, si no me equivocaba, era un viejo. Tenía por lo menos cincuenta años. Le interrumpí empezando a asustarme:

—Perdona, abuelo. Pero ¿qué edad tiene don Nazario? ¿Cincuenta?

—¿Cincuenta? No, mujer, no. —Y, tras una pausa, añadió —: Sesenta, por lo bajo.

Era salir del fuego para caer en las brasas. Me negaba a aceptarlo aunque tuviera que decepcionar al último miembro de la familia que me apoyaba.

—Lo siento, abuelo, pero…

—Espera —me cortó él reforzando su sonrisa—. No entres en pánico, Maria. No se trata de él. En su pueblo, en Barbastro, hay un zagal que, a pesar de ser de muy humilde familia, se está abriendo camino en un hotel de la capital del Somontano. Pasó de simple limpiabotas a ser el encargado de abrir y cerrar el establecimiento y de llevar sus cuentas. Es un tipo serio y cabal.

Serio y cabal también lo era mi primo, y me fui corriendo. Pero por lo menos sonaba mejor que el anciano recaudador de impuestos. Y es cierto que el mundo de la hostelería me resultaba bastante más tentador que la agricultura. Mi abuelo notó que ya casi me tenía y remató el trabajo:

—Yo creo que te gustará. Se llama Antonio Durán.

Mi abuelo, con la excusa de ir a Barbastro a cerrar un trato de negocios, había conseguido que mis padres me dejaran acompañarle. Los pobres no tenían ni idea de lo que iba a hacer yo allí en realidad. Deseaba que el encuentro con ese hombre

que no conocía, pero al que el abuelo Josepet tenía en tan alta estima, fuera bien. Si era así, todo iban a ser buenas noticias. Por una parte, tendría la ocasión de abandonar Fraga, un pueblo al que no tenía demasiado aprecio debido a aquel reciente episodio que puso mi nombre en boca de toda la población y que avergonzó a mi familia. Barbastro era otra cosa. Tenía obispado propio. Contaba con una escuela de música y era también centro militar, lo que la convertía en lo más parecido a una capital de provincias. Además de todo esto, el hotel San Román era una verdadera joya llena de vida y de modernidad. Por otra parte, y eso era lo más importante para mí en aquel momento, quizá allí podría ejercer junto al pretendiente que me había buscado mi abuelo aquel oficio del que tan prendada estaba desde mi infancia. Sin lugar a dudas, la sociedad de aquella gran ciudad aceptaría de mucho mejor grado que una mujer se dedicara a la restauración y la hostelería. Pero, claro, todo eso dependía de que el tal Antonio me convenciera, y yo no las tenía todas conmigo. Al revés, temía que no me fuera a gustar en absoluto y que tuviera que volverme a Fraga con el rabo entre las piernas. ¿Y si Antonio era otro Carlos?

Pues resultó que Antonio era todo lo contrario de Carlos. Es decir, sí era serio, sí era cabal y sí era responsable; el tipo de persona en la que se notaba que podías confiar. Pero al mismo tiempo mostraba entusiasmo por el mundo, el mismo entusiasmo sin el que yo me negaba a vivir. Y era bastante guapo, la verdad, cosa que en una cita a ciegas como la que nos habían preparado se agradece. Sí era un poco mayor que yo —en el momento no me lo pareció, pero nos separaban quince años—; sin embargo, me pareció que era una persona de la que me podía enamorar. Nos casamos a los pocos meses. Y sí, nos enamoramos perdidamente en los siguientes dos años.

Me trasladé por tanto a Barbastro, donde Antonio ya era

socio muy minoritario del dueño del hotel San Ramón. Por el momento no estaba trabajando con mi marido, así que pasaba muchos ratos sola y echaba de menos Fraga y a mi familia. Sin embargo, me consolaba pensando que estaba formando allí mi propia familia. Y no es una forma de hablar, pues dentro de mí crecía ya una preciosa nena a la que bautizamos con el nombre de Maria. A pesar de que yo seguía echando en falta un poco más de movimiento, quedarme en casa se acababa de volver mucho más agradable. La niña fue la alegría de mi vida durante los dos años que tuve la suerte de estar con ella. No llegó a cumplir el tercero. Una maldita tosferina, esa desgraciada epidemia que acabó con las vidas de tantos niños, se llevó también a nuestra Maria. Me vi sumergida en la tristeza. Las paredes se me caían encima, ya que Antonio seguía ausentándose la mayor parte del día, todos los días, y yo sentía que no podía estar más allí. La pérdida de mi hija se había llevado consigo las ganas que tenía de incorporarme al mundo laboral junto a mi Antonio. La verdad es que entré en un estado de melancolía que casi se me lleva por delante.

Viajé a Fraga para visitar a mi madre. Mi padre ya no estaba, mis hermanos ya no vivían allí —a excepción de mi hermana pequeña Joaquina— y esta vez también faltaba mi abuelo Josepet, el último en partir. Sin embargo, seguía notando que aquella era mi casa y temía enloquecer si no volvía. Así se lo confesé a mamá, aunque inmediatamente añadí que eso no era más que una fantasía, porque Antonio tenía mucho trabajo en Barbastro.

—¿Y si lo tuviera aquí? —preguntó mi madre con rapidez.

—Sí, claro, ya me gustaría.

Mi madre me sonrió y empezó:

—Bien. Pues escucha atentamente.

Volví a Barbastro entusiasmada. ¡Quién había visto a mi madre y quién la veía ahora! De estar tan preocupada por lo

que decía el cura a proponerles a su propia hija y a su yerno que reabrieran un café que es, encima, cabaré y casino. En realidad no habíamos sido nosotros la primera opción, sino mi hermano Santiago, pero él estaba ocupado en Zaragoza, y encargarse del negocio le habría supuesto un problema. Para mí, en cambio, ese trabajo suponía un alivio.

Mi madre aún tenía que gestionarlo, sin embargo. Había que asegurarse de que ninguno de los otros herederos fuera a dar problemas, pero me aseguró que la cosa estaría resuelta muy pronto. No me mintió: menos de dos semanas después de mi regreso a casa, recibí un telegrama. Mamá me urgía a ir a Fraga con mi marido para cerrar los detalles. El pobre Antonio aún no sabía nada y no iba a ser yo quien le revelara la sorpresa. Habíamos quedado con mi madre que sería ella la que se lo comunicaría, así que guardé el secreto. El día que fuimos, mi madre nos recibió con grandes lujos, como si fuéramos los duques de la provincia. Las pastas estaban riquísimas, pero quedaba lo mejor. Sin muchos preámbulos, mamá atacó:

—Antonio, me consta que en el hotel haces un gran trabajo, pero allí ya no puedes prosperar más. ¿Quieres dejar de ser un simple empleado y convertirte en tu propio jefe? Te ofrezco gestionar el café Josepet e ir a medias en los beneficios que saquemos.

Y Antonio, en lugar de alegrarse, miró al suelo y resopló.

—No digo que no me gustaría, pero… hace dos días recibí una oferta en firme para dirigir el famoso café Gambrinus de Zaragoza.

En Manhattan

La siguiente página no contenía ninguna narración escrita por Maria Satorres, sino que el autor cambiaba. Al principio no lo entendí. Me había parecido ver más páginas escritas por ella, ¿y ya se terminaban? Hojeé lo que venía a continuación y adiviné lo que ocurría: mi madre había ordenado los manuscritos según su propio criterio, alternando los distintos autores. Puesto que muchas veces los hechos que se narraban en ellos se solapaban, no había una sola manera de leerlos, así que ella había decidido que esa era la más idónea. Decidí fiarme de su criterio y postergar el final de la historia de Maria Satorres hasta que llegara su momento. Y, en cualquier caso, tenía que aparcar la lectura, ya que en breve sería la hora en la que me reuniría con Miquel para comer.

A pesar de que acababa de verlo, apenas me creía que fuera a tenerlo cerca otra vez, y al mismo tiempo me sentía como si jamás hubiéramos estado separados. Un reencuentro tras cuarenta años genera estas sensaciones paradójicas y tal vez incomprensibles para quien no lo haya vivido. En cualquier caso, la cita debería esperar más de lo previsto. Cuando ya me encontraba sentado a la mesa del restaurante, una prometedora hamburguesería en Bryant Park, recibí un mensaje de Miquel pidiéndome disculpas ya que tendría que retrasarse en contra de su voluntad. Su reunión se había alargado, y aunque seguía en pie nuestra comida, no sabía cuándo podría llegar. Una vez más, lo entendí. Y, una vez más, me supo mal. Pero estaba preparado para esa eventualidad, y llevaba encima el siguiente manuscrito, el de Juan Arnau Cabasés. Me despertaba una gran

curiosidad leer lo que había escrito mi abuelo paterno, una persona a quien por nada del mundo hubiera imaginado con una pluma en las manos. Y el retraso de mi amigo me daba la oportunidad de descubrirlo.

El manuscrito de Juan Arnau Cabasés

La primera vez que visité Fraga fue en 1915. O por ahí. En todo caso, en los periódicos se hablaba de la guerra en Europa, así que la cosa no podía andar muy lejos. Hasta entonces había sido padre el encargado de llevar el carromato, pero se estaba haciendo muy mayor para la tarea, y aquel día se decidió que ya no tenía edad para ir solo y que lo mejor sería que empezáramos a plantear el relevo. Llevábamos jabón —hecho por mi madre en el molino de Aitona— al café Josepet y harina al hostal Camilo. Cada semana había que llevarles harina, claro; en la cocina de un hostal se consumía mucha. Con el carro ya cargado, mi padre, desde el pescante, le pidió a mi madre que nos llamara, a mi hermano y a mí. Yo llegué inmediatamente, pero mi hermano no aparecía por ninguna parte.

—¿Dónde está Chema? —preguntó mi padre, malhumorado.

—Ya sabes cómo es… —respondió mi madre. «Ya sabes cómo es» significaba que ya había vuelto a hacer una de las suyas.

—Joanet, ve a la casa a buscarle —me dijo entonces mi padre. «Joanet» era como me llamaban en casa.

—No lo encontrará allí —intervino mi madre—. Esta noche no ha venido a dormir.

Ya se temía mi padre esa respuesta, y es que el día anterior habían sido las Fiestas de la Granja. Nosotros habíamos organizado los festejos, como solíamos hacer, y Josep Maria —«Chema» para todo el mundo— había ido a Lérida a recoger a la vocalista que habíamos contratado en Barcelona semanas

antes.

—Claro, eso era, la vocalista. ¡La madre que lo parió! —exclamó mi padre.

—Yo misma —dijo mi madre.

—Pues preguntadle a la vocalista por el paradero de Chema.

—A la cantante también la están buscando —dijo mi madre —. Así es Chema, ya lo sabes. Y, a estas alturas, mucho remedio no le veo.

No esperamos a mi hermano, no valía la pena. A saber cuándo amanecería y por dónde. Teníamos prisa, así que me apresuré a subir al carro y partimos. El camino era largo y mi padre quería llegar a Fraga antes de que amaneciera.

En el paseo principal del pueblo, que se llama el Segoñé, nos reunimos con el cliente principal de padre que allí nos estaba esperando, de pie con un cigarrillo. Le apodaban Lo Sec, me había dicho mi padre, y el mote le cuadraba perfectamente.

—Ya lo verás, entre eso y que no viste como un payés, sino como un señor de ciudad, no tiene pérdida.

Y no, no la tenía. Lo reconocí enseguida, aun antes de que mi padre parara el carro delante de él y se bajara a saludarlo. Estaba esperándonos allí mismo en el paseo, que era donde tenía el café. Mi padre y él se dieron un cordial abrazo. Ambos se conocían desde que Josepet, así le llamaba mi padre, había visitado Aitona años atrás y había establecido muy buena relación comercial con mi abuelo materno, Juan Cabasés. Mientras ellos hablaban, yo fui a ver aquel café del que tanto había oído hablar. A aquellas horas aún no había llegado la clientela, pero incluso vacío era fascinante. Pude imaginarme sin esfuerzo el jolgorio, la música y las juergas que tantas veces le había oído describir a mi padre, y a muchos otros, porque mucha gente de Aitona, sobre todo jóvenes, iban hasta Fraga solo para visitar el café y oír su máquina de música. Y bailar a su ritmo. La máquina de música, un gramófono con una gran

trompeta, un extraordinario aparato que hasta entonces solo había visto en ilustraciones en revistas, campaba, imponente, en un lado del mostrador. Sentí envidia.

Después de dejar el pedido en el café, volvimos a subir al carro y, tras pasar un puente al que los fragatinos llaman Lo Pont de Ferro, llegamos al hostal Camilo, donde solían hacer parada y fonda los viajeros del Camino Real. También quedé prendado del hostal. Era un gran caserón de color dorado que se alzaba en medio de campos de higueras, frutales y huertos. Contaba con cuatro plantas. En los bajos habían instalado un molino de aceites que mi padre, años atrás, tomó como modelo para montar el suyo en Aitona. Nosotros les suministrábamos harina, salvado y cuarta. La harina era para consumo humano, mientras que el salvado y la cuarta era el forraje para los animales. Fue mi primer encuentro con Fraga, con el café Josepet y con el hostal Camilo. Veinticinco años tenía yo entonces; era, como quien dice, un hombre recién estrenado, aunque ya con una esposa y dos hijos. No sospechaba entonces que, pocos años después, Fraga iba a convertirse en mi destino y mi fin.

La convivencia en la vivienda familiar de Aitona, situada en la primera planta del edificio que ubicaba los molinos, era difícil. Dicen que en una casa no puede haber dos señoras, y en aquella las había: mi madre y mi mujer, Francisca. Con todo, no se llevaban mal, aunque algún roce de vez en cuando no se lo quitaba nadie. Pero con quien Francisca se llevaba peor que un perro con un gato era con mi hermano Chema, y la verdad es que razón (o razones) no le faltaban a la pobre.

Yo me dejaba la piel por la fábrica, pues la competencia de La Maravilla, la otra fábrica de Aitona, la que habían montado los monárquicos, era descomunal. Mientras, mi hermano

Chema, que por ser el mayor era el *hereu*, se dedicaba a pasearse por toda la comarca al volante de un flamante Opel descapotable de color rojo. Él decía que iba a cobrar las facturas pendientes. Si de verdad las cobraba, nunca llegábamos a saberlo, porque se solía gastar lo recaudado en francachelas. Eso de levantarse con la primera luz del sol para ponerse a trabajar en la fábrica no iba con él. Así que el negocio declinaba; qué digo declinaba, iba de mal en peor.

Y el Opel no era suyo, ni muchísimo menos. Tampoco pertenecía a nadie de la familia. Los Arnau hemos sido siempre gente austera y mis padres, mucho más, pero Chema se las había ingeniado siempre para presumir costase lo que costase. El caso es que la firma alemana había abierto un concesionario de la marca en la vecina Lérida y Chema se había prestado a representarla en toda la provincia. Iba a comisión por las ventas, pero había puesto como condición que le dejaran uno de esos espectaculares vehículos para poder enseñarlos a los ricachones payeses de las comarcas alrededor de la capital. Por supuesto, no vendió ninguna unidad, ya que no dedicaba a ello ni un solo minuto, pero entre unas cosas y otras consiguió lucir con el flamante descapotable por lo menos tres años.

Chema apenas le prestaba atención a nada que no fuera fanfarronear. Su mayor interés era prepararse para el 23 de diciembre, día en que, cada año, vestido tan solo con un sucinto bañador, se tiraba desde el puente a las heladas aguas del río Segre para nadar entre los vítores de los lugareños y ante las miradas de las muchachas casaderas del pueblo. Al menos, esa cultivada habilidad para nadar le rindió servicio años después, durante la Guerra Civil, cuando atravesó el Segre a nado de noche, burlando así la vigilancia del frente para poder colarse en el ayuntamiento (Esquerra Republicana le había presentado como candidato a alcalde cuando la República, y el pueblo le había votado, aun sabiendo lo

tarambana que era) y quemar documentos comprometedores. Pero esa es otra historia.

El caso es que mi Francisca no soportaba a Chema, la ponía de los nervios. Así que era necesario hablar con mis padres: había llegado el momento de tener casa propia y de partir peras con los negocios familiares. Para entonces Francisca y yo llevábamos varios años casados, y nuestro trabajo nos había costado; no porque no estuviéramos enamorados, que lo estábamos mucho, sino porque ella era la hija mayor de una familia de terratenientes, de derechas de toda la vida, conservadores y monárquicos como el que más. Su familia, los Ibarz, poseía un negocio de importación y exportación de aceites y tenía mucha relación comercial con Argentina. Mientras que nosotros, los Arnau, éramos una familia de orígenes humildes, republicanos a machamartillo.

La familia de Francisca se negaba en redondo a que su niña se viera con un pelagatos republicano. Así que ella y yo nos habíamos fugado en secreto y nos habíamos casado en Lérida. Nos escapamos en el Opel de mi hermano, que nos esperaba en una de las esquinas del pueblo cercanas al almacén de aceites del padre de mi futura esposa. Y lo hicimos tan apresuradamente que Francisca perdió uno de sus zapatos en la misma calle. Lo primero que hicimos al llegar a Lérida fue comprarle otro par en la Sitgetana, una importante y tradicional tienda donde se vendían los mejores zapatos de la provincia. Con la ayuda de la Guardia Civil, el padre de Francisca intentó localizarnos por todas partes, pero sin resultado. Al cabo de unos meses, volvimos a Aitona casados, por lo que la cosa ya tenía poco remedio, y menos aún lo tuvo cuando Francisca quedó embarazada de nuestro primer hijo. Pero pasaron años antes de que mis suegros se dignaran volver a dirigirnos la palabra; es decir, a Francisca, porque a mí no me la habían dirigido nunca. No ya por ser yo quien era, sino

también —y no en poca medida— por ser hermano del alcalde republicano, que encima era un notorio vivalavirgen. Para acabarlo de arreglar, los Ibarz eran copropietarios de La Maravilla, la fábrica de harinas que destacados miembros locales del Partido Conservador —con mi suegro a la cabeza— habían montado con el único fin, estoy convencido, de pisarle el negocio a mi padre.

Sin embargo, mi padre reaccionó rápido. Construyó otra fábrica y, encima, en una situación mejor: estaba al lado de la carretera general y junto al río, lo que le permitía aprovechar la energía hidráulica y ahorrar en electricidad. Compró en Inglaterra unos molinos de segunda mano de la marca Robinson, la maquinaria de molienda más avanzada por aquel entonces, que producía una harina mucho más refinada. Así consiguió que, en poco tiempo, La Maravilla, que había nacido con el propósito de llevarnos a la quiebra, fuera a la quiebra ella misma. Algo que, huelga decirlo, no contribuyó a que mi suegro me viera con mejores ojos, más bien todo lo contrario.

En cuanto a mi hermano, el primogénito, el supuesto *hereu* que tenía que regir los destinos de aquel pequeño imperio industrial, mis padres lo habían intentado todo para hacerle entrar en vereda, sin ningún éxito. Incluso le habían mandado a Argentina, a casa de su tío Antonio, para ver si allí adquiría rodaje en la gestión de los negocios familiares. Al parecer, mi hermano había tenido un *affair* con la mujer del capitán del puesto de la Guardia Civil y, tras sorprenderlos en una situación comprometida en una de las estancias mismas del molino donde Chema hacia guardia, el capitán desdeñado había jurado venganza contra el mayor de los Arnau. Mi hermano debía de tener entonces dieciséis años, y ya apuntaba maneras. Esa fue, quizá, una de las razones, si no la razón principal, por la que mis padres decidieron mandarle al otro lado del Atlántico, mientras a mí me internaban en los

Escolapios de Vilanova i la Geltrú. Yo tenía doce años entonces.

La verdad es que Chema nunca asomó las narices por Buenos Aires. Por lo visto, en el barco que le llevaba al país austral conoció a una italiana de muy buen ver y con ella se estableció en la ciudad de Rosario, donde permaneció un par de años. No sé a qué negocios se dedicaría allí, pero, al parecer, consiguió acumular cierta fortuna. A saber.

Unos años después de su partida, le llegó un telegrama desde Aitona —la familia había averiguado por fin dónde había ido a parar el tarambana de Chema— en el que se le reclamaba para que regresara y se hiciera cargo de la herencia. Nuestro padre no se encontraba bien y había decidido que era el momento de pasar el negocio familiar a uno de sus hijos. Y él era la elección natural. En aquellos tiempos de penuria, ser fabricante de harinas era poco menos que ser marqués. Así que mi hermano tardó poco en volver.

No obstante, lo hizo peor aún de como se había ido. Se fanfarroneaba paseando por la comarca en automóvil. Y volvieron las aventuras locas por las fiestas mayores de los pueblos con cantantes, coristas y cabareteras. Por donde no volvió fue por el despacho que tenía en la fábrica. Allí nunca se le veía el pelo. Y a Francisca se la llevaban los demonios.

—Tu padre te tendría que haber nombrado administrador a ti, Juan, y no a ese crápula que tienes por hermano. Acabará hundiendo la empresa.

—Mujer, ya sabes, es el *hereu*. Es la tradición…

—La tradición, la tradición… La tradición que va a acabar con el negocio, con la familia y conmigo.

Yo no quería privar a Chema de su legítimo derecho, pero tenía que reconocer que mi esposa estaba cargada de razones. Además, teníamos dos hijos, dos muchachos a los que el ejemplo de su tío el tarambana no les convenía nada, como Francisca no cesaba de recordarme. Yo quería mucho a mi

hermano y siempre le defendía. Pero luego, al pensar en ello, me veía obligado admitir que mi mujer estaba en lo cierto. Había que tomar una decisión, porque la situación no se podía dejar así para que se solucionara sola; nunca lo haría. Si acaso, iría a peor. Hasta que llegara, Dios no lo quisiera, a desembocar en drama, si no en tragedia.

Así que un día se lo planteé claramente a mi padre. Le dije todo lo que Francisca me decía a mí y yo le rebatía: la mala cabeza de Chema para los negocios, el mal ejemplo que era para nuestros hijos y lo explosivo de tener una casa con dos *mestresas*.

—No te digo que no tengas razón, Juan —dijo mi padre—, pero ¿cómo solucionamos eso?

—Pues marchándonos, *pare*. Yo, Francisca y los chicos.

Estábamos sentados en el despacho de mi padre. Él, detrás del escritorio; yo, delante. Mi padre bajó la vista y empezó a ordenar inútilmente los objetos que tenía por encima de la mesa: la pluma estilográfica, los papeles, el secante, el tintero, la lámpara… Digo «inútilmente» porque mi padre era un hombre escrupuloso en extremo y ya estaban ordenados, siempre estaban ordenados. Pero teniendo las manos ocupadas los pensamientos no se desbocan.

—Te entiendo, Joanet, te entiendo perfectamente —dijo por fin—, pero es que… me duele mucho esta decisión. Y a tu madre le va a doler mucho más.

—Es necesario, *pare*.

—Tomar una medicina suele ser necesario, pero rara vez es agradable. ¿Adónde tienes pensado ir?

No lo sabía aún. Empecé a dar voces para encontrar un sitio, y cuál sería mi sorpresa cuando al cabo de pocos días me llegó a los oídos que había un hostal en venta. En Fraga.

—¿El Camilo? —me preguntó mi padre el día que volví a su despacho. El hombre no disimuló su asombro.

—Sí, el Camilo, casualidades de la vida —respondí yo—. Sus dueños ya son mayores y no tienen descendencia. Como ya sabe usted, tiene un molino de aceite en pleno rendimiento. He pensado comprarlo y establecer, además del molino, una pequeña fábrica de harinas igual que la que tenemos aquí. Estaríamos en el mismo sector y, además, no muy lejos.

—Bueno, mucho no, pero no está a la vuelta de la esquina. ¿Estás decidido, hijo mío?

—Lo estoy, *pare*.

No me contestó inmediatamente, tenía que medir bien sus palabras. Pero el esfuerzo le valió la pena, puesto que yo iba a recordarlas toda la vida:

—Es buena idea. Tendrías que haber sido tú el *hereu*.

Intenté convencer a mi padre de que le diera un voto de confianza a Chema. Le dije que malo para los negocios no era, que se fijara en los que montó en Argentina… El *pare*, sin embargo, prefirió cambiar de tema y se ofreció a ayudarme para que empezara a instalarme. Yo rechacé el ofrecimiento. Ya había hablado con los dueños del hostal y había llegado a un acuerdo para que me dieran tiempo para pagarles la compra. También había hablado con un prestamista de Lérida; este se había comprometido a hacerme un préstamo a devolver en cinco años con el que pensaba financiar la inversión de la fábrica. Había llegado el momento de espabilarme por mi cuenta, y eso era lo que estaba haciendo.

Me mudé a Fraga poco después. Fui yo solo, dejé a Francisca y a los críos en la casa familiar de Aitona. Durante los siguientes tres años, me dediqué a la construcción de la fábrica de harinas. Al cuarto año me traje a la familia y nos instalamos en el viejo caserón. Pero, a pesar de que yo empezaba a llevar bastante tiempo allí, para los del pueblo seguíamos siendo los *forasters*, como tantos otros que vivían en la otra orilla del Cinca, rodeados de huertos e higueras. Apenas

teníamos contacto con los terratenientes de rancio abolengo, los que tenían casa —desde hacía generaciones— en el paseo Segoñé, en la calle Mayor o en el Barranco, y que nos miraban por encima del hombro, cosa que a mí me sublevaba.

Por aquella época me compré la moto, una BSA inglesa. Siempre había querido tener una moto como esa, desde que vi una que montaba un británico de viaje por España. La aparcó frente a la fonda de Aitona, y toda la chiquillería hizo corro alrededor de aquel monstruo de metal cromado que rugía como un oso. Me enamoré de aquella máquina nada más verla; sí, fue amor a primera vista. En España no había posibilidad alguna de conseguirlas, así que un tiempo después, en un viaje que tuve que hacer a Londres para comprar maquinaria para la fábrica nueva, me pasé por un concesionario de BSA. Allí escogí modelo e hice todo el papeleo para importarla a España. Me salió por un pico, pero valió la pena. Desde entonces, los viajes de trabajo entre fábricas y molinos los solía hacer montado en ella. Sé que su paso por las calles de Fraga, especialmente por el Segoñé, causaba expectación. En cuanto la dejaba, algunos críos se agolpaban a su alrededor, igual que había visto hacerlo en su momento con la moto del británico. A lo mejor así dejarían de considerarnos fragatinos de segunda de una vez. Pero la realidad estaba lejos de mi deseo. No pocos arrugaban la nariz al mirar cómo pasaba, montado en aquel ruidoso caballo de hierro. Porque para ellos, por mucha moto que tuviera, seguía siendo un *foraster* del otro lado del río Cinca.

Ya se la devolvería algún día. Ese día se enterarían de quién era de verdad Juan Arnau, de los Arnau de Aitona.

Reunión en Park Avenue (I)

Miquel llegó a la mesa y se disculpó. Ya lo había hecho por mensaje, pero agradecí el gesto igualmente. Me dejé asesorar por él en cuanto a la comida, y eligió dos hamburguesas en apariencia muy simples pero no por ello menos apetitosas. Nos las tuvimos que comer con cierta premura, y ante la inminencia de la reunión en la que me desprendería del Festival de Monegros, el tema de conversación versó exclusivamente en torno a esa cuestión. Una vez más, las anécdotas de juventud deberían esperar.

—No conozco a Finkel personalmente —empezó Miquel, que trataba de diseccionar al que sería uno de nuestros anfitriones al tiempo que daba un bocado a su hamburguesa—, pero es un judío de Brooklyn, así que ya podemos ir apretándonos los machos porque a un hombre de negocios judío y de Brooklyn la habilidad en la negociación se le supone como el valor al soldado. Es bastante mayor, debe de andar cerca de los setenta años, pero sería un error fiarse. Ha sido un importante promotor de boxeo en Las Vegas. No sé si sigue con eso, pero ha organizado muchas peleas de campanillas. La de Tyson contra Spinks del 88, sin ir más lejos, la montó él. Solo con esa debió de ganar el equivalente al rescate de un príncipe. Fue mánager de Tyson durante un tiempo. Y su estilo de negociar, dicen, es parecido al de boxear de su pupilo: entra en el cuadrilátero a matar desde el minuto cero y busca la victoria por KO.

Esa información no me tranquilizó precisamente, pero mi amigo opinaba que no había motivo para la preocupación. Y,

de hecho, nada parecía indicar lo contrario: ya todo estaba pactado y quedaba tan solo ultimar cuatro flecos y firmar. Esperaba sinceramente que Finkel no discrepara en eso.

Pagamos y tomamos un taxi para dirigirnos a la sede de SFX Entertainment. La reunión era en uno de los más imponentes rascacielos de Park Avenue, y la citada sede ocupaba una planta entera, lo que serían unos ochocientos metros cuadrados. La chica del mostrador de recepción nos hizo esperar un rato en los sofás del vestíbulo y, quizá no por casualidad, la revista que había encima de la mesita era un ejemplar de *Billboard* en cuya portada aparecía Sillerman, la otra persona que iba a recibirnos, el jefe supremo de la compañía. Vestido con una chaqueta de cuero de malote, sostenía un globo terráqueo que también era una bola de espejos de discoteca. El titular que acompañaba la imagen era elocuente: «Robert F. X. Sillerman tiene un plan de mil millones de dólares para conquistar el mundo de la música de baile». Sí, podía dar fe de ello, yo mismo formaba parte del plan.

Por fin vino a recibirnos mister Finkel en persona. Era un hombre grueso, avejentado, con gafas redondas de carey que le daban un aire intelectual, a lo Woody Allen, con quien habría guardado cierto parecido remoto de haber sido Woody Allen gordo y calvo como un huevo, o como yo mismo. Nos saludó con distante cortesía y la voz queda: «*Please, call me Shelly*», dijo. Hablaba poco, justo lo necesario, y cuando lo hacía siempre era en tono bajo y monótono, despojado de toda emoción; algo que a mí, después de toda una vida como empresario de la noche en un país latino, me desconcertaba un poco. Su atuendo tampoco se correspondía al que uno espera de alguien que dirigía un imperio económico de más de mil millones de euros, y contrastaba enormemente con aquel entorno lujoso, de acero y cristal, donde estaba ubicada su empresa. Llevaba una sencilla camisa azul claro, unos vaqueros

holgados sujetos con un cinturón cuarteado por el uso y unas sandalias que, como el cinturón, habían conocido tiempos mejores. Más parecía un contable jubilado, de camino al parque para dar de comer a las palomas, que el responsable de una multinacional multimillonaria. Pero a lo largo de la reunión comprobaría que tras aquella mirada mansa trabajaba una mente extremadamente lúcida e inquisitiva. Y sin grietas ni lagunas: en ningún momento necesitó consultar nota alguna ni pedir ayuda a uno de sus ayudantes. Probablemente pensara que nosotros éramos pequeños empresarios provincianos, sin ninguna experiencia en los negocios de altura, fáciles de liquidar por KO en los primeros asaltos, como solía hacer Tyson.

De hecho, mientras nos guiaba hasta el lugar donde tendría lugar la reunión, dijo algo que me contrarió: Robert Sillerman no podría asistir. Miré a Miquel, un poco confundido, pero él no pareció afectado por esa información.

—Finkel es su mano derecha y tiene casi tanto poder como él —afirmó tratando de tranquilizarme—, no le vamos a echar de menos.

—Sí, supongo que tienes razón.

Shelly Finkel nos condujo a una enorme sala de reuniones, de paredes totalmente acristaladas, desde la que se veía, a vista de pájaro y en una perspectiva de 360 grados, todo Park Avenue. En los lienzos de muro donde no había cristal colgaban fotografías enmarcadas de Shelly abrazado a famosos boxeadores de los que había sido mánager en algún momento, y un gran mapa del mundo en el que chinchetas de colores marcaban las sedes de los clubes y festivales que ya formaban parte del grupo de empresas SFX. El mapa estaba completamente acribillado. Debo confesar que todo aquello me imponía bastante. Y la paz casi monacal que flotaba en el ambiente y de la que hacían gala tanto mister Shelly como sus

ayudantes me imponía aún más. Pensé que aquello era como la calma que precede a la tempestad.

Me equivoqué, pues la reunión, que duró poco más de una hora, transcurriría con la misma placidez. Empecé preguntándole a Shelly acerca de sus planes para hacer crecer el festival, pero pronto le cedí la iniciativa a Miquel, quien, más que hacerme de traductor, tomó las riendas de la negociación. Se extendió, al tiempo que desplegaba su carisma, enumerando las posibilidades del festival, los aeropuertos que teníamos cerca, la estación del AVE y otros detalles. Lo que estaba diciendo yo me lo sabía de memoria, así que apenas le prestaba atención. Le oía como a través de capas de niebla, y al rato dejé de hacerlo. Me abstraje. Mi mente voló. Me pregunté cómo un hombre de pueblo como yo había llegado a sentarse a aquella mesa de negoción en un rascacielos de Nueva York, a punto de recibir una generosa recompensa como pago por el trabajo de toda una vida. Sonreí, satisfecho. Y, de repente, Miquel me urgió a levantarme:

—Venga, Juan, nos vamos.

—¿Tan pronto?

Miré a mi alrededor y todo el mundo estaba ya recogiendo sus cosas. Yo no entendía nada.

—Pero espera un momento, Miquel… ¿No tengo que firmar?

—¿No te has enterado? Pensaba que entendías bien el inglés.

Me avergonzaba confesar que no estaba escuchando, pero el caso es que no lo estaba haciendo.

—A veces me cuesta un poco —mentí.

—Ya veo. La firma se ha aplazado hasta mañana. Resulta que Sillerman sí tenía que estar.

—Oh. Vaya.

—Todo sigue adelante igual, eh. Solo es que los abogados

dicen ahora que necesitan al CEO de la compañía, y Sillerman se encuentra fuera de la ciudad.

—Sí, sí. Lo entiendo.

Me tocaría cambiar el billete de avión con el que pretendía regresar, que salía de madrugada, y quién sabe si reservar una noche más de hotel, pero nada de eso me importaba demasiado. En el fondo estaba contento porque más tiempo en Nueva York significaba más tiempo que podía pasar con Miquel. De hecho, ya que la reunión había terminado antes de lo previsto, podíamos aprovecharlo.

—¿Pues qué, entonces? ¿Vamos a tomar algo y nos ponemos al día? He visto un bar a dos calles que tenía buena pinta.

—Me encantaría, pero ya llego tarde a otra reunión. —Y sí, se fue.

Yo, por mi parte, me fui al bar que le había comentado. Solo. Una vez más, podría haber aprovechado para hacer turismo, pero no creía tener ni las fuerzas ni el humor. En lugar de eso, pedí un cóctel sin alcohol y rescaté el siguiente de los manuscritos que llevaba conmigo. Le tocaba el turno a Antonio Durán, al que había dejado considerando si asumir la gestión del café Josepet. Me sumergí en la lectura.

El manuscrito de Antonio Durán

El otro día, Maria y yo fuimos al cine. Al nuestro, claro, al Victoria. A nuestra hija se le había ocurrido hacer una sesión especial con viejos cortos mudos de Charlot. Yo le dije que estaba loca, que no íbamos a hacer ni un céntimo de taquilla; que lo que tenía que hacer era pinchar a su marido para que consiguiera la licencia de reproducción de la película aquella del tiburón. Había leído que en Madrid y en Barcelona se formaban colas que daban la vuelta a la esquina delante de las taquillas de los cines donde se proyectaba.

—El tiburón ya vendrá, papá. No lo dudes. Pero de vez en cuando está bien hacer una sesión de estas aprovechando la nostalgia. La nostalgia vende, papá.

—Pero, hija mía, es que estas películas son antediluvianas.

—Son de la época en que tú empezaste con la sala de cine.

—Pues lo que te estoy diciendo, antediluvianas.

Rezongué un poco más, porque rezongar es privilegio de viejos, pero acabé yendo a la sesión con Maria. Y, mira por dónde, pude comprobar que me había equivocado de medio a medio porque la sala estaba llena. Y eso que ya no lográbamos los llenos de los años cincuenta más que muy de vez en cuando. María y yo estábamos viendo a Charlot en la pantalla y la gente, a nuestro alrededor, se reía tanto como cuando éramos jóvenes y poníamos en el cine esas mismas películas, que entonces eran estrenos. De eso hace como cincuenta años, pero hoy en día, madre mía, parece que eso del cine mudo sea cosa de hace dos siglos. Y en un momento dado, Maria se inclinó sobre mi hombro y me susurró al oído:

—Antonio, ¿te acuerdas de cuando empezamos con el cine?

Yo le susurré que sí, claro, cómo no me iba a acordar. Cómo me cambió la vida. Me acuerdo exactamente del día en el que Maria me dijo que teníamos que ir urgentemente a Fraga para ver a su madre. Yo entonces pensé que habría algún problema de salud con ella. Mi mujer no me quiso decir de qué se trataba, y la sorpresa que tuve al enterarme de lo que era realmente ese viaje fue mayúscula.

Por aquel entonces vivíamos en Barbastro, en donde nos instalamos después de casarnos, porque yo allí tenía trabajo en el hotel San Ramón. Yo había nacido en Artasona, un pequeño pueblo del Somontano, pero llevaba casi toda la vida trabajando en aquel hotel de Barbastro en el que había entrado como limpiabotas con apenas doce años. Después ascendí, llamémoslo así, a mozo de almacén, y, finalmente, a camarero. Siempre había estado en el hotel, con la excepción forzosa del servicio militar que cumplí en el regimiento de caballería de Zaragoza —yo no tenía el dinero para ser un soldado de cuota, pero tuve la suerte de que me tocara un destino próximo—,[4] y para entonces (sería el año 1920 o 21, todo lo más) a fuerza de mucho trabajo, mucho sacrificio y mucho ahorro, había conseguido ser propietario de una pequeña parte del hotel.

Cuando no tenía mucha clientela me gustaba pararme unos minutos ante la mesa que ocupaba el señor Fuengirola, uno de los clientes habituales. Era un poco pedante y algo más que un poco sentencioso, pero me caía bien. A don Fernando le gustaba hablar, y a mí, de vez en cuando, me apetecía mucho hablar con él. Además, nos unía nuestra amistad común con Joaquín Costa, el político regeneracionista que tanta manía tenía con que el principal tesoro de Aragón era su agua, el agua de los ríos que nacían en el Pirineo. Igual que Fuengirola, Costa solía venir al hotel a tomarse el café de media tarde. Yo, que entonces era muy joven, le limpiaba las botas y le daba

conversación. Don Joaquín era un hombre de figura imponente, ancho, corpulento, con una frondosa barba negra que le llegaba hasta el pecho y una espesa mata de pelo del mismo color sobre la cabeza. Pero, a pesar de esa apariencia, era un hombre de físico muy frágil, porque sufría una distrofia muscular que lo iba debilitando poco a poco.

—Escuela y despensa, Antoñito —solía decirme a través del humo de su cigarro puro mientras yo, inclinado sobre uno de sus pies, le sacaba brillo al zapato—. Lo que necesita España es escuela y despensa. Que la gente tenga suficiente alimento, tanto para el cuerpo como para el intelecto. Lo que le sobra son curas y caciques. Buena panda de buitres y cuervos son todos ellos. Pero así nos va: mientras la mayoría de los españoles sufren anemia intelectual, cuando no física también, los buitres y los cuervos engordan… el físico, que no el intelecto. Porque el suyo es igual de anémico que el de los pobres desgraciados que explotan. Aunque a ellos les da igual. Escuela y despensa es lo que nos hace falta, fíjate en lo que te digo.

Y yo siempre respondía:

—Si usted lo dice, don Joaquín…

Solía contarle esas historias a don Fernando Fuengirola. Costa ya llevaba años fallecido, y para entonces yo ya no lustraba botas, pues, como dije, había ascendido hasta llegar a ser copropietario del hotel, pero al señor Fuengirola le gustaba que fuera yo quien le sirviera el café de media tarde, por aquello de que ambos teníamos historias que contar sobre el ilustre político regeneracionista. También le gustaba sentarse a la misma mesa en la que solía acomodarse don Joaquín, al lado de una de las ventanas a través de cuyo vitral de flores *art déco* se veía la plaza ante la fachada del hotel. A Fuengirola también le gustaba fumar puros, como a Costa, aunque su perímetro era aún más rotundo y su cutis, más desnudo, porque él se afeitaba la cara. Solía decir que Costa era «buena gente, pero un poco

socialistón». Era cierto: yo lo supe porque lo había conocido en esos tiempos. Hacia el final de su vida había trabado cierta amistad con Pablo Iglesias, el político socialista, por el que, me había dicho en más de una ocasión, sentía un profundo respeto. Hasta se carteaba con él. Pero no sé si eso daba como para calificarlo de socialista. Aunque esos matices no iban a arredrar a don Fernando Fuengirola, que era hombre de opiniones tajantes y siempre dispuesto a soltarlas con estrépito, encima de la mesa o donde fuera, como quien dicta sentencia o sienta cátedra, no importaba el tema.

Recuerdo que, aquel día en concreto, nos habíamos enzarzado en una discusión sobre el cine, un espectáculo sobre el que Fuengirola sentía un profundo desdén intelectual que, a mi parecer, era debido al poco conocimiento que tenía sobre el tema. A mí, en cambio, me encantaba. No tanto como el teatro, pero casi. Por aquel entonces ya me parecía que aquello se estaba convirtiendo en una nueva forma de arte. Y así se lo dije una vez a Fuengirola, quien soltó un bufido.

—¡Bah! Una vulgar distracción de barraca de feria. Con actores histriónicos que todo lo basan en hacer ademanes exagerados y componer muecas. Cómo me vas a comparar eso con el teatro, Antonio. Nunca verás a Sarah Bernhardt haciendo cine.

—Sí que ha hecho, don Fernando. Hizo en cine *La dama de las camelias* y *Tosca*. Las vi con mi mujer.

—¡Válgame Dios! ¡Esa fantochada de titiriteros ha logrado que se mancille hasta la mismísima Bernhardt! Pero ¿cómo va a interpretar *Tosca* en el cine, si no hay sonido?

—Pues gesticulando, como todos los actores de cine. Y el pianista de acompañamiento tocaba fragmentos de las arias de la ópera. Aunque he de reconocer que esa película no me gustó mucho. Ayer, en cambio, fui con mi mujer a ver *La marca del Zorro*, con Douglas Fairbanks. Esa me pareció magnífica, ¿la ha

visto usted?

—No, ciertamente.

—Pues Douglas Fairbanks es un gran actor.

—Ese mequetrefe de actor no tiene nada. Como mucho, de saltimbanqui de circo.

—Pero no me dirá que Charlot no le hace reír.

—¿El cretino ese del bigotillo y el bastón de caña? Hombre, Antonio, por Dios… Además, resulta una mala imitación del famoso payaso Marcelino.

Y así seguimos por un rato dándole vueltas al tema. Yo, convencido de que el cine iba a ser el gran arte escénico del siglo xx, y él, que si aquello era una moda vulgar que acabaría desapareciendo porque cómo se puede comparar aquella murga de fantasmas grises proyectándose sobre una sábana con ver gente de verdad y oírlos hablar, y que si tal y que si cual.

Recuerdo perfectamente aquella conversación sobre cine porque, aunque yo aún no lo sabía, el destino se había puesto en movimiento para convertirme en el propietario de una sala de exhibición cinematográfica. Fue aquella misma noche cuando volví a casa y Maria, mi mujer, me dijo que había recibido un telegrama de su madre pidiéndole que fuéramos a verla a su casa, en Fraga. Y ese fue el inicio de todo.

Mi suegra venía de una antigua familia de agricultores y era una mujer aún muy vigorosa. Se había pasado los últimos años de su vida cuidando de su suegro Josepet, tarea a la que se dedicó tras la muerte de su marido. Nos recibió a la puerta de su casa, con grandes muestras de alegría. Parecía que ningún problema de salud, como yo había supuesto, la aquejaba. Al revés, enérgica como nunca, nos acribilló con las preguntas habituales: «¿Habéis tenido buen viaje?», «¿Qué tal están las cosas por Barbastro?», «¿Maria aún no está embarazada?», «¿Y a qué esperáis?». Preguntas a las que yo opuse las respuestas habituales: «Sí», «Bien», «No» y «Todo llegará». Lo que me

reportó el habitual codazo de Maria.

—Antonio, hijo, mira que eres seco —solía decir ella en estos casos. Y a veces añadía—: Con lo que te explayas cuando estás hablando con el gordo ese que va a tomar café al hotel todas las tardes. Vamos, que con él te dan las once largando y eso que estás de pie. En cambio, con mi madre, parece que te cobren por palabra, como en los telegramas.

—Mujer…

Mi suegra —insisto en llamarla «mi suegra» para evitar confusiones, porque también se llamaba Maria— no nos oyó discutir. Tras dejarnos en el salón había ido a la cocina, a darle instrucciones a la chica. Como habíamos llegado a media tarde nos había preparado una merienda, bastante suntuosa, con bizcochos, pastas, café y chocolate. Hasta había obligado a la chica a ponerse la cofia para servirla, y yo sabía de muy buena tinta que se ponía la cofia una vez de Pascuas a Ramos y gracias. Me arrellané en el sofá. Era confortante que, por una vez, le sirvieran a uno en lugar de ser yo quien sirviera; pero tanto despliegue de pastas, chocolate y cofia me tenía un poco con la mosca detrás de la oreja. Me estaba recordando la cucharadita de miel que se le da al niño para que abra la boca y se trague el aceite de ricino. Y no me equivocaba. Estaba yo mojando mi primer bizcocho en el tazón de chocolate cuando mi suegra atacó:

—Os he pedido que vinierais porque os tengo que hacer una proposición muy importante.

—¿Ah? —dije yo, como un idiota, con el bizcocho a medio camino entre la taza y mi boca goteando chocolate.

Vi que mi mujer estaba sonriendo. Con la boquita apretada, sin mostrar los dientes, pero sonreía. Y no miraba a su madre, como sería lo normal, por ser ella quien estaba llevando la voz cantante, sino a mí. Y de pronto caí en la cuenta: ella ya sabía lo que su madre nos iba a proponer. Y todo esto era una

encerrona para que yo abriera la boca y me dejara meter la cuchara de ricino. Ya hasta notaba el regusto en el cielo del paladar.

—Antonio, ¿qué te parecería tener tu propio negocio? De lo tuyo, de hostelería, que ya sé que se te da muy bien.

—Bueno, de hecho, ahora parte del hotel San Ramón es mía.

—Sí, ya me lo ha dicho Maria. Parte. Pero no todo…

—No, pero hace un par de días recibí una oferta para dirigir un café en Zaragoza. El Gambrinus, se llama. Parece que tiene mucho prestigio. También acaban de abrir un cabaré como los de París con el nombre de El Plata, y me han dicho que buscan encargado. Quién sabe…

—¡Pero, Antonio, no me habías dicho nada! —protestó mi mujer.

—Es que a mí me lo dijeron anteayer. Y aún lo estaba pensando. No quería preocuparte.

—¿Quién te lo propuso?

—Pues el dueño del café, claro.

—Ya, ya me imagino que no fue Perico el de los Palotes. Pero ¿de dónde salió ese hombre y cómo te conocía a ti?

En lugar de recibirlo como una buena noticia, Maria se lo tomó a mal y me puso todas las pegas posibles. En ese momento ya tendría que haber deducido lo que pasaba. Pero aún no sabía por dónde me saldrían, así que me limité a contestar a la pregunta:

—Es un conocido de don Fernando Fuengirola…

—Vaya por Dios, tenía que salir por algún lado el pesado ese con el que hablas más que con tu mujer.

—… Parece ser que don Fernando sabía que andaba buscando un gerente para su café y me recomendó. Es un buen trabajo, Maria. Sería el jefe, tendría un buen sueldo y viviríamos en Zaragoza.

Maria frunció la boca. Muy poco, pero me di cuenta. A ella no le iba mucho eso de vivir en la gran ciudad. Y Barbastro, que es mucho más pequeña que Zaragoza, la agobiaba un poco. A ella lo que le gustaba era lo que nos rodeaba en aquellos momentos: Fraga, el pueblo donde había nacido y se había criado. Se notaba que rejuvenecía cada vez que veníamos de visita.

—Pero en ese café de Zaragoza no serías el jefe jefe. Serías el encargado —terció mi suegra en aquel momento—. Yo lo que te estoy proponiendo es ser el jefe de verdad.

—Pero ¿el jefe de qué?

—¿De qué va a ser? Del café, hombre. Te estoy ofreciendo el café Josepet.

¡El Josepet! ¡Así que era eso! Una vez destapadas sus intenciones, mi suegra me lo trató de vender a las mil maravillas: que si era un negocio excelente, que si era el centro neurálgico de la vida de Fraga… Yo, sin embargo, no lo veía tan claro.

—Y si es un negocio tan bueno, ¿por qué lleva más de un año cerrado?

La pregunta me valió un pellizco en el brazo por parte de mi mujer. Se notaba que a ella sí le seducía la idea. Que yo aceptara la oferta significaría que nos mudaríamos a vivir a su amada Fraga. A mí, en cambio, lo de vivir en Zaragoza me tentaba mucho. Porque Zaragoza está llena de cines, y de teatros, y de salones de baile donde se toca música. Cine, teatro, música. Todas esas cosas que a mí tanto me gustan. Y Fraga… es Fraga. Un pueblo de agricultores. Un pueblo muy grande, pero pueblo al fin.

Mi suegra justificó el cierre con el hecho de que Josepet estaba enfermo. Yo me atreví a expresar una nueva reserva, a riesgo de recibir otro pellizco en el brazo:

—Pero yo no sería el dueño absoluto del café. Hay otros

herederos…

—Ninguno de ellos quiere saber nada del Josepet. Pero ahora no hablemos más de esto. Piénsatelo, tómate tu tiempo. Acábate la merienda tranquilamente y ya me darás una respuesta.

Dicho y hecho, durante el resto del tiempo que invertimos en merendar mi suegra me dejó tranquilo. No volvió a sacar el tema; en vez de eso, se puso a intercambiar chismorreos con mi mujer: de lo que pasaba en Fraga, que a las dos parecía interesarles mucho, y también un poco de lo que pasaba en Barbastro, que no parecía interesarle ni a Maria, y eso que ella vivía allí.

Cuando acabé de merendar anuncié que las dejaba solas hablando de sus cosas, y mientras tanto iría a fumar una faria.

—Claro, claro, y date una vuelta por el pueblo —dijo mi suegra, y añadió—: ¿Y por qué no, de paso, le echas un vistazo al café? Mira, te dejo las llaves. —Sacó las susodichas de un cajón y me las puso en la mano.

Salí a la calle y encendí el puro. Estaba en el paseo Segoñé, la arteria principal de Fraga. En esa calle y alrededores también estaban los dos principales competidores del café Josepet, los locales donde se reunían, respectivamente, los liberales y los conservadores del pueblo. Competencia relativa, porque solo el Josepet conseguía reunir a usuarios de ambos bandos. Algo de eso me había contado mi mujer.

El café Josepet tenía las puertas y los ventanales cerrados y contaba con ese halo indefinible de tristeza que tienen los cafés y los restaurantes clausurados durante largo tiempo, cuando se les niega el bullicio que les da vida y razón de ser. Entonces suelen parecer habitados por fantasmas. El Josepet no era una excepción.

Abrí la puerta y penetré en su interior. Al contrario de lo que me temía, estaba muy bien conservado. Ni siquiera había

mucho polvo: alguien debía venir a barrer de vez en cuando. Era grande y, hasta cierto punto, lujoso. No lujoso como el comedor del hotel San Ramón de Barbastro, con sus arañas de cristal y sus vitrales emplomados y policromados, pero daba una buena sensación. Las sillas estaban sobre las mesas formando un bosque de patas que se elevaban hacia el cielo, como manos suplicantes. Tras el mostrador aún había una buena colección de botellas de licores diversos, todos de buena calidad con sus etiquetas correspondientes, que eso no se veía habitualmente en las tabernas de aquellos tiempos. Y en un extremo del mostrador, tapado con una sábana, descubrí el viejo gramófono que había sido, sin duda, una gran atracción en sus tiempos. Por unas pequeñas escalerillas que comunicaban ambos locales subí al piso de arriba, donde estaba el casino. La mesa de blackjack y la ruleta, cubiertas por sábanas blancas, me recibieron como lo que eran, lémures de otros tiempos esperando resucitar.

Sin embargo, yo no me veía a mí mismo como gerente de un casino. Nunca me ha gustado el juego, por más que ya fuera legal, y por aquel entonces en cada ciudad y casi en cada pueblo grande había un casino como aquel. Por muy buen negocio que fuera, me negaba a tomar parte en eso. El local, sin embargo, era amplio y estaba lleno de posibilidades. «Quizá podría dar para instalar en él un salón de baile, eso sí me gustaría. Y un pequeño escenario, por qué no». Me descubrí a mí mismo barajando esas posibilidades dentro de mi cabeza.

Subí a la terraza para tener otra perspectiva. Desde allí se veía un cobertizo que, en tiempos del abuelo Josepet, cuando los coches de la línea con Lérida eran tirados por mulas, servía de cuadra. Yo lo vi mucho más como un gran espacio, apto para un teatro o para albergar una sala de baile. Al otro lado de la calle descubrí un gran caserón con un adosado cubierto en el que campaba un cartel que rezaba «Salón Galicia». En la

fachada había pegados carteles de un par de cortometrajes de Charlot que reconocí porque Maria y yo los habíamos visto en Barbastro hacía ya algún tiempo. Charles Chaplin acababa de estrenar su primer largometraje, *El chico*, que nosotros ya habíamos visto unos días antes; y, por lo que parecía, aún no había llegado a Fraga. La película me había encantado, tenía aquella mezcla de comicidad y sentimentalidad que Chaplin tan bien sabía imprimir a sus obras. En Barbastro había causado sensación, y, por lo que sabía, también la había causado en todo el mundo. Recuerdo que pensé: «En este local también se podría acondicionar un buen cine. Un cine grande y moderno, con cortinas de terciopelo rojo, con una gran pantalla en la que exhibir buenas películas. Un cine donde se proyectaran los últimos grandes estrenos mundiales».

Salí del café y lo cerré de nuevo. Ya atardecía, pero aún lucía un buen sol, que se reflejaba en las fachadas estucadas de las casas. Fraga era pequeña para ser una ciudad, pero muy grande como pueblo. Pensé entonces: «Aquí hay gente más que suficiente para llenar un cine o un teatro grande. Y si se hiciera famoso y atrajera a público de las poblaciones cercanas, más todavía». Además, ¿acaso el abuelo de mi mujer no había conseguido que le viniera público hasta de Lérida, con su línea de diligencias? Una línea de diligencias que, para entonces, ya contaba con dos autobuses de la marca Hispano Suiza fabricados en Barcelona.

Y no se podía negar que tenía su encanto. Quizá mi mujer tenía razón, no sería mal sitio para asentarse.

Nada más regresar a casa con mi mujer y mi suegra, le pregunté a esta por el cine del otro lado de la calle.

—Es propiedad del Brunito —me dijo.

—¿Quién es ese?

—Se llama Bruno Galicia, pero por aquí todo el mundo le llama Brunito. Es un tipo un tanto excéntrico. Cuando le tocó ir

a quintas, se fue a las Américas para librarse y fue declarado prófugo y todo. Tardó unos años en volver a España: parece ser que en la Argentina algún conocido del cuerpo diplomático le arregló los papeles. Desde entonces vive ahí, en el caserón de la familia, con su hermana. Ya lo verás, se suele pasear por el pueblo montado en una yegua blanca a la que cuida tan bien como si se fuera a casar con ella.

—¿Y ese cine?

—Antes era un torno de aceite. Brunito lo cubrió y lo convirtió así en sala de proyección. También lo usa como salón de baile.

Aquella noche nos quedamos a dormir en casa de mi suegra. Y al día siguiente fui al salón Galicia como espectador. No me fijé mucho en la película porque, como digo, ya la había visto en Barbastro, sino en el local. Sillas de madera plegables y, como pantalla, una sábana tensada con arrugas en las esquinas. Y pensé: «Yo podría mejorar esto fácilmente». Me di cuenta entonces de que, en mi cabeza, ya había tomado una decisión.

Tras salir del cine, en casa de mi suegra, le dije a esta que podría considerar quedarme con el café, pero que había unas cuantas condiciones: si yo me hacía cargo del negocio iba a imponer muchos cambios. Uno, que no reabriría el casino. Y otro, que abriría una sala de teatro. Y también de cine. Esperaba sinceramente que me dijera que sí a todo porque en mi fuero interno ya me había despedido de Zaragoza. En parte me sabía mal, porque habría sido bonito, pero sospechaba que esto lo iba a ser más.

—A Brunito no le va a gustar la competencia —dijo mi suegra.

—A nadie le gusta la competencia, pero es lo que hay —terció Maria—. No se preocupe, madre, en Fraga hay clientela para los dos.

Al día siguiente volvimos a Barbastro. Me despedí del hotel

y de don Fernando Fuengirola, que, como todas las tardes, había ido a tomar el café al salón del hotel San Ramón.

—Me mudo a Fraga, con la parienta —le dije—, ya sabrá que ella es de allí. Voy a hacerme cargo de mi propio negocio.

—Vaya, Antonio. Se te echará mucho de menos. ¿Qué vas a abrir allí? ¿Un restaurante?

—Voy a abrir un café teatro, con salón de baile y cine.

—Hombre, por Dios. ¿Con cine incluido? ¿A ti también te ha tentado esa distracción de barraca de feria?

—El cine es el espectáculo del futuro, don Fernando.

—Ya, y la murga del presente.

—¿Ha visto esa nueva película de Charlot, *El chico*?

—No, hijo, no. A mí no me verás poner los pies en un cine. Yo tengo mejores maneras de perder el tiempo —insistió él, incapaz de desplazar un solo centímetro su posición.

Yo también lo iba a echar de menos.

Nos trasladamos a Fraga y, tras efectuar algunas reformas, reabrí el local al año siguiente, en 1922. Sin embargo, ahora lo había convertido en un bar, concepto que me parecía más moderno, más conforme a los tiempos. También le cambié el nombre por el de bar Victoria, que me gustaba más y me parecía más actual y novedoso. En aquellos tiempos, a los locales donde se vendía vino y se jugaba alguna partida se les llamaba tascas, tabernas o, simplemente, cafés. A mí lo de «bar» me pareció una buena manera de diferenciarme de todos ellos.

Aproximadamente un año después, en aquel cobertizo que había servido de caballerizas para las diligencias abrí la sala de teatro, que bautizamos también como teatro Victoria. Entre los papeles que Josepet Satorres había dejado en alguno de los cajones del local encontré la dirección de un representante de

artistas, un tal Timoteo Hinojosa. Intenté conseguir su dirección en Madrid por todos los medios a mi alcance, pero no hubo manera, ni siquiera sobornando al funcionario de la estafeta de correos de Lérida. Al final, después de mucho insistir, me dijo que en Madrid no había ningún ciudadano con ese nombre, ni por el de Varietés La Pulguita, que era lo que figuraba en la tarjeta de visita que guardaba el abuelo de mi mujer. Era normal, hacía mucho tiempo de aquello. Probablemente, la agencia de artistas habría dejado de existir. Y el tal Hinojosa ya debía de haberse retirado, a menos que ya estuviera criando malvas; tenía que ser muy mayor. No importaba, en Barbastro conocía a gente que trabajaba en el teatro. Alguno de ellos me podría recomendar algún representante de Barcelona, que, además, me quedaba más cerca. Y mira tú por dónde, quien me proporcionó un contacto fiable fue don Fernando, que otra cosa no tendría, pero conocía a todo el mundo.

—¿Teatro? Pero ¿no ibas a abrir un cine, Antonio? —recuerdo que me dijo cuando se lo conté. Estábamos en el salón del hotel tomando café, y esa vez yo también era cliente: había ido a Barbastro a hacer algunas gestiones para el bar y me alojé en mi antiguo lugar de trabajo.

—Todo se andará, don Fernando —respondí—. De momento es un bar. Y ahora empezaré con lo del teatro. Más adelante, cuando tenga la sala bien montada, la usaré para proyectar películas… Y estoy pensando que con lo amplia que es también podría funcionar como sala de baile.

—Vaya, piensas a lo grande… Todo eso te va a costar dinero.

—Hay que invertir dinero para ganar dinero.

No me preocupaba el tema económico. Mi mujer y yo nunca habíamos sido muy gastadores y teníamos bastante ahorrado. Don Fernando me dio el contacto de un representante de

espectáculos teatrales de Barcelona. Don Joaquín Cabós, se llamaba. Me aseguró que me podría ayudar a conseguir números para mi teatro y añadió que, además, últimamente se había metido en la distribución de películas. Y, como es lógico, acompañó la información de un comentario lleno de angustia:

—Dios santo, esto es una plaga. Salen cines por todas partes, como setas. Y la gente ya no sabe hablar más que de películas. Bueno, de películas y del golpe de Estado del general Primo de Rivera, que, entre tú y yo, es un mamerto de mucho cuidado. Entre el general, que es un mamerto, y el rey, que es un verriondo, no sé qué va a ser de España. ¡Ay si Costa levantara la cabeza! Andan las aguas de la política muy revueltas, amigo mío.

—En Fraga se nota poco. Hay liberales y conservadores como en todas partes, pero no es lo mismo que en Madrid o Barcelona.

—Uy, en Barcelona la cosa está muy liada. Hay tiros por las calles cada dos por tres.

—Eso he leído en los periódicos.

—Los anarquistas, los malditos anarquistas. Ellos son los verdaderos culpables de que ahora tengamos dictadura militar. Y yo no soy partidario del bobo de Primo de Rivera, en absoluto, pero, claro, es que toda esa chusma de los anarquistas se lo andaba buscando. Que una cosa es la libertad y otra muy distinta, el libertinaje. No sé en qué acabará todo esto. Esperemos que no sea en república otra vez.

Reconozco que yo no me intereso mucho por esas cosas. Pero creo que, sea república, sea monarquía o sea dictadura, la gente necesita divertirse: bailar, ver películas, ir al teatro… Así que resolví viajar a Barcelona a hacerle una visita al tal Joaquín Cabós y, de paso, pasarme por todos los teatros, cabarés y cines que pudiera para hacerme una idea de lo que se estilaba en la gran ciudad en materia de espectáculos. Iría

solamente yo. Maria se quedaría en Fraga, echándole un ojo al negocio y arreglando la casa, porque estábamos acondicionando como vivienda la zona donde antes estaba el casino. A ella no le hizo mucha gracia.

—¿Cómo que te vas a Barcelona tú solo? ¿Y por cuánto tiempo?

—No sé, unos días. Es necesario, son cosas de trabajo.

—¿Y qué trabajo vas a hacer tú esos días en Barcelona?

—Pues ir a los cines, a los cabarés, a las salas de baile…

—Pues vaya trabajo, Antonio. Tú a eso lo llamarás trabajo, pero otros lo llaman pendonear.

—Maria, sabes que es necesario. Necesito hacerme una idea de cómo son esos locales y cómo funcionan en una gran ciudad.

—No, si entender lo entiendo, Antonio, pero soy yo la que se queda sola en el pueblo mientras tú andas zascandileando.

—Tú querías que me quedara con el café.

—Que sí, que sí. Anda, ve. Pero cuando vuelvas, tráeme algo.

—¿Como qué?

—Un décimo de lotería de El Gato Negro estaría bien.

—A mí no me gusta jugar.

—Pero a mí sí. Al menos, a la lotería.

Llegué a la estación de Francia de Barcelona el 11 de marzo de 1923 en el ferrocarril procedente de Lérida. Me acuerdo perfectamente de la fecha porque, nada más llegar, me saludaron con una explosión. Sí, una explosión. Estaba yo a la puerta de la estación, que, por cierto, era mucho más grande que ninguna otra que hubiera visto, cuando un potente estallido hizo retumbar los vidrios de las ventanas y hasta las paredes de los edificios cercanos. Los caballos de los carruajes se encabritaron, y los viandantes, asustados, salieron corriendo

en dirección contraria a aquella de donde vino el ruido. Miré en aquella dirección y, por encima de los tejados de las casas, vi una columna de humo negro, espeso, rojizo por la parte de abajo, que debía surgir de un incendio.

—Los anarquistas. Eso ha sido una bomba de los anarquistas —dijo un atildado caballero que, a mi lado, miraba en la misma dirección.

Casi inmediatamente, vimos a lo lejos un grupo de hombres corriendo, disparando sus revólveres contra otro grupo que los perseguía, también a tiro limpio. Ambos grupos se perdieron a la carrera por una de las calles adyacentes.

—¿Anarquistas también? —le pregunté al caballero que tenía a mi lado.

—También, también. Una de las dos bandas, seguro. Los que iban peor vestidos, sin duda. Los otros supongo que serían pistoleros del Sindicato Libre.

—¿Y esto pasa cada día?

—Bueno, cada día, cada día tampoco… Pero es que ayer mataron al Noi del Sucre y andan los anarquistas muy revueltos.

Pues sí, dio la casualidad de que yo había llegado a la ciudad justo el día siguiente a aquel en que los pistoleros de la patronal habían abatido a tiros al principal dirigente del sindicato anarquista, Salvador Seguí, apodado el Noi del Sucre. Y se había desencadenado una guerra. O mejor dicho, más que desencadenarse una guerra, se recrudecieron las hostilidades, porque por los periódicos sabía que aquello, aunque quizá no tan a lo bruto, era el pan nuestro de cada día allí en Barcelona. Era una ciudad llena de fábricas, y eso se notaba en el aire, que apestaba a humo de carbón y trapo quemado. Como también se notaba en el aire que empresarios y trabajadores no se llevaban muy bien que digamos. A la vista estaba si se habían acostumbrado a dirimir sus diferencias a tiros. Pero también

era una ciudad con más de ciento cincuenta cafeterías, cafés concierto y cabarés. Y yo iba a visitarlos, si no todos, al menos una buena cantidad de ellos.

Me inscribí en el hotel Colón, al lado de la catedral (que ni punto de comparación tiene con la de Zaragoza, pues para los aragoneses el Pilar siempre será el Pilar), y después de cenar le pregunté al recepcionista dónde estaban los teatros, los cabarés y los cafés más importantes de la ciudad.

—En la cuenca del Paralelo, caballero —respondió.

—¿La cuenca? ¿Es que hay un río allí?

—Sí, señor, hay un río, y muy caudaloso, pero de gente. El Paralelo es una gran avenida donde la gente fluye constantemente, como si fuera agua. Por eso algunos lo llaman «la cuenca», en broma.

—¿Y cómo puedo llegar?

—Pues no está lejos. Si quiere disfrutar del ambiente que hay por la zona…

—Eso precisamente es lo que quiero.

—Entonces, vaya primero al edificio del diario *La Vanguardia*. Está cerca, al otro lado de las Ramblas. Busque la parte de atrás, la que da a la calle Tallers, y espere a que salgan los periodistas, después de cerrar la redacción. Los reconocerá enseguida, son jóvenes y ruidosos. Ya verá que se forman grupos y que los grupos entran en las confiterías a comprar buñuelos y botellas de aguardiente.

—¿A esas horas aún hay confiterías abiertas?

—Uy, caballero: confiterías, tabernas y restaurantes. Si le entra hambre por la noche, puede meterse en uno y pedir hasta una paella. Las cocinas están en funcionamiento hasta el alba.

—¿Y después?

—Después también. Como le decía, no tiene más que seguir a algún grupito de esos que han comprado buñuelos y aguardiente. Con ellos a cuestas llegará al Paralelo, seguro.

Seguí las instrucciones del recepcionista y me planté en la trasera del edificio que albergaba la redacción de *La Vanguardia* (y las rotativas, pues desde la calle se oía su traqueteo trabajando a todo trapo, haciendo retumbar el suelo; debían de estar instaladas en el sótano). Allí me aposté hasta que vi salir a un grupo de jóvenes muy dandis y, tal como había asegurado el recepcionista, muy ruidosos. Entre risotadas, entraron en la confitería de enfrente, que era precisamente donde me había sentado yo a tomar un Pernod para poder vigilar la puerta trasera del periódico a través del cristal. Efectivamente, compraron un cucurucho de buñuelos y una botella de anís y se marcharon. Fui tras ellos, a cierta distancia, procurando no llamar la atención. Ni la suya ni la de nadie más.

Mientras iba detrás del ruidoso grupito de juerguistas deambulando por aquellas callejuelas estrechas y atufadas de orines, agradecí ser un hombre de cierta corpulencia. Y, sobre todo, agradecí haber llevado conmigo el bastón de paseo con la empuñadura de bronce porque, válgame Dios, con qué gente más torva me crucé por aquellas calles. Hombres de aspecto patibulario que se paseaban en grupo, con la culata de una pistola asomando por encima del cinturón y por debajo del chaleco; sin duda, eran aquellos pistoleros que entre ellos se liaban a tiros por las calles de la ciudad de los que tanto hablaban los periódicos por aquellos días. Había también otros más andrajosos —los pistoleros solían vestir bien, más o menos — de rostro macilento y mirada huidiza que, cuando se cruzaban contigo, te medían de arriba abajo, como calibrando cuánto podrían sacar de ti si te asaltaran; y prostitutas, muchas prostitutas, algunas de ellas con las mejillas hundidas y los dientes podridos por el consumo de cocaína. Lo de la cocaína lo descubrí poco después: es un medicamento que por Barcelona se consume mucho, tanto entre las clases bajas como entre las clases altas, y sobre todo, entre la gente de la noche.

Los periodistas que habían salido de juerga desembocaron pronto en una enorme avenida que rebullía de gente vestida de todos los colores, a la usanza de todas las clases sociales; allí estaban los petimetres de clase alta, las modistillas con chal, más individuos patibularios como los que me acababa de cruzar por las callejuelas estrechas, más prostitutas, gentes con chaqué o con blusón de obrero… Todos caminando arriba y abajo, iluminados por los letreros de bombillas de muchos teatros y cabarés, en cuyas fachadas se mostraban enormes carteles pintados a todo color con imágenes de los espectáculos que uno podía encontrar en el interior. El Paralelo era, efectivamente, como un gran río de gente, y en la oscuridad, por encima de las cabezas, como un gran río de luces. Y automóviles, más automóviles juntos de los que había visto en mi vida. Algunos, muy lujosos. Estaba yo tratando de esquivar a una meretriz, de aquellas que mostraban la lividez de la cocaína, cuando se paró a mi lado un Rolls Royce negro. La puerta de atrás se abrió y desde el asiento trasero un caballero de gran bigote canoso, vestido con frac, fular de seda y chistera le hizo una seña, con una mano enguantada de blanco, a la meretriz en cuestión; esta perdió en el acto todo interés en mí, subió con el caballero del frac y el mostacho cano y el Rolls se alejó, con ellos dos a bordo, calle arriba.

Los periodistas se dirigieron a un cabaré en cuya fachada giraba sus aspas un gran molino de color rojo. El portero los saludó tocándose la gorra: uno de los miembros del grupo le alargó un billete de banco y el portero le dio un pequeño frasco de vidrio con algo que entonces no supe qué era, aunque no tardé en descubrirlo: cocaína. Muchos porteros (prácticamente todos, en realidad) se sacaban un sobresueldo vendiendo aquel tónico, que, dicen, pues yo no la he probado, te permite aguantar toda la noche despierto tras una jornada de trabajo. También se podía conseguir de las vendedoras de cerillas, o

incluso de los limpiabotas. Hasta los churreros te servían cocaína por debajo del mostrador del quiosco si se la pedías. Y no sé si alguno hasta espolvorearía los churros con aquella sustancia blanca como si se tratara de azúcar glas.

Compré una entrada en la taquilla y me metí en El Molino, que así era como se llamaba el cabaré en cuestión. No era muy grande, pero sí muy vistoso, con toda aquella tapicería de color rojo intenso por todas partes. Las butacas rodeaban el escenario en semicírculo proporcionando así una gran proximidad entre el público y los artistas. Arriba había reservados. Vi que el grupito de juerguistas al que venía siguiendo había subido a uno, y allí se habían instalado con sus buñuelos y su botella de anís. Una acomodadora me salió a recibir. Era una mujer baja y considerablemente rechoncha, decorada con tantas lentejuelas, plumas de marabú y afeites como cualquiera de las bailarinas que en aquel momento actuaban sobre el escenario y, al mismo tiempo, metiéndose con el público que las jaleaba.

La mujer gruesa y emperifollada me preguntó si quería que me subieran algo de beber al reservado.

—¿Como qué? —pregunté.

—Lo que quiera, caballero. Champán es lo que más piden, pero si quiere usted un Pernod, o un pastís, o un coñac, o una absenta o un anís, también se lo podemos ofrecer. De todo tenemos.

—De momento nada, gracias. Si necesito algo, ya la avisaré.

—Como usted quiera, caballero.

Me acomodé en el reservado y cerré la puerta, lo que me permitió la intimidad suficiente como para sacar la libretita de notas que llevaba en el bolsillo y apuntar lo que me parecía. A los pocos minutos la acomodadora llamó a la puerta y me preguntó si había cambiado de idea respecto a la copa.

—No, gracias, estoy bien. No quiero beber nada.

—¿Quiere usted que suba una señorita del coro?

—¿Subir adónde?

—Aquí, a su palco. Si lo prefiere, también puede subir una protagonista.

—Pero ¿es que suben?

—Pues claro, para alternar. A cambio de una propina. Una protagonista le saldría más cara, eso sí.

—No, estoy bien solo, gracias.

Me quedé a ver la actuación de una joven cupletista que se hacía llamar La Bella Dorita. Debo reconocer que cantó con mucha gracia un tema sobre la vaselina y su utilidad durante la noche de bodas. La letra era de intención un poco soez, eso sí, pero jugaba con el equívoco con suficiente ingenio como para no resultar chabacana. Después, tras un cambio de vestuario, salió al escenario con un picardías y, por lo que parecía, nada debajo. Cantó una canción sobre una pulga, y mientras lo hacía, se iba buscando la supuesta pulga por debajo de la ropa, ora subiendo la falda por aquí, ora bajándola por allá. La verdad es que en ningún momento dejó ver mucho, aunque daba la impresión de que sí.

A los juerguistas del periódico los tenía en el palco de al lado. Al cabo de un rato, cuando se terminaron la botella y los buñuelos, hicieron ademán de marcharse. Yo salí de mi reservado y los seguí. En su estela visité el Gran Cinematógrafo Paralelo; el teatro Arnau, que estaba al lado de una fábrica de licores; un café restaurante de estilo muy parisino llamado Le Trianón; el salón Venus, el Teatro Nacional… y ya pierdo la cuenta de qué más. Acabamos en el Royal, un café concierto en el que tocaba una gran orquesta cuyos músicos iban uniformados con chaquetas rojas. Resultó que era la orquesta de Joan Viladomat, el compositor del famoso cuplé *Fumando espero* y el no menos famoso *Tango de la cocaína*.

Regresé al hotel muy entrada la madrugada, tras separarme de mis involuntarios cicerones en la puerta de un burdel al que

ya no quise entrar. Esa noche solo dormí un par de horas porque a la mañana siguiente tenía que ver a Joaquín Cabós, el contacto que me había proporcionado don Fernando.

Tenía don Joaquín sus oficinas en un edificio de la Vía Augusta. Me recibió con mucha amabilidad. En la puerta lucía un gran cartel con la indicación «Espectáculos El Tabolo»; nunca supe muy bien a qué venía ese nombre. Era un hombre grueso y calvo como un huevo, sin más distintivos peculiares dignos de mención, salvo la alopecia. Era el suyo un rostro muy común; el rostro del hombre en la multitud, pero respiraba simpatía a raudales.

Le conté que estaba interesado en contratar espectáculos para el teatro que muy pronto abriría en Fraga.

—No le puedo decir más que, en ese caso, ha venido usted al sitio adecuado —me respondió.

Me pasé la mañana revisando su catálogo.

—¿No representará usted, por casualidad, a La Bella Dorita? —le pregunté.

—Pues no. Hace poco que ha empezado a darse a conocer en El Molino.

—Ahí la vi yo ayer noche.

—Sí, está causando sensación, con esos temas tan pícaros que canta. Pero desconozco quién es su representante, si es que tiene alguno. Si quiere, puedo hacer unas averiguaciones.

—Hágalas, hágalas usted.

—Ahora, lo que se está poniendo muy de moda es la música de foxtrot, muy frenética, de un ritmo muy sincopado, y que va muy bien para bailar. Espere, se lo mostraré…

Don Joaquín tenía un gramófono en su despacho y una buena colección de discos de piedra. Puso uno bajo la aguja y, al poco, sonó una música muy rápida, muy rítmica, que realmente te daba ganas de mover los pies.

—Esto, esto lo quiero también —dije—, porque la sala será,

además, salón de baile.

—Le puedo enviar algunos músicos.

—¿Y películas? Porque también tengo intención de montar un cine en mi sala.

—Vaya, usted no se pone por poco.

—Si vas a hacer una cosa, hazla bien. Eso pienso yo. He decidido proporcionar a los fragatinos todo el espectáculo y el entretenimiento que se puede encontrar en una gran ciudad.

—Pues con lo de las películas le puedo ayudar también porque me estoy introduciendo en ese negocio. A través de un socio en París, estoy gestionando quedarme la representación de varias productoras estadounidenses.

Don Joaquín me informó de que las películas, al menos las americanas, se tienen que contratar por lotes: en un lote suele haber un gran estreno importante y unas cuantas películas más de relleno.

—Lo que suelen hacer los exhibidores es programar el estreno importante al principio de temporada, y que dure en cartel lo que dure. Y después, cuando el aforo mengua, van programando las otras, la morralla. A lo que duren, también. Aunque a veces la morralla da sorpresas: más de una vez, una de esas películas de relleno del lote ha tenido más éxito que el estreno principal.

—¿Cuándo empieza la temporada?

—Depende del sitio. Cuando sea previsible que pueda haber más público.

Días más tarde, tras regresar a casa, mi mujer me daría una información más precisa sobre eso: en Fraga, el inicio de temporada tendría que ser allá para el Pilar, a mediados de octubre, una vez acabadas todas las campañas agrícolas, tanto la del cereal como la de los higos. Era cuando había más gente con tiempo para entretenerse y dinero que gastar, aunque la verdad sea dicha, con lo de las minas de Mequinenza y las

obras del canal de Aragón y Cataluña siempre había muchos jóvenes en Fraga y la comarca buscando divertimento y asueto.

Me despedí de don Joaquín, no sin antes agradecerle su asesoramiento. Al día siguiente, antes de volver a Fraga, fui a Badalona porque entre los papeles de Josepet Satorres también había encontrado correspondencia con Vicente Bosch, el dueño y gerente de las destilerías del Anís del Mono, que allí se erigían. La destilería era un bello edificio de estilo modernista. El hombre que me recibió se llamaba Vicente Bosch, pero era demasiado joven como para ser el mismo. En efecto, me dijo que el Vicente Bosch al que aludían las cartas era su padre y que este le había hablado muchas veces de aquel amigo suyo de Fraga y de la rocambolesca historia de cómo lo había conocido en Madrid.

Renové el contrato de suministro con esa destilería y con otras de la zona, y volví a Fraga, no sin antes haber pasado por la administración de lotería de El Gato Negro para comprarle un décimo a mi esposa. No tocó, pero eso era lo de menos.

Volví más veces a Barcelona; de hecho, estuve yendo y viniendo durante unos once meses; me quedaba unos días, en los cuales visitaba cuantos cines, cafés, teatros, cabarés y salones de baile se me ponían a tiro. Y trabajo tenía, porque Barcelona estaba llena de eso, y no solo en el Paralelo. Aprovechaba así para aprender cuanto pudiera serme útil sobre el negocio del espectáculo. También procuraba mantenerme al día de lo que se hacía en el resto del mundo. E iba perfilando un plan para aprovechar aquel cobertizo abandonado tras el café.

Me enteré, por ejemplo, de que por aquellos años se había abierto en el barrio de Harlem de Nueva York un gran club nocturno, que incluía restaurante y espectáculo y que estaba

causando sensación. Lo había inaugurado, en 1920, el boxeador Jack Johnson, supongo que como forma de invertir el dinero que le había proporcionado haber ganado el campeonato de los pesos pesados varias veces. Aunque para cuando yo me enteré de su existencia, allá por el año 23, el club llevaba como un año cerrado por orden judicial debido a que servían bebidas alcohólicas, algo prohibido entonces en Estados Unidos. Johnson se lo acababa de vender a un notorio gángster llamado Owney Madden, quien había hecho su fortuna precisamente vendiendo alcohol ilegal.

En el Cotton Club empezaban a hacerse famosos muchos artistas negros de un nuevo estilo musical llamado jazz. Allí se dieron a conocer grandes músicos de este género como Duke Ellington, Louis Armstrong, Count Basie, Nat King Cole, Ella Fitzgerald o Cab Calloway, entre otros. Era curioso, porque en el club, a pesar de estar ubicado en mitad del barrio negro y tener el escenario lleno de artistas negros, no se permitía la entrada de gente de color. Por el contrario, cualquiera que en Nueva York era alguien pronto o tarde se dejaba caer por el Cotton, ya se tratara de un actor famoso o de un político influyente, como lo hacía el propio alcalde de la ciudad. El jazz, que allí estaba tomando forma, se estaba convirtiendo poco a poco en la música de baile definitiva. Resolví prestarle mucha atención. Eso, pensé, era algo muy transgresor; sin duda, sería el futuro.

El bar Victoria se reveló como un buen negocio y me iba dando dinero suficiente como para emprender las reformas que yo tenía en mente, ciertamente ambiciosas. Hay que ser ambicioso en esta vida. Prudente siempre, pero ambicioso también. En 1923 ya tenía el cobertizo bastante acondicionado y lo inauguré como salón de teatro. El señor Cabós me envió, para la ocasión, una pequeña compañía de varietés, las Chicas de Lara, que incluía a una cantante de cuplés picantes —que no

era La Bella Dorita, por desgracia— y a ocho agraciadas señoritas que lucían en el escenario muy escasas de ropa. Cabós me dijo, en una carta, que era dificilísimo conseguir a la famosa cupletista que había contemplado en Barcelona ya que tenía bolos en Madrid, Zaragoza y hasta en París, y ni un hueco libre en por lo menos dos años. Tampoco me podía conseguir a Raquel Meyer, otra de las estrellas de los grandes *music halls* de la época. Desde su gira por Estados Unidos, su caché se había vuelto prohibitivo para los pequeños empresarios de provincias como nosotros. Pero que la cupletista que me enviaba, Margarita Martín era su nombre, estaba muy bien considerada y también cantaba el cuplé de la vaselina con mucha gracia. Y el tango de la cocaína, y el cuplé de la pulga. Y no sería La Bella Dorita, pero la Martín causó sensación en Fraga. Una buena manera de medir el impacto de los espectáculos era ir a misa al domingo siguiente: si el párroco se refería al espectáculo en cuestión durante el sermón, estábamos en el camino del éxito; tanto más cuanto más tronara en su contra el párroco. El domingo siguiente a aquella sesión de estreno, el párroco tronaba sapos y culebras.

Precisamente aquel domingo, después de misa, a la hora del vermú, se personó en el bar Bruno Galicia, el señor Brunito en persona. Yo estaba tras la barra y vino a saludarme. Era la primera vez que nos veíamos cara a cara. Por supuesto, yo sabía que me vigilaba en la distancia como a un posible competidor. Yo hubiera hecho lo mismo de haber estado en su lugar. Era un hombre flaco pero de apariencia recia, con una gran mandíbula que denotaba un carácter fuerte y manos anchas y bastas, de campesino. Claro que, por allí, casi todo el mundo tenía manos de campesino. Los párpados eran sendas troneras estrechas tras los que notabas cómo te vigilaban, casi ocultos por completo, dos ojos muy vivos, escrutadores. Me felicitó por el nuevo teatro, dijo que le parecía excelente. Le

ofrecí un vermú y se lo serví yo mismo en una mesa.

—¿Así que estaba usted ayer entre el público? —le pregunté, innecesariamente, pues sabía de sobra que había estado en la platea viendo el espectáculo. Mi mujer, desde uno de los palcos en el que ambos estábamos apostados observando cómo entraban los espectadores (entre otras reformas, había mandado construir palcos, como tenían en el Molino y en todos los cines y teatros importantes de la gran ciudad), me lo señaló: «Mira, ahí está Brunito». Un anuncio que yo había estado esperando.

—Por supuesto que estaba entre el público —respondió Brunito—. No me lo hubiera perdido por nada del mundo. Y esa cupletista tan picante…

—¿Le gustó?

—Bueno, no sé. Estas cosas están bien en la gran ciudad, pero aquí, en Fraga, no sé yo…

—Pues yo creo que aquí, en Fraga, no tenemos por qué privarnos de los adelantos de la gran ciudad. Es más, mi propósito es traer cuantas más novedades, mejor. Quiero que los fragatinos puedan disfrutar de los mismos espectáculos que disfruta la gente en Barcelona, o en Madrid. O en el mismo Londres, por qué no. O en Nueva York. ¿Sabe usted con qué música baila la gente en Nueva York?

—Pues…

—Deje que le muestre.

Había conseguido, mediante un importador de Barcelona, un par de discos de piedra con grabaciones de la orquesta de Louis Armstrong, un músico nacido en Nueva Orleans que se había consagrado como el rey del jazz. Me habían costado un ojo de la cara, pero había valido la pena. Puse uno de esos discos en el viejo gramófono Berliner que había pertenecido a Josepet Satorres —y que, pensé en aquel momento, ya tocaba sustituir por algo más moderno, porque la tecnología de

reproducción había avanzado mucho últimamente— y la trompeta de Armstrong desplegó sus notas por el aire del bar, sobre un fondo de tambores y cuerdas.

—Con esto baila la gente en Nueva York, don Bruno. En el Cotton Club. ¿Qué le parece?

—Que una vez tuve que ayudar a castrar el gato de mi hermana para que no se escapara tanto de casa… y maullaba igual.

—Esto es música, don Bruno. La música del futuro.

—Si usted lo dice… No creo que la gente de por aquí entienda esta música.

—Pues yo creo que sí. No se entiende lo que no se conoce solamente. Y yo voy a dar a los fragatinos la oportunidad de conocer todo esto.

—Bueno, pues le deseo mucha suerte con eso, paisano.

Brunito aún no me veía como un competidor, aunque supongo que ya debía estar con la mosca tras la oreja. Me guardé de contarle que, entre las novedades que quería traer a Fraga, figuraban los últimos grandes estrenos cinematográficos. Tampoco tenía por qué decírselo. Ya se enteraría.

Y vaya si se enteró, y no le sentó nada bien. Yo creo que algo empezó a sospechar cuando trajeron de Barcelona dos pianos que había comprado para instalarlos en la sala de teatro. Su destino, aunque entonces tampoco se lo dije, era amenizar las veladas cinematográficas. Todos los cinematógrafos, en aquella época en que el cine era mudo, tenían un piano. Pero, como digo, yo quería hacer las cosas a lo grande y conseguí dos espléndidos pianos verticales que coloqué uno a cada lado del escenario, como si de dos estatuas, de dos magníficas obras de arte, se tratase.

Brunito también debía de estar enterado de lo mucho que yo viajaba a Barcelona; no era eso un secreto, lo sabía todo el mundo en Fraga. Me había convertido en un habitual del coche

de línea que unía nuestra pequeña ciudad oscense con la gran capital catalana. Tanto lo usaba que los conductores empezaron a conocerme.

—¿Otra vez a Barcelona, don Antonio? —me decían cuando me veían debajo de la marquesina, con mi pequeña maleta de viaje, a punto para embarcarme.

—Pues sí, ya ve usted —respondía yo.

—Casi le saldría más a cuenta buscarse casa y quedarse a vivir allí, don Antonio.

—No crea usted.

Una casa no, pero sí me hubiera venido bien tener un despacho en Barcelona, aunque solo fuera para las reuniones de negocios. A falta de uno, me reunía en el Café de la Ópera, en mitad de las Ramblas, justo enfrente del Gran Teatro del Liceo. Ese café, en el piso superior, tenía un salón de té muy cómodo y discreto. Allí me vi con un aparejador que ya había acondicionado diversas salas de cine en la ciudad. Le llevé los planos de mi local y allí mismo les echó el primer vistazo.

—¿Se puede hacer? —recuerdo que le pregunté. Me daba miedo que no fuera así.

—Sí, claro que se puede hacer —contestó—. Es un buen local, amplio, hay mucho espacio. El techo está alto… ¿Tiene palcos?

—Por supuesto. Un palco que circunvala la sala, para las personalidades, y encima de este un sobrepalco, el gallinero, donde suele acomodarse la juventud porque las entradas son más baratas. Eso no lo tiene el cine de Brunito.

—¿El qué, dice usted?

—Nada, cosas mías.

—Aquí se puede instalar la sala de proyectores, sin problema. ¿Dice que ya lo usa como teatro? ¿Qué tal es la acústica?

—Buena.

—Pues si tiene buena acústica para ser teatro, para ser cine, mejor aún. Total, el único sonido que hay que tener en cuenta es el del piano…

—Pianos. Van a ser dos. Ya los tengo apalabrados.

—Vaya. Nunca he visto un cine con dos pianos.

—Pues cuando venga a Fraga a acondicionar el mío, lo verá.

También fue en aquel salón de té donde tuve mi primer encuentro con un importador de maquinaria que me había recomendado don Joaquín Cabós. A ese le pedí dos proyectores de cinematógrafo. Los más modernos que pudiera encontrar, le dije.

—Tengo que hacer un viaje a Londres esta misma semana. Le traeré unos folletos de vuelta, para que escoja. Para que yo tenga una orientación: ¿cuánto se quiere usted gastar?

—No los escoja por el precio. Quiero los mejores que haya en el mercado —insistí.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta. Pero eso no va a resultar nada barato.

—Lo barato resulta caro, dicen por mi tierra.

—Y por la mía. Y es verdad.

Poco tiempo después, el aparejador vino a Fraga a supervisar las obras pertinentes y los proyectores llegaron de Londres en dos enormes cajas de madera. Por fin, en 1925, ya lo tenía todo preparado e inauguré solemnemente el Cine Victoria. La pantalla estaba al fondo del escenario y los pianos sobre el mismo, uno a cada lado. Fui a Barcelona de nuevo para hablar con Cabós.

—Voy a inaugurar mi cine, por fin, y quiero que me consiga la novedad de estreno más espectacular que tenga —le dije.

Cabós se rascó la cabeza. Sonreía. Eso era buena señal.

—¿Qué le parece el último largometraje de Charlie Chaplin, *La quimera del oro*? —me respondió.

Yo sabía de qué estaba hablando porque por la prensa me

había enterado de su rodaje. Chaplin había construido un decorado enorme, con nieve artificial, para imitar las montañas nevadas en las que transcurría la historia de buscadores de oro que estaba preparando. Y usaba grandes ventiladores para reproducir las tormentas de nieve. La deseaba para el Victoria, pero no tenía ni idea de cuándo podría ser eso.

—¿Cómo? ¿Ya la ha acabado?

—Recién.

—¿Y ya le ha llegado a usted?

—Está a punto. Espero que en cualquier momento atraque el barco que trae las bobinas de América. Le puedo enviar una copia en unos días. La estrenaría usted en Fraga al mismo tiempo que los cines de Barcelona.

—Está hecho.

—No será barato.

Era evidente que no lo sería. Qué pesada se ponía la gente con eso. Lo que yo estaba construyendo no se podía conseguir a precio de saldo.

—Quien algo quiere, algo le cuesta. También quiero carteles, muchos carteles. Y pasquines. Y programas de mano.

—Eso también le costará un buen… —Cabós me vio la cara y consideró que era mejor no seguir por ese camino; hizo bien —. En cuanto los tenga impresos le envío una caja, junto con las bobinas.

—Perfecto.

Cabós cumplió su promesa, y yo pude inaugurar el Cine Victoria con la mejor película que se había estrenado aquel año. Y, ahora que han pasado varias décadas, creo que puedo afirmar que fue (y sigue siendo) una de las mejores películas de la historia del cine. En todo caso, la sala se llenó. Y entre la muchedumbre de la noche del estreno estaba Brunito: Maria me señaló su coronilla rala de pelo desde el palco de personalidades en el que estábamos acomodados. «Ahí está

Brunito». La frase otra vez. En algún momento Bruno Galicia se volvió y pudimos ver que tenía el ceño tan fruncido que se le había quedado un surco perpetuo en mitad de la frente, y los labios tan apretados que se habían tornado blancos.

—Parece enfadado —aventuré yo.

—Parece rabioso, más bien —replicó Maria—. Rebosante de ira.

Yo me reí.

—Se ha dado cuenta de que su salita de baile con cinematógrafo no es rival para el Victoria. Y ya verás cuando acabe la película.

—Ten cuidado, Antonio. Te has creado un enemigo.

—No, es solo un rival de negocios.

—No, es un enemigo. Y ya sabes lo que dicen, que no hay enemigo pequeño. Y en comunidades pequeñas como la nuestra, donde todo el mundo se conoce y todos tienen relación con todos, los enemigos son aún más peligrosos.

Cae la noche en Manhattan

Había regresado al hotel a pie, haciendo al fin el largo paseo que esa misma mañana había descartado. El gran espectáculo de la ciudad se desplegaba ante mí con mucha más magnificencia que pocas horas antes. Los carteles luminosos eran aún más impresionantes ahora que era de noche, pero yo estaba demasiado metido en la historia de la familia como para apreciar lo que pasaba en el exterior. Tenía que dejarlo un rato, ni que fuera para cenar. No estaba de humor para ponerme a elegir restaurante, así que juzgué que el mismo del hotel me serviría. Me senté a la primera mesa que encontré y pedí un plato prácticamente al azar.

No sabía de dónde me salía esa apatía. Me encontraba en la capital del mundo a punto de firmar la venta de mi vida, pero a pesar de ello era incapaz de estar alegre. Sospechaba que era porque me lo había imaginado distinto. Había creído que Miquel me habría podido dedicar al menos un par de horitas más. Y seguía sin culparle, pero una cosa era entender que así eran las cosas y otra muy distinta, aceptarlo realmente.

Trajeron mi plato y empecé a dar buena cuenta de él. Antes de darle el segundo bocado, oí una voz ante mí:

—¿Me puedo sentar?

Levanté la cabeza. Ahí estaba Miquel.

—Sí, claro… Pero ¿qué haces aquí?

—Hice que llamaran a tu habitación, pero no estabas. Y, antes de mandarte un mensaje, he pensado que podrías estar cenando aquí. Han pasado cuatro décadas, pero aún te conozco un poco.

Me conocía, por supuesto que me conocía. Miquel se acomodó en su silla y, en lugar de consultar el menú, señaló el plato que yo me estaba comiendo.

—¿Está bueno?

—Supongo.

—¿Qué vas a suponer? ¿Lo está o no lo está?

—Sí. Sí, está perfecto.

—Camarero, por favor, tráigame lo mismo —pidió Miquel con un acento americano que me producía una franca envidia —. Y traiga también una botella de su mejor vino.

Tengo que aclarar que yo nunca bebo. No me gusta hacerlo, y eso me ha resultado de una utilidad extrema trabajando en el mundo de la noche. El primer paso para arruinar tu negocio es trabajar mientras te pones en manos de sustancias que te alteran la percepción. Gracias a eso no solo he logrado una lucidez poco habitual dentro de mi gremio, sino que además me he labrado una fama de serio que me ha otorgado un respeto instantáneo entre individuos de dudosa reputación, que incluso me han llegado a presentar ante gente honorable para que estos vieran que ellos tenían amigos normales. Pero esta es una historia para otra novela que a lo mejor escribiré algún día. Para la que nos ocupa ahora, baste decir que por un día me salté mi regla de oro y bebí un trago por primera vez en, no miento, seguramente cuarenta años. No descartaba que la última ocasión en la que había probado el alcohol hubiera sido en compañía de Miquel, con quien ahora charlaba animadamente.

—A Mercè la tenías martirizada… Y a Montse, ¡madre mía! —le decía yo tratando de hacerle recordar cómo les tomaba el pelo a las hermanas que nos alojaban, guiando así la conversación hasta el sitio donde llevaba todo el día queriendo llegar. Miquel era un buenazo, pero todos hemos sido jóvenes y, si se me permite, un poco tontos.

—¿Yo? ¿Qué hacía yo? Si era un angelito —se defendía él.

—Sí, un ángel que les dijo que era amigo del futuro rey Juan Carlos, ¡y las pobres te creyeron!

Miquel se empezó a tronchar, como si no se acordara. Claro que se acordaba, pero esa era una vivencia que tenía desterrada en el fondo de su cerebro y que, de improviso, reaparecía ante él. Siguió riéndose un buen rato, incapaz de articular una palabra con sentido. Yo me reía con él, divirtiéndome como no me había divertido en años, pero a diferencia de él, sí que podía hablar, así que añadí:

—¡Que hasta se compraron unos trajes por si acaso iba a verte!

Y ahí la volvimos a tener. Miquel, que había empezado a calmarse un poco, retomó las carcajadas. Esta vez hizo un esfuerzo considerable por añadir algo cuyo significado se perdió en medio del ruido que él mismo estaba haciendo.

—¿Qué? —conseguí decir yo, no sin dificultades.

Miquel volvió a pronunciar algo totalmente incomprensible.

—Miquel, no te entiendo. ¿Qué dices de unos alfajores?

Mi pregunta le provocó un nuevo ataque de risa, al que logró vencer temporalmente para decir:

—¡Flores! ¡Los trajes eran de flores!

El dato no era objetivamente tan gracioso, pero era verídico, y yo lo tenía guardado también en un rincón recóndito al que no había accedido en media vida. De repente me pareció la cosa más divertida del mundo. Supongo que había que haber estado allí para entenderlo. Era tan divertida que seguí riéndome hasta que noté clavadas en mí las miradas de los otros comensales, profundamente molestos por la algarabía que estaban montando aquellos españoles ruidosos. En otro momento habría podido más mi sentido del pudor y habría tratado de calmarme, y estoy seguro de que Miquel habría hecho lo mismo, pero ambos seguimos allí

carcajeándonos como si absolutamente nada más en el mundo importara. Y probablemente nada más en el mundo importaba. Tan solo el reencuentro con un amigo del alma, nuestras aventuras de universitarios y los trajes de las sufridas inocentonas de Mercè y Montse, que, tal y como acabábamos de recordar, tenían bordadas unas flores.

Nos habíamos terminado ya el vino. Miquel pidió una segunda botella que corrió la misma suerte. Recordamos anécdotas hasta bien entrada la madrugada. Ninguna nos pareció tan graciosa como la de los trajes de las hermanas, pero unas cuantas se disputaban el segundo puesto. Cuando nos despedíamos, los dos nos habíamos quitado algunas décadas de encima.

—Esto tenemos que repetirlo —afirmó él con una rotundidad que no admitía discusión.

—¡Por supuesto! —añadí yo sumándome al entusiasmo.

Ambos sabíamos que muy probablemente no volveríamos a compartir una noche en el resto de nuestras vidas, pero, como ya he dicho, una cosa es entender que así eran las cosas y otra muy distinta, aceptarlo.

Regresé a mi habitación e intenté dormir, pero la excitación del momento me lo impedía. Por mucho que cerrara los ojos, era una batalla perdida, así que, a pesar de que fueran las tantas, decidí aprovechar el tiempo. Alcancé por tanto una nueva remesa de esos papeles amarillentos: la segunda parte del manuscrito de Maria Satorres. Esa noche tan especial no había terminado todavía.

Del manuscrito de Maria Satorres

Cuando Antonio accedió a encargarse del café de mi abuelo Josepet, sentí una gran alegría. Alegría porque íbamos a tener nuestro propio negocio y porque volvería a Fraga, donde me crie. Vivir en Barbastro no estaba mal del todo, pero nunca llegué a aclimatarme. Además, allí a Antonio apenas le veía. En el hotel donde trabajaba echaba más horas que un reloj. Y no quiero ni imaginarme cómo habría sido si hubiera aceptado aquella oferta de hacerse cargo de ese café en Zaragoza y nos hubiéramos mudado allí: seguro que habría estado aún más sola. Pensé que en Fraga, y con el café en propiedad, tendríamos más tiempo para estar juntos. Me equivoqué de medio a medio. Porque Antonio, tras aceptar la propuesta de mi madre, se descolgó con grandes ideas: convertir el café en un bar. Y luego añadirle un teatro. Y después un salón de baile, y un cine… Oyéndole me parecía estar oyendo a mi abuelo. «Madre de Dios —pensé—, he ido a casarme con otro Josepet Satorres». Tanto me equivoqué que después de que se hiciera cargo del café me pasé meses sin verle, o casi. Antonio iba semana sí, semana también, a Barcelona. Ya desde la primera vez, cuando volvió con un maletín lleno de folletos de películas, y esa cara que se le ponía cuando se le había metido algo en la mollera, me lo olí. Y por suerte o por desgracia —supongo que por un poco de ambas— ahí sí que no me equivoqué.

No eran sus grandes proyectos lo que me molestaba; al revés, todo eso me parecía fascinante. Era el hecho de que se reservase exclusivamente para él el papel de organizarlos. Cada

vez que Antonio se iba a la gran ciudad, algo dentro de mí se rompía. Al principio le pedía que me trajera algún souvenir para tener un poco la sensación de que yo también había estado allí. Siempre cosas pequeñas. No sé, un billete de lotería, unos tomates de esos que tienen allí que van tan bien para mojar el pan, un periódico catalán… Eran tonterías, pero me reconfortaban. Antonio, y eso hay que reconocérselo, se acordaba siempre de traerme todo lo que le pedía. Pero llegó el día en que dejé de pedirle nada porque dejó de hacerme ilusión. Los obsequios ya no bastaban para enmascarar que él se iba a la aventura mientras yo me quedaba cuidando la casa. Intenté hacérselo comprender, pero no había manera.

—Maria, que me voy para trabajar.

—Ya lo sé. Pero igualmente podría ir contigo.

—Que no voy por turismo, mujer. Y tú tienes cosas que hacer en Fraga.

Nos queríamos mucho, pero ese tema fue motivo de roces y desencuentros hasta el desdichado fin de sus días.

El otro pequeño problema que tenían sus grandes proyectos es que iba a dar muchísimo trabajo (que lo dio) plasmarlos y que iban a costar mucho dinero. Menos mal que el bar Victoria, que fue como Antonio rebautizó el café Josepet, se reveló como un negocio muy rentable y nos daba dinero suficiente como para financiar los proyectos de mi marido, que nunca se ponía por poco. Además, en un pequeño reservado de la parte de atrás se seguían organizando partidas de cartas sobre las que también teníamos un pequeño porcentaje, y todo ayudaba un poco a que nos hiciéramos con unos ahorros más o menos decentes para emprender nuevas aventuras. Pero, sobre todo, a mí lo que me preocupaba era que le estaba pisando el terreno a Brunito, así porque sí y a la brava.

—No le tengo que pedir ningún permiso, la competencia es libre y él no tiene ningún monopolio —me respondía Antonio

cuando se lo comentaba.

Y no, Brunito no tenía ningún monopolio, pero hasta entonces había vivido muy ancho sin competencia en la ciudad. Fraga había crecido, y seguía creciendo; ya era más ciudad pequeña que pueblo grande. Contaba con amigos y con cierto poder, y no iba a quedarse de brazos cruzados mientras un recién llegado le invadía los dominios.

—No somos unos recién llegados, Maria. Tú naciste y te criaste aquí. Y tu abuelo era el propietario del café más importante de la población —me respondía Antonio cuando se lo comentaba.

—No, no lo somos, Antonio. Y tanto derecho tenemos nosotros como él a montar un cine o un salón de baile. Sobre el papel, y con la ley en la mano, todo eso es verdad. Pero Fraga, aunque para algunas cosas sea una ciudad, para otras sigue siendo un pueblo. Un pueblo de agricultores. O sea, una comunidad muy tradicional y muy cerrada, que vive según sus propias reglas. Yo solo te estoy avisando, Antonio. Ten un poco más de mano izquierda.

Mucho caso no me hizo. A trabajador no le ganaba nadie, eso es verdad, pero a cabezón, tampoco. Y cuando se le metía algo entre ceja y ceja… Me hacía pensar en ese chiste tan popular, el del baturro que va por la vía montado en burro, se le acerca por detrás el tren y le pita para que se aparte, y él responde: «Chufla, chufla, que como no te apartes tú…». El que se lo inventó seguro que se inspiró en mi marido.

Antonio se iba a Barcelona cada dos por tres, pero yo me quedaba aquí y veía a Brunito cada día por la calle. Veía las miradas que lanzaba a la fachada cada vez que pasaba por delante del Victoria, y veía la cara que se le iba poniendo, con un ceño tan fruncido que parecía esculpido en piedra con un cincel.

El ceño se le pronunciaba cada vez más. Cuando vio llegar

los dos pianos —dos pianos se le ocurrió comprar a Antonio, ¡por el amor de Dios!—, cuando vino el aparejador aquel de Barcelona y el bar se llenó de albañiles, cuando llegaron aquellas dos enormes cajas de madera que contenían los proyectores… Y cuando llegó por fin el día de la inauguración del cine, claro está. Antonio había conseguido el último largometraje de Charlot. Fue todo un acontecimiento. Se nos formó una cola de gente que parecía que regaláramos las entradas. Y no las regalábamos precisamente. Aquel día, como casi todos a partir de entonces, en la taquilla estaba yo, y acabaron doliéndome los brazos, juro que es verdad. Y juro que me asusté cuando, al otro lado del cristal, vi los ojos de Brunito mirándome fijamente desde debajo de aquel ceño fruncidísimo. Me compró una entrada nada más, porque venía solo. Es decir, venía con la yegua blanca esa con la que iba a todas partes, pero a ella no le podía cobrar la entrada y menos aún dejarla pasar a la sala.

Cuando ya teníamos dentro a tanta gente que no cabía ni uno más, ni de lado, colgué el cartelito de «Completo» y fui a reunirme con Antonio, en nuestro palco. Tras sentarme con él, busqué con la mirada la cabeza de Brunito por entre la muchedumbre y se la señalé.

—Ahí está Brunito —le dije—, fíjate bien en su cara.

Antonio se fijó, pero apenas se inmutó.

—Parece enfadado —dijo con toda la pachorra que Dios le había dado.

—Parece bastante más que enfadado —repliqué.

—Le está bien empleado. Si se hubiera preocupado de arreglar un poco ese localucho al que llama cine, ahora no estaría así. Es normal que en el Victoria le hayamos pasado por la cara, lo nuestro nos ha costado y ya veremos cómo lo podremos pagar. Tengo unas ganas de que se acabe la película para ir a hablar con él…

—Antonio, vigila mucho. Ahora tienes un enemigo.

—¿Enemigo? ¡Qué voy a tener un enemigo! Tengo un competidor.

—Tienes un enemigo. Y no hay enemigo pequeño. Antonio, por lo que más quieras, vigila.

Pero Antonio no me hizo caso.

Y aunque, tal y como yo preveía, Brunito se iba a convertir en un dolor de cabeza mayúsculo, en esos momentos teníamos un problema mucho más inmediato. Me fijé en las pesadas cortinas rojas que cubrían la pantalla y, a pesar de que todo el mundo ya había entrado, seguían inmóviles. Me incliné sobre la oreja de Antonio y le susurré:

—¿No debería empezar ya la sesión?

—Es que aún no han llegado las bobinas de Barcelona.

Se me pusieron de punta todos los pelos del cogote.

—Antonio, ¿qué me dices?

—Están de camino, llegarán en cualquier momento.

—¿De camino?

—El distribuidor me ha enviado un telegrama avisándome de que las había mandado en una furgoneta hasta Badalona y desde allí Bosch, aprovechando un camión de reparto de su anís hasta Lérida, se encargaría de que tu hermano José las metiera en el primer coche de línea hasta Fraga. Probablemente se retrasarán un poco con semejante ajetreo, pero seguro que llegarán a tiempo. ¡Paciencia, Maria, paciencia!

¿Paciencia? Yo lo único que podía sentir era pánico.

—¿Cuánto hace de eso?

—Esta mañana, temprano. Llegarán, ten confianza.

—Antonio, yo siempre he tenido confianza en ti. Pero a ese distribuidor no lo conozco de nada. Y la gente se va a impacientar pronto como no llegue la película…

De hecho, la gente ya se estaba impacientando. Una muchedumbre es como un mar: cuando está en calma, no se

oye nada, pero si empiezan a oírse toses y carraspeos, cada vez con mayor frecuencia, es que empieza a haber oleaje y se avecina tormenta.

Y en aquel momento el rumor de toses y carraspeos se estaba haciendo más y más audible y presagiaba una terrible tempestad. Antonio, no podía entenderlo, seguía imperturbable. Yo no perdía de vista a Brunito. Él no podía verme, porque estaba en la platea y de espaldas a mí. Pero yo pude observar perfectamente cómo empezaba a dar palmas, rítmicamente. Y los espectadores a su alrededor comenzaron a seguir su ejemplo. Y luego otros. Y otros más. Gotas de lluvia que traían más y más gotas. En breve iban a llegar los rayos y los truenos, y ahí ya estaríamos perdidos. Brunito sonreía.

—Antonio, que esto se nos va de las manos —le susurré a mi marido al oído.

En ese instante, Manuela, la muchacha que teníamos contratada como acomodadora, asomó la cabeza por la cortina de la entrada y llamó nuestra atención agitando la mano.

—Ya han llegado.

—Por fin —dijo Antonio tranquilamente, como si esa noticia no acabara de salvar nuestro negocio del descrédito más absoluto, y bajó del palco para encargarse de todo.

Tuvo la astucia de hacer pasar el carrito de mano donde se cargaban las latas de bobinas por mitad de la platea, en dirección a la sala de proyectores. Se lo podía haber ahorrado, había otro acceso a través del bar. Pero, a la vista de aquellos dos enormes cilindros metálicos montados en un carrito, el público enmudeció de pronto. Vi que Brunito aún seguía dando palmas un poco más, pero el resto de los espectadores presentes dejaron de secundarlo: la melodramática entrada de las latas con las bobinas había causado expectación. Diez segundos después, las cortinas rojas se abrieron, solemnemente, como si fueran las aguas del mar Rojo y el mismísimo Moisés las

hubiera tocado con su báculo.

La película empezó y fue un gran éxito. La gente rio, se emocionó y aplaudió a rabiar.

—Ya te dije que llegaría a tiempo —me susurró Antonio al oído cuando se volvió a sentar a mi lado.

—Ni tú mismo te crees la suerte que tienes —le respondí en el mismo tono.

—No es suerte. Es trabajo duro.

En la pantalla, Charlot hervía una bota y se la comía con cuchillo y tenedor y mucho remilgo.

Cuando acabó la película, la gente se puso en pie gritando «¡Bravo! ¡Bravo!» y aplaudió también a rabiar. Entonces, Antonio se levantó de la silla.

—Esto no ha terminado aún —me susurró.

Salió del palco y se colocó delante de la pantalla alzando las manos, pidiendo silencio a la concurrencia. Y, una vez lo hubo conseguido, anunció que se abría el salón de baile Victoria. Los dos pianistas a la vez, que para la ocasión también los había mandado Cabós desde Barcelona, se pusieron a tocar temas bailables de ragtime, jazz, swing y foxtrot, mientras Manuela y Antonio retiraban las sillas plegables que llenaban el aforo de la platea convirtiéndola así en una pista diáfana, idónea para el baile. Mucha gente se quedó, y varias parejas empezaron a bailar. Ahí se me escapó una lágrima, porque me di cuenta de que eso precisamente era lo que había querido hacer mi abuelo Josepet toda la vida: hacer bailar a la gente. Y, según había leído en sus memorias, no lo había conseguido más que parcialmente organizando sesiones de baile casi clandestinas en corrales de cabras y corralotas abandonadas. Mi marido había culminado el sueño de mi abuelo, posiblemente sin saberlo siquiera, y yo estaba feliz. Sin embargo, la alegría se me fue de golpe en cuanto se me ocurrió mirar a Brunito.

No se había levantado a aplaudir al final de la película,

como todo el mundo, sino que había permanecido sentado en su silla, encorvado, con el ceño tan fruncido que un poco más y se le rompe. Y ahora que Antonio había invitado a la gente a bailar, estaba apretando tanto las mandíbulas que, lejos como yo estaba, pude ver cómo se le tensaban los músculos maseteros bajo la piel, gruesos y duros como cables. Mientras más y más parejas se animaban a salir a la pista a bailar, él se marchó, tieso como un arco de violín.

Eso sí: aquella noche, entre la sesión de cine y lo que consumió la gente en el bar cuando abrimos la pista de baile, la recaudación fue bárbara.

El éxito se repitió con la siguiente película, que como la anterior estuvo seguida por sesión de baile. Y por la siguiente. El más eficaz de los medios de difusión de noticias no son ni los periódicos, ni la radio, ni los noticiarios cinematográficos; el más eficaz sigue siendo el tradicional boca a boca. Y a través de ese canal, en muy poco tiempo ya se habían hecho famosas, en varios kilómetros a la redonda, las sesiones de baile en el Cine Victoria de Fraga. Pero yo seguía sin tenerlas todas conmigo. Ya he dicho que por mucho que Fraga hubiera crecido, en bastantes aspectos continuaba siendo un pueblo. Y, en los pueblos, las rencillas entre clanes, si no se atajan pronto, crecen y se retroalimentan hasta que al final estallan de mala manera. Hay que ser muy cuidadoso con la convivencia, porque todos nos conocemos y todos, en el fondo, dependemos los unos de los otros.

Me daba cuenta de que había personas de cierta importancia en Fraga que, tras aquella primera película, no habían vuelto a poner los pies ni en nuestro cine ni en nuestro bar. Y eran, precisamente, de las amistades más próximas a Brunito. Eso comenzó a preocuparme. Podía ser un signo de que se estaban formando bandos en el pueblo: el nuestro y el de Brunito. Si eso era así, inevitablemente todo el vecindario

acabaría en dos facciones enfrentadas e irreconciliables, como hasta no hacía mucho había pasado con los liberales y los conservadores.

Empezaron a producirse accidentes, que a primera vista parecían nimios, aislados, pero que hicieron que creciera mi preocupación. Poco tiempo después, el día del estreno de *El maquinista de la General*, de Buster Keaton, una tartana que transportaba estiércol volcó justo delante de la entrada. El olor era insoportable, y limpiar todo aquel desastre fue una tarea pesada, desagradable y, sobre todo, larga. El conductor del carro se disculpó, dijo que había sido un accidente. Pero yo no me lo acabé de creer, en parte porque es muy improbable que un vehículo que va al paso vuelque en una recta, pero lo dejamos así. De todas formas, el estreno fue un éxito: Keaton, como Chaplin, era un valor seguro.

Otro día, los carteles recién puestos del próximo estreno amanecieron quemados. Menos mal que el fuego no se propagó a la fachada.

—Esto ha sido cosa de Brunito —le dije a Antonio en casa.

—No creo, mujer. Más parece una gamberrada de la chiquillería que había salido por ahí a correrla de noche.

Otro día nos quedamos sin suministro de licores para el bar. Y eso sí que fue grave. Antonio fue a ver al distribuidor, en persona, para quejarse.

—Lo siento, lo tenía preparado, pero alguien me propuso comprarme todo el lote por el doble de su precio. ¡El doble! Entiéndalo usted, esto son negocios. No podía decirle que no.

—¿Quién fue el que le hizo tan generosa oferta?

—Me pidió que no divulgara su nombre.

—Ya, pero usted querrá que sigamos haciendo negocios. ¿O no?

—Sí, hombre, claro.

—Y le recuerdo que todos los meses le compro una cantidad

bastante sustanciosa de licores y bebedizos. Una cantidad enorme. Todos los meses —recalcó mi marido.

—Bueno… Dijo llamarse don Cristensio.

—¿«Dijo llamarse»?

Antonio miró al distribuidor, que se encontraba cercano a confesarlo todo.

—La verdad es que creo que era el del salón Galicia. Pero no se ha enterado usted por mí, ¿de acuerdo?

—Descuide.

Antonio me contó esta conversación al volver a casa, en el despacho que mi marido usaba para tratar los asuntos del bar y el cine.

—Pues ahí lo tienes —repuse yo—. Ahora ya estamos seguros de que ni son accidentes, ni gamberradas de chiquillos. Es que estamos en guerra con Brunito.

—Bueno, si quiere guerra…

—No, Antonio. Si quiere guerra, hay que ofrecerle paz. En las guerras todo el mundo sale perdiendo. Todo el mundo, hasta los que las ganan.

—Pero no puedo hacer otra cosa que defenderme. Si él ha decidido atacarnos…

—Claro que puedes hacer otra cosa. Llega a un acuerdo con él. Repartíos el mercado. Aquí hay negocio para todos.

En aquel momento de la conversación, me levanté y me fui a la trastienda. Volví con la única botella de coñac Napoleón que teníamos en reserva. Era un coñac excelente. Había otra botella, abierta, en el botellero detrás del mostrador del bar, pero nadie pedía de eso nunca. Era demasiado caro. Aquella botella que teníamos en reserva podía dormir años en su estante. La puse sobre la mesa, delante de Antonio.

—Ahora mismo te vas a ver a Brunito y le regalas esta botella.

—¿Nos deja sin existencias y encima le tengo que hacer

regalitos?

—Pues sí. Le pides que la abra y te quedas a probarlo. Te tomas una copa con él y le ofreces un trato.

—¿Qué trato?

—El que sea. Le ofreces repartiros los estrenos, o los días en que abra la pista de baile. Cualquier cosa. Pero no vuelvas sin un trato.

Hasta entonces Antonio me había escuchado con una envidiable calma, pero todo eso se rompió de repente.

—Pero ¿cómo voy a…? Maria, ¿te has vuelto loca? ¿Repartirnos…? ¡Un trato! ¡Un trato!

Gritaba mucho, pero resultaba mucho menos contundente de lo que era habitual en él. Se calló entonces, indignado todavía. Estuvo unos segundos en silencio, enfurruñado, como si tuviera ganas de alzar la voz de nuevo. Pero no lo hizo. En lugar de eso, miró la botella, la cogió, la sopesó. Entonces me miró.

—Creo que tienes razón —dijo finalmente—. Haré como tú propones.

Y, acto seguido, se marchó con la botella de Napoleón debajo del brazo.

Le esperé durante cinco horas que se me hicieron eternas. Sobre todo porque a mí me tocaba quedarme en la taquilla, y esa es una faena muy solitaria. Se te hace una cola de gente, les cobras las entradas y luego, hasta la siguiente función, un par de horas de casi nada: algún rezagado, de vez en cuando, que quiere entrar, aunque la película ya esté empezada. Me distraía leyendo una revista o haciendo calceta, ahí encerrada en aquella cabina que parecía una pecera.

Antonio regresó después de la segunda función, cuando ya habíamos retirado las sillas y había empezado el baile. Venía serio, lo que no era buena señal. Pero venía sin la botella de coñac, lo que sí lo era.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Bien, bien.

Y no añadió nada más. A mi marido, bendito fuera, a veces había que sacarle las palabras con una cuchara.

—Pero cuéntame algo.

—Fui a su casa. Su hermana me hizo entrar. Brunito estaba en el patio cepillando esa yegua blanca que tiene.

—Pero ¿qué dijo?

—Al principio, nada. Me miró con cara de vinagre y, cuando me acerqué más, me preguntó que qué quería. «Invitarte a una copa de coñac del bueno», dije yo, y le mostré la botella. Ahí la expresión se le dulcificó un poco. Tampoco mucho, no te vayas a creer.

A Antonio le costó menos de lo habitual darle rienda suelta a la lengua y empezó a narrarme en detalle la conversación con Brunito. Aparentemente, fue este quien empezó a hablar al ver la botella:

—Buen coñac parece.

—El mejor —le había contestado mi marido—. ¿Por qué no lo estrenamos tú y yo mientras hablamos de negocios? Y si llegamos a un acuerdo, te puedes quedar con el resto de la botella.

—¿De qué negocios vamos a hablar? Tú intentas robarme el mío.

—Mira, Bruno, los negocios son los negocios. Resulta que tú y yo los tenemos muy parecidos. Y, claro, nos hacemos la competencia, lo cual es muy legítimo. Como el lobo y el raposo, que los dos comen conejos…

—¿Quién es aquí el lobo y quién, el raposo?

—No se trata de quién sea el lobo o no. Adonde quiero llegar a parar es que el lobo y el raposo no se pueden ver, pero en el campo hay conejos suficientes como para que coman los dos. Así que, en vez de perder el tiempo peleándose entre ellos,

cada uno caza conejos por su lado. De la misma forma, yo creo que Fraga es lo bastante grande como para que haya negocio para ambos en lo nuestro. Mi mujer me ha dicho que de pelearnos íbamos a perder los dos, que lo mejor sería que llegáramos a algún acuerdo…

Ahí le interrumpí.

—Vaya, menos mal que recibo algo de crédito.

—Tú siempre mereces todo el crédito.

—Bueno. Y él ¿qué dijo?

Yo estaba ansiosa por saber en qué había quedado todo aquello. Antonio prosiguió:

—En ese momento ya noté que se iba ablandando un poco. Me invitó a entrar en la casa, nos sentamos alrededor de una mesa, sacó dos copas y nos sirvió a ambos de la botella de coñac. Yo, hasta entonces, solo lo conocía por su fama, porque no lo había probado nunca. Y pude comprobar que la fama la tiene merecidísima.

—Ya, bueno, pero aparte de pimplar coñac, ¿hicisteis algo más?

—Sí, mujer. Brunito le pidió a su hermana que nos trajera unos tacos de jamón y unas rodajas de chorizo para acompañarlo. De su bodega. Buenísimo…

—Antonio, no agotes mi paciencia. ¿Que si hablasteis de algo, aparte de poneros como obispo en día de matanza?

—Que sí, mujer, hablamos de muchas cosas.

—¡¿Que si llegasteis a algún acuerdo, digo?! Y ahórrame los detalles gastronómicos, que de esos ya he tenido bastante.

Por mi parte, obviaré la breve discusión que tuve con Antonio, ya que él se empeñaba en seguir hablando de la comida y de la bebida, como si realmente eso tuviera tanta importancia, y ahí estábamos atascados. Por suerte, acabó por contarme el resultado de la visita:

—Al final acordamos que yo me quedara con los

espectáculos teatrales y con el cine, porque tengo mejores instalaciones para ello, y que le dejaría a él la exclusiva del salón de baile.

—Bueno, no está mal. Pero entonces ¿por qué esa cara tan seria?

—Mujer, a mí me hacía ilusión lo del salón de baile Victoria.

—Pero a ver, Antonio, no puedes tenerlo todo.

—Si no lo digo por mí. Lo digo porque era el sueño de tu abuelo.

Esa afirmación me dejó desconcertada.

—¿Cómo sabes tú eso, Antonio?

—¿Cómo lo voy a saber? Porque lo dejó escrito.

Mi abuelo escribió unas memorias, en efecto. Y ese detalle, que tanta ilusión me había hecho descubrir en su momento, no era conocido por mucha gente. Sí que lo había compartido con mi marido, e incluso le había comentado la posibilidad de que se las leyera, pero no esperaba que lo fuera a hacer nunca.

—¿Cuándo lo leíste? Jamás te vi con el manuscrito en las manos.

—Claro que no. Me lo llevaba a Barcelona. Y entre viaje y viaje iba conociendo la vida de Josepet.

Ahora entendía muchas cosas. No era casual, como yo pensaba, que mi abuelo y mi marido tuvieran el mismo objetivo en la vida. El segundo lo había heredado del primero. Sin la coincidencia, podría parecer que la cosa tenía menos magia, pero todo lo contrario: me daba la sensación de que ahora quería todavía más a Antonio.

—¿Y eso por qué no me lo habías contado?

—Ay, no sé. No había salido en la conversación.

No sé si necesitaba una cuchara o un cucharón para arrancarle las palabras, madre del amor hermoso, qué hombre. Pero, como acabo de decir, no podía hacer otra cosa que

quererlo.

—No te preocupes, Antonio, son buenas noticias. Ahora nadie nos va a quemar los carteles ni a inundar de estiércol la entrada del cine. Tendremos paz y podremos prosperar —concluí.

Y prosperamos. Solucionado aquel conflicto, pudimos dedicarnos a nuestro negocio, que creció año tras año. En virtud del acuerdo con Bruno Galicia, nos quedamos con parte del personal de su cine: el operador de proyectores, que había aprendido el oficio en la cabina del Cine Galicia; el portero, al que entonces se le llamaba «recibidor», y el acomodador, que se ocuparía de poner orden en la platea. La taquillera casi siempre era yo. El bar Victoria era el punto de reunión favorito de los jóvenes (y no tan jóvenes) de Fraga y los alrededores. Y el representante de Barcelona que Antonio había contactado siguió proporcionándonos las mejores películas, esas cuyo estreno se convertía en un acontecimiento al que toda la sociedad fragatina se sentía obligada a ir.

Teníamos a tanta gente en la sala que no entiendo cómo no se nos desmadraba el asunto. Sospecho que en gran parte la «culpa» de eso era de Manuela, la otra acomodadora, que resultó un puntal desde el inicio. Aún recuerdo el momento en que Antonio me la había mencionó por primera vez.

—¡Cariño, ya tenemos acomodadora para el gallinero! —gritó mi marido con el entusiasmo habitual.

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—Se llama Manuela. Es perfecta para el puesto.

No caí.

—¿Manuela? ¿Es de Fraga?

—Sí, de los alrededores. Manuela Colea.

—¡Ah! ¡De los Colea!

—¿Los conoces?

—Sí, claro. Es una familia muy humilde de agricultores. Y

ella… Sí, ya sé de quién me hablas. Pero ¿qué edad tiene esa chiquilla? ¿Doce?

—No, mujer, dieciséis.

—No lo parece.

—Es que es bajita.

—Ay, Antonio, no sé. Ese trabajo no es tan fácil. Piensa que si nos viene mucha gente, puede haber lío. Y una niña intentando poner orden en un gallinero descontrolado, qué quieres que te diga.

—Maria, dale una oportunidad. Sé que no nos defraudará.

Antonio parecía convencido, pero yo no lo estaba en absoluto.

—Una.

Suerte que se la di. Manuela no solo era trabajadora y eficiente como el que más, sino que además gastaba una mala leche que resultaba providencial para su labor. Los días que los chicos más alborotadores de Fraga se reunían en los asientos, había el riesgo de que la película no se pudiera seguir con tranquilidad a causa de las gracietas de unos y de otros. Jamás ocurrió. En cuanto Manuela les pegaba un grito, se callaban todos. En una ocasión, un chaval especialmente problemático no quería dejar de interrumpir la proyección con sus comentarios irritantes. Manuela lo agarró por las solapas, lo arrastró hasta la entrada del cine y lo tiró al suelo. Y ahí lo dejó, humillado y rebozado en tierra. El chico tardó en volver al Victoria, y cuando lo hizo, no abrió la boca más que para pedir la entrada.

A pesar de que el mal carácter de Manuela era célebre, a Antonio y a mí siempre nos trató bien. Para nosotros jamás hubo un reproche ni una palabra más alta que la otra. Nos estaba agradecida por lo que habíamos hecho por ella, aunque yo siempre pensé que éramos nosotros los que le teníamos que estar agradecidos a Manuela, a la que siempre llamaríamos,

con cariño, la Mangüeleta.

En 1927, Antonio volvió de Barcelona con un gramófono nuevo. Y con muchos carteles de una película que se llamaba *El cantor de jazz*.

—El cine se ha vuelto sonoro, Maria. Esto va a ser una revolución. ¡¡Afortunadamente, los tiempos cambian, cariño!! —me dijo con una emoción aún mayor que la habitual.

La película, en verdad, solo tenía unos pocos momentos sonoros, los de las canciones. Había que poner un disco de cera y acertar a sincronizarlo con la película. Pero no tardaron mucho en hacerse películas sonoras con otro sistema, en el que el sonido estaba grabado en una pista en el mismo filme, al lado de las imágenes. Por supuesto, ese nuevo sistema necesitaba, para su reproducción, de proyectores especiales que pudieran leer y reproducir la pista de sonido. Eran carísimos y venían del extranjero, pero Antonio los compró enseguida y sin dudarlo. Aunque la verdad es que el cine era un negocio tan rentable para nosotros que pudimos hacer frente a ese gasto sin dificultad y lo amortizamos rápidamente. La gente hacía cola para ver la novedad del cine sonoro, no importaba qué cinta proyectáramos. Y lo entiendo; yo misma habría hecho cola emocionada si no fuera porque ya trabajaba allí.

El acuerdo que habíamos firmado hacía ya algunos años no impidió que Bruno Galicia siguiera con algunas proyecciones cinematográficas; continuó durante unos años, aunque a una escala mucho más modesta que nosotros. En 1929, el salón Galicia proyectó *Copla andaluza*, la primera película española sonora; igual que *El cantor de jazz*, de sonoro solo tenía las partes cantadas. Pero de eso hacía ya dos años y la gente se había acostumbrado a productos mejores. Además, era una película muy breve, no sé si llegaba a durar media hora

siquiera. Tuvimos mucho más éxito nosotros cuando, por las mismas fechas, proyectamos en el Victoria *Los pecados de los padres* de la Paramount, una película de Emil Jannings que causó sensación. Emil Jannings era una gran estrella, y solo faltó lo del galardón. En ese mismo año 29 se celebraron por primera vez unos premios que entonces no se llamaban así, pero a los que pronto todo el mundo empezaría a llamar los Óscar. Aunque era de origen suizo, Jannings fue el primero de la historia en ganar la estatuilla al mejor actor, y eso le dio tal popularidad que hizo que todas las películas en las que intervenía se convirtieran en rotundos éxitos de taquilla. Si normalmente la gente ya llenaba el Victoria, cuando encima en la película salía Emil Jannings, todo Fraga acudía. Y nadie quitaba ojo de la pantalla sin alborotar para evitarse una bronca de Manuela, claro.

La primera película española que ya se podía considerar con sonido toda ella, no solo los números musicales, también la proyectamos nosotros. Se titulaba *El misterio de la Puerta del Sol.* Yo asistí al estreno con un bebé en los brazos. Porque apenas un año antes había nacido nuestra hija, a la que bautizamos como Pilar, en honor a la madre de Antonio. Y era una niña preciosa. Yo entonces creía que no podía ser más feliz.

En cualquier caso, poco a poco empezaron a desaparecer muchos de aquellos grandes actores y actrices del cine mudo con los que todos nosotros tanto habíamos reído y llorado. Y en su lugar, casi sin avisar, comenzaron a ocupar las carteleras nombres nuevos y, hasta entonces, desconocidos. Muchos de aquellos artistas no tenían buena voz, y como aún no se había inventado la técnica del doblaje, las *majors* de Hollywood los sustituyeron, sin miramientos y sin tener en cuenta los servicios prestados, por otros que, quizá con menos presencia física, sí eran buenos en el arte de la declamación. Una tragedia para unos y una gran oportunidad para otros, como suele suceder

siempre con los grandes cambios tecnológicos y el progreso en general en la vida de muchos de nosotros.

Un año después de que estrenáramos *El misterio de la Puerta del Sol*, el rey Alfonso XIII abdicaba y se exiliaba, por propia voluntad, al Reino Unido, después de que los republicanos vencieran ampliamente en unas elecciones municipales. Y así, entre película y película, unas mudas y otras sonoras; entre Buster Keaton y Clark Gable, entre Gloria Swanson y Vivien Leigh, se proclamó la República. Yo, si he de ser sincera, estaba un poco inquieta.

Durante esos años, la vida política de Fraga, y de España entera, se volvió muy ajetreada. Tampoco es que hubiera estado muy calmada antes, pero durante la República la cosa se desmesuró. Fraga, además, fue uno de los sitios en que los anarquistas empezaron a efectuar colectivizaciones agrarias. Muchos venían de Cataluña; de Barcelona, concretamente. «Aguiluchos», los llamaban a esos. Los anarquistas instauraron en Fraga una especie de gobierno local, en manos de la CNT/FAI, que hasta llegó a acuñar moneda propia. Cómo sería la cosa que el gobierno republicano tuvo que enviar la 27.ª División del ejército para desmantelar al gobiernillo aquel.

Los ánimos estaban muy caldeados. Como mi madre me había contado que pasaba antaño entre liberales y conservadores, Fraga estaba dividida entre los de derechas y los de izquierdas. Y lo peor es que los del Partido Conservador convencieron a mi Antonio para que se presentara a las elecciones municipales. Yo no lo veía claro, pero no protesté porque pensaba que no saldría elegido. Pues salió, y le nombraron concejal. Concejal, en esos tiempos, era la peor noticia que me podrían haber dado.

—Pero ¿no eras tú el que decía que convenía tener por clientes tanto a los monárquicos como a los republicanos? —le recriminé una vez, enfadada.

—Y ya los tenemos como clientes a ambos. Tanto los monárquicos como los republicanos necesitan entretenimiento. Todos vienen a ver nuestras películas, y no te preocupes, que seguirán viniendo.

—Ya, pero tú eres concejal electo por un partido de derechas. ¿No hará eso que los de izquierdas te miren mal?

—Que me miren como quieran. Aquí lo importante es que a los de izquierdas también les gusta ir al cine. Más aún que a los de derechas, diría yo.

Quise replicar, pero no lo hice. Razón no le faltaba. Entre la población, las posturas se dividían entre los que simpatizaban con los anarquistas y los que los consideraban un peligro gravísimo, pero en el tema del cine no había posiciones enfrentadas. Gentes de ambos bandos vinieron en tropel cuando estrenamos *Ana Karenina* para admirar a la divina Greta Garbo. Gentes de ambos bandos se emocionaron viendo *El delator*. Gentes de ambos bandos se reían con las gracias de *El fantasma va al Oeste*, una comedia francamente divertida. Y ambos se estremecieron de miedo con los hombres lobo que salían en *El lobo humano*, una película que a mí me dio mucha aprensión. Por no hablar de cuando proyectamos *El desfile del amor*, producida también por la Paramount, con Maurice Chevalier y Jeannette MacDonald como estrellas protagonistas. El cine se vino literalmente abajo, y la cinta permaneció tres semanas en cartel.

Sí, a los dos bandos les gustaba nuestro cine, y no solo por las películas. El Victoria era el local público de mayor capacidad de Fraga, de largo; en consecuencia, era el lugar idóneo para celebrar asambleas y mítines. A pesar de estar significado políticamente, Antonio se avenía a prestar el Cine Victoria para mítines y asambleas de cualquier grupo que se lo solicitara, lo que le ganó simpatías en todos los bandos. Aunque eso no nos libró de problemas. La primera ocasión en la que

pasé miedo de verdad fue cuando el mitin de la Asamblea Republicana, una ocasión que más tarde recordaríamos como el día en que sufrimos un atentado de los anarquistas.

En la Asamblea se encontraban eligiendo a sus candidatos cuando un grupo de jóvenes de la FAI armados entraron, tratando de hacerla abortar. Si no consiguieron nada fue porque por ahí estaba también la Guardia de Asalto, que contraatacó enseguida y los persiguió por las calles de los alrededores. A uno de los asaltantes lo encontraron, al día siguiente, muerto en el edificio de Correos, contiguo a nuestro bar: había huido por los tejados y se había caído por la claraboya del techo. Pobre chico.

Para nosotros, la sangre no había llegado al río en esa ocasión, pero los ánimos estaban tan caldeados que era probable que lo hiciera pronto. Se caldearon aún más después de que el Frente Popular ganara las elecciones de 1936.

—Y ahora que ha ganado la izquierda, ¿qué va a pasar, Antonio? —pregunté, inquieta, mientras recogíamos las sillas tras una doble sesión que, a pesar de la tensión que flotaba en el ambiente, había tenido un lleno hasta la bandera.

—Pasar no pasará nada, mujer. También ganó en 1931 y aquí seguimos. Aunque eso de que ha ganado la izquierda… —dijo Antonio, y a continuación dejó en el aire un silencio para que quedara bien claro que lo ponía muy en duda.

—¿Qué quieres decir con eso?

Quien había hablado no era yo, sino Manuela, lo que me sorprendió. Ella, que también se encontraba recogiendo, jamás se metía en nuestras conversaciones, y menos aún utilizando un tono tan agresivo.

—Que todo el mundo sabe que ha habido pucherazo —contestó Antonio, sin darle más importancia.

—¿Todo el mundo? —Manuela estaba verdaderamente indignada—. Eso es lo que dicen los vuestros para justificar las

barbaridades que nos hacen a los nuestros.

No tenía ni idea de que nuestra acomodadora se interesara por la política, y menos aún que tuviera una posición tan definida.

—Pero si yo no soy de ningún bando, chica. Sí, soy concejal del Partido Conservador, pero porque me lo pidieron. Yo lo único que quiero es que nos vaya bien a todos.

—Ser cómplice de los explotadores te convierte en un explotador —le espetó Manuela disimulando apenas la ira que sentía y a continuación abandonó la sala sin ni siquiera acabar de recoger su parte.

Yo intenté ir tras ella, para nada dispuesta a permitir aquella insubordinación, pero mi marido me detuvo.

—Déjala, mujer. Está nerviosa por la situación, y es joven.

—Ya no es tan joven.

—Déjala. Se le pasará.

Y sí, al día siguiente Manuela apareció en el cine con la actitud habitual y sin hacer ninguna mención al encontronazo. Tampoco la hizo Antonio, con lo cual todos pudimos fingir que no había pasado; pero había pasado, igual que pasaban muchas otras cosas a nuestro alrededor que no podíamos obviar. Una de ellas, bastante más grave, fue que Calvo Sotelo, el líder del partido monárquico, apareció asesinado en Madrid. Con ello, el ambiente se enrareció aún más. La inminencia de la guerra se mascaba en el ambiente.

—Antonio, ¿no tendríamos que irnos? —le pregunté un día, al límite de la resistencia.

—¿Irnos adónde?

—No sé. A Francia.

—¿A hacer qué?

—A seguir vivos. Tú, por lo menos, que si la cosa se pone peor te vendrán a buscar.

—¿Venirme a buscar? Tú has visto muchas películas, Maria.

—Unas cuantas, sí, tenemos un cine.

—Exacto, tenemos un cine y una responsabilidad con este pueblo. Si nosotros nos vamos, ¿quién va a proyectar las películas? ¿Brunito? —preguntó con sorna—. No te preocupes, Maria, nosotros sigamos adelante haciendo lo que sabemos hacer y todo saldrá bien.

Tuvimos esta conversación el 16 de julio de 1936. El 17 de julio, las tropas del ejército en el protectorado de Marruecos invadieron la península por Andalucía, con intención de dar un golpe de Estado. Al día siguiente, la sublevación se extendía por todo ese territorio, y muy pronto por el resto de la península, con distinta suerte. La guerra había estallado. España quedó dividida. Aragón quedó dividido: la zona este quedó en el bando nacional; Fraga estaba en la zona leal al gobierno republicano. Era la Zona Roja, como la llaman ahora, aunque entonces nadie la llamaba así.

En el bando nacional, el ejército alcanzó rápidamente la unidad de mando. En la zona que a nosotros nos tocó en suerte, en cambio, todo era un caos. Había muy pocos militares profesionales, y durante los primeros meses la fuerza militar (llamémosla así) estuvo constituida por columnas improvisadas, integradas por unidades sueltas y por las milicias de las organizaciones obreras. Hasta mayo de 1937, el bando republicano no pudo disponer de un ejército digno de tal nombre.

Pero eso quedaba lejos todavía, y Antonio, tal como había prometido, siguió programando películas en nuestro local. No solo eso: la excepcionalidad de la situación propició que el pacto con Brunito se suspendiera temporalmente, con lo que el Victoria recuperó su condición de sala de baile. Lo abríamos a diario para que bailaran a veces soldados y a veces milicianos que se habían instalado en Fraga y sus alrededores. Las proyecciones cinematográficas las dejábamos para los

domingos y los días festivos. Cayeron muchas bombas en Fraga durante aquellos días aciagos, pero por milagro ninguna cayó en el Cine Victoria, y mira que el edificio era grande. Eso nos permitió seguir proyectando, estrenando nuevas películas todas las semanas. Aparte de los soldados, el Victoria tenía otra fuente de clientes: aquellos jóvenes que, atraídos por el trabajo en las minas de Mequinenza y de la cuenca minera del Bajo Segre, se habían instalado en Fraga y en todas las poblaciones cercanas. Trabajar en la mina era una manera de librarse de ir al frente, pues el carbón era un producto de interés estratégico para la industria de guerra y, por lo tanto, ambos bandos preferían que los mineros siguieran siendo mineros en vez de soldados.

Más adelante también frecuentarían nuestro cine los aviadores italianos que enviaría Mussolini como refuerzo a las tropas de Franco. Eran jóvenes y apuestos y, como buenos pilotos, tenían eso que se dice «mucho mundo». Venían de un pequeño aeródromo que habían construido en los Monegros, precisamente en nuestra finca de Les Peñetes, la misma que, tiempo atrás, había perdido y recuperado mi abuelo Josepet. Desde allí bombardeaban las posiciones republicanas en el frente del Segre, y de allí venían, cuando estaban libres de servicio, a ver películas en nuestro cine, y a intentar intimar con las fragatinas, caminando por el paseo Segoñé.

Yo estaba asustada, pero aprendí a vivir con ello. Los quehaceres del día a día me tenían bastante entretenida. Quehaceres como, por ejemplo, tener que apañarnos con un acomodador nuevo. De un día para otro, la Mangüeleta dejó de venir, con el consiguiente desbarajuste en las sesiones. Contratamos a un chico nuevo, Ramonet, pero el pobre no tenía el carácter necesario para hacer una tarea de ese tipo. Nos arreglábamos como podíamos, pero muchas veces yo misma tenía que entrar en el cine a poner orden, con lo que todo

resultaba mucho más cansado que antes. En una ocasión, volviendo de ayudar en el gallinero, me senté en la taquilla, agotada, y miré en dirección al exterior tratando de descansar un poco. Y allí estaba el vehículo. Era habitual ver por las calles de Fraga camionetas semidescubiertas con varios anarquistas encima de su remolque portando escopetas de cañones recortados. Sin embargo, en esta ocasión, una de las anarquistas que se encontraba allí arriba era Manuela Colea. La miré, sorprendida. Ella me vio y me devolvió la mirada, sin sonreír. Leí una amenaza en sus ojos.

Salí de la pecera y corrí para alertar a mi marido.

—¿Has visto a Manuela con las escopetas?

—Sí, mujer, qué le vamos a hacer. No es tan grave.

—¡Antonio, despierta de una vez! No puedes seguir haciendo como si nada.

Y es que las armas no eran de decoración precisamente. En esos días había una persecución de religiosos, terratenientes y empresarios, y Antonio encajaba en el último de esos perfiles. Los aguiluchos se dedicaban a pasearse por aquella Fraga que estaban colectivizando, paraban su vehículo enfrente de las casas elegidas y, tras entrar en los domicilios de aquellos desafortunados escogidos, los conducían hasta el cementerio donde eran fusilados y enterrados en fosas comunes. Era lo que se conocía como «dar el paseíllo».

Eso fue precisamente lo que pasó con Joan y Miquel, dos hermanos de mi madre, ambos curas muy queridos en la localidad. Joan era el párroco de Fraga mientras que Miquel estaba en el seminario. A ambos los arrancaron del segundo piso del antes café Josepet y a las pocas horas los acribillaron a balazos en el cementerio. Fue un suceso muy triste, pero lo que me preocupaba era que mi Antonio fuera a ser el siguiente. En esos días le llegó una carta que solo sirvió para aumentar mi ansiedad. Uno de sus cuñados, Luis Blasco, que era un

importante dirigente anarquista instalado en Barcelona, le escribió para decirle que se fuera de Fraga, puesto que, en caso contrario, corría un grave peligro. Antonio, para variar, desoyó la advertencia. Yo me tiraba de los pelos.

Y un día, Manuela se personó en la taquilla con su atuendo de anarquista y la escopeta en las manos.

—¿Está Antonio?

Me dio un vuelco el corazón.

—Mangüeleta, no. Mangüeleta, por favor, no entres.

Manuela se mostró fatigada con mi reacción y prosiguió su camino hacia el interior del local mientras decía:

—Lo siento, no hay tiempo para esto.

Yo salí de mi pecera corriendo con desesperación.

—Mangüeleta. ¡Mangüeleta, por favor, Antonio ha sido como un padre para ti! ¡Mangüeleta!

Chillaba y ya me daba igual quién me oyese. Me daba igual si me disparaba a mí. Conseguí que Manuela, irritada, volviera hacia donde estaba yo. Con eso al menos le estaba alargando la vida a Antonio unos instantes. O eso era lo que yo creía, puesto que lo que me dijo nuestra antigua acomodadora no era para nada lo que me esperaba:

—¡Maria, que no lo voy a fusilar! Pero si sigue actuando como si esto no fuera con él, alguien lo hará. Voy a esconderlo en mi casa.

—¿Vas a…? —intenté preguntar, pero ni siquiera me salían las palabras—. Yo pensaba que ibas a…

—¿A matarlo? Claro que no. Soy una anarquista, no una asesina. Pero no puedo detener a los piquetes de incontrolados, así que Antonio va a tener que venir conmigo.

Respiré. La miré. No podía creer la suerte que había tenido. Asentí con la cabeza, más aliviada de lo que me había sentido en toda mi vida.

—Antonio está en el bar.

Ella asintió también y, en silencio, caminó hacia el interior.

Siempre le había estado agradecida a la Mangüeleta, pero ese día, mientras la veía entrar en el Victoria con su escopeta y su atuendo de anarquista, mi gratitud no podía ser mayor.

Aragón, como he dicho un poco más arriba, estaba dividido en dos. A finales de julio, varias columnas formadas por milicianos de la CNT, procedentes de Cataluña, donde la sublevación había fracasado, habían marchado en dirección a Huesca y a Zaragoza, y también hacia Teruel las que procedían de Valencia. La luego famosa Columna Durruti se nos acercaba.

Cuando llegaron, reunieron a los campesinos y les hicieron crear colectividades agrarias. En octubre de 1936 se había instalado en Fraga el denominado Consejo Regional de Aragón, sin pedir permiso ni al gobierno de la República ni al Comité Nacional de la CNT siquiera. Lo presidía Manuel Ascaso, uno de los miembros más destacados de la organización anarcosindicalista. Fraga se convirtió, por consiguiente, en uno de los centros neurálgicos de la zona republicana aragonesa. De hecho, el frente del Segre lo tuvimos, durante mucho tiempo, a las puertas de la ciudad. Vivimos de cerca algunos combates muy cruentos, y el Consejo Regional ocupó nuestro cine para reconvertir la sala en un hospital, lo que no me pareció mal. Peor llevé que también colectivizaran la compañía de transportes Satorres, que había fundado mi abuelo y que estaba en manos de mi hermano José. Por lo menos este había logrado seguir al frente de la gestión de la empresa, que no era poco.

Mientras, Antonio seguía escondido, pero la situación empezaba a ser insostenible. No solo estaba en peligro él, también Manuela, a quien podían sin duda fusilar si descubrían que estaba dando cobijo a un enemigo.

La Mangüeleta me vino a visitar a la taquilla de nuevo.

Asegurándose de que nadie nos escuchara, me transmitió un mensaje:

—Antonio dice que llames a Pilar, la mujer de su primo Ismael.

Ismael se había instalado en Barcelona, donde había hecho fortuna como encargado de una tienda de telas que se llamaba La Orquídea. Y Antonio pretendía que le diera refugio, claro. Aunque se llevaran como hermanos, no se trataba de un favor cualquiera y yo temía que la idea de mi marido no prosperara. Sin embargo, su primo se mostró dispuesto a ayudar. Con eso, la mitad del plan ya había resultado un éxito, pero faltaba la segunda parte: sacarlo de Fraga.

Lo más lógico era hacerlo en autobús, y más teniendo en cuenta que la gestión del negocio se encontraba dentro de nuestra propia familia, así que fui a ver a José. Mi entusiasmo con la idea chocó con el pesimismo de mi hermano.

—Pero eso es peligrosísimo, Maria.

—¿Por qué? Luis Blasco le ha conseguido un salvoconducto. Mira: «Hermenegildo Lapeña».

Le mostré aquel papel que había recibido pocos días antes y que le otorgaba a mi marido una nueva identidad. Yo estaba convencida de que era una gran idea, así que insistí:

—En serio, nadie va a saber que es él. Se ha dejado barba. Entre eso y la ropa que va a llevar ese día… Manuela Colea nos ha conseguido un atuendo de combatiente anarquista. Va a parecer uno de ellos.

—Ya sé que no lo van a reconocer. La inmensa mayoría de los milicianos anarquistas que van a Lérida y luego a Barcelona en ese autobús ni siquiera son de Fraga. No es ese el problema.

—¿Y cuál es?

—Basta con que se siente al lado de un anarquista con ganas de entablar conversación para que su coartada haga aguas. No podrá aguantar varias horas hablando sin que le

pillen.

—Ya… —Por primera vez mi voz sonaba apagada; mi hermano tenía razón, pero pronto recuperé el ánimo—. En ese caso, que no se vista de anarquista. Que vaya con un traje normal y nos inventamos que es… no sé, un agricultor que va a visitar a su primo en Barcelona.

—Ese hombre es transparente, Maria. Si le empiezan a preguntar, está perdido.

Me callé. Muy a mi pesar, sabía que José tenía razón. Qué rabia. Teníamos que conseguir sacar a Antonio de Fraga, pero ¿cómo? Empecé a temer que tal vez no lo lográramos. Se me cayó el mundo encima.

—Gestionar una compañía de autobuses y no poder utilizarla para salvar a un ser querido… —me lamenté en voz alta, consciente de esa terrible ironía de la vida.

Y, de repente, José se empezó a reír.

—Pero ¿qué haces? —pregunté, desconcertada.

Mi hermanito, sin embargo, seguía desternillándose, a saber por qué. A mí, que la situación no me hacía ni pizca de gracia, eso me empezaba a parecer molesto. Me recordaba al José descarado de cuando era adolescente, al que tampoco soportaba. Había elegido un muy mal momento para sacar a relucir esa parte de su personalidad. Finalmente se calló, aunque no dejó de sonreír.

—¿Ya has terminado? —le solté, antipática, aunque él no pareció percatarse de mi irritación.

—Gestiono una compañía de autobuses, Maria —anunció mi hermano, como si esa fuera una información que yo no tuviese.

—Sí, ya. ¿Y?

—Que es facilísimo poner dentro del vehículo a alguien a quien la gente no se atreva a importunar con preguntas.

—¿Cómo? ¿Le ponemos unos asientos especiales? —

repliqué con cierto sarcasmo.

—Pues sí, algo así —respondió sin perder la sonrisa y recuperó el salvoconducto que yo había dejado encima de la mesa; mostrándomelo con gran ceremonia, proclamó—: Hermenegildo Lapeña es nuestro nuevo conductor de autobuses.

Teníamos la suerte de que Antonio había aprendido a conducir vehículos grandes cuando hizo la mili en Zaragoza y le tocó llevar camiones blindados. También en Barbastro, cuando trabajaba en el hotel, llevaba camiones para ir a buscar mercancías. Sin embargo, nunca había tenido que conducir en unas condiciones tan arriesgadas como esas, ni siquiera cuando hacía el servicio militar.

La mañana señalada, Antonio Durán abandonó la casa de Manuela por primera vez en una larga temporada. Ataviado con un traje de pana negro, una gorra gris y con la barba que, como he dicho, se había dejado crecer, nadie habría dicho que no era en efecto Hermenegildo Lapeña, humilde trabajador de la empresa de transportes Satorres. En una situación normal, puede que la presencia de un forastero en la localidad hubiera despertado sospechas, pero hacía ya muchos meses que Fraga se encontraba llena de personas que jamás habían estado allí antes, así que uno más no sorprendió a nadie. Los pocos que se cruzaron con Antonio ni siquiera repararon en él. Y, de todos modos, la estación estaba cerca. Cuando llegó y vio el vehículo que tendría que conducir, actuó con toda la normalidad de la que fue capaz. Allí ya estaban algunos milicianos anarquistas y militares republicanos a los que él transportaría, y fueron llegando más. Los aguiluchos solían ir con frecuencia a la estación de autobuses para hacer controles y así evitar la fuga de empresarios, industriales y terratenientes, pero Manuela Colea le había asegurado que había movido hilos para conseguir que, aquel día y a aquella hora, no estuvieran allí. Y,

sin embargo, Antonio fue notando cómo sus nervios aumentaban más y más a cada minuto que transcurría sin que el coche de línea saliera. Pero como todavía no era la hora, le tocaría sufrir unos minutos más.

Cuando finalmente se disponía a subir al vehículo, notó una mano en el hombro. Un aguilucho. Se vio perdido. Sí, por supuesto, podía girarse y decir que su nombre era Hermenegildo Lapeña y mostrar el documento y decir que tenía que conducir el autobús, pero sabía que no iba a poder hacerlo sin que se le notara. Estaba temblando y nada podía hacer para evitarlo. Aunque no quisiera hacerlo, se giró.

Ante él se encontraba Manuela Colea, la Mangüeleta, enfundada en su traje de miliciana. La muchacha le miró a los ojos y le deseó un buen viaje. Él le dio las gracias. No se dijeron nada más, pero ambos sabían perfectamente lo que había realmente detrás de aquellas palabras.

Pocas horas más tarde, agotado por el trajín de la carretera, Antonio Durán se fundía en un abrazo con su primo Ismael.

No le fusilaron porque consiguió escapar, pero muchos amigos y parientes no corrieron la misma suerte. Y ya no hablo solo de mis dos tíos, aunque también. Uno y otro bando utilizaron la contienda para saldar sus discrepancias personales. Unos denunciaron a sus vecinos conservadores y los otros, cuando Fraga fue tomada por las fuerzas de Franco, denunciaron a su vez a sus delatores republicanos. Yo me pensaba que los malos eran los anarquistas, y cuando entraron los que supuestamente eran de nuestro bando, me di cuenta de que tampoco estaba en absoluto de parte de ellos. Me refiero a la llamada Guardia Mora, que llegó para «liberar» la población, aunque no todos ellos eran originarios de Marruecos. Recuerdo especialmente a uno de ellos que había nacido mucho más cerca, en Barcelona. Se trataba de un muchacho muy bien parecido, de nombre Luis, que como el resto de sus compañeros

hizo más mal que bien. Después de lo que habíamos sufrido en el pueblo, lo último que necesitábamos era una supuesta liberación que se cobrara más y más víctimas. Y lo último que esperaba era encontrarme a Luis un día en el comedor.

En efecto, una tarde cualquiera crucé la puerta y allí estaba él, sentado en una silla, como si eso fuera su casa. Me asustó, claro. Lo vuelvo a decir, era muy guapo, pero sabiendo lo que se dedicaba a hacer, yo no podía apreciar la belleza en esos rasgos. Me pregunté qué caramba hacía allí. ¿Habría venido a buscarme a mí? Yo jamás había hecho nada que pudiera ofender al bando que él defendía, pero eso no era algo relevante. Si alguien quería vengarse de mí, por lo que fuera (¿una mala contestación cuando intentaba poner orden en el gallinero del cine?), le bastaba con delatarme. Si era cierto o no, eso ya no importaba tanto.

Sin embargo, no era por mí que estaba allí, sino por mi hermana Antonieta, que entró en el comedor, me miró con una profunda emoción y me dijo:

—Ya conoces a Luis, ¿verdad? Nos vamos a casar.

Entretanto, Antonio aprovechó bien su estancia en Barcelona. Durante el día, hacía de conductor para el colmado Hermanos Puig, una empresa familiar que se dedicaba a proveer de mercancía a teatros, cabarés, bares y cafeterías. Por la noche, visitaba esos mismos locales como cliente y tomaba buena nota de los espectáculos, pensando que en cuanto pudiera se los llevaría a su teatro Victoria. También estableció los contactos necesarios para contratar las que luego serían las mejores películas que programaría en su local de Fraga. Para ello asistía a sesiones de cine que se celebraban en precarios entoldados y carpas al aire libre, y también en teatros como el Arnau o el Español. En no pocas ocasiones, Antonio visitaba el cine

Capitol, un gran local con más de 1.700 localidades situado en plena Rambla de Canaletas, donde semana sí, semana también, se programaban películas del Oeste o policiacas, lo que hizo que todos lo conocieran como «Can Pistolas». Me lo contó con todo detalle cuando finalmente pudo volver a Fraga, ya sin tener que ocultar su identidad y con la cara perfectamente afeitada. Aunque, en el momento en el que regresó, estaba bastante ocupada con un par de problemas. Uno de ellos era la futura boda entre mi hermana pequeña y una de las personas que peor me caía en el mundo, Luis, el de la Guardia Mora. No hace falta decir que me opuse al enlace con todas mis fuerzas. Y no hace falta decir que Antonieta, que apenas había cumplido los veinte años, no tan solo no me hizo ni caso, sino que, cuanto más le decía yo que no podía casarse, con más ganas expresaba ella que deseaba hacerlo.

—Déjalos, mujer, si se quieren… —decía mi Antonio, pragmático como siempre.

Pero yo me negaba a aceptar esa unión, y nuestra madre estaba conmigo. Existía, sin embargo, otro problema, mayor si cabe, y es que Manuela Colea había caído en manos de la guardia de Franco. Habían cambiado las tornas y ahora era su vida la que peligraba. Yo había conseguido detener su ejecución tratando de ejercer mi influencia como esposa del que había sido concejal del Partido Conservador, y estaba a la espera de que Antonio pudiera volver a Fraga para zanjar el asunto. Él no tenía dudas de que la cosa iría bien.

—Si hay que convencer al tal Luis, no habrá ningún problema. Al fin y al cabo, vamos a ser familia.

Se fue con una sonrisa y volvió al cabo de poco blanco como si hubiera visto a un fantasma.

—Dice que no hay ningún motivo para salvar a Manuela —exclamó, hundido—. Yo le he contado con todo lujo de detalles cómo me ayudó a escapar y salvó mi vida, pero no ha creído

una sola palabra y me ha dicho que me lo he inventado para recuperar a la acomodadora de mi cine.

—¡Te he dicho que es un desalmado y no me has hecho caso! ¿Qué podemos hacer, entonces?

—Mucho me temo que nada. Qué pena, Maria, qué pena tan grande… La Mangüeleta, con lo bien que se portó siempre con nosotros… Y tan joven…

—Sí que hay algo que podemos hacer.

Y me fui a casa, puesto que allí estaba la persona que me tenía que ayudar a resolver todo aquello. Encontré a Antonieta en la cocina pelando unas patatas, y le expuse la situación. Pareció disgustada con lo que le conté, francamente disgustada, pero se limitó a decir:

—Lo siento mucho.

Y siguió con el cuchillo, pela que pelarás.

—Antonieta, ¿no has entendido nada de lo que te acabo de explicar?

—Claro que lo he entendido. Y me sabe muy mal, pero ¿qué quieres que haga?

—¿Qué voy a querer? Habla con tu prometido.

—Yo no me puedo meter. Y, al fin y al cabo, ella es una anarquista, y los anarquistas le hicieron mucho mal a esta familia. Me acuerdo aún de Miquel y de Joan.

—¡Acuérdate también de mi Antonio! Si no fuera por ella, no seguiría vivo.

—Maria, lo siento, pero no me puedes pedir eso.

Nada que hacer, como había dicho Antonio. Qué injusticia tan grande, por favor. Tenían a Manuela en una celda esperando su ejecución, que podía ser en cualquier momento. Yo ya no sabía qué hacer. No, lo peor era que no podía hacer nada. Ya lo había hecho todo, pero sin resultado. Me vi deambulando por el pueblo, igual que lo había hecho muchos años atrás, cuando mi padre pretendía casarme con alguien a

quien no quería. La sensación de desesperación era muy parecida, pero en esta ocasión había además una terrible amargura provocada tal vez por la edad. La amargura de saber que por años que pasen las injusticias permanecerán. O así por lo menos lo veía en esa infausta tarde.

Igual que en aquella ocasión, vagaba sin rumbo. Y, en cierto momento, vi muy claro dónde debía dirigirme. Aparecí de nuevo ante el convento, y de nuevo llamé a la puerta. La madre superiora seguía siendo la misma que me acogió tanto tiempo atrás. Había envejecido, por supuesto, todos lo habíamos hecho. Nada más verla, me puse a llorar y compartí con ella el peso que me hundía el alma. No descartaba la posibilidad de que ella se pusiera de parte de Luis. Al fin y al cabo, los republicanos eran en buena parte anticlericales y en cambio los franquistas apoyaban a la Iglesia católica. De hecho, la mujer tenía suerte de haber salvado la vida ante la terrible purga que hubo. Pero la madre superiora era, por encima de todo, una persona. Me abrazó, que seguramente era lo que más necesitaba en esos momentos, y a continuación me condujo hasta la capilla, donde me dejó unos minutos esperando. Estar sentada allí me vino muy bien para tranquilizarme un poco. La mujer volvió finalmente, con sendos rosarios en las manos, y me dijo:

—Vamos a rezar a Dios para que interceda por el alma de Manuela.

Así lo hicimos. De regreso a casa estaba triste aún, pero caminaba con cierta calma encima. De alguna manera entendía que aún quedaba bondad en el mundo, y eso me aliviaba un poco. Antes de dormir, volví a rezar por la Mangüeleta, que era probable que ya no se encontrara entre nosotros. Si yo no había sido capaz de salvar su cuerpo, por lo menos trataría de salvar su alma.

Al día siguiente llegaron voces de que habían visto a la

Mangüeleta andando por el Segoñé. Qué más querría yo, pero mucho me temía que no era posible. No me convencí de lo contrario hasta que yo misma la vi, de pie delante del cine. Estaba muy desmejorada, más delgada. Pero radiante de felicidad. Igual que con la madre superiora el día anterior, nos abrazamos. La diferencia fue que la Mangüeleta, mucho más joven y vital que la monja, corrió hacia mí y me agarró con una fuerza tan descomunal como reconfortante. No sé cuánto rato pasamos así; en parte se me hizo cortísimo y en parte siento que el abrazo duró toda la vida.

Aparentemente, la madre superiora había hecho algo más que rezar. Se ve que había aprovechado el tiempo en el que me había dejado sola en la capilla para valerse de su posición de influencia con el nuevo régimen. Así, habría llamado a alguien bien situado en Falange para pedirle que la pobre chica no fuera ejecutada, y el deseo le fue concedido. Pero había más: según me contaron luego, Luis recibió las órdenes de dejar a Manuela libre con cierta contrariedad. Antonieta le escuchó discutir con su superior, que se limitó a dejar claro que la excarcelación de la chica era una orden y que a él no le quedaba otra que acatarla. Cuando la conversación hubo acabado, mi hermana había ido a hablar con su prometido para tranquilizarle.

—En el fondo es una buena noticia —le dijo—. Es una buena chica y va a salvar su vida.

—Eso ya lo veremos —masculló entre dientes Luis.

—¿Qué has querido decir con eso? —Antonieta se asustó.

—Nada, nada.

—¡Luis, por favor, no me digas que piensas hacerlo igualmente! Te han mandado que la dejes libre, ¿qué más necesitas?

Él le exigió a mi hermana que no se metiera en sus asuntos, y la discusión fue a más, a mucho más, hasta que Antonieta

amenazó con romper la relación. Si Luis no le salvaba la vida a Manuela, su matrimonio no se celebraría. A la mañana siguiente, la Mangüeleta quedaba libre.

Corrí al segundo piso para ver a mi hermana, y volví a encontrarla en la cocina. La miré llena de gratitud, admirada por el hecho de que hubiera puesto en riesgo lo que más amaba en el mundo con tal de salvar una vida.

—Gracias.

Ella le quitó importancia al asunto y siguió con lo suyo.

—He hecho lo que tenía que hacer.

Antonieta y Luis se casaron no mucho después. La familia siguió estando en contra del enlace, pero después de que el militar le perdonara la vida a Manuela todos fuimos capaces de verlo con mejores ojos, por mucho que sus motivos para salvarla poco tuvieran que ver con la muchacha. Una vez desposados, se fueron a vivir a Barcelona, de donde era él, y donde Antonieta fallecería a los pocos años. El día en que me enteré de su muerte sentí una gran pena y, de nuevo, una gran sensación de injusticia. Un ser demasiado puro se había ido demasiado pronto. Y, tal y como había hecho entonces para otra buena persona, recé por su alma.

Y la guerra terminó, claro, en 1939. Fueron tres años de barbarie de los que curiosamente —o tal vez no— luego apenas se habló en Fraga. Se vivieron unos episodios tan dramáticos, con una sociedad tan dividida, pasaron tantas cosas feas de un lado y del otro, que todo el mundo consideró que era mejor no removerlo ni echarse en cara las atrocidades perpetradas.

Y con la posguerra pasamos muchas penurias, como tanta otra gente, pero nos recuperamos pronto. Si algo necesitaba la gente, más después de aquella tragedia, era distracción y diversión, y el Cine Victoria se las proporcionaba. Recuerdo

muy bien los estrenos de *Lo que el viento se llevó* y *El mago de Oz*. Ambos tuvieron lugar poco después del fin de la contienda, ambas eran películas en color, de las primeras que nos llegaron, y ambas nos llenaron la sala durante días y días. La pantalla del cine proyecta sueños, y la gente estaba ansiosa por soñar, porque mientras duraban esos sueños, ya en Technicolor, se olvidaban de la gris miseria en la que vivían. *Lo que el viento se llevó* gustó mucho, pero *El mago de Oz* gustó más, quizá porque esta incluía canciones, o tal vez porque aquella hablaba de un gran amor, sí, pero, sobre todo, de una guerra. Y de guerra estábamos todos ya muy muy hartos.

Después de la guerra también acometimos algunas reformas. En 1938, Fraga había sufrido unos bombardeos que, entre otras cosas, habían causado desperfectos en el ala izquierda del edificio, aunque la sala quedó intacta. Con todo, aquello precisaba ser arreglado, y así se hizo. Aprovechamos las reformas para mejorar las condiciones del local con un nuevo pavimento, lo que resultaba más cómodo para el público que asistía a la función, así no les tapaba el de delante con la cabeza. Claro que de esa manera la sala quedaba inutilizada como pista de baile, pero desde el acuerdo con Brunito, con la excepción forzosa de la guerra, no la utilizábamos con esos fines.

También se eliminaron los palcos para situar un primer piso único y más democrático si cabe, y se instaló un sistema de calefacción por agua caliente. En verano hacía tanta calor que las proyecciones las hacíamos al aire libre, en la terraza adyacente, que familiarmente llamábamos «La Pista». Al público le gustaba mucho eso. En invierno, sin embargo, aquella gran sala podía ser muy fría. Con la salamandra y los radiadores el inconveniente quedó solucionado.

En aquella época teníamos frecuentes problemas con la censura. Las películas nos llegaban con la censura oficial ya

pasada, por supuesto. En Madrid ya les habían dado sus buenos tijeretazos. Pero a ver quién se lo explicaba al párroco. Con la Iglesia habíamos topado, como don Quijote, y muchas veces, además. Y con el gobernador civil en ocasiones también. Iglesia y Gobierno Civil formaban un tándem al que había que sortear (yo casi diría que torear) semana sí, semana también. Y eso que los censores de Madrid hacían su trabajo a conciencia: había dos tipos de censura, la moral, que practicaban censores clérigos, y la política, que estaba en manos de funcionarios que, en muchas ocasiones, provenían de Falange. Pero nuestro cura y nuestro gobernador civil también querían aportar su granito de arena. O sus tijeretazos, mejor dicho.

La censura moral clasificaba las películas en tres bloques: las toleradas para todos los públicos, las aptas para mayores de dieciséis años y las aptas solo para mayores de veintiún años. Esta clasificación venía impresa en los mismos rollos y debía hacerse pública en carteles, pasquines y programas de mano, pero sobre todo en lo que llamábamos «la cartelera», una vitrina en la que se exponían, cada fin de semana, los anuncios de las próximas proyecciones, los horarios y, en un lugar bien visible, la calificación moral. No obstante, la Iglesia también quería imponer su propia calificación, y ellos eran peores que los de la censura oficial. ¡Y eso que en la censura oficial también trabajaban clérigos! Cada viernes, en el tablón de anuncios de la iglesia de San Pedro, se exponían las calificaciones eclesiásticas de las películas que se iban a exhibir en los cines de Fraga. Estas consistían en una escala de números, pero tenían sorpresa: un 1 significaba apta para todo el mundo, incluidos niños; un 2, apta para jóvenes, consideración que llegaba hasta los catorce años, y un 3, solo para mayores, es decir, que había que tener cumplidos los veintiuno. Pero es que ser mayor de edad no bastaba para ver cualquier película, pues aún existían dos calificaciones más: 3R,

o «mayores con reparos» (es decir, solamente para aquella gente que tuviera una sólida formación moral), y, para rematar, estaba el 4, que significaba «gravemente peligrosa». El visionado de una película calificada con un 4 implicaba cometer un pecado mortal que te llevaba directamente al infierno. Y para que nadie se llamara a andana, el párroco anunciaba las calificaciones de viva voz al final de la misa. Así, ningún cristiano podría excusarse diciendo que había visto una película gravemente peligrosa por despiste.

Mientras tanto, Pilar, nuestra hija, había ido creciendo y se había convertido en una hermosa muchacha en flor que era la alegría de su madre y el orgullo de su padre. Vivíamos los tres en el primer piso del edificio del número dos del paseo Segoñé, justo encima del bar. Desde allí también teníamos acceso directo al cine, a través de una galería. Así teníamos la posibilidad de entrar en la sala de exhibición sin salir a la calle ni arreglarnos demasiado; si queríamos, podíamos hacerlo hasta en pantuflas. Otra escalera, más escondida, comunicaba con la barra del bar. Esa era la que yo usaba cuando era joven para espiar, discretamente, los espectáculos que eran más para adultos.

En el segundo piso, vivían mi madre y mi hermana Joaquina, que se había quedado soltera y cuidaba de nuestra Pilarín cuando yo estaba trabajando, porque tanto mi marido como yo echábamos muchísimas horas en el bar y en el cine. Ya se sabe, la hostelería es un negocio muy esclavo. Lo ha sido siempre, yo era muy consciente de dónde me metía y jamás me arrepentí. Aunque sí, era muy duro.

Cuando Pilar llegó a la edad de estudiar el bachillerato, la enviamos a hacerlo a Zaragoza, al colegio de monjas Jesús María. La verdad sea dicha que, con mi hija internada en ese colegio, yo descansé. Me gustaba el mundo alegre y extravagante de la gente del baile, el cine y la farándula, pero

no para que lo frecuentara mi niña, a la que ya todos conocían en Fraga como Pilarín Durán, la del café Josepet.

Los años cuarenta fueron tranquilos. Las heridas de la guerra, tanto las sentimentales como las económicas, habían ido cicatrizando poco a poco. De hecho, económicamente estábamos muy bien: tras acometer las reformas, el cine teatro y el bar Victoria se habían asentado, de nuevo, como negocios prósperos y fiables. A Antonio le quedaba la espinita de no haber podido seguir con la sala de baile por culpa del pacto con Brunito, pero los acuerdos de negocios son lo que son y hay que respetarlos. Al fin y al cabo, era en beneficio mutuo.

Durante los años siguientes, Antonio continuó con su tradición de desplazarse a Barcelona para contratar él mismo las películas a exhibir durante el trimestre. Frecuentaba el restaurante Los Caracoles, en el Barrio Gótico. Bofarull, su propietario, era también actor y estaba muy bien relacionado en el mundillo del cine. Allí se dedicaba a halagar, convite mediante, a los gerentes (así llamábamos los exhibidores cinematográficos a los representantes de las grandes compañías americanas) para conseguir que le suministraran copias nuevas, o por lo menos poco usadas, de los rollos. A veces era suficiente invitarlos a una buena cena para ganárselos. Otras veces había que engrasar el acuerdo con un sobre de papel manila, bien preñado de billetes, dejado con disimulo bajo la servilleta.

Su regreso a Fraga era todo un acontecimiento en nuestra casa porque llegaba cargado de vistosos impresos publicitarios, a todo color, de las películas que había contratado: grandes carteles, pequeños cuadros de cartón que reproducían algún fotograma y programas de mano que repartíamos durante las semanas previas al estreno. Los cuadros de cartón, muchas veces, los clavaba él mismo en unas carteleras que pendían de

la barandilla que separaba la terraza del Victoria de la cuesta del Segoñé, y también en el callejón que conducía hasta la entrada del cine. Los pasquines, donde se reproducían en gran formato y a todo color los rostros de los protagonistas, los pegábamos en las paredes del bar y por toda la calle Mayor. Allí podía verlos todo el mundo a la salida de misa. La gente se detenía ante ellos para leer los nombres de las estrellas y para tratar de adivinar, a partir de aquellas imágenes, el argumento de la película en cuestión. Con frecuencia, hasta se formaban corrillos con animadas discusiones.

En 1943, alguien compró el viejo caserón Monfort, en la calle San Quintín, a cien metros escasos de nuestro cine. Había sido, en tiempos, la sede del sindicato agrícola; después, almacén de higos, y finalmente el primer hostal Sorolla. El comprador empezó a reformarlo sin más dilación porque estaba bastante destartalado. Se llamaba —en Fraga todo se sabe enseguida— Juan Arnau, y era catalán. Un *foraster* que se había instalado, como los *forasters* solían, al otro lado del río. Era un hombre de aspecto vigoroso y enérgico, más bien corpulento, de cara ancha y bigotillo a la moda, y le gustaba el cine: venía con frecuencia al nuestro con su mujer. Era empresario, tenía molinos de harina y de aceite de oliva repartidos por varias poblaciones de la rivera del Cinca, pero no sabíamos mucho más de él. Nos movíamos en círculos sociales diferentes. Nosotros, como miembros de una de las familias más tradicionales de Fraga y residentes en el Segoñé, teníamos poco trato con los recién llegados del otro lado del río. Le conocíamos porque a menudo aparecía por el bar para cerrar algún trato con los agricultores que pretendían vender sus cosechas en una lonja improvisada que allí se montaba casi cada día, pero sobre todo los sábados por la tarde, que era cuando el Arnau solía aparecer por el bar.

No estoy contando esto porque considere de gran interés

hablar de la persona que reformó el Sorolla, sino porque tanto él como su familia iban a resultar cruciales en nuestras vidas, muchísimo más de lo que podríamos haber sospechado en ese momento.

Corría el año 1946 cuando nuestra hija, que entonces contaba diecisiete años, me confesó que se estaba carteando con un chico. Y ese chico no era otro que el hijo del tal Juan Arnau, que también se llamaba Juan Arnau, pero al que todos se referían como Juanito. Me costó entender qué hacía mi Pilar con un *foraster*.

—¿Cómo lo conociste? —le pregunté.

—En el cine —respondió.

—¿En el nuestro?

—¿En cuál, si no? Él solía sentarse con sus amigos justo en la fila detrás de donde me suelo sentar yo. Y… bueno. Un día que me saluda, otro que también, otro que entabla un poco más de conversación… Ya se sabe.

—Ya —contesté con sequedad; aún lo estaba procesando.

—Bueno, la verdad es que ya le tenía visto de antes, cuando una tarde paseando por el Segoñé le intenté vender un número para la rifa de Navidades del colegio y él me compró todos los que llevaba encima.

—Eso es que él ya se había fijado en ti. Intentaría impresionarte.

Recordé entonces al muchacho. Cómo no lo iba a recordar si, siendo como yo era tantas veces la taquillera, le había vendido unas cuantas entradas. Recordé que solía venir en pandilla con un grupo de amigos, todos ellos, o la mayoría, residentes en Les Afores, el barrio situado al otro lado del puente que atraviesa el río Cinca. Era un muchacho apuesto que guardaba cierto parecido con su padre, pero era más esbelto y tenía una fisonomía algo más simpática; aunque bien podría ser que su padre fuera como él, a su edad. Quién sabe si

esa simpatía no es la diferencia que separa la juventud de la edad madura. Fíjate tú, yo que dejaba ir a mi hija sola al cine con toda la tranquilidad del mundo, porque para mí es como si estuviera en casa, y resulta que allí dentro va y se echa un novio sin que yo me entere.

—¿Y a qué se dedica ese novio tuyo? ¿Estudia algo?

—Hasta hace poco estaba estudiando Comercio en los Escolapios de Sarrià, en Barcelona, pero su padre lo sacó para que se hiciera cargo de una fábrica que la familia tiene en Grañén.

Según parecía, allí no vivía solo, sino en la casa de sus abuelos maternos, en el mismo Grañén. Eran una familia de importantes industriales catalanes. Y según me contó Pilar, que le había contado Juanito, tenían mucho trato de negocio con Argentina hasta que se arruinaron durante la gran depresión que asoló al mundo en 1929. Ahora estaban retirados y vivían en un pequeño piso, adyacente a la fábrica, al lado de las vías del tren. El padre de Juanito les facilitó ese piso para que cuidaran de la fábrica y de su hijo.

—Sigue estudiando, pero a distancia —continuó narrando Pilar—. Ahora tiene más trabajo porque a su padre lo pilló la Guardia Civil haciendo estraperlo en Sariñena y le han caído unos meses de cárcel, y él tiene que sustituirle al frente de las empresas.

—Vaya por Dios. Además de *foraster*, estraperlista…

—Que no, mamá. Su padre distraía algunas sacas de harina, sí, pero era para dárselas a familias necesitadas que él conocía, como un favor. Ya sabe que con la harina que te dan con los cupones de la cartilla de racionamiento no llega para casi nada a poco que en casa haya varias bocas que alimentar. Y el que tiene dinero compra más harina en el mercado negro, y el que no… También dice Juanito que, según el abogado de la familia, no se trata de un delito grave. En poco tiempo estará en la

calle.

Reconocía en ella el entusiasmo de la juventud. Ese que había sido mi propio entusiasmo no tantos años atrás. Tal vez empezaba ya a hacer demasiado tiempo que a mí no me brillaban los ojos hablando de nada como se le iluminaban a mi hija cuando me contaba lo del tal Juanito Arnau. Aunque me costase, traté de verle bajo una luz más favorecedora.

—Pues si tan atareado anda, ¿cómo os veis?

—Nos vemos poco, la verdad. Entre que él está en Grañén con la fábrica y yo, en Zaragoza con el magisterio… solo nos vemos algún fin de semana, que es cuando él vuelve por aquí. Más que nada, intercambiamos cartas.

—¿Te escribe mucho?

—Uy, sí, me escribe unas cartas muy largas.

—Pues menos mal que él escribe largo, porque con lo poco que te estiras tú escribiendo, mal rumbo iba a llevar este noviazgo.

—¡Mamá!

—Pero si es verdad, hija. Si las cartas que me envías desde Zaragoza, cuando te acuerdas de enviarme alguna, más que cartas parecen telegramas. Alguna hasta la podrías escribir en el sello y ahorrarte el papel del sobre.

—Soy concisa.

—¿Ahora lo llaman así? Antes decían «seca».

—¡Mamá!

Comprendí que mis miedos eran infundados. Juan Arnau hijo daba la sensación de ser una buena persona; parecía trabajador y humilde y también parecía que lo de la fábrica de harinas era un muy buen negocio. Y, sin duda, a mi Pilar la tenía enamorada, lo que para mí resultaba más que suficiente.

La tranquilicé:

—Me parece muy bien que te veas con ese muchacho.

Sin embargo, mi marido no vio con tan buenos ojos que

nuestra hija saliera con el hijo de los catalanes de las harinas. No por lo del estraperlo, que de eso, poco o mucho, pecábamos todos, como decía mi hija. Antonio había oído otras cosas de los Arnau que le preocupaban más.

—¿Sabes que dicen por Fraga que sus padres se fugaron de Aitona para casarse sin el consentimiento de la familia? —me soltó un día—. A ver si eso mismo nos va a pasar a nosotros, Maria.

—No, hombre —dije quitándole importancia, mientras recordaba que yo misma me había fugado de casa para evitar una boda que sí que contaba con el consentimiento de los míos.

—Además, ¿has visto alguna vez a alguno de esos Arnau en misa? —insistió él.

—Ay, Antonio, yo qué sé. Cuando voy a misa estoy atendiendo a la misa, no mirando quién ha venido y quién no.

—Es que no van, Maria. No van a misa.

—Eso no nos concierne a nosotros, Antonio. La relación de cada uno con Dios es cosa de cada uno.

—Pero es que esos Arnau son rojos.

—Cómo va a ser rojo Arnau, si es empresario. Sería el mundo al revés.

—Que sí, que son de la República.

—Claro, como tú mismo cuando la República.

—Pero yo soy monárquico. Nací muy pobre, pero soy gente de orden —reivindicó; cuando se trataba de proteger a su hija, ya no era un señor con pachorra, sino un león luchando con uñas y dientes.

—Sí, eres gente de orden ahora, Antonio, que nos conocemos… Que yo estaba allí, contigo, cuando en Barbastro te relacionabas con todos los socialistas del pueblo.

—Me relacionaba con todo el mundo, Maria. Era lo que tenía trabajar en el hotel. Pero es que dicen que su hermano fue alcalde de su pueblo, cuando la República…

—… y tú, concejal del tuyo, cuando la República también.

—Pero yo lo fui por los de derechas y él fue alcalde por Esquerra Republicana, el partido de los separatistas catalanes. Cuentan que, cuando la guerra, después de que los nacionales ocuparan Aitona, él volvió a escondidas atravesando el Segre a nado durante la noche, se metió en la casa consistorial y quemó las actas que demostraban que, siendo alcalde, había permitido un mitin del Partido Comunista en la plaza pública.

—Antonio, eso parece que lo hayas sacado de una película. Una de Clark Gable. ¿Y después se volvió a la retaguardia nadando, sin que nadie lo viera ni nada?

—Eso dicen.

—Virgen santa, qué peliculera es la gente. Y aunque fuera verdad, ¿qué más daría? Eso pasó antes de la guerra, cuando todos los partidos políticos daban mítines por todas partes. Y, en todo caso, el novio de tu hija no tiene ninguna culpa. Por entonces aún debía de caminar a gatas.

—No me gusta que le llames el novio de nuestra hija. Está por ver que la niña tenga novio. Y más aún que sea este.

Antonio ya podía ir poniéndole puertas al campo, que todos sabemos el éxito que suele tener eso. Aún recuerdo cuando mi abuelo nos contaba las reticencias que le pusieron los Cabrera para casarse con mi abuela Antònia. Y mira si les fue bien a los dos. El amor es algo que surge porque sí y, por mucho que nos queramos entrometer, al final siempre se abre camino. Oponerse a él es una batalla perdida.

—Además, no sé si sabes que Juan Arnau, su padre, ha comprado el viejo caserón Monfort —informé entonces a Antonio.

—No tenía ni idea. Pues vaya gracia. Ahora, encima, los vamos a tener por vecinos.

De hecho, el caserón llevaba ya tiempo de reformas, pero no parecía que los Arnau lo quisieran dedicar a vivienda. En los

pueblos como Fraga todo se acaba sabiendo enseguida, pero lo que estaban haciendo en el Monfort no trascendió; los Arnau tuvieron buen cuidado de guardar el secreto. Incluso traían los albañiles de Lérida, en vez de contratarlos en Fraga, de manera que no cotilleaban con la gente del pueblo.

Supusimos que Juan Arnau querría usar el viejo caserón como almacén, o para instalar algún otro molino de harina o de aceite. Reforzó esta impresión el hecho de que, durante las reformas, de Barcelona llegaron camiones que transportaban grandes máquinas en embalajes de madera, con unas inscripciones que indicaban que venían del extranjero. Todo el mundo dio por buena la hipótesis de que sería algún tipo de máquina para procesar la harina o el aceite.

Pero poco después, en 1948 concretamente, y mientras Juanito Arnau y nuestra Pilar seguían con su noviazgo por carta, en la fachada del caserón apareció un cartel. Un cartel que rezaba: «Cine Florida». Y debajo, otros carteles anunciaban la próxima inauguración con la proyección de una película de Walt Disney: *Los tres caballeros*. Supimos entonces que aquellas cajas de madera no albergaban máquinas para procesar la harina o el aceite, sino proyectores. Los mejores y más modernos que había por aquel entonces en el mercado. De pronto teníamos competencia. Competencia de verdad, no como la de Brunito. Y la teníamos justo al lado de casa.

—¿Has visto lo que nos ha hecho el chico que sale con tu hija? —repetía mi marido, a quien, como es lógico, no le había sentado nada bien la jugada del catalán.

—No es cosa suya —intentaba calmarlo yo—. El pobre chico está a cien kilómetros de aquí, en la fábrica de harinas. Esto es cosa de su padre. Tu consuegro.

—¡Ah, no! No somos consuegros.

—Tiempo al tiempo, Antonio. Tiempo al tiempo. ¿Por qué no vas a hablar con él? Voy a ver si en la bodega nos queda

alguna botella de coñac Napoleón…

—¿Además le tengo que regalar una botella de coñac Napoleón? Todavía encima…

Eso ya lo habíamos vivido antes, y ambos sabíamos cómo terminaba.

—Pues sí, le regalarás una botella, a ver si así llegáis a algún tipo de acuerdo. ¿Con Brunito te dio resultado o no te dio resultado?

Antonio aún rezongó un poco, pero mi marido siempre ha sido de buena pasta, y al final se avino. Fue a ver a Juan Arnau padre, con la botella debajo del brazo, como muchos años antes había hecho con Bruno Galicia. Los resultados, empero, no fueron los mismos esta vez. Al cabo de un rato, regresó con la botella intacta y muy mala cara.

—No hay pacto, Maria —me dijo—. Arnau dice que los negocios son los negocios, y la competencia es libre.

—Algo parecido le dijiste tú a Brunito hace años.

—Que son unos rojos, Maria, que te lo digo yo.

—Lo de apelar al libre mercado no es muy de rojos, Antonio.

La verdad es que la competencia no me preocupaba mucho. Era perfectamente posible que la gente fuera un día a un cine y, al siguiente, al otro. Lo que me preocupaba era otra cosa bastante más grave: que esta situación pudiera afectar al noviazgo de mi hija. Y es que Antonio añadió también:

—Y otra cosa te digo: mi hija no se va a casar con el hijo de ese catalán. Por encima de mi cadáver.

El noviazgo peligraba.

Una mañana en Central Park

Con qué dolor de cabeza amanecí a la mañana siguiente, por favor. Por fin recordaba el motivo de que no hubiera dado un solo trago en cuarenta años. Es decir, también era porque no me gusta el sabor de las bebidas alcohólicas ni la sensación de descontrol que te brindan, pero sobre todo lo hacía para evitar ese monstruo horrible que te ataca a traición y al que conocemos con un nombre tan aparentemente inofensivo como el de «resaca». Tenía resaca, sí. La más horrible de mi vida. Considerando que muy probablemente era la segunda que había tenido nunca, tampoco es que eso significara tanto, pero aun así me sentía profundamente desconcertado. Había, además, otro problema: me había puesto a leer con la intención de estarme media horita, y el relato me había enganchado tanto que había visto amanecer, e incluso entonces me había quedado leyendo un rato más. El resultado era que prácticamente no había descansado, y al dolor de cabeza de haber bebido tenía que sumarle el de no haber dormido. Me tumbé en la cama de nuevo tratando de encontrar una postura que me aliviara ni que fuera un poquito, pero no la encontré.

Pensé en el pobre Miquel, que según me había dicho tenía que trabajar toda la mañana, y le deseé un dolor de cabeza más ligero que el mío. No nos volveríamos a encontrar hasta esa tarde, en la firma con Sillerman. Yo estaba libre hasta entonces, pero no me quedé en la cama. Reflexioné un momento. Quedaban varias horas para el encuentro, y puesto que estaba en Nueva York, podía decidir perderlas arrastrándome lastimosamente en una cama, o podía darme una ducha, salir

del hotel y aprovechar para al menos disfrutar de la ciudad. Debo confesar que la primera posibilidad resultaba harto tentadora, pero era bastante más indigna, así que, a regañadientes, opté por la segunda.

Tras el contacto con el agua y el jabón, el mundo era un poco mejor. Seguía doliéndome la cabeza, pero por lo menos me sentía limpio. Armado con mi bolsa y con un calzado bastante cómodo destinado a hacerme aguantar un rato largo de paseo, cerré la puerta de la habitación tras de mí.

El rato de pasear, como cabía esperar, no fue tan largo. En cuanto llegué a Central Park y vi varios bancos a mi alrededor, las ganas de seguir dando vueltas cayeron en picado. Al fin y al cabo, había estado allí hacía años, ya conocía ese parque y tampoco me parecía nada del otro mundo. Es decir, sí, muy bien, hay un pulmón verde en medio de una metrópolis gigantesca, se agradece, pero se encuentra tan asfaltado en muchas de sus partes que por fuerza eso le hace perder muchísimo encanto. He visto parques infinitamente mejores en muchas partes del mundo. O tal vez esa es la excusa que me contaba para olvidarme de paseos y rutas turísticas, y darme permiso para simplemente sentarme y seguir leyendo los manuscritos. Y es que la historia que había leído anoche me había perturbado. No esperaba ese relato de la guerra y, a pesar de que justo esa parte ya se había terminado, no podía aguantar más para sumergirme en el siguiente capítulo.

Por lo tanto, busqué un banco libre, y lo encontré enfrente del estanque gigante. Y mientras sacaba el manuscrito de la bolsa, noté cómo se me iba dibujando una sonrisa de felicidad en el rostro.

Del manuscrito de Juan Arnau Cabasés

Me enteré de que mi Juan se carteaba con la hija de los dueños del Cine Victoria. Ni siquiera me lo dijo él. Me lo confesó su madre, a quien no tuvo problema en contárselo. Imagino que no me lo confió a mí porque supuso que me opondría. Y supuso bien. No es que tuviera nada en contra de aquella muchacha (Pilar, se llamaba), pero en Fraga a nosotros nos seguían tratando como *forasters*, aislados al otro lado del Cinca, y nos seguían mirando por encima del hombro. Estoy seguro de que la fama de mi hermano, el antiguo alcalde de Esquerra Republicana en Aitona, había llegado hasta aquel pueblo tan conservador. Y qué más conservador que aquel Antonio Durán, que hasta había sido concejal de los monárquicos cuando la República. Era de la misma pasta que mis suegros, los que le habían hecho la vida imposible a mi padre al abrir otra fábrica de harinas en Aitona para quitarle la clientela. Pues ahora me tocaba a mí quitarle la clientela a él.

Había hablado una sola vez con el tal Durán. Según me parecía, se había dignado a saludarme solamente cuando se dio cuenta de que yo representaba un peligro para su negocio. Y en lugar de asumir la situación como un hombre, había venido hasta mi despacho con una botella de licor caro para tratar de forzar un acuerdo imposible. La competencia es la competencia, ¿qué clase de hombre de negocios no entiende eso? Le pedí muy amablemente que se fuera, por supuesto. Si quería evitar que mi cine se comiera al suyo, que invirtiera en mejores máquinas o que consiguiera mejores películas. Si no, su local probablemente se iría al garete, pero ese no era mi

problema.

Yo, por mi parte, no dependía del cine. Con la Industrial Harinera y Aceitera de Juan Arnau Cabasés, que así llamé a la empresa, me iba muy bien. La fábrica que había instalado en Fraga funcionaba estupendamente y reportaba pingües beneficios. Tantos, que había ahorrado suficiente capital como para poder invertir en el mundo del entretenimiento.

—¡Un cine! —se escandalizó mi mujer al saberlo—. Cuando me dijiste que tenías la intención de montar otro negocio pensaba que te referías a otra fábrica de harinas.

—Eso no tendría sentido, Francisca, solo me haría la competencia a mí mismo.

—Sí, ya lo pensé, pero no sé… Si al menos me dijeras un negocio de envasado de higos…

—Uy, no, qué aburrimiento. Quiero que me sirva también para divertirme. Un cine como el que nunca han visto los fragatinos. Y un salón de baile como el que tampoco han visto nunca.

—Virgen santísima.

No entendía de qué se extrañaba mi mujer. A mí siempre me había gustado el cine y el baile, e incluso contaba con algo de práctica en el asunto. Chema y yo, de jóvenes, ya ayudamos a organizar algún que otro sarao por Aitona y alrededores. Que es cierto que eso eran fiestas mayores, nada que ver con la experiencia requerida para llevar un cine de esa envergadura. Pero la experiencia se adquiere sobre la marcha.

—En el pueblo ya hay un cine, el Victoria, y está muy bien —protestó Francisca.

—El mío estará mejor.

—Pero el que ya hay es de los padres de la muchacha que sale con nuestro Juan. ¿Acaso no te acuerdas de que tu padre intentó arruinar al mío con los molinos nuevos que compró en Inglaterra?

—Porque antes tu padre había intentado arruinar al mío al montar La Maravilla.

—Ay, Juan, no empecemos, que bastante mal lo pasamos a cuenta de aquello, y si nos casamos fue de milagro. ¿O acaso no te acuerdas de que estuvimos a punto de dejarlo? Y ahora estás repitiendo la historia. Si sigues adelante con eso, vas a destruir esa pareja.

¿Destruir la pareja? ¿Qué tendría que ver una cosa con la otra? Francisca y yo bien que nos casamos, a pesar de todos los obstáculos. Tuvimos que fugarnos para hacerlo, es cierto, pero seguimos adelante. Si la relación de Juanito con esa chica se rompía por eso, a lo mejor es que no era tan fuerte. Y, en cualquier caso, tampoco ese era mi problema.

—Estoy decidido, Francisca. El cine será una excelente inversión.

Y sabía que lo era de buena tinta. Llevaba casi un año observando el local de Antonio Durán, que, a pesar de haberlo bautizado como Cine Victoria, todo el mundo en Fraga lo conocía como el cine Durán. Para saber más del negocio, le encargué a Perico, uno de mis trabajadores más fieles, una delicada misión: que frecuentara el Cine Victoria y fuera apuntando en una libreta el número de asistentes y los precios de la entrada de cada sesión. A partir aquí solo había que hacer un cálculo sencillo. Y el cálculo arrojaba el resultado de que, entre el cine, el teatro y el bar, Durán se debía de estar forrando. Y, además, el beneficio parecía constante durante todo el año. Había una temporada alta, sin duda, cuando el tiempo de la cosecha, porque atraía mucha mano de obra al pueblo y esa gente también quería divertirse; pero no se podía decir que en Fraga hubiera nunca una temporada baja. Ni siquiera en verano. Y eso era cosa de las minas de Mequinenza, que atraían a jóvenes de toda España que querían librarse del servicio militar.

También quería averiguar cuánto costaba contratar las películas que se proyectaban. Perico consiguió esa información sonsacando, con mucho disimulo y unas cuantas copas pagadas en la barra del bar Victoria, al contable de los Durán. Esta labor de espionaje duró unos meses. Tras examinar los datos que Perico me había proporcionado, reconfirmé que aquel era un negocio excelente en el que, además, cobrabas por adelantado. Eso lo hacía aún más atractivo, pues eso de fiar no era muy aconsejable en aquella época de miserias.

Con toda esa información en las manos, decidí sin más demora continuar con mis planes. Así que fui a ver a un antiguo amigo, que, según me había enterado, había abierto un cine en Binéfar, un pueblo a poco menos de cincuenta kilómetros (un suspiro si iba montado en la BSA). El cine de mi amigo Andreu se llamaba California, un nombre que me parecía inspirador. Cuando nos encontramos, y tras los preceptivos «Hombre, Juan, cómo tú por aquí» y «Dichosos los ojos» y preguntarnos por las familias respectivas, nos fuimos a tomar un vermú a un bar cercano, y allí le expliqué a Andreu mi proyecto.

—El cine es un entretenimiento asequible, y a la gente le gusta —admitió él—. Pero este es un negocio muy especial, Juan. Se te mete en el corazón. Hay que quererlo.

—Entiendo lo que me dices. Lo entiendo perfectamente.

—El cine es un negocio, es verdad —continuó—. Pero también es un arte. Hay que tener un poco de alma de artista para dedicarte a esto. Y a ti te veo como muy metido en eso de las harinas. Vamos, muy comprometido con tu empresa. Nada que ver con esto.

—Un empresario de harinas también puede tener su corazoncito de artista, amigo Andreu —contesté yo con una sonrisa.

—Si tú lo dices… —Me miró y se rio—. ¡Menos mal que

Fraga está lejos y no te tengo por competidor!

Andreu me facilitó los datos de contacto de un distribuidor de Barcelona y a continuación me enseñó su sala. Me mostró cómo tenía acondicionada la platea —con el suelo en pendiente — y, sobre todo, la sala de proyectores, que es el corazón de un cinematógrafo. Allí estaban instalados los dos imponentes proyectores.

—Vas a necesitar dos como estos —dijo Andreu al tiempo que me señalaba las dos imponentes máquinas— y a alguien que los sepa manejar.

—Al que los sepa manejar ya lo buscaré yo. En cuanto a los proyectores… ¿dónde los compro? Quiero los mejores que haya en el mercado.

—En Londres.

—Como las máquinas para moler harinas, entonces.

—O como esa moto tan impresionante que llevas, que ya me he enterado de que también la compraste allí.

—¿Cómo te has enterado?

—Juan, si lo debe de saber media provincia de Huesca.

De vuelta a casa, montado en la BSA, se me ocurrió: «Si el cine de mi amigo se llama California, el mío se puede llamar… Arizona. No, Arizona es árida y seca, no es esa la imagen que quiero dar de mi cine. Utah… Tampoco, es difícil de pronunciar. Colorado… Menos aún, con la fama de rojo que ya tenía en el pueblo, solo faltaría que tuviera un cine colorado. La de chistes que iban a hacer a mi costa. ¡Florida! Florida. Sí, ese sí. Florida es un nombre perfecto».

Le empecé a coger el gusto a eso de programar las películas. Al principio realizaba la tarea yo solo, y luego en compañía de mi hijo Juanito, que pronto se reveló como un programador muy hábil. Gracias a él y a su tesón, conseguimos muchas películas de gran estreno al mismo tiempo que los mejores cines de las grandes ciudades. «Estreno junto con las mejores

salas de España» imprimíamos en los programas de mano y en el rótulo de la fachada del cine. Y no era más que la pura verdad. Claro que competir para ser de los primeros en disponer de esos grandes estrenos encarecía mucho las operaciones. Muchas veces, por no decir la mayoría, entre sobreprecios, comisiones y algún que otro soborno, hasta perdíamos dinero. Pagaba con gusto por el orgullo de ofrecer lo mejor de lo mejor y, al mismo tiempo, que los grandes cines de las grandes ciudades, pero debo reconocer que el orgullo me salía caro.

El Cine Florida fue algo insólito para la época, no solo en Fraga, sino en toda España. Lo diseñé yo mismo con la idea de que fuera una sala polivalente, capaz de albergar espectáculos de todo tipo. A tal fin había dispuesto un gran escenario ante la pantalla de proyección. Adquirí también dos potentes máquinas de proyección italianas, de la marca Cinemeccanica, lo mejor que había entonces en el mercado. Funcionaban con barritas de carbono fundidas, lo que les permitía proyectar desde muy lejos gracias a la gran intensidad de su luz. La cabina la instalamos en el segundo piso, y se podía acceder a ella tanto desde el mismo cine como desde el edificio contiguo que albergaba un molino de aceite, igualmente novedosísimo para aquellos tiempos.

Los proyectores los compré en un viaje relámpago a Londres. Hice otro viaje a Barcelona para entrevistarme con el señor Gamboa, el representante de las grandes compañías estadounidenses que me había recomendado mi amigo Andreu. Gamboa me causó buena impresión enseguida: era un hombre simpático, efusivo en las formas y muy hablador. Tenía un gran despacho en el Ensanche, en la zona más céntrica de la ciudad. Las paredes de su oficina estaban recubiertas de carteles de películas y de retratos de grandes estrellas: Charles Chaplin, Clark Gable, Bette Davis, John Wayne… Aquella oficina era

para un cinéfilo lo que una tienda de caramelos para un niño.

—Usted me dirá qué desea —dijo Gamboa cuando nos sentamos a hablar.

—Quiero lo mejor, ni más ni menos que lo mejor —disparé yo, sin andarme con chiquitas—. Quiero la mejor película que pueda conseguir para inaugurar mi cine.

Gamboa no pareció impresionado con la petición. Eso también me gustó.

—Está a punto de llegarme un musical que, dicen, marcará época. Es de Walt Disney.

—¿Una película de dibujos animados? —pregunté con un punto de decepción en la voz.

—Pues sí, en parte sí, pero ahí está la cosa. Es una película en la que los personajes de dibujos animados se mezclan con los personajes reales. Yo he visto unas pruebas y es un prodigio técnico. Y también es un musical. Salen muchos músicos y cantantes sudamericanos.

—Eso me gusta. Ahí hacen una música muy bailable.

—Ya lo puede decir. Se me iban los pies solos durante la proyección. Sale Aurora Miranda…

—Carmen Miranda, querrá usted decir.

—No, Aurora. Es la hermana. Y también canta y baila muy bien. Poco le tiene que envidiar a su hermana más famosa.

Recordé que el caserón de Fraga donde había habilitado la sala del Cine Florida, y que antes había sido almacén de aceite, razón social de un sindicato y Dios sabe qué más, se lo había comprado a una mujer que se llamaba Carmen Miranda precisamente. Y recuerdo que, en aquel momento, pensé: «Mira tú, como la cantante brasileña esa que suele actuar con Xavier Cugat». Me encanta Xavier Cugat, es un artista extraordinario. Tomé aquella coincidencia como una señal y decidí acogerme a la advocación de Carmen Miranda, la cantante.

—No se hable más, señor Gamboa. Si usted me garantiza

que causará sensación, me quedo con esa película de Disney.

—Se lo puedo asegurar, señor Arnau. Causará muchísima sensación.

Gamboa no se equivocó, y desde entonces fue el encargado de seleccionar las películas para el Cine Florida. En casa le llamábamos «Lo programiste».

En cualquier caso, la inauguración fue un rotundo éxito. Entre la grandiosidad del local, la proyección en exclusiva de cintas sonoras y el estreno en Technicolor, inventado en 1916, pero comercializado ya con mucho éxito en los años cuarenta, aquel nuevo producto de entretenimiento resultaba sencillamente imbatible. Y también resultó fatal para mi principal competidor, Antonio Durán. Este, a pesar de haber reconvertido su cine al sonoro, no pudo aguantar el tirón que supuso otro cine dotado con los más espectaculares adelantos de la época. Y también fue la muerte súbita para el resto de nuestros otros competidores: el Galicia del señor Bruno o del Goya de los Sorolla y de cualquier otro que se quisiera incorporar al negocio del cine en Fraga. Todo salía tal y como yo lo había planeado. El dineral que me había gastado en esa nueva aventura había valido la pena.

Por supuesto, el foco en aquellos años estaba puesto en las películas, pero yo ya intuí, viendo alguna de aquellas cintas que se proyectaban en el Victoria, que con toda seguridad sería el baile la gran atracción entre los jóvenes en las décadas venideras. Y me imaginé un gran complejo que primero ocuparía con un gran cine —como de momento había hecho—, para después inaugurar, puerta con puerta, un entoldado y una terraza donde pudieran actuar aquellas grandes orquestas que nos mostraban los musicales cinematográficos llegados del otro lado del Atlántico. Donde un día pudiera actuar, tal era mi sueño, hasta el mismísimo Xavier Cugat.

Ahí se terminaba el manuscrito de Juan Arnau Cabasés, al menos por ahora. Aparté los papeles de delante de mi vista durante un segundo y fijé la mirada en el estanque, en esa masa de agua casi interminable que reposaba en medio de la ciudad. Levantarme entonces y ponerme a recorrer Nueva York, que es algo que podría considerarse lógico, no era para mí una alternativa; sabía perfectamente que no iba a hacerlo, que solo iba a respirar durante un par de minutos, tratando de fijar en mi memoria lo que acababa de leer y que me iba a meter de cabeza en la lectura de nuevo. Ejecuté el plan según lo previsto, pero en cuanto volví a coger esas páginas, lo que encontré me sorprendió sobremanera: el siguiente manuscrito era el de Pilar Durán. Era el de mi madre.

Así que ella también había escrito. Y, sin embargo, no me había dicho nada. Me lo había vendido como si todo eso no tuviera nada que ver con ella, como si solo hubieran sido los otros los que habían dejado sus vivencias reflejadas en el papel. Pero ella era también parte de la familia, claro, una parte fundamental, y tenía todo el sentido que hubiera hecho lo propio.

Hojeé las páginas que venían a continuación y me pareció reconocer un par de historias. Estaba seguro de que mi madre me las había contado mil veces, pero yo nunca le había prestado la suficiente atención. Sí que la escuchaba, si bien a mi manera, con la cabeza puesta en la sesión de esa noche o en el festival que había que organizar el siguiente mes. Oía lo que me decía, pero al día siguiente, como quien dice, ya lo había olvidado.

Sostuve el manuscrito con ambas manos y me despertó una ternura enorme y, a la vez, una punzante vergüenza por mi

comportamiento. No iba a permitir que volviera a pasarme. Irónicamente, a seis mil kilómetros de distancia, sentiría sus historias más próximas que nunca. Y tuve el firme convencimiento, como jamás lo había tenido antes, de que esta vez no se me iban a olvidar.

Los recuerdos de Pilar Durán Satorres

Me acuerdo, claro que me acuerdo. La película con la que se inauguró el Florida se llamaba *Los tres caballeros*. La protagonizaban el Pato Donald, un loro brasileño y un gallo mexicano. A Juan Arnau le encantaba el *music hall*, y el espectáculo inaugural de lo que sería, además de un cine, un teatro de variedades no podía estar mejor elegido. Y es que *Los tres caballeros*, que estaba repleta de números de baile espectaculares, casi se podría considerar un *music hall* filmado. En realidad, se podría considerar muchas cosas: era una película de dibujos animados, era una película de viajes, era una comedia… y, por encima de todo, era un éxito clamoroso que causó sensación. Y mi padre, que tenía el cine de la competencia, no podía estar más furioso.

Me dijo que fuera a aquella sesión inaugural para que luego le contara cómo había quedado el cine de su rival por dentro. Él no quería dejarse ver por allí; antes muerto que pisar el local de su enemigo. Yo fui, y en la puerta me encontré a mi novio, el hijo del hombre a quien mi padre no quería ver ni en pintura. Juanito estaba en compañía de los suyos y de su hermano Pepe recibiendo a los clientes. A mí ya me conocían, pero me mantuve a distancia. De hecho, me vio antes Pepe, y me sonrió. No supe cómo tomarme esa sonrisa, así que opté por ignorarle. Cuando vi al fin que Juanito se había percatado de mi presencia, le hice un gesto para indicarle que me siguiera. Nos reunimos en la puerta trasera del cine.

—Buena la habéis organizado —le reproché. No hacía falta añadir nada más, él sabía perfectamente de qué estaba

hablando.

—Lo siento, Pilarín, pero yo no he tenido nada que ver, te lo prometo. Ha sido cosa de mi padre.

—Pero si le has estado ayudando.

—Yo estaba en Grañén atendiendo la fábrica, como siempre. Ya lo sabes.

—Te han visto entrando y saliendo del caserón cuando aún estaba en obras.

—¿Quién me ha visto?

—Cualquiera, Juan, cualquiera. Que esto es un pueblo y enseguida se sabe todo.

Él bajó la cara, avergonzado. Era la primera vez que le pillaba mintiéndome y, si la relación tenía que seguir adelante, esperaba que fuera la última.

—Bueno, sí, alguna vez que otra he hecho algún recado para mi padre —prosiguió Juanito—, pero ¿qué querías que hiciera? Es mi padre.

Me dolía que no me hubiera dicho nada por muy padre suyo que fuera, ya que el mío se había tenido que llevar el disgusto al ver el cartel de la inauguración. La excusa que me había puesto por no haberlo hecho era todavía peor: aparentemente, su padre le obligó a prometer que no diría nada para que no se enterara la competencia y no les diera tiempo de reaccionar. «La competencia», dijo. Así que eso éramos mi familia: la competencia.

También me dolía que Juanito no hubiera tratado de hacer cambiar de idea a su padre. Cuando se lo mencioné, me contestó que a su padre no se le podía hacer cambiar de idea en nada. Más tarde descubriría que eso era verdad, pero en el momento no me pareció más que un nuevo pretexto que me había conducido a una nueva decepción.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer tú y yo?

—Esto no tiene nada que ver con nosotros, Pilarín. Yo te

sigo queriendo igual. Los negocios de nuestros padres son cosa de nuestros padres.

—Ya veremos, Juan. Ya veremos.

—¿Vas a entrar a ver la película?

—Sí, claro, para eso he venido.

—Pensaba que venías a verme a mí —manifestó con cierta decepción.

—Aquí está todo Fraga. Es mejor que hoy me quede a ver la película con mis amigas y tú te quedes con tu familia. El lunes yo volveré a Zaragoza y tú, a Grañén. Ahí seguiremos en contacto, sin nuestras familias de por medio.

—Dime al menos si te gustan mis cartas…

—Me gustan mucho tus cartas. Escribes muy bien. Y a ti, ¿te gustan las mías?

—Me saben a poco. Siempre son tan cortas…

—Bueno, qué le voy a hacer. Yo soy así, concisa.

—Ya, ya…

Volví para reunirme con las amigas con las que había quedado, y Juan supongo que subiría a la sala de proyectores por la puerta de atrás. Nadie nos había visto hablando; así tenía que ser.

Una vez dentro, tomé nota mental de todo lo que vi. El cine era grande, aunque era de una sola planta, no como el Victoria, que por entonces ya tenía dos. La platea estaba construida en plano inclinado, garantizando así una correcta visión desde todos los asientos, que eran muchos: había capacidad para unas mil personas sentadas. Y en cuanto a la película, la verdad es que era muy espectacular. Aquella mezcla de imagen real y dibujos animados era algo insólito en aquel entonces. ¡Y estaba tan bien hecha que daba el pego! Te creías sin problemas que el Pato Donald y sus dos amigos pajarracos interactuaran con las personas de carne y hueso. Y además el sonido era extraordinario. En cuanto volví a casa, se lo expliqué todo a mi

padre, entusiasmada. Y en cuanto me callé vi su cara de extrema preocupación.

—Hoy no ha venido casi nadie al Victoria —dijo nada más acabé con el informe.

—Es que todo el pueblo estaba en el otro cine.

—Ya lo sé. No metas el dedo en la llaga.

—Pero eso es normal, padre: hoy inauguraba, y es la novedad… Ya volverán al Victoria cuando programemos otras películas.

—Ahí es donde vamos a tener el campo de batalla. Si su sala está bien acondicionada, la nuestra también. Si su equipo de proyección y de sonido son buenos, los nuestros también. Lo que nos va a diferenciar son las películas. Nos vamos a tener que pelear por los grandes estrenos.

—Usted siempre ha conseguido lo mejor para su cine.

—Tampoco tenía ningún rival de categoría, hija. Hasta ahora.

«Rival de categoría» era una forma elegante de llamar a Juan Arnau, que en cuanto a los negocios se refiere era como un rinoceronte: cuando cargaba, con el cuerno por delante, no se apartaba por nada ni nadie. Pronto empezó a hacer rifas como un atractivo más para atraer público: antes de la película, los empleados pasaban por las butacas vendiendo unos números que se imprimían en tiras y que daban derecho a participar. El sorteo se efectuaba antes del pase de la segunda película; entonces le entregaban el premio al ganador. Mi padre no quiso rebajarse, pues consideraba que lo que atraía al público era el buen cine y no esos trucos de feria. No podía imaginar ni por un momento el furor que se desataría en el pueblo cuando rifaron una pelota de fútbol firmada por el mismísimo Kubala. ¡Vaya si fue gente al cine entonces!, y no tanto por las películas como por hacerse con el balón. Mi padre se planteó entonces incorporar también la rifa, pero ya iba muy

tarde. Juan Arnau le había pasado la mano por la cara.

Cuando tan solo hacía unos meses que había inaugurado el Florida, empezó a rumorearse que el competidor de nuestra familia pretendía abrir también un salón de baile al aire libre. Las habladurías empezaron cuando le invitaron a un baile que se organizaba en el parador que el señor Sorolla, otro empresario de Fraga, había levantado junto a la Nacional II, allá por donde el Pont Vell. El hotel Sorolla era un edificio blanco, muy grande, con ventanales curvados con vistas a la carretera. En la entrada había una majestuosa escalinata doble, como esas que se ven en algunas mansiones en las películas, y disponía de una bonita terraza donde se celebraban bailes y veladas de boxeo, aunque los bailes parece que no eran gran cosa. El motivo era que la orquesta la componían solo cuatro o cinco músicos, y ni siquiera eran profesionales, sino gente del pueblo que tenía otros oficios. A pesar de eso, el señor Sorolla había organizado un gran baile al aire libre. Para ello, había conseguido un permiso para cerrar la carretera y que esta le sirviera de pista de baile. Sorolla era simpatizante del régimen, claro, si no de toda la vida, al menos de conveniencia, y estaba muy bien relacionado en las altas esferas. Era un tipo cercano y simpático, pero también algo engreído, y conocía a todo el mundo: al gobernador civil, al delegado de Falange Española, al jefe local del Movimiento, al obispo, a Dios y a su madre. ¿De qué si no le iban a dejar cerrar una carretera nacional para organizar allí un bailoteo? La cuestión es que Sorolla había invitado a Juan Arnau al baile, y eso que tenía fama de republicano, no sin razón. Pero también era un empresario muy importante de la zona, alguien con dinero, propiedades y fábricas que daban mucho trabajo en toda la provincia, así que era alguien a quien no se podía ignorar. Además, Arnau fue quien compró al sindicato agrario su antigua fonda, con lo cual ambos se conocían y tenían buena relación. El rival de mi

padre acudió al evento acompañado de su mujer Francisca, y dicen que, cuando Sorolla le enseñó el baile, desde arriba, desde los ventanales que daban a la carretera, que entonces estaba llena de bailarines, dijo: «Esto es un buen negocio». Al oírlo, Sorolla pensó para sí: «Este me joderá», porque ya era bien conocido el empuje que tenía Arnau como emprendedor. Y allí empezó el runrún, que por supuesto también le llegó a mi padre.

Y lo sé porque fui yo quien se lo conté. Si para Juanito éramos la competencia, iba a comportarme como tal. En cuanto me enteré de que el amo del Florida se planteaba ampliar el negocio, corrí a contárselo a papá, aunque temía que la noticia le sentara como un tiro. Pero ocurrió todo lo contrario: no solo no le amargó el día, sino que a partir de ese momento me pareció incluso verlo más enérgico y jovial. Interpreté que ya se le había pasado el resquemor y que por tanto mi relación con Juanito se volvía, de repente, una posibilidad real. Poco me duró la alegría, ya que al rato escuché a mi padre diciéndole a mi madre:

—¡Baile! ¡El *foraster* quiere hacer baile! Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Que Brunito se lo va a tomar fatal? —adivinó ella.

—¡Exacto! Se ganará a un enemigo. ¿Cómo me lo dijiste aquella vez? «No hay enemigo pequeño, y en un sitio como Fraga eso es aún más peligroso».

—Algo así dije, sí.

—Si Arnau quiere montar una pista de baile, ¡que la monte! Ya verá lo pronto que empezará a sufrir misteriosos accidentes que no sabe de dónde vienen. Y mientras él se encuentre ocupado tratando de resolver los problemas que seguro tendrá con el baile, yo voy a conseguir los mejores estrenos y a poner al Victoria en primer lugar. Pobre hombre, se está cavando la tumba sin saberlo…

Me horroricé. Yo que pensaba que las hostilidades habían cesado, y en cambio seguían tan intactas como el primer día. Estaba claro que mi padre no se dejaría pisar tan fácilmente: le iba el honor en ello. Mal pintaba mi futuro con Juanito.

Entretanto, Juan Arnau se dedicaba a confirmar que los rumores eran ciertos y que tenía toda la intención de montar una pista de baile. El sitio donde ubicarla ya estaba claro: el edificio del Cine Florida lindaba con una pequeña senda, en realidad el antiguo camino al pueblo cercano y ya catalán de Massalcoreig, que transitaba al lado del río. Cuando había riada, el agua mordía lo que quedaba de la tierra de la pared del edificio y del *penyasegat*, el acantilado de Santa Ana, que lo rodeaba por la parte posterior. Arnau negoció con la Confederación Hidrográfica del Ebro para ver si le dejaban construir allí un muro de contención. No le dejaron. Pero a tozudo no lo ganaba nadie, y con la ayuda de Torrente, un prestigioso abogado de Huesca al que prácticamente tenía en nómina para sus propios asuntos, acabó saliéndose con la suya, como siempre. Tras mucho porfiar por aquí y por allá, a saber cómo, consiguió el permiso y construyó el muro. Gracias a este, pudo acondicionar el primer gran entoldado en esa parte del solar. El entoldado, que estaba ubicado en el patio adyacente, era pequeño, pero cumplía su función perfectamente y la gente podía bailar sin necesidad de retirar las sillas, como había pasado en el Cine Victoria. El baile, al principio, tenía lugar bajo ese toldo, y parecía algo como improvisado, pero con una gran ventaja: se podía acceder a él si antes habías pagado la entrada para el Cine Florida.

Durante ese tiempo en el que Arnau trabajaba para ampliar su negocio, mi padre siguió esforzándose para no quedarse atrás, centrándose exclusivamente en el cine: compró nuevos proyectores, más modernos, e hizo algunas reformas con lo que igualaba la experiencia del Victoria con la del Florida. Con

todo, la verdadera competición, como ya había augurado, estaba en conseguir las mejores películas. En efecto, se peleaban por los grandes estrenos. Mi padre volvió a viajar mucho a Barcelona para mantener contacto frecuente con el distribuidor y estar muy encima de la recepción de cintas. Volvía cargado de carteles y programas de mano. Y conseguía éxitos: en el Victoria fue donde se vieron *Casablanca*, *Mujercitas* y *¡Ay, Jalisco, no te rajes!* Este último título puede sonar a broma, pero no lo era en absoluto: se trataba de la primera película de Jorge Negrete que llegó a España, y fue un éxito brutal. Con todo, mi padre se frotaba las manos, pendiente del momento en el que Brunito se metiera de lleno en esa guerra y a hacerle de involuntario aliado.

Mi correspondencia con Juanito seguía adelante como si nada, pero ambos sabíamos que, aunque no habláramos del tema, la situación resultaba insostenible. Detrás de las coloridas descripciones de su vida en Grañén (él era sin duda mejor escritor que yo) se ocultaba un sentimiento de desazón que progresivamente se fue haciendo más patente. En mi caso, no se notó demasiado porque mi famosa concisión ya provocaba que las misivas que escribía jamás hubieran sido el paradigma de la alegría, pero en el suyo se notaba que semana a semana iba perdiendo la ilusión y quién sabe si hasta el interés. Y a mí, que amaba a ese chico con desesperación, me dolía en el alma ver cómo lo iba perdiendo a causa de un conflicto que nada tenía que ver con nosotros.

Un año después del entoldado, su padre inauguró la terraza jardín al aire libre, a la que el público del cine podía acceder a través de una puerta, la puerta oeste, una vez acabada la función. Contaba con un aspecto imponente, con su gran pista y el escenario para la orquesta. Pero lo más espectacular en su momento era una bola de espejos colgando sobre la pista, justo en el centro, que se había inventado Juan Arnau con su amigo

del alma el señor Citra, un aventajado mecánico fragatino, y que se hizo legendaria. Era la primera que veía la gente del pueblo, y cuando reflejaba las luces de colores que proyectaban sobre ella, creando así un enjambre de lucecitas que revoloteaban por entre los bailarines en la pista, todo eran «¡ooohs!» y «¡aaahs!». Por lo menos al principio, porque la gente pronto se acostumbró y dejó de prestarle atención. Siempre es así: la maravilla de un día es lo cotidiano del día siguiente. A veces pienso que es una lástima que las personas perdamos tan fácilmente la capacidad de maravillarnos. Aunque, a decir verdad, la bola de espejos a mí me trae malos recuerdos. Me hace pensar en esos días aciagos en que la guerra entre las familias, lejos de amainar, se recrudecía.

Y es que a mi padre, con el paso de los días, se le fue agriando el humor. Brunito hablaba mal de los Arnau donde quiera que fuera, sí, pero, contrariamente a lo que él esperaba, no había hecho ningún amago de intentar boicotear el Florida.

—¡No es justo, Maria, no es justo! —se lamentaba un día mientras recogía vasos en el bar—. A mí Bruno Galicia me martirizó solo por apartar las sillas y poner un poco de música. Y ahora que alguien se mete en el negocio del baile en serio, ¿dónde están los robos de suministro y los camiones de estiércol?

—Hace mucho de todo aquello, Antonio —relativizaba mi madre—. A lo mejor se ha calmado.

—¡Ah, claro! ¡Y tenía que calmarse justo cuando le tocaba meterse con mi rival! ¡No podía calmarse conmigo, no! ¡¡No podía calmarse conmigo!!

Se le cayeron entonces varios vasos al suelo rompiéndose con gran estruendo. Mi madre y yo acudimos de inmediato para recogerlos, pero él rechazó nuestra ayuda alegando que podía solo. Agrupó los cristales rotos en silencio mientras le mirábamos. Me sabe muy mal admitirlo, pero en esos

momentos me dio lástima. Sospecho que a mi madre le pasó lo mismo porque al cabo de unos segundos le dijo:

—Necesitas ayuda, Antonio.

—Te digo que lo puedo recoger solo.

—No me refiero a los vasos —insistió ella—. No sé si te acuerdas de cómo eras cuando abrimos el Victoria. No te alterabas por nada. Estabas convencido de lo que hacías y tirabas adelante sin problemas. Hoy, todo te pone nervioso. No duermes. Te vas a dejar la salud. Así no puedes continuar.

—¿Y qué quieres que haga? Si me relajo, ese *foraster* prepotente nos acabará de comer el terreno.

—Podrías cederle la gestión del cine a alguien de confianza.

Mi padre hizo una pausa antes de continuar. Parecía como si la propuesta le hubiera ofendido, pero tampoco quería contestar mal a mi madre y ofenderla.

—Maria… Lo siento, pero no hay nadie en el mundo que me genere la suficiente confianza como para darle algo tan valioso.

Mi padre volvió a la tarea de limpiar el estropicio, pero mi madre no había dado por terminada la conversación.

—¿Ah, no? ¿Y mi hermano Santiago?

Papá levantó la cabeza. Ese nombre sí había captado su atención.

Y es que si en Fraga había alguien que se había ganado el respeto de absolutamente todo el mundo, ese era mi tío Santiago Satorres, hermano pequeño de mi madre. Hasta tal punto era así, que aunque hacía negocios con todos, nunca firmaba papeles; no le hacía falta. Se sabía que con Santiago Satorres un apretón de manos suponía tanta garantía como un contrato firmado ante un notario, si no más. En resumen, que era un hombre muy serio y muy de fiar, y eso lo diría cualquiera que lo hubiera conocido. Y aunque fuera serio, no era antipático, para nada. Por el contrario, era muy cariñoso; conmigo lo era, por lo menos. Y muy bueno para los negocios.

Le afectó mucho la muerte repentina de su padre Josep, y también la de su abuelo Josepet con apenas un año de diferencia. Enseguida quiso independizarse de su madre y ayudarla a mantener a los hijos que habían quedado a su cargo al enviudar. A los quince años empezó a trabajar en un comercio, pero muy pronto se trasladó a vivir a Zaragoza porque alguien de la fábrica Myrurgia, la de los perfumes, se había fijado en él aquí en Fraga y le ofreció llevar la tienda que se iba a inaugurar en aquella ciudad. Y para allí se fue. Mi abuela le había ofrecido la gestión del café Josepet antes que a mi padre, pero él la rechazó porque ya andaba muy ocupado con su trabajo. Tan ocupado iba, que al poco acabó en Barcelona como director de la central de Myrurgia, y allí le pilló la guerra. Aunque, como la mayoría de los Satorres, era de talante más bien conservador, se vio obligado a alistarse en el ejército republicano; así que, al terminar la guerra, tuvo que exiliarse a Francia. Por un tiempo dejamos de saber de él. Resultó que, como tantos otros españoles exiliados, acabó en un campo de refugiados, muy cerca de Perpiñán. Debió de ser esa una experiencia terrible, pero sobre esa etapa de su vida guardaba un silencio absoluto. No solo es que no sacara nunca el tema, sino que si alguien le preguntaba, tampoco respondía, se limitaba a decir que de eso no le gustaba hablar, de forma que no sé nada de esa época. Lo único que sé es que, un buen día, ya acabada la guerra en Europa, mi padre recibió una llamada suya desde Francia: el tío Santiago quería volver a España, pero tenía miedo de que lo detuvieran al cruzar la frontera, que esas cosas pasaban. Mi padre estaba en buenas relaciones con personalidades locales del régimen, así que tiró de unos cuantos hilos, pidió unos cuantos favores y consiguió repatriarlo.

De vuelta en España, Santiago Satorres pronto rehízo su carrera en el mundo de los negocios: formó una sociedad para

explotar unas minas en Mequinenza. Y siempre le estuvo muy agradecido a mi padre. De hecho, aunque vivía en Barcelona, venía mucho por Fraga. Por lo menos una vez cada dos semanas, para revisar el negocio de las minas y visitar a su madre. Cuando estaba aquí se alojaba, con la tía Magdalena —la de ca el Boiro—, su mujer, en una gran casona de la calle del Barranco, donde tenían criadas vestidas con uniforme y cofia, como las familias de postín de Barcelona. Y solía visitarnos en el bar Victoria: recuerdo lo mucho que me alegraba yo cuando veía su magnífico SEAT 1400 negro aparcado frente a la puerta del bar. «¡El tío Santiago ha llegado!», solía gritar. Como ya he dicho, era muy cariñoso conmigo, y yo le quería mucho. Siempre iba impecablemente vestido, con su traje recién planchado, su gorra inglesa, y fumando esos cigarrillos Chesterfield que conseguía de contrabando en las Ramblas de Barcelona, porque por aquí, entonces, no se vendía tabaco rubio americano; estaba prohibido. En cambio, en algunas paradas de las Ramblas, entre flores, loros y monos, sí los vendían, a escondidas. Se los suministraban los marines estadounidenses de la Sexta Flota cuando sus barcos atracaban en el puerto de la ciudad y se paseaban, Ramblas arriba, Ramblas abajo, en busca de prostitutas.

El tío Santiago acostumbraba a sentarse en la pequeña terraza del bar Victoria, donde mantenía largas tertulias con sus hermanos y con mi padre. Le gustaba mucho el vermú que hacía mi padre. En aquella época eso era muy común, todos los bares que se preciaran tenían vermú «de la casa», de elaboración propia, al igual que sifones, gaseosas y, en verano, horchata, helado de leche merengada y granizados de café y de limón. Todo esto lo hacía mi padre en un obrador que tenía en el sótano del Victoria. Era una costumbre lo de hacer el vermú en casa, que se ha perdido bastante y es una pena. En cualquier caso, ese día el tío Santiago se sentó en la terraza del Victoria,

como siempre. Pero ahí se acababan las similitudes con los otros días, puesto que la conversación iba a seguir derroteros muy distintos. En cuanto se disponía a degustar el vermú con el que tanto disfrutaba, mi padre le soltó la bomba. Mi tío se sorprendió tanto que dejó el vaso en la mesa sin haberle dado un sorbo siquiera.

—¿Encargarme del cine? ¿Yo?

—Es un buen negocio —prosiguió papá enseñando su cara más persuasiva—. No lo es tanto desde que existe el maldito Florida, es cierto, pero igualmente da beneficios.

—Sí, no digo que no sea bueno, pero yo ya tengo mi trabajo en las minas.

—Bueno, lo puedes compatibilizar.

—Sí, podría, supongo, aunque implicaría para mí un gran sacrificio.

El tío Santiago no parecía entusiasmado precisamente. Mi padre no se rindió.

—No es tanto trabajo como parece.

—¿Y por qué no sigues haciéndolo tú?

—No sé… Pensaba que el cambio de gestión le podría dar un impulso al negocio.

El tío Santiago miró a papá como si parte de la historia no le acabara de cuadrar.

—Antonio, ¿estás bien?

En ese momento mi padre le podría haber hablado de los disgustos, de las noches en vela, de lo poco y mal que comía aquellos días, de lo irritable que se encontraba, de que saltaba ante cualquier pequeño contratiempo y de que todo se había convertido en un infierno desde que ese temible competidor había llegado a su vida. En lugar de eso, optó por contestar:

—Sí, sí. Perfectamente.

Y ninguno de los dos volvió a mencionar la propuesta.

Al año siguiente, al ver que se trataba de un buen negocio, y para cubrir la fría temporada de invierno, Juan Arnau inauguró allá para las fiestas del Pilar el gran salón Florida interior. Lo habían construido con madera, cañizo y chatarra de cuando la guerra. Como mano de obra, emplearon a los trabajadores de la Industrial Harinera y Aceitera. De hecho, el cine y la fábrica compartieron trabajadores durante mucho tiempo: acababan su jornada en la fábrica por la tarde y se iban a trabajar al cine. Cuando hacía demasiado frío como para bailar en la terraza jardín, o cuando llovía, el baile se llevaba al interior, al gran salón Florida, que tenía, más o menos, la misma distribución.

En aquella Fraga tan antigua y tradicional, en los negocios mandaban los hombres, pero en los hogares, de puertas adentro, el poder era del matriarcado. Las madres se encargaban, entre otras cosas, de buscar marido a sus hijas. En el baile, las vigilaban desde lejos, y a veces se turnaban para vigilar a las de las vecinas. Deducían si había posibilidad de noviazgo o no según cómo bailaban las parejas, y lo comentaban en conciliábulo, desde la esquina de la sala de baile en la que se reunían. Todo esto era demasiado ancestral y anticuado para el liberal de Juan Arnau, quien, a pesar de que acababa de abrir esa nueva parte del negocio, ya soñaba con mejorarla. De hecho, repetía a todo aquel que quisiera escucharle: «Un día voy a traer a la orquesta de Xavier Cugat».

Mientras tanto, entre el fuego cruzado de los dos patriarcas, Juanito y yo seguíamos con nuestro noviazgo como podíamos. Que aún era por carta, porque él estaba muy ocupado en Grañén con la Carmelita, que por suerte no era ninguna muchacha, sino el nombre que tenía la fábrica de harinas que dirigía, llamada así en honor a Antolina y Carmen, las hermanas gemelas de Juanito. En cualquier caso, sus textos cada vez eran más lánguidos, más pesimistas. Era como si una nube oscura nos fuera cubriendo. El siguiente fin de semana los

dos coincidíamos en Fraga, y era urgente que nos viéramos y habláramos cara a cara para evitar que todo se fuera al garete. Sin embargo no podíamos hacerlo en público, así que nos reunimos en un lugar apartado sin viviendas, al otro lado del río. En cuanto le vi aparecer, entendí que la nube negra no se había quedado en el papel de las cartas, sino que Juanito la llevaba encima. Ni siquiera sonrió al verme.

—Pilar, he estado pensando —fue prácticamente lo primero que me dijo.

—Me alegro de verte, eh —le interrumpí tratando de distender un poco el momento. Y no era mentira, me alegraba de verle. Le había echado muchísimo de menos.

—¿Eh? Sí, yo también me alegro. —Eso dijo, pero su rostro seguía estando igual de sombrío—. La cuestión es que ya llevamos más de dos años saliendo, pero no me has ni presentado a tus padres.

—Lo siento, Juan —ahí me puse seria yo—, pero ya sabes que no puedo. La situación sería violentísima.

—Sí, si no te lo reprocho, yo tampoco puedo presentarte a los míos por lo mismo. Pero entonces me pregunto: ¿qué estamos haciendo?

—Nos estamos carteando. De todas formas, estás en Grañén.

—Ahora sí. Pero ¿qué pasará cuando vuelva? ¿Nos tendremos que seguir viendo a escondidas?

—Bueno…

Me habría gustado poderle decir que para entonces la situación ya se habría resuelto, pero no había nada que hiciera pensar que en un año, o en cinco, o en cincuenta la guerra entre los Arnau y los Durán hubiera terminado.

Él siguió hablando:

—Ayer le estuve dando muchas vueltas, y lo hablé con mi hermano Pepe, y… —Hizo una pequeña pausa; fueron tres segundos de angustia, aunque lo peor no había hecho más que

empezar—. Pilar, yo creo que es mejor que no te escriba más.

—¡Pero a mí me gustan mucho tus cartas! —protesté; de ningún modo quería que llegara el momento que acababa de ocurrir.

—Y a mí las tuyas, aunque seas concisa. —Y se rio un poquito. Por primera vez, un rayo de esperanza, pequeño, pero al menos veía que Juanito no había perdido la capacidad de sonreír. Sin embargo, borró esa pequeña huella de alegría del rostro al añadir a continuación—: Lo siento. Es mejor así.

Tras decir esto, dio un par de pasos hacia atrás y se giró. ¿Eso era todo? No, no me podía creer que se terminara así. Tenía que hacer algo. Cuando estaba a punto de desaparecer de mi vista, lo llamé:

—¡Juan!

Se giró. Me miró. Y encontré el valor para decirle por primera vez lo que hacía tiempo que deseaba confesarle:

—Te quiero.

Y él siguió mirándome, esbozó una sonrisa triste y repuso:

—Y yo también, Pilarín. Yo también.

Y se fue.

Llegué a mi casa llorando. En un principio, mi padre no me hizo demasiado caso, ocupado como estaba con el bar y el cine. Debió de pensar que me había ocurrido alguna chiquillada y que ya se me pasaría. Pero cuando al cabo de una semana no solo no se me había pasado, sino que lloraba más y más, en cualquier situación y por todo, el hombre empezó a preocuparse. Yo no le había querido decir de qué se trataba, por supuesto, pero llegó un momento en el que no pude ocultarlo más.

—¡Bueno, ya está bien! —gritó él tras conocer toda la historia, indignado.

—Lo siento mucho, padre. No tendría que haberme enamorado de ese chico, ya lo sé, pero no pude evitarlo. Sus

cartas son tan bonitas… —Y, al recordarlas, lloré de nuevo.

—No, la culpa no es tuya, claro que no. Estoy enfadado con el prepotente de su padre.

—¿Solo con él? —Me sequé las lágrimas, un poco incrédula.

—Por supuesto. No hay derecho lo que está haciendo. Pero esto se va a acabar hoy mismo.

Y, determinado, le pidió a mi madre que le cubriera en el bar y se fue dando un portazo.

Juan Arnau se encontraba en el piso de molinos de su fábrica revisando y moldeando personalmente los surcos de los cilindros Robison. Toda la paciencia que no tenía con los números —detestaba revisar la contabilidad, y era su mujer Francisca quien lo hacía— la tenía en estos otros menesteres. Mi padre entró sin esperar siquiera a que le anunciasen. Arnau levantó la vista al oír el revuelo, pero al ver de quién se trataba, volvió a bajarla y a concentrarse en su tarea.

—Vaya… ¿Hoy no trae una botella de licor? —se limitó a decir.

Papá fue directo al grano:

—Mi hija Pilar y su hijo Juan son novios.

Juan Arnau alzó la cabeza, escéptico.

—Ah, entiendo. Bueno, novios, lo que se dice novios, no sé si lo son. Alguna vez se han carteado, eso sí me consta. Pero de ahí a ser novios…

—Señor Arnau, por favor. Hace un par de años que se intercambian correspondencia. Usted tiene que saberlo. ¿O es que se opone a esa relación?

—No, no me opongo. Su hija parece una muchacha formal y agradable. Y me merece todo el respeto —dijo con la vista de nuevo hundida en ese mar de metal.

—¿Se opondría a una boda entre ellos, llegado el caso?

En este punto, según me dijo mi padre tiempo después, Juan Arnau empezó a carraspear y a mover los pies, sin

responder de inmediato. Bien se veía que era consciente de que la conversación le estaba metiendo en territorio pantanoso. Al fin apartó aquellos cachivaches y miró a mi padre a los ojos.

—No, no me opondría —contestó—. Pero decidirlo es cosa de ellos dos. Yo no creo en eso de que los matrimonios deban ser arreglados por ambas familias.

Mi padre contaba por fin con su atención. Y lo aprovechó.

—Yo tampoco, eso es cosa del pasado. Y le creo: me consta que usted se fugó con su mujer para poder casarse con ella.

Juan Arnau tardó de nuevo en ofrecer una respuesta. En ese caso, tal vez la pausa no venía motivada por la indecisión, como antes, sino por la irritación ante una afirmación que muchos habrían podido interpretar —incluso él también— como un golpe bajo.

—No es ningún secreto, aunque de eso hace ya mucho tiempo —dijo al fin.

—Bien. —Aquí fue mi padre quien se tomó el tiempo necesario para continuar—. En ese caso, puesto que ha vivido una situación muy similar, comprenderá usted perfectamente…

—Ya le he dicho que no me opongo —le cortó Arnau, impaciente—. ¿Qué más necesita?

—Bueno, vamos a ser familia…

—¿Qué quiere? ¿Un acuerdo de negocios? No va a haber tal acuerdo, señor Durán.

Mi padre notó que se le escapaban los nervios por primera vez desde que había llegado.

—Pero ¿no ve que así no se puede celebrar ninguna boda?

—Un acuerdo implicaría tener que entendernos para repartirnos los estrenos, las fechas y esas cosas, y, sinceramente, una sociedad entre usted y yo no funcionaría. Sería como un corral con dos gallos.

—Hágalo por su hijo.

Arnau miró a mi padre, casi con desprecio.

—Yo a mi hijo no le prohíbo casarse, si eso es lo que desea.

—Pero aunque no se lo prohíba…

—Señor Durán, por favor, un poco de dignidad. Los negocios son los negocios.

Yo había esperado con ilusión el regreso de mi padre, pero apareció echando sapos y culebras por la boca. Nunca le había visto así. Era evidente que la reunión no había ido como todos deseábamos, y diría que eso me habría hecho llorar de nuevo, pero no fue el caso. En el fondo, lo esperaba. Recordaba como si fuera ahora el momento en que Juanito me había dicho que a su padre no se le podía hacer cambiar de opinión, cuando yo no le había creído y me había enfadado con él por no querer ayudarme. Y entendía ahora que no era una excusa, sino un hecho. No había nada que hacer. Estaba triste aún, pero empezaba a asumir que nuestra relación simplemente no podía ser.

Y en esas estábamos cuando un día vino el tío Santiago a tomarse un vermú. Quizá esto resulte totalmente anecdótico en la historia que estoy contando, pero nada más lejos de la realidad. Es decir, el detalle del vermú sí que carece de toda importancia, pero no el hecho de que viniera al bar, porque transformó por completo la situación. Ya debí de olerme que algo pasaba cuando me saludó con un entusiasmo impropio de su persona.

—¡Pilarín! ¿Cómo estás?

—Bien —mentí. Pero ¿qué tenía que decirle? ¿Que sufría mal de amores? Yo le quería mucho, sí, pero no hablaba con él de novios.

—¿Seguro que estás bien? —insistió él, que parecía que ya supiera la respuesta.

Yo, sin embargo, me mantuve firme:

—Sí. ¿Por?

—Por nada. Porque puede que dentro de poco estés mejor.

En ese momento pensé que se le había ido la cabeza y fui a buscar a mi padre. Mi tío fue a sentarse a la mesa que acostumbraba a ocupar, y allí lo encontró papá.

—¡Santiago! ¿Un vermutito?

—Sí, pero antes siéntate un momento. Hay algo más importante que quiero tratar contigo.

—¿Más importante que el vermú? ¡Me estás asustando! —bromeó mi padre.

—Voy a gestionar el Cine Victoria —anunció el tío Santiago con aplomo.

—¡Ah, te lo has replanteado! —Eso redobló la alegría de papá—. Pues te lo agradezco, Santiago, porque empiezo a estar harto de la competencia con el Cine Florida de las narices.

—No me lo he replanteado, es un nuevo plan. Distinto al tuyo.

—Ah. ¿Distinto en qué?

—En que también voy a gestionar el Florida.

Y en ese momento mi padre dejó de reírse y comenzó a sospechar, igual que yo, que al tío Santiago se le había ido la cabeza.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad. El plan, de hecho, ni siquiera era suyo, sino de Pepe, el hermano de Juanito. El otro hijo de nuestro rival, vaya. Según parecía, no podía seguir viendo sufrir a su hermano, así que resolvió arreglarlo de una vez por todas. Pepe no conocía a Santiago Satorres personalmente, pero sí de oídas, ya que, además de ser una persona respetada en toda la población, los Arnau también tenían intereses en las minas de carbón de Mequinenza, y el tío Santiago les hacía de corredor de ventas en Barcelona. Pepe fue a visitarlo a su despacho y parece que mi tío le recibió con curiosidad. Como él solo venía a Fraga de vez en cuando y no estaba al tanto del día al día del pueblo, Pepe se lo contó todo. Incluido que Juanito y yo habíamos dejado la relación por

culpa de la guerra entre nuestras familias. Santiago, que no tenía ni idea de nada, se mostró muy disgustado, pero declaró con desánimo que no sabía de qué manera podía ayudar él. Pepe, en cambio, sí lo sabía. A mi tío la solución de gestionar él ambos negocios pagando un alquiler tanto a su cuñado Antonio como a Juan Arnau le pareció brillante. Era cierto que se había negado a aceptar encargarse del Victoria alegando que le supondría mucho trabajo, pero entonces no sabía que estaba en juego la felicidad de su sobrina favorita, perdón por la inmodestia. Y si salvar mi noviazgo implicaba echarle algunas horas más a los negocios, bienvenidas fueran. Él también era mi tío favorito, y acababa de hacer méritos para seguir siéndolo durante al menos un millón de años.

Sin embargo, aún no podía cantar victoria. Faltaba que Juan Arnau accediera, y viendo los precedentes, no parecía tarea fácil o, directamente, posible. Por el contrario, mi tío estaba convencido de que diría que sí. Cuando intenté objetarle que se había negado a colaborar varias veces, él no le dio importancia.

—Ese hombre no quiere aceptar un pacto del que considera su rival directo y no quiere perder autoridad ante sus hijos. Eso puedo entenderlo —dijo—. Pero si el que le propone el pacto es una tercera parte, se avendrá a razones.

—Pero él no escucha a nadie. No me quiero hacer ilusiones —respondí yo.

—Pepe Arnau me ha contado muchas cosas de su padre y sé cómo convencerlo. Puedes hacerte todas las ilusiones que quieras, que esto termina en boda.

Jamás había visto al tío Santiago tan convencido de algo. Él lo veía tan claro que empecé a verlo claro yo también.

Juan Arnau y Santiago Satorres tampoco se conocían personalmente, a pesar de los tratos comerciales que tenían. Mi tío pidió visitarle urgentemente y Arnau consintió tener una

reunión con él, allí mismo, en las oficinas de su fábrica de harinas. No se pudo negar porque tenían relaciones de negocios juntos y porque, como he dicho, Santiago era muy respetado por todo el mundo, y eso incluía a Juan Arnau Cabasés.

—Su hijo Pepe me hizo una visita —empezó mi tío sorprendiendo a Arnau casi en la primera réplica.

—¿Ah, sí?

Con ese preámbulo, Santiago ya había captado todo su interés, y con lo siguiente lo captaría todavía más:

—Se llama José María Arnau, como el que fue alcalde de Aitona cuando la República, ¿verdad?

—Era mi hermano.

—Sí, lo sé. De su hermano se cuenta que, durante la guerra, la nuestra, después de que los nacionales ocuparan Aitona, atravesó la línea del frente por el río Segre y que lo atravesó de noche para destruir todos los documentos que demostrarían que era poco menos que un comunista.

—Mi hermano no era comunista, nunca lo fue, señor Satorres. La mayor relación que tuvo con ellos, cuando era alcalde, fue permitirles hacer un mitin en la plaza del pueblo. Pero eso se lo autorizaba a todos los partidos políticos, no solo al comunista. Es cierto que era buen nadador, y un gran personaje también, pero lo otro que le atribuyen es totalmente falso.

El tío Santiago sonrió.

—¿Se da cuenta? A la gente le gusta mucho hablar, pero la mayoría de las veces no tienen ni idea de lo que dicen.

—Pues no está mal visto… no, señor. —Arnau sonrió también. Parecía que mi tío le caía bien.

—Es igual que lo que dicen de usted.

—¿Qué dicen de mí? —Ahora ya no sonreía tanto, eso le había molestado un poco, y Santiago se percató.

—Que usted jamás aceptaría cerrar un pacto para ceder el

control de su cine a pesar de que no hacerlo tendría un impacto terrible en sus negocios.

—¿Un impacto terrible?

—Dígamelo usted. Juan es el heredero, y está enamorado de mi sobrina Pilar. Si casarse les resulta un problema, a saber qué pasará el día de mañana con todo lo que gestiona usted.

—¿Qué quiere que pase? Juan encontrará a otra chica.

—O no. O se fugará para casarse con su amada, que en su familia tampoco sería la primera vez.

Juan Arnau Cabasés se ruborizó. Santiago Satorres hizo como que no lo veía y prosiguió con su argumentación:

—Imagine que se va y un día reclama lo que como *hereu* le pertenece. ¿Qué pasará con todo lo que usted está construyendo?

Arnau no dijo nada, más asustado de lo que quería admitir por las palabras de Santiago. Juanito, por supuesto, no tenía ninguna intención de fugarse conmigo ahora que habíamos dejado la relación. Pero su padre no sabía eso, y el miedo por las consecuencias de seguir adelante con la competencia feroz con mi familia empezó a ser cada vez más real. Mi tío intuyó que había mordido el anzuelo, pero faltaba ponerle la guinda:

—La gente habla sin saber. Porque, por mucho que digan que usted jamás aceptaría un pacto, si una persona de su plena confianza le propusiera reunir ambos cines en una misma sociedad y que ambas familias se repartieran a partes iguales los beneficios, yo sé que usted lo aceptaría. De esta manera dejarían de hacerse la competencia, nadie perdería dinero y tendríamos una boda que, desengañémonos, todos estamos deseando. Y así podría usted dedicarse más al tema del baile, a organizar los espectáculos de variedades para la Fiesta Mayor del Pilar y para la Feria de San Bartolomé, que me ha dicho un pajarito que lo de organizar jolgorios le entusiasma todavía más que lo de las películas.

Juan Arnau Cabasés, que ante todo era un hombre muy razonable, no pudo por menos que decir:

—Tiene usted razón. La gente habla sin saber.

Y para dejar bien claro que aceptaba el pacto y que habría boda, Juan Arnau le dio la mano a Santiago Satorres, cosa que, como todo el mundo sabía, suponía tanta garantía o más que un contrato firmado ante notario.

Así fue como mi tío Santiago se convirtió en administrador de ambos cines, que en el pueblo pronto pasaron a llamarse «Lo Cine de Dalt» y «Lo Cine de Baix». Y los cines prosperaron, porque cuando el tío Santiago se metía en un negocio, lo hacía a conciencia. Comenzó a visitar el restaurante Los Caracoles, en el Gótico de Barcelona, como en otros tiempos había hecho mi padre, y también como él se hizo amigo de Bofarull, el dueño. Allí se reunía con los gerentes de las grandes distribuidoras, y como mi padre, allí les arrancaba acuerdos ventajosos mediante convites y, probablemente, algún que otro pequeño soborno. El pacto resultó ser un bueno para las dos partes, y mi padre y el que estaba llamado a ser mi suegro hicieron las paces. Y muy pronto yo empecé a recibir de nuevo esas cartas que tanto me gustaban. El tío Santiago estaba en lo cierto: nuestra historia iba a terminar en boda.

El 19 de abril de 1952, las dos familias quedaron unidas en una sola. Nuestra boda se celebró en la parroquia de San Pedro. Mi padre ejerció de padrino por mi parte, y por la otra lo hizo Francisca, la madre de Juanito, quien, por cierto, ese día estaba más atractivo que nunca y me parecía el hombre más guapo del mundo. Salimos de la iglesia bajo una lluvia de peladillas y monedas de peseta. Sí, tiraron monedas de peseta junto con las peladillas para que los chiquillos pudieran comprar chucherías en los dos quioscos del pueblo. Cosas del Arnau padre, que

pronto sería el Arnau abuelo y tendría con sus nietos la misma clase de atenciones. El convite fue de los que marcaron época porque mi suegro, que era quien lo había organizado con ayuda de Pepe, que para eso también valía lo suyo, había invitado a todo Fraga. Pero a todo todo. Y, claro, con tanta gente a la que agasajar, resultó que en toda la villa no había un lugar tan grande como para albergarlos. Quien dice en toda la villa, dice en toda la comarca. Pero eso no los amilanó, hombres de recursos como eran. Y, pensando en cómo arreglar el problema, dieron con una originalísima solución.

En Huesca estaba el mejor restaurante de toda la provincia, el Sauras. Allí servían un plato que se hizo famoso en toda España, el ternasco de Aragón. Mi futuro suegro convenció al dueño para que sirviera el banquete de bodas en Fraga, que estaba a cien kilómetros. Por aquel entonces había muy pocos automóviles aún, las carreteras estaban sin asfaltar en su mayoría, y no había ni neveras portátiles, ni congeladores transportables, ni cocinas móviles, ni nada que sirviera para conservar los alimentos; pero se las apañaron. ¿Y cuál fue finalmente el lugar donde celebraron el convite? Pues no podía ser otro que el Ball, el gran salón de baile Florida, del que tan orgulloso estaba mi suegro Juan.

Así que la comitiva de la boda, con Juanito y conmigo al frente, se dirigió, bajando la cuesta del Segoñé, hacia el salón del banquete, donde el Sauras había transportado gran parte de sus instalaciones de Huesca: cocinas, mesas, sillas… Absolutamente todo lo necesario. Lo habían instalado en el ambigú del salón, justo entrando a la izquierda, lo que dejaba el paso libre a la pista de baile. Al fondo estaba el escenario para la orquesta. Por encima de la pista de baile y las largas mesas donde se iban a servir las viandas, colgaba la enorme y famosa bola de espejos del Florida, que ese día cedió el protagonismo a los dos novios. En el convite estaba toda la

sociedad fragatina y oscense mezclándose en perfecta armonía con aquellos *forasters* de Aitona. Después de lo mal que lo habíamos pasado, ya estaba bien que algo saliera a las mil maravillas. Ya habría motivos por los que preocuparse, y para preocuparse mucho, puesto que ese mismo lugar donde bailábamos pronto sufriría un terrible accidente (aunque tal vez no era esa la forma de llamarlo). Pero en ese momento todo estaba bien y mi marido era el hombre más apuesto del mundo y bailamos, bailamos, bailamos sin parar.

Al día siguiente, Juanito y yo partimos de viaje de novios. Primero a Barcelona, donde pasamos una semana esperando los papeles que justificaban que él había quedado exento del servicio militar debido a su trabajo en las minas. Sin ese documento no podía salir de España, así que hasta que no llegó no pudimos reservar coche cama en el tren que iba a París, vía Toulouse. Durante aquella semana, el pobre se impacientó bastante.

—¡Maldita burocracia! ¡Malditos burócratas! ¡Pandilla de vagos! —rezongaba mientras le daba caladas nerviosas al cigarrillo Chesterfield sin filtro que siempre fumaba.

Aprovechamos aquella semana de espera para visitar la ciudad. Paseamos por el Paralelo, que era un no parar de personas arriba y abajo. En una sola calle, a cualquier hora, había más gente pululando de la que cabe en todo Fraga. Y, desde luego, más teatros y cafés de los que jamás hubiésemos imaginado. Mi marido se extasiaba contemplando los anuncios de colores de los cabarés: el Colsada, el Arnau, el Apolo y, sobre todo, el más famoso, El Molino. A él también le había picado el gusanillo del espectáculo, como a su padre. Cada noche íbamos a alguna función.

—Ya que los malditos burócratas me tienen aquí atascado, bien puedo aprovechar la ocasión para ver orquestas, películas y revistas —dijo—. Y si encontramos algo interesante, siempre

nos lo podemos llevar a Fraga.

—O sea, que lo de la burocracia al final no va a ser tan malo —repuse yo.

—¡Pilar, eso no lo digas ni en broma! —vociferó recuperando la indignación.

Por fin, pasada una semana, llegaron los papeles, y por fin pudimos irnos a Francia. Juanito tenía muchas ganas, no hacía más que hablar de la libertad y la democracia que se respiraban en Europa.

—No como aquí, que estamos bajo la bota de los militares y la sotana de los curas. Y ahogados en la maldita burocracia.

Cuando se ponía así, yo le decía que se callara porque nunca sabías quién podía estar escuchando. Y la verdad es que por aquel entonces no éramos tan conscientes de ello, pero durante la dictadura de Franco, sobre todo al principio, se vivía con cierto miedo. Miedo al qué dirán, miedo a expresar en voz alta lo que pensabas y miedo a hablar en general. En cuanto cruzamos la frontera, ambos respiramos.

En Toulouse, tras visitar a unos parientes que allí vivían, tomamos el tren rumbo a París, que era el verdadero destino de nuestro viaje de novios. Allí, cómo no, mi esposo también se empeñó en recorrer cuantos cabarés y salones de baile se nos ponían a tiro. Visitamos el famoso Moulin Rouge, el original, que a mí me causó mucha impresión, mucha más que su hermano pequeño de Barcelona, y el Folies Bergère. Estuvimos igualmente en la sala Bataclan y en el teatro Olympia. Todos los locales tenían en común que ofrecían festivales de luz y de color que te dejaban con la boca abierta. Y también que en todos había mujeres semidesnudas, cosa que particularmente no me hacía demasiada ilusión. Juanito me decía que él se fijaba mucho en todas esas representaciones mientras tomaba notas en su cabeza que le servirían para contratar las mejores revistas para nuestro Teatro al volver a Fraga. En cualquier

caso, París en los años cincuenta era mucho más que la capital de Francia; era la capital mundial del espectáculo.

Una mañana, Juanito se levantó y me dijo que, para ese día, me tenía reservada una pequeña sorpresa. Como yo sabía perfectamente que él era de hacer las cosas a lo grande, estaba segura de que, se tratara de lo que se tratara, pequeña no iba a ser. Y más cuando, según me confesó, ya lo tenía todo orquestado desde antes de irnos de viaje.

Yo empecé a fantasear:

—¿Es pasarnos el día en barco por el Sena?

—¿Para qué? Con lo sucio que está ese río.

En cuanto abandonamos el hotel, lo volví a intentar:

—¿Es comer en lo alto de la torre Eiffel?

—¿Llenarnos la panza tan arriba? No, que aún se nos cortaría la digestión.

Fuimos a la estación de trenes, y ahí hice un tercer intento:

—Un paseo en globo.

—Pero ¿qué te pasa hoy con las alturas?

Así que tampoco era eso. Pues ¿qué? ¿Qué se podía hacer en esa ciudad? ¿O tal vez en sus alrededores? Mientras el tren pasaba campos y más campos a toda velocidad, tuve una fuerte intuición. O no, más que eso, tuve la certeza de dónde íbamos a pasar el día.

—¡El Palacio de Versalles! —grité con entusiasmo. Y no era para menos porque imaginarme deambulando por las mismas habitaciones donde habían vivido algunos de los reyes más importantes de la historia me hacía una ilusión especial.

—¿El palacio de qué? —fue la respuesta de Juanito.

Versalles, descartado también. Andaba perdidísima.

—Entonces ¿de qué se trata? —le interrogué directamente, con impaciencia.

—Solo te puedo decir que vamos a ver el mejor espectáculo del mundo.

—¿Un espectáculo mejor que los del Bataclan? ¿Que los del Olympia? ¿Hasta que los del Moulin Rouge?

—Mucho mejor que todos esos, sí. La música que dicen que suena allí es algo único.

—¿Y está tan lejos de París? ¿Cómo puede ser?

—Paciencia, Pilar, paciencia.

Me callé y miré por la ventanilla tratando de imaginar las fantásticas y exóticas melodías que, pensaba, tenían que aguardarnos en nuestro destino.

Bajamos en una estación de provincias y aún tuvimos que andar unos cuantos minutos. Yo estaba atenta a cualquier edificio y a cualquier persona que nos cruzáramos para intentar entender cuál era la dichosa sorpresa, pero nada me daba ninguna pista. Cuando llegamos a la entrada de una gran casa en medio del campo, Juan asomó la cabeza por la puerta y anunció que habíamos llegado. No me lo decía a mí, sino a una mujer que salió al poco diciendo en un más que correcto español que era nuestra guía.

—¿Nuestra guía de qué? —pregunté yo, casi con desprecio, intentando que la señora francesa no me oyera.

—¿De qué va a ser? —repreguntó Juanito, como si la mía fuera la pregunta más tonta del mundo.

Miré a mi alrededor, pero allí no había nada.

—¿De los molinos? —me aventuré.

—¡De los molinos, claro!

Lo entendí al fin. Se trataba de visitar durante todo un día los Grandes Molinos de París, la industria harinera más importante y reconocida a nivel mundial. Mi marido había sabido de ella por las revistas especializadas y no quería dejar pasar la ocasión para conocer de primera mano aquel gigantesco ingenio industrial. Podía ver que era una excursión que a Juanito le entusiasmaba porque eso era como lo de su trabajo en Grañén, pero a lo grande. Sin embargo, a mí eso me

daba completamente igual.

—¿Nos disculpa un momento, por favor? —dije dirigiéndome a nuestra guía, más como una orden que como una pregunta. La mujer no pudo negarse.

Fui con Juan hasta un lugar apartado y ahí ya me desahogué:

—¡Me has engañado! ¡Se supone que esto tenía que ser una sorpresa romántica!

—¿Yo dije que iba a ser romántica?

—A lo mejor no con estas palabras, pero… ¡el mejor espectáculo del mundo! ¡Eso sí me lo has dicho!

—Y lo es.

—¡Juan, por favor, no me tomes por tonta! ¿Y la música? ¿Dónde está la música?

—Calla un momento.

—¡Encima! ¡Encima me haces callar!

—No es eso. Calla un momento, en serio, confía en mí.

Cerré la boca a regañadientes, y entonces la oí: la música. Centenares de metros lineales de rodillos de acero haciendo ruido todos a la vez en una gran obra sinfónica industrial. Probablemente no todo el mundo podía escucharla, pero para los que sí eran capaces de hacerlo, como Juan, esa era en efecto la mejor música del mundo. La grandiosidad del entorno a campo abierto ayudaba también a conferirle esa sensación de experiencia mágica y única.

De repente, Juan se puso a bailar.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¡Que te van a ver! —dije de inmediato tratando sin éxito de hacerle desistir.

—Tú también oyes la música, ¿verdad?

—Sí, pero…

—¿Y para qué sirve la música, si no es para bailar?

Tardé todavía unos segundos, pero me sumé a él. No descarto que la francesa nos viera y pensara que estábamos

chiflados, pero ¿acaso importaba? ¿Más allá de los Pirineos no estaba la tan ansiada libertad? Pues la aprovechamos y bailamos. Sí, al fin y al cabo resultó ser un plan bastante romántico.

Cuando finalmente volvimos del viaje de novios, acordamos instalarnos con mis padres en la misma casa que había construido mi bisabuelo Josepet, y que en su día había albergado el famoso casino. Allí donde habían nacido todos sus hijos y también mi madre y todos sus hermanos. Y donde, años más tarde, nacerían mis hijos Juanito y Maria Pilar. Decidimos instalarnos aquí por varios motivos, pero uno de ellos, y no el menos importante, es que yo no quería separarme de mi querido Cine Victoria. Desde mi habitación, a pocos metros, estaba la puerta que daba acceso a su cabina de proyección. ¡Cuántas veces no me habría escapado por esa puerta para ver a escondidas aquellas cintas que quedarían siempre grabadas en mi memoria y que aún tanto recuerdo! Pasé toda mi infancia y mi juventud rodeada de rollos de celuloide, de grandes películas protagonizadas por los mejores artistas de Hollywood y por increíbles historias de amores y desamores que en ellas se representaban. El cine, en fin, se convirtió en mi principal inspiración y también en mi mejor distracción y divertimento. Eso marcaría mi carácter para siempre. Aunque debo decir, para ser sincera, que en aquellos años no nos preocupábamos gran cosa de los cines, porque para eso los llevaba el tío Santiago, y los llevaba muy bien. En el Cine Florida hicieron instalar un sistema de refrigeración que aprovechaba los conductos de ventilación de la sala. Antes de cada función, llegaba el carro de reparto de la fábrica de hielo del señor Perdix, cargado hasta arriba, y metían las barras de hielo, que eran unos lingotes enormes, dentro de los tubos de ventilación.

Al extremo de dichos tubos, mi suegro Juan había hecho instalar unos ventiladores muy grandes y también muy potentes. Cuando los ponían en marcha, el aire que salía por los tubos se había enfriado refrescado por aquellas barras de agua sólida y congelada. En los días de calor, aquello era una delicia. Lo malo era que, a veces, al fundirse el hielo goteaba agua por las juntas del tubo, y eso era un fastidio porque no había manera de evitar que esas malditas y molestas gotas cayeran sobre las cabezas de algunos espectadores.

A pesar de que gracias a ese genuino invento las sesiones de verano en el cine eran muy agradables, cuando llegaba la temporada estival teníamos un nuevo competidor que nunca fallaba. Recuerdo oír desde el interior de la sala el eco de una potente voz, ligeramente distorsionada. Por los altavoces colocados encima de una flamante furgoneta, adornada de mil colores, se anunciaba la próxima llegada del Circo Mundial. Lo que para la mayoría de la gente resultaba motivo de júbilo, para mí y para nuestra familia eran noticias funestas, ya que el circo era uno de nuestros rivales más temibles, ya fuera para los cines como para el salón de baile.

Fraga no solo era parada obligatoria en la ruta del Circo Mundial, también lo era del Atlas y, por si no hubiera suficiente, hasta del Circo Ruso. Cuando llegaban, se instalaban en los terrenos descampados próximos a La Pinae, que así era cómo llamaban a un pinar de grandes árboles que crecían cerca de la harinera de los Arnau, al otro lado del río. Allí, en un santiamén, se formaba de la noche a la mañana un barrio de carromatos multicolores, y allí los habitantes de ese nuevo barrio levantaban la carpa. Era mágico, muy a nuestro pesar. Ya se sabe lo que se dice del circo, que es el mayor espectáculo del mundo. Y lo era, vaya si lo era. En aquel tiempo, atraía mucho la atención. En cuanto llegaba el circo a la ciudad, no se hablaba de otra cosa en días. Uno de los artistas del Circo Ruso

que más entusiasmaban era Taras Bulba, el domador. Era un hombre imponente, alto, grande, con el cráneo rapado excepto por una trenza que le salía de la coronilla, unos grandes pendientes en las orejas y un enorme mostacho. Se parecía un poco a Yul Brynner tal como sale en la película del mismo nombre, que sospecho que fue de donde sacó su nombre artístico el Taras Bulba del circo. Y se metía en una gran jaula llena de tigres y leones. Por aquí también venían los Hermanos Tonetti, los payasos. Y, en alguna ocasión, la trapecista Pinito del Oro. Pinito era impresionante. Se deslizaba por el aire, de trapecio en trapecio, como si volara, como si fuera un enorme pájaro multicolor. Sí, a pesar de que fueran la competencia, yo también iba al circo, a veces sola y mucha veces más con mis dos hijos. Me decía que era para saber lo que hacían nuestros rivales, pero en realidad era porque, debo confesarlo, disfrutaba mucho con el espectáculo circense.

Aunque no era el circo el peor peligro al que nos enfrentábamos. Al fin y al cabo, este se quedaba solo unos días y luego nos dejaba en paz. Lo que no había manera que nos dejara en paz era la censura. Sí, me refiero a la represiva censura en los cines, que no tenía por qué tratarse de la censura oficial. En verdad, a cualquier personajillo con influencias le podía dar por ejercer de censor. En una ocasión fue el mismísimo alcalde. Cuando Juanito, mi marido, aún gestionaba el Cine Florida, había conseguido, pagándole los perceptivos sobornillos al gerente en Barcelona de la productora de cine Vanguard, contratar la película *Duelo al sol*, el estreno más de campanillas de aquella temporada. Era un wéstern. Salía Jennifer Jones interpretando a una sensual mestiza, y mantenía un tórrido romance con el personaje de Gregory Peck. O por lo menos salían abrazados en los carteles, en una actitud que dejaba pocas dudas. La película no había tenido conflictos solo con la censura española; sus problemas

habían empezado con su estreno en Estados Unidos. La historia de un triángulo amoroso y el hecho de que su vértice fuera una mujer mestiza que sufría una violación y luego se enamoraba de su violador escandalizó a muchos. En algunos países fue prohibida. En España la censura no llegó a tanto, pero le metieron la tijera a base de bien.

El alcalde de Fraga, que pertenecía, como todos en aquellos años, al régimen y de cuyo nombre no me acuerdo, se presentó en nuestra casa justo al día siguiente de que colgáramos ese sugerente cartel en la fachada. Dijo querer hablar con Juanito. Este le recibió en el salón.

—Amigo Juan, vengo a pedirle un favor —dijo.

—Si está en mi mano, señor alcalde…

—Me he enterado de que este fin de semana va a proyectar una película americana que se llama *Duelo al sol*.

—Veo que ha visto los carteles.

—En efecto, en efecto. Pues el favor que le quiero pedir es este: no proyecte esa película inmoral y pecaminosa en su cine.

Juan no comprendía esa petición, cuando el metraje ya había sido recortado justamente para no ser todo eso de lo que lo acusaba el alcalde. Mi suegro trató de informarle del tema con mucha calma:

—Señor alcalde, la película ha pasado censura en Madrid, y le han dado su aprobación. Le puedo enseñar los sellos en las latas, si no me cree.

—No, no, no hace falta. Le creo, no faltaba más. Pero los censores de Madrid… Bueno, son de Madrid. Quiero decir que en la gran ciudad hay tendencia a tener más manga ancha. La gente suele tener más mundo. Pero aquí, en nuestra querida Fraga…

—No irá a insinuar que aquí, en Fraga, estamos más retrasados.

—No, no es eso, no es eso. Claro que no. Quiero decir que

aquí la gente es más… humilde, más sencilla, menos acostumbrada a según qué cosas, más influenciable…

—Más ingenua, vaya.

—No. No ponga usted en mi boca palabras que yo no he pronunciado. Sabe perfectamente que altos miembros de la Iglesia han manifestado que esa película ofrece una visión moral cuando menos dudosa.

—La Iglesia le ha puesto una calificación de 3R. ¿Y? Sigue sin estar prohibida.

—Ya sé que no lo está. Por eso se lo he pedido como un favor. Por el bien de la moral de los fragatinos.

—A mí me parece que los fragatinos son una gente muy moral tal como están, y no creo que su moral vaya a derrumbarse por ver una película del Oeste. Lo que sí sé es la cantidad de dinero que yo perdería si hiciera caso de su descabellada petición. ¿Se hace una idea de cuánto sería?

—Pues no, pero…

—Tanto como para que no me duela decirle que no voy a hacerle caso.

Llegaría un día en el que sería el cine Victoria, y no el Florida, el que sí dejaría de proyectar las películas pecaminosas, pero no tendría nada que ver ni con el alcalde ni con la Iglesia, sino con una propuesta de mi cuñado Pepe que planteó a los socios separar las películas entre «toleradas» y «no toleradas», de manera que las primeras irían al Victoria, y las segundas, más para adultos, al Florida. Era una buena forma de no competir entre ellos y de tener a la clientela separada. Los cines funcionaron así, cada uno con su especialidad, durante muchos años, y muy bien.

En cualquier caso, viendo que no tenía más que rascar, el alcalde se despidió y se marchó, visiblemente contrariado. Desde entonces tuvimos al párroco —pues era el párroco quien había convencido al alcalde para que viniera a hacer aquella

petición, sin duda— aún más en contra. Poco tiempo después, la iglesia parroquial creó su propio cine, en la antigua parroquia del paseo Segoñé, para hacernos la competencia. He de decir que nunca tuvo demasiado éxito en ese propósito, seguramente porque sus películas, mucho más morales que las nuestras, también resultaban mucho más aburridas.

La Iglesia no solo se metía con nosotros por las películas que proyectábamos. El baile, como no podía ser de otra forma, también les preocupaba. Y si había alguien a quien no podían ver, ese era Antonio Machín, que en 1954 había actuado por primera vez en Fraga, en la terraza jardín del Florida. El cubano, personaje malhumorado donde los hubiera, enseñó a todos aquellos jóvenes de la época a bailar muy muy pegados, con sus interminables y melódicos boleros. Machín y los Arnau se convirtieron, en Fraga, en un tándem inseparable, al que la clerigalla y los políticos de la época no paraban de criticar, ya que las letras de los boleros se consideraban demasiado sensuales, y el baile que suscitaban, inmoral porque los bailarines danzaban muy pegados, demasiado para aquellas mentalidades. «Las madres deberían estar pendientes de todo ello», solían decir.

Antonio Machín siempre estaba de mal humor, pero eso no tenía nada que ver con las críticas que recibía. Lo estaba porque echaba en falta aquella tierra caribeña de la que procedía y porque aquí en España pasaba mucho frío, según él mismo decía cuando mi cuñado Pepe le preguntaba por su mal carácter. Pepe hizo gran amistad con él, y fue tal la expectación que suscitó en la época, que pronto se convirtió en el primer cantante residente del baile de los Arnau… ¡Machín, el de los «angelitos negros» y el de las dos gardenias! Un músico cubano y, además, negro. ¡No podía haber nada más transgresor en aquella época gris en la que España continuaba aislada del resto del mundo!

Y en esas estábamos cuando, una noche de verano, mi madre nos despertó alarmada.

—¡Fuego! —fue lo primero que dijo—. ¡Un incendio en el Florida!

Salimos de casa de inmediato. Cuando bajábamos por la cuesta del Segoñé, observamos que el Florida estaba ardiendo y empezamos a correr hacia allí. Un incendio en un cine, con tanta tapicería y, sobre todo, tanto celuloide almacenado que es un material altamente inflamable, es peligrosísimo. Y lo más triste era que, si el fuego lo devoraba todo, quizá unos cuantos lo celebrarían.

Afortunadamente, la sangre no llegó al río ni las llamas, al celuloide. El incendio fue sofocado. Al final no fue para tanto, tan solo se chamuscaron algunas butacas. Pero sentí miedo, en parte por lo que podría haber pasado, y en parte porque una certeza crecía dentro de mí, cada vez con más fuerza. La certeza de que el incendio no había sido fortuito.

Cuando más tarde le comuniqué mis sospechas a mi padre, él me sorprendió diciendo que también lo había pensado. Sin embargo, él no creía que hubieran sido los enemigos en los que yo estaba pensando, sino que tenía a otro sospechoso en la cabeza: era alguien mucho menos peligroso, que regresaba tras una larga ausencia.

Regreso a Nueva York

El manuscrito de mi madre terminaba allí. No así sus vivencias, que se extenderían a lo largo de varias décadas más (hasta llegar al presente, de hecho). Sin embargo, no había dejado nada más por escrito. Comprendí que lo habría hecho alguien más, y no me equivocaba: a partir de entonces, era mi abuelo Juan el que retomaba la narración. Miré la hora. «Haría bien en ir a comer algo y dejarlo un rato», pensé. Sin embargo, no podía. Hice un esfuerzo para levantarme de allí y salir del parque, pero mientras me movía no podía pensar en nada más que en el incendio del Florida.

Entré literalmente en el primer restaurante que encontré. No me importó ni el tipo de comida que servían ni el precio. Simplemente quería cumplir con la obligación de alimentarme y, a continuación, proseguir con la lectura. Y así lo hice.

Del manuscrito de Juan Arnau Cabasés

Cuando me dijeron que había habido un incendio en el Florida, mi primer pensamiento fue: «Suerte que esto no ha ocurrido el día del concierto de Xavier Cugat». Porque el día en que Cugat viniese a actuar a nuestro local, todo tenía que ser perfecto. Y no, no estoy diciendo esto porque ya hubiera una fecha pactada. No solo es que no la había, es que ni siquiera había conseguido hablar con su representante, y no sería porque no lo hubiera intentado. Pero pensaba seguir intentándolo, y llegaría el día en que los fragatinos podrían disfrutar del mejor espectáculo del mundo, el de Xavier Cugat y su orquesta.

Esa orquesta me fascinaba desde que la viera por primera vez en *Escuela de sirenas*, una película de Esther Williams que había causado sensación a mediados de los años cuarenta. En ella, un sonriente Xavier Cugat aparecía vestido con un deslumbrante traje blanco cruzado y dirigía, con un chihuahua en brazos, a una muy numerosa banda llena de percusiones, trompetas, violines, saxofones y músicos uniformados con coloridas mangas abullonadas. La orquesta interpretaba vigorosos ritmos afrocaribeños, mientras sensuales bailarinas descalzas bailaban alrededor de una piscina y Cugat repartía sonrisas, dibujaba caricaturas en un caballete, agitaba la batuta o hasta tocaba el violín, uno más entre sus violinistas. Aunque, de hecho, nada de eso era patrimonio exclusivo de *Escuela de sirenas.* La mayoría de las películas en las que aparecía Cugat eran en tecnicolor, y en todas ellas la orquesta interpretaba cálidos y frenéticos ritmos afrocaribeños, que indefectiblemente hacían que sensuales bellezas morenas se arrancaran a bailar.

—*Pape*, ¿no crees que nos queda un poco lejos de nuestro alcance? —me preguntó una vez mi hijo cuando yo estaba hablando sin parar de mi objetivo. Intentó no herirme, pero sé que para él lo de traer a Fraga a un artista instalado entre Hollywood y Las Vegas sonaba a fantasía imposible.

—No, no lo creo —objeté yo—. Los Arnau siempre ofrecemos lo mejor.

—Vale. Tú sabes más que yo, imagino que tienes razón.

Pero no lo imaginaba, era una mentira piadosa. Mi hijo Juanito no creía que pudiera conseguirlo, aunque a mí no me importaba. Yo sabía que lo iba a hacer, y que eso le inspiraría, de manera que el día que finalmente el Florida pasase a sus manos él sería también capaz de soñar en grande y de contratar a los mejores artistas del mundo. Se habían acabado los complejos y lo de creernos unos pueblerinos. Si otros en la capital podían lograrlo, ¿por qué nosotros no?

En todo eso pensaba mientras examinaba los daños que había provocado el fuego en la platea del cine. Por fortuna, no habían sido graves; iba a ser fácil volver a poner en funcionamiento la sala. Fue entonces cuando vi entrar a Antonio Durán, lo que me sorprendió un poco. Desde que nuestros hijos se habían casado, habíamos hecho las paces, pero nuestra relación tampoco era demasiado frecuente. Nos veíamos justo lo normal y necesario, así que no me cuadraba que hubiera venido a visitarme.

Antonio se interesó por los desperfectos; yo se los mostré y le expliqué mi diagnóstico. Él estuvo de acuerdo.

—Sí, esto se arregla en un par de días —dijo—. Para el fin de semana estará la sala lista. Pero podría haber sido mucho peor. Figúrate, un incendio en un cinematógrafo…

—Pues sí. Hemos tenido mucha suerte, después de todo. Podría haber ocurrido una desgracia.

Me molestaba aquella conversación trivial. Sabía que él

había venido con otras intenciones. No sabía cuáles, pero empezaba a impacientarme. Hasta que él dijo:

—¿Crees que pudo ser provocado?

Sonreí.

—Ahora empezamos a hablar.

Me invitó al Victoria a tomar un café con él. Nos pusimos alrededor de la mesa en un rincón, y allí me senté, francamente intrigado.

—Tienes enemigos —comenzó Durán.

—¿Enemigos? No creo. Habrá gente a la que no le caiga bien, y más con mi fama de republicano, pero tanto como enemigos…

—Juan, no era una pregunta. Tienes enemigos.

Miré a mi consuegro sin entender muy bien qué me estaba diciendo. Él, por toda respuesta, pronunció un nombre.

—Brunito Galicia.

—¿Galicia? Pero si apenas tenemos trato.

—Brunito ha estado diciendo pestes sobre ti desde que empezaste con la terraza de baile. Es un hombre rencoroso.

—Yo no le he hecho nada.

—Comerle el terreno. ¿Te parece poco? Lo mismo que hice yo en el pasado.

—Si el salón Galicia es un desastre es por su culpa.

—No te digo que no, pero él no lo ve así.

A continuación, Antonio procedió a contarme una serie de accidentes que sucedieron en su local y que yo desconocía, entre los que se encontraban el remolque de una tartana cargada de estiércol volcado, un suministro de licores que nunca llegó y unos carteles a los que, como ahora, alguien había prendido fuego. En efecto, lo que había ocurrido en el Florida parecía tener la firma de Brunito Galicia.

—Hay algo que me avergüenza decirte, pero lo haré igualmente —continuó Antonio.

—Ah.

—Cuando decidiste meterte en el negocio del baile, estaba convencido de que Brunito te iba a boicotear como nos había boicoteado a nosotros.

—Pero no lo hizo.

—No lo hizo. Y yo, que me subía por las paredes con tu competencia, estaba tan furioso que estuve muy a punto de ir a verle para pedirle que lo hiciera.

—¿Perdona?

Vaya, vaya. Antonio Durán, que el día que vino a visitarme con su botella de coñac Napoleón para conseguir un pacto parecía una mosquita muerta, había estado dispuesto a meterse en una guerra sucia contra mí. A lo mejor debería haberle odiado por eso, pero de alguna manera me hizo respetarlo más.

—Finalmente no le dije nada, ¿eh? —me aclaró temiendo haberme ofendido, cuando en realidad era todo lo contrario.

—Sí, lo sé, descuida.

—El caso es que, a pesar de que Brunito hablaba mal de ti, no parecía dispuesto a volver a ensuciarse las manos. Pero con lo que le hiciste el mes pasado, supe que era cuestión de tiempo hasta que volviera a las andadas.

—¿El mes pasado? Si no le hice nada.

—¿En serio? Haz un poco de memoria.

—No se me ocurre nada destacable.

—Le robaste la orquesta, Juan.

Acabáramos. Antonio se refería a la Orquesta Dorsey. No se la robé, es que yo les pagaba mejor. Además, se repartían, porque seguían tocando en el baile de Brunito. Eran un grupo de jóvenes fragatinos que se ganaban la vida trabajando en otras cosas y, de vez en cuando, sacaban el instrumento musical del armario y se juntaban para tocar. Se habían bautizado así por la orquesta de Tommy Dorsey, en donde se inició como cantante el gran Frank Sinatra. Jesús Sorolla, su

cantante, era muy bajito, así que teníamos que ponerle una caja de gaseosas junto al micro para que pudiera encaramarse a ella. Cantaba muy bien, como su hermano Carmelo; lo malo es que la Dorsey tenía poco repertorio: Jesús cantaba *Amuleto de amor*, la de *Angelitos negros*, algún bolero, mambos, algún tango de Gardel y para de contar… Y sí, habían comenzado como residentes en el salón Galicia, el de Brunito, pero yo les tenté con más dinero y desde entonces también tocaban en el Florida, solo a veces. Eso sí, discutían mucho con mi hijo Pepe, que no llevaba nada bien eso de compartir orquesta con nuestro competidor.

—¿Qué quieres que haga? —le dije a Antonio, con un punto de resignación—. No tenemos pruebas, no podemos denunciarle.

—Respeta el trato al que llegué con él. Yo dejé la organización de los bailes y me quedé con el cine y el teatro.

—Tú llegaste a ese trato, no yo.

—Pero ahora tú y yo somos socios, y tú te has metido en el negocio del baile con armas y bagajes.

—Claro. Cuando yo me meto en un negocio, me meto para ser el mejor.

—Pues no podrás serlo si tienes a Brunito Galicia tratando de acabar contigo.

Miré a Antonio durante unos segundos. Por mucha rabia que me diera, sabía que era cierto. Comprendía que ese tal Galicia podía resultar un individuo peligroso y que si no quería que el Florida sufriera las consecuencias, iba a tener que ofrecerle algo.

—Tienes razón —concluí mientras me levantaba—. Me voy a ver a Brunito.

—Espera —me dijo dejándome a solas unos segundos.

Regresó con la famosa botella de coñac Napoleón en las manos y me la entregó al tiempo que me decía:

—Regálale esto.

Rechacé el ofrecimiento.

—Voy a necesitar algo más que un poco de licor para calmarle.

Me subí a la moto y fui a ver a Brunito a su casa, donde vivía con su hermana. Durante el trayecto, elaboré el plan. Me tocaría desprenderme de parte del dinero que ganaba, pero si eso garantizaba mi tranquilidad y la del negocio, estaría bien invertido.

Le encontré en el patio cepillando a su yegua. Brunito sentía verdadera devoción por aquel animal. Aparqué la moto al lado. Brunito ni siquiera se fijó en mí. Optó por desviar la vista a la BSA y así rehuir mi mirada. Tampoco se dignó a dedicarme un saludo, ni tan siquiera un leve gesto con la cabeza. Yo sí le saludé:

—Hola, Bruno.

Solo entonces, sin dejar de cepillar el lomo de la yegua, me lanzó un gruñido que podría interpretarse como que me daba la bienvenida. O como que tenía una flema atascada en la garganta.

—¿A qué vienes? —dijo por fin.

—¿Sabes que ha habido un incendio en el Cine Florida?

—No. ¿Se ha quemado?

—No, qué va. La cosa no ha pasado de un susto, lo pudimos apagar enseguida. Solo hay un par de butacas chamuscadas. Nada importante.

Intentó ocultar su frustración, pero vi claramente un gesto de contrariedad, que en aquel momento me confirmó que, en efecto, podría haber sido cosa suya.

—¿Y por qué vienes a contármelo a mí?

—Pensé que te gustaría saberlo.

Brunito se encogió de hombros, sin dejar de cepillar a la yegua.

—A mí ni me va ni me viene.

—Es que como me han dicho que hablas mucho de nosotros por el pueblo últimamente… pensaba que era porque te interesábamos.

—Pues no. Me interesáis menos que una cagada de esta. —Y le dio una nalgada suave a la yegua.

—Bruno, si te parece, vamos a dejarnos de formalismos. Yo sé que tú provocaste el incendio y tú sabes que yo lo sé.

Galicia emitió un nuevo gruñido con el que intentaba negar las acusaciones, aunque sin demasiado convencimiento.

—No, no pasa nada, no he venido a reprochártelo. He venido a decirte que no me interesa que este tipo de cosas sigan pasando y que, por lo tanto, te voy a proponer un trato.

Vi que él se disponía a protestar y lo corté:

—Sí, ya sé que llegaste a un trato con mi consuegro hace años, pero no es ese tipo de trato. Lo siento, pero yo no voy a renunciar a ofrecer el baile, quiero que mi negocio sea el mejor. Lo que sí puedo hacer es ofrecerte dinero. Entiendo que te estoy ocasionando unas pérdidas y estoy dispuesto a compensártelas. Pon tú el precio y te lo abonaré puntualmente cada mes.

Contaba con que eso calmara su ira. Y, por lo menos, había dejado de intentar interrumpirme. De hecho, había dejado de hablar del todo, incluso cuando yo hube terminado, y se quedó callado un buen rato. El tipo no había parado de cepillar a su amada yegua, con lo cual yo empecé a sentirme un poco raro ahí en medio, sin que nadie pareciera reparar en mi presencia. Esperé, sin embargo, paciente. Al cabo de prácticamente un minuto, cuando ya no tenía fe en que contestara, Galicia se pronunció al fin:

—¿Sabes?, yo soy de Fraga de toda la vida. De nacimiento. Mi familia es de aquí desde hace generaciones.

—Sí, eso ya lo sé.

—No me interrumpas —soltó dejando entrever su furia—. Yo tenía un cine. Y un salón de baile. Porque yo me preocupo por el pueblo. Siempre he querido que la gente de aquí tuviera acceso a las mismas cosas que disfrutan los que viven en las grandes ciudades.

Me hubiera gustado decirle que eso lo entendía y que pensaba igual que él, pero muy probablemente mi aportación no habría sido bien recibida, así que no lo hice. Brunito prosiguió:

—¿Y dónde está mi cine ahora? Pues te lo diré: primero un tal Antonio Durán de Barbastro me impidió hacer cine, y luego unos *forasters* catalanes con muchas ínfulas han querido echarme también del baile.

Quise explicarle que yo había abierto ese negocio porque es mi pasión, no para fastidiarle, pero le dejé continuar:

—Y otra cosa te digo: Antonio Durán no me gusta. No me gusta nada. Un *foraster* que llegó a Fraga dándose aires de gran señor, como si fuera el amo. Si no era más que un camarero de restaurante antes de venir al pueblo. ¡Qué mal me cae, por favor! ¡Qué mal! —Y se calló de nuevo para dar un par de cepilladuras en silencio antes de añadir—: Pero él, al menos, respeta los tratos.

Y ahí ya no pude seguir pasándolo por alto.

—Yo también respeto los tratos que cierro, Bruno, pero contigo no tenía ninguno. El trato que te he propuesto hoy lo voy a respetar.

El hombre dejó finalmente de cepillar el lomo de la yegua, y tras lanzar el cepillo al suelo de un airado manotazo, dejó de rehuirme la mirada y se me encaró:

—¿El trato? No quiero tu dinero, ¿me entiendes? No lo quiero. Estás acostumbrado a comprarlo todo, ¿verdad? Pues a mí no me vas a comprar.

No recuerdo haber visto a nadie tan indignado como lo

estaba Galicia en esos momentos. En cualquier caso, me quedaba claro que yo había errado la estrategia, y por muchísimo. En lugar de evitar nuevos incendios, era capaz de haber provocado que en la siguiente ocasión apareciera Brunito en persona con un lanzallamas. Él ya estaba embalado y esta vez no pensaba callarse. Siguió gritándome:

—Ya me conozco a los de tu calaña. Tú eres de los que pisan fuerte por allá donde van. Metiendo ruido con tu moto extranjera por todo el pueblo, para que se sepa por dónde pasas. Dándote aires de gran señor, con tus fábricas y tus minas. Pero no tenías bastante con eso, no, señor. Tenías que montar el cinematógrafo más grande que aquí cupiera. Y luego tenías que montar el salón de baile más grande. Y cuando se casó tu hijo, tenías que organizar el convite más grande posible. Con cocineros de Huesca y todo. Todo lo más grande para el señor Arnau. Hasta la moto debe de ser la más grande que pudiste encontrar. Y la has traído aquí para pasármela por los morros.

—En absoluto, Bruno. Voy a todas partes con esta moto.

—Muy típico de un *foraster* engreído como tú. No te podías conformar con las motos que venden en España, no. ¡Como eres un gran señorón y te dio por ahí el capricho, tuviste que ir a la fábrica de Inglaterra y comprar el modelo más grande que fabricaba la BSA!

Me sorprendió que Galicia supiera tanto de mi moto, pero vaya, entendía que mi vehículo no pasaba desapercibido en Fraga y que probablemente todo el mundo conocía la historia. En cualquier caso, era evidente que yo ahí empezaba a sobrar, así que me encaminé hacia la citada moto. El pobre diablo seguía chillándome a pleno pulmón:

—¡Eso es! ¡Vete! ¡Coge esa moto enorme y vete de una vez!

Me subí a la BSA y arranqué el motor, pero ni así dejaba de escuchar sus regañinas:

—¡Venir aquí con esta moto para restregármela por la cara!

Una idea me impactó en la cabeza, como un relámpago. Tanta insistencia con mi vehículo no podía ser casual. Apagué el motor y me bajé. Valía la pena intentarlo.

—¿Te gusta la moto, Bruno?

—¿Que si me gusta? Hostias, claro. Es toda una máquina. ¿Qué?, ¿estás contento? Ya me has dado envidia, ya puedes volverte satisfecho a casa.

—¿Sabes llevar una moto?

—Claro que sé. No creerás que eres tú el único lo bastante inteligente como para sacarse el carnet.

Le lancé las llaves, y él las atrapó al vuelo. Reflejos sí tenía.

—Pues toma, es tuya —dije.

—¿Cómo que es mía?

—Los papeles están en una carpetilla, en el compartimento de debajo del asiento.

Brunito miraba la moto, y luego las llaves que tenía en la mano, y luego la moto otra vez… Y en la cara lucía una expresión como la del niño que contempla los pasteles desde el otro lado del vidrio del escaparate de la confitería. Solo por ver aquella cara había valido la pena desprenderse de la BSA.

—No puedo aceptarla —dijo al fin haciendo un gran esfuerzo.

—Claro que puedes.

—No, no puedo. Te he dicho que a mí no me ibas a comprar.

—Pues la moto ahí se queda. Yo ya no la quiero para nada. Adiós, Bruno, me voy. Que tengas un buen día.

Me giré para marcharme, a pie, pero Brunito me detuvo.

—¡Espera! —gritó.

—Si no quieres la moto, llévala al chatarrero —contesté yo, sin volver a girarme siquiera—. Es tuya, en serio.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿cómo vas a volver a casa?

Al entender que ya me lo había ganado, sí que me di la vuelta.

—Pues dando un paseo.

—Hasta el otro lado del Cinca tienes una buena gambada.

—También tengo buenas piernas.

—Espera, hombre, no puedo dejar que te vayas así. Te prestaré algo.

Llegué a casa montado en la yegua blanca. Todos con los que me crucé por el camino se asombraban porque la yegua de Brunito era muy conocida por la comarca, igual que conocido era el hecho de que no permitía que nadie la tocara. Más de uno debió de pensar que para haberle quitado a la niña de sus ojos yo debía haber matado a alguien, por lo menos. Aunque quien más se sorprendió al verme llegar a casa como si fuera el Cid o el apóstol Santiago fue mi mujer, Francisca, que me recibió con la boca abierta y con una mueca de total incomprensión. Desde entonces no diré que Brunito y yo nos convirtiéramos en amigos del alma. A decir verdad, nunca supe a ciencia cierta si lo del pequeño incendio en el cine había sido cosa de Brunito. Probablemente no porque teníamos más enemigos candidatos a su autoría. Pero lo cierto es que desde el episodio de la yegua y la moto estuvimos un tiempo más tranquilos.

Quien seguía con problemas con los músicos de la Dorsey, o al menos con discusiones, era mi hijo Pepe. Un día en que yo pensaba que estaba en Aitona atendiendo algún asunto suyo —y que yo supuse que sería un asunto de juergas, porque mi hijo es como es, pero a esas alturas yo ya ni preguntaba—, vino a verme al molino de aceite. Ese día había llegado una carga de oliva y había que prensarla, pero el trabajo ya estaba hecho y los trabajadores se estaban yendo. Yo me disponía a irme

también, pero antes pretendía ordenar unos trastos. Y la cosa se quedó en eso, en una pretensión, puesto que mi hijo empezó:

—Papá, ¿puedes dejar lo que estás haciendo un momento?

—Pero ¿tú no estabas en Aitona?

—Estaba, pero acabo de volver. Tengo el coche aparcado ahí fuera. Tienes que venir conmigo al Ball ahora mismo.

—¿Para qué? —inquirí yo, ya un poco intrigado.

—No preguntes y ven.

Suspiré. Cuando a mi hijo Pepe se le metía algo en la cabeza, era más tozudo que… bueno, que yo. Me fui con él en su coche. Que en realidad era el mío. Se trataba del Vauxhall negro que me compré después de regalarle la moto a Brunito, pero lo llevaba Pepe siempre que le daba la gana. Así era Pepe.

No quiso soltar prenda sobre qué era eso tan importante que tenía que ver. Aparcó delante de la entrada del salón Florida, me hizo bajar del coche a toda prisa y me metió en el Ball a empujones. Yo ya me temía lo peor. Poco imaginaba lo que allí me esperaba.

Sobre el escenario había cinco hombres, cinco fragatinos a los que conocía bien. No es que hubiera coincidido a menudo con ellos en la población, es que a uno de ellos incluso acababa de verlo prensando aceitunas en el molino, ya que era trabajador de la fábrica. Sin embargo, se había cambiado de ropa. Los cinco iban vestidos igual, con una elegante chaqueta blanca, pantalones negros y una corbata también negra. Y todos llevaban consigo instrumentos. No entendí qué clase de broma era esa.

—¿Qué hacen aquí todos estos? —pregunté con curiosidad.

—Son la Orquesta Florida —respondió Pepe con orgullo—. Nuestra orquesta residente.

—¿Nuestra orquesta? Pero si ese de ahí es el pintor.

—¡Hola, Juan! —me saludó Jesús, de oficio pintor de paredes, al percatarse de que lo estaba mirando a él.

Traté de ser un poco más disimulado al preguntarle a Pepe:

—¿Qué saben estos de tocar instrumentos?

—¿Qué saben? No sé. Dímelo tú.

Ante un gesto confiado de mi hijo, los cinco hombres se arrancaron a tocar un pasodoble que sonaba francamente bien. No era excelente, pero para ser cinco aficionados no estaba nada, pero que nada mal. El peluquero del pueblo, Joaquín, lo Sabonero, era el cantante. Nunca habría sospechado que tuviera tan buena voz.

—Se ha acabado tener que compartir los músicos. Esta orquesta es nuestra y solo nuestra.

Vaya, así que Pepe no se había ido de juerga con sus amigotes de siempre.

—Qué sorpresa, hijo, yo pensaba…

—¿Qué pensabas?

—Nada, nada. —Cambié de tema—: ¿Los has reunido tú, entonces?

—Sí. Uno por uno. Pero no has visto lo mejor. ¿Preparado?

Un nuevo gesto y el pasodoble se terminó súbitamente. Entonces, los cinco hombres atacaron los acordes de Jungle Rhumba, un número musical de Xavier Cugat que aparecía en la película de Esther Williams, *La hija de Neptuno*, y que no hacía mucho habíamos proyectado en el Florida. En esa ocasión, le comenté a Pepe cómo me gustaría traer a la orquesta de Xavier Cugat aquí, a Fraga. Se lo había comentado seguramente un millón de veces, pero podía hacerlo un millón de veces más.

—Es un tema de la orquesta de Xavier Cugat —añadió mi hijo con orgullo—. Así que ya has hecho tu sueño realidad: ya tenemos a la orquesta de Xavier Cugat en Fraga, o por lo menos algo muy parecido a eso. Misión cumplida, *pape*.

—Hijo mío, te felicito. Esta orquesta es estupenda y seguro que nos irá muy bien con ella. Pero, desengáñate,

definitivamente esta no es la orquesta de Xavier Cugat. ¡Ojalá fuera así!

—Pero, papá…

—Nada, nada. Mi sueño no se ha hecho realidad. Aún.

Y Pepe resopló pensando probablemente que el tiempo que había pasado formando a esos músicos para tenerme contento podría haberlo empleado mejor yendo de juerga.

Los miembros de la Orquesta Florida pasaron pronto a ser parte de la familia. Y pasaron pronto también a tener otro nombre, ya que había otra orquesta en Barcelona llamada igualmente Florida. Su propietario era precisamente Colsada, el empresario con el que cerraba tratos para llevar orquestas a Fraga, y como yo tenía buena relación con él, contaba con que haría la vista gorda. Pero no, los negocios son los negocios y nos obligó a cambiarle la nomenclatura, de modo que la orquesta residente de nuestra sala pasó a ser, ya definitivamente, la River. En cualquier caso, mi trato con todos sus componentes empezó a ser frecuentísimo, no solo porque hicieran sesión matinal y vespertina todos los domingos, sino porque además había que decidir cuáles eran los temas que iban a tocar. La orquesta interpretaba un máximo de diez u once canciones, que repetirían en cuatro pases durante la sesión de tarde, y llegar a decidir cuáles serían las elegidas no era fácil. El mayor problema venía cuando intentábamos meter un tema nuevo. Yo siempre estaba preocupado por incluir lo más moderno, y mis hijos aún más, pero nos encontrábamos con la resistencia de los miembros de la River, que no estaban dispuestos a modificar lo que hacían sin pelearse antes.

—Yo no lo veo claro —se quejaba en una ocasión Jesús, cuando mi Juan propuso incorporar al repertorio una pieza de rock de Elvis Presley—. ¿Qué hay de malo con el pasodoble *Islas Canarias*?

—No es que haya nada de malo —contestó Juanito tratando

de no perder la paciencia—, pero ya la tocáis siempre, y la gente quiere cosas nuevas.

—Yo no es por no hacerla —protestaba el músico encargado de la batería—, pero a mí la canción esa me parece ruido.

—A mí también —ahora era el saxofonista quien hablaba—. Si tocamos eso, todo el mundo se irá al baile de Brunito.

—Es lo que está de moda entre los jóvenes. No nos podemos oponer al progreso. Además, a todas las chicas les encanta Elvis. —Y, tras decir esto, Juanito miró con toda la intención a Joaquín, que, aparte de ser el cantante de la Orquesta River, era joven y de muy buen ver.

Lo Sabonero consideró sus palabras y dijo a los chicos:

—Démosle una oportunidad al tal Elvis.

Al final nos salíamos con la nuestra, pero era cansadísimo. Tampoco quiero decir que no me gustara trabajar con ellos, al contrario. Nos daban mucha guerra con los cambios, pero eso tenía su parte buena. A veces nos empecinábamos con una canción y los músicos nos hacían darnos cuenta de que incluirla no era una buena idea. O a veces las propias propuestas venían de ellos: temas que a nosotros no se nos habría ocurrido meter y que después funcionarían la mar de bien. Pero también había pasado que no podíamos incorporar, por ejemplo, *You Never Can Tell* —el último tema de Chuck Berry— con la inmediatez que yo hubiera deseado porque el guitarrista, que no dejaba de ser alguien que tenía otro oficio y que solo tocaba en el Florida para sacarse un sobresueldo, no había tenido tiempo de ensayarlo.

—Hiciste bien en insistir para que interpretáramos canciones de Elvis, Juan —recuerdo que me dijo Joaquín, eufórico, celebrando una actuación en la que habían incorporado un rock y los jóvenes habían enloquecido. Y, a continuación, levantó su copa—: Por muchos años de la Orquesta River en el Florida.

Poco sospechábamos entonces que, no mucho tiempo después, la River no solo dejaría de actuar en el local, sino que sus integrantes casi nos llegarían a retirar la palabra.

El primer roce lo tuvimos con la Favio Bello. A Juanito le llegó que había una orquesta italiana que era capaz de tocar muchas más canciones que las nueve o diez a las que estábamos acostumbrados. Durante su actuación los músicos tocaban de pie y sin seguir ningún tipo de partitura, paseándose arriba y abajo por el escenario. Eso era lo nunca visto y teníamos que traerlos a Fraga. Estaban actuando en el Paralelo barcelonés, y hasta allí se fue Pepe a convencerlos de que tenían que venir a tocar en las cercanas Fiestas del Pilar. Primero los italianos no aceptaron. Estaban en una ciudad grande y llena de vida, ¿qué demonios se les había perdido en un pueblo como el nuestro? Tan mal considerados nos tenían que su representante llegó a preguntarnos si teníamos electricidad, en lo que no parecía ser una negociación demasiado prometedora. Pero a Pepe se le había metido en la cabeza, y si a Pepe se le metía algo en la cabeza no paraba hasta conseguirlo. Y a pesar de que a los de la Favio Bello también se les había metido en la cabeza que no pensaban venir a Fraga, mi hijo les prometió una cantidad de dinero bastante mayor que la que estaban ganando en Barcelona. De repente cambiaron de opinión.

—Que les has dicho que les pagarás… ¿cuánto? —exclamé al oír la cifra; aunque agotáramos entradas cada noche, sería imposible recuperarlo todo.

—¿Quieres que les diga que no? —me desafió él.

Yo reflexioné un segundo.

—¿Son tan buenos como dices?

—Mejores.

—En tal caso, que vengan. Lo que perdamos en dinero lo ganaremos en prestigio.

Y vaya si eran buenos. Vinieron para dos días y tuvieron tanto éxito que se acabaron quedando un mes entero, con el consiguiente dineral que ello suponía. Pero no importaba, nuestros otros negocios iban bien y nos lo podíamos permitir. El problema fue otro, y es que se alternaban con la River, y la gente claramente prefería la orquesta de los italianos, en especial las chicas, que estaban revolucionadas con esos extranjeros, ya que por estos lares poca gente de fuera de España se dejaba caer.

—¿Todavía están aquí? —me preguntó enfurruñado lo Sabonero al ver a los de la Favio Bello rondando por el local.

—Se irán dentro de poco. Ya sabes cómo es la gente: les gusta la novedad. Pero tranquilo, que vosotros sois los que os quedaréis aquí haciendo disfrutar a los fragatinos. Y a las fragatinas —añadí buscando su complicidad.

—Ya —fue su única respuesta, lo que puso aún más de manifiesto la incomodidad de la situación.

La verdad es que la Favio Bello era mucho mejor que la River, y no solo por la calidad de sus intérpretes, sino también por los temas que traían. Ellos son los que hicieron sonar un twist por vez primera en el Florida, lo que supuso una auténtica revolución.

—¡Han bailado sin estar cogidos de la mano! —dijo mi hijo Juanito la primera noche que lo tocaron, casi sin dar crédito.

En efecto, todos los estilos hasta entonces obligaban a tener contacto físico, incluso el rock and roll. Que las mujeres pudieran salir y simplemente movieran las caderas, con mejor o peor pata, pero, en cualquier caso, sin depender de ningún hombre, parecía increíble, y, realmente, ya era hora de que fuera así. Nos hemos acostumbrado a eso en muy poco tiempo, pero la primera noche que lo vi en el Florida me inundó una sensación de satisfacción como pocas veces en mi vida.

Tras treinta y pico días, los italianos se fueron, y los

miembros de la River recuperaron el buen humor. Pero la cosa no iba a durar. Tras el éxito de esa experiencia, nos dimos cuenta de que no había marcha atrás. El público pedía variedad y muchas más canciones, y la River, en solitario, no podía darles todo eso. Así pues, traer orquestas invitadas dejó de ser una excepción para convertirse en la norma. Recuerdo la Seisson, que tenía la particularidad de que contaba con seis componentes en lugar de cinco, algo tan insólito que hacía que la gente acudiera en masa al salón Florida solo para verlos. Y años más tarde la cosa fue aún más espectacular, ya que se pusieron de moda las *Big Bands*, como la Duke Ellington o la de Count Basie. En realidad, llevan existiendo desde los años treinta, pero desde finales de los cuarenta están viviendo su momento de esplendor. Así que empezamos a combinar los pases de la River con los de las grandes orquestas de la época con formaciones compuestas por más de diez músicos, como la Glory Kings, la Orquesta Janio Martí o La Maravella, que era casi fija en nuestro baile. Mis hijos y yo nos asegurábamos de traer siempre lo mejor de lo mejor para nuestro querido Florida, costara lo que costara. De esa manera, aquel salón de baile se hizo famoso en toda la provincia; de hecho, también en las limítrofes. Como en los tiempos del café Josepet.

El público estaba entusiasmado, pero los miembros de la River, no tanto.

Ya no solo eran las malas caras, sino que nuestro competidor se percató de los problemas y empezó a contratar a nuestros músicos. No a todos ni para todas las noches, pero en cualquier caso la molestia resultaba mayúscula. Y claro, cuando digo «competidor» me refiero a Brunito, que ya no tenía suficiente con la Dorsey; nos tenía que venir a tocar las narices con la River. Recuerdo una ocasión en la que me lo encontré por la calle, después de que la noche anterior nos hubiera dejado sin trompetista. Él reaccionó con hostilidad,

seguramente temeroso de que lo increpara.

—¿Qué, Arnau? ¿Vas a intentar hacer otro trato conmigo para que no te moleste?

—En absoluto. Somos competencia y lo que estás haciendo es totalmente legítimo.

El pobre no se esperaba esa respuesta y no supo cómo contestar. Simplemente se fue refunfuñando algo incomprensible. No me hacía ninguna gracia que nos robara parte de la orquesta, por supuesto, pero yo, de haber estado en su lugar, habría hecho lo mismo. No solo entendía a Brunito, también a los músicos. Si él les pagaba el doble de lo que les pagábamos nosotros, ¿por qué no iban a aceptar? Y no es que yo no quisiera pagarles más, pero muchas veces ya perdíamos dinero con todas esas orquestas que traíamos de Barcelona o de Madrid, así que invertir más en la River no era una posibilidad. Por culpa de eso, durante una época, mis noches eran bastantes épicas cuando me enteraba a última hora de bajas de músicos y me ponía a buscar sustitutos desesperadamente por todo Fraga, que no dejaba de ser un pueblo grande. Siempre conseguía salvar las sesiones, pero los intérpretes suplentes no solían ser demasiado solventes, cosa que no solo iba en contra del baile, sino del prestigio de la propia sala. Empezaba a preocuparme. Y no era ese el único problema que tenía el Florida, ni seguramente el más grave.

Sin embargo, tardé en darme cuenta de que había algo más que hacía aguas y que no estábamos sabiendo gestionar. Recuerdo que fui consciente de ello una tarde de domingo del mes de agosto, cuando estaba tocando la River y mi hijo Juanito iba como loco arriba y abajo del local:

—¿Dónde está Maria Pilar? —vino a preguntarme al fin.

—¿No está con su hermano Juan?

Comprendo que aquí el relato puede resultar algo confuso, así que bien merece una aclaración: yo me llamo Juan Arnau,

pero mi hijo también se llama Juan Arnau. Y mi nieto, su hijo. ¿Lo adivináis? Exacto. La costumbre de traspasar el propio nombre a tu hijo puede ser bonita, pero resulta muy poco práctica a la hora de escribir unas memorias. En cualquier caso, lo que ocurría es que mi nieta, Maria Pilar, tiene cuatro años más que su hermano Juan, y ella ya ha entrado en la adolescencia. Antes siempre iban juntos: en cuanto se acababa la sesión de cine de los domingos, los dos venían a la terraza jardín. Pero desde que ella estaba en la pubertad, las cosas habían cambiado un poco, y en esos momentos mi nieto no tenía ni idea de dónde se encontraba su hermana. O no lo decía.

—Pero ¿no estaba en el cine contigo? —le interrogó su padre.

—Bueno, conmigo no, con sus amigas.

—¿Y no has visto a sus amigas, tampoco?

—Sí, las he visto a todas juntas. Pero luego, al salir, no las he visto más.

Mi hijo asintió y, pensativo, dio un vistazo en derredor. Entonces se acercó mi otro hijo, Pepe, a preguntar qué pasaba.

—Cada vez hay menos jóvenes en el baile —dijo Juan.

Pepe también echó un vistazo y asintió. Y yo hice lo mismo y me di cuenta de lo que se me había estado escapando todo ese tiempo: estábamos perdiendo a los jóvenes. El cambio había sido tan progresivo que no había sido capaz de ver lo que era evidente, y era que habíamos dejado de ser atractivos para una parte fundamental de nuestro público.

Cuando más tarde supe dónde había estado mi nieta Maria Pilar, esa constatación se hizo aún más obvia. Resulta que ella y sus amigas habían ido a un guateque que habían organizado unos amigos de su edad.

—¿Te has ido a bailar? Si querías bailar, ¡haberte quedado en el Florida! —la reprendió su padre, indignado, sacando los

nervios por el mal rato que había pasado.

—¡Ay, papá, no es lo mismo!

—¡Es bailar, claro que es lo mismo!

Pero yo sabía perfectamente que no lo era. Y mi hijo Juanito, en el fondo, lo sabía también. En un guateque, los jóvenes evitaban el control de sus padres mientras bailaban con la música que a ellos les gustaba. Música pop, interpretada por grupos o por cantantes solistas que cada vez estaban más de moda y comenzaban a desplazar del centro del escenario a las grandes orquestas en vivo. No podíamos seguir como si nada.

Al día siguiente, Juanito, ya con la cabeza fría, compartió conmigo sus reflexiones, que eran muy parecidas a las mías.

—Podemos contratar a grupos que toquen música yeyé, sí, pero con eso solo solucionamos parte del problema —concluyó, no sin cierta preocupación.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —intervino Pepe—. ¿Organizar nosotros un guateque? No podemos competir con eso.

—No podemos ofrecer lo mismo, es verdad —repuso su hermano—, pero hay algo que sí podemos hacer.

A continuación, Juanito alcanzó una pequeña mochila que llevaba consigo y de ella sacó un ejemplar del *Paris Match*. Estaba suscrito a varias publicaciones internacionales, precisamente, para saber lo que ocurría en el mundo. Con el *Newsweek* estaba al tanto de lo que sucedía en Estados Unidos, y con la revista que tenía en las manos controlaba las noticias de Europa. Y era precisamente en Europa donde tenía lugar aquello que le interesaba que viéramos. La abrió buscando una página que pronto encontró.

—Miraos esto —dijo al tiempo que nos tendía la revista abierta por una página con una fotografía de un tipo que trasteaba con lo que parecía ser una especie de tocadiscos gigante.

Pepe leyó el nombre de la ciudad donde había sido tomada:

—¿Aquisgrán?

—Exacto, en Alemania. Hay un sitio donde ponen música sin orquesta, ni grupos ni nada —informó Juanito, satisfecho—. Solo discos.

—¿Como en Le Discothèque?

—Sí, algo así.

Le Discothèque era un mítico local de baile de París que estuvo en funcionamiento en plena Segunda Guerra Mundial. Allí tampoco había orquesta y los jóvenes se traían sus propios discos de casa y los ponían. No era esa una fórmula que se hubieran inventado tratando de ser más modernos que nadie, sino que fue algo impuesto por la necesidad del momento: la mayor parte de los músicos eran judíos y, probablemente, estaban en los campos de concentración, y los otros se encontrarían en el frente. Eso, los que siguieran vivos, claro. Ante la escasez de intérpretes, a unos empresarios les pareció una buena idea optar por la música pregrabada. No lo fue. Se arruinaron y tuvieron que cerrar deprisa y corriendo de un día para otro.

—Pero Le Discothèque fue un fracaso —replicó Pepe, quien, como yo, estaba al corriente de la historia.

—En ese momento, sí lo fue. Seguramente se adelantó a su tiempo. Pero la tecnología ha mejorado mucho.

—Por mucho que haya mejorado… sin orquesta, ¿dónde está el espectáculo? Cuando suena la música, la gente sabe que tiene a alguien delante que la está tocando. ¿Qué van a mirar si esos no están? ¿El tocadiscos? ¿Y a quién le van a pedir dedicatorias y canciones?

—Os propongo algo —dijo Juanito tratando de zanjar la discusión—. Dejadme ir a Aquisgrán. Quiero comprobar de primera mano de qué se trata y si vale la pena que lo hagamos en Fraga. Si no lo veo muy claro, no tengáis dudas de que no lo haremos.

—Está bien —concedió Pepe. Y es que los Arnau somos tan cabezones que lo único que puede hacer que cedamos es precisamente otro Arnau.

Dicho y hecho. Juanito hizo las maletas y se marchó para Alemania. Mientras, yo empecé a informarme sobre lo que deberíamos comprar si queríamos ir en esa dirección. Estaban a la venta unidades de pequeños tocadiscos que los jóvenes iban adquiriendo para sus casas y guateques, donde se podía escuchar lo que, con desprecio, los músicos de las bandas llamaban «música enlatada». Primero aparecieron los discos de pequeño formato, los singles de 45 pulgadas y una canción por cara, y luego ya los LP de 33 con cuatro o cinco temas por cada lado, pero no tenían demasiada potencia para poder sonar en espacios de gran formato. Hasta que también apareció la electrónica de la amplificación, de manera que ahora era posible hacer sonar la canción por todo el local aunque fuera tan enorme como el Florida. A nivel tecnológico, por tanto, la cosa resultaba factible. Faltaba esperar a que Juanito regresara de su viaje. Y Juanito regresó entusiasmado. Lo primero que nos dijo resultó extremadamente revelador:

—He visto el futuro.

Aquisgrán está muy cerca de las fronteras francesa y belga (y de la holandesa también, allí convergen todas), así que mi hijo había llegado a la conclusión de que era fácil que muchos de sus habitantes hablaran francés. De camino a Alemania, pasó cerca de Toulouse, donde tenemos unos parientes que se exiliaron durante la Guerra Civil. Y en Castres se le unió un familiar, Luis Blasco, en calidad de intérprete. Juanito tenía una buena comprensión oral y escrita del francés, pero apenas lo hablaba, así que él y Luis pasaron en la ciudad todo el fin de semana. Lo primero que hicieron fue localizar ese sitio donde había una pista de baile llena de gente, pero sin orquesta de ningún tipo: el Jockey Tanz Bar (originalmente, The Scotch

Club). Y conocieron a sus promotores. Durante los dos días apenas se separaron de ellos. Y ellos les contaron la historia, que Luis le tradujo palabra por palabra.

Aparentemente, todo empezó con un restaurante espectáculo que ofrecía un baile con orquesta tras la cena. Pero como estaban de moda las grandes orquestas, no había manera de que salieran las cuentas. Para pagarlo todo, deberían haber subido el precio de la cena hasta extremos prohibitivos, así que optaron por la única alternativa que les quedaba: poner discos. Pero el cambio no gustó. El gran espectáculo de antes quedaba muy deslucido sin vocalistas, sin bailarinas… Sin nadie a quien mirar ni con quien interactuar.

—Pues es lo que yo decía —interrumpió Pepe.

—Espera —se quejó su hermano, y siguió con su relato.

Según nos siguió contando Juanito, la noche inaugural, tras la cena, no había quien se levantara para bailar, y eso que sonaban los últimos rocks y twists importados directamente de Estados Unidos. Los organizadores se subían por las paredes, eso era un auténtico desastre. Y, casualidades de la vida, un periodista que estaba entre el público para hacer un reportaje decidió pasar a ser parte de la noticia y trató de animar a la concurrencia. El tal Klaus Quirini, que contaba solo con dieciocho años, agarró un micrófono y empezó a anunciar las canciones, como si se tratara de un locutor radiofónico. El efecto fue inmediato. La gente empezó a bailar. Diría que lo hizo todo el mundo, pero estaría faltando a la verdad. Empezaron a bailar los jóvenes, que son los que marcan las tendencias que seguirá el resto del mundo. Hoy en día, el Jockey Tanz Bar es un éxito y Quirini, un ídolo. Eso sí, se hace llamar DJ Heinrich, puesto que pertenece a una familia de burgueses que no ve con buenos ojos que les quite el trabajo a los músicos ni que trabaje en lo que ellos consideran un antro de perversión; o sea, el pobre se ha tenido que inventar un

apodo. Así es la gente mayor, siempre tratando de poner palos en las ruedas de los que están marcando el camino. Por suerte, los Arnau nunca hemos sido así; al revés, siempre procuramos incorporar lo que está viniendo para conseguir ser los más modernos. Es por eso que me sorprendió muchísimo que, ante el relato de su hermano, Pepe reaccionara con un:

—No lo veo claro.

—Pero, hijo, es el progreso, no podemos ignorarlo —repliqué yo, sin entenderlo.

—A lo mejor, más adelante. Pero ahora mismo ¿cómo vamos a prescindir de la Orquesta River?

—Te digo que los jóvenes no necesitan ninguna orquesta —insistió su hermano.

—¿Y los músicos? ¿Qué les digo yo a los músicos?

Así que era eso. Pepe era el que había creado la River y se sentía responsable por todos y cada uno de ellos. Ya se habían enfadado con él cuando empezamos a traer orquestas invitadas, así que preveía un cabreo mayúsculo si adquiríamos una de esas máquinas de discos. Y la cosa podía ir mucho más allá de un simple enfado. Me había llegado que aquí y allí los músicos empezaban a rebelarse contra la amplificación eléctrica y la música enlatada, intuyendo, con acierto, que haría peligrar sus profesiones y su forma de vida. En Barcelona, el poderosísimo Sindicato de Músicos había conseguido clausurar la sala Bikini por orden judicial al querer sustituirlos por canciones pregrabadas. Y no solo eran los músicos, también muchos clientes. Toda la sociedad conservadora estaba en contra de esa nueva forma de escuchar y bailar música. Al prescindir de repente de aquellas espléndidas formaciones musicales a las que estaban acostumbrados, les parecía directamente una estafa. Había que ir con mucho cuidado con eso. Y, además, era cierto que nuestro local no estaba preparado para acoger sesiones de esas características. Una cosa era que pudiéramos

hacer llegar la música a cada rincón y otra muy distinta, que fuera un sitio adecuado, que no lo era. El gran escenario, los palcos mirando hacia él… Todo indicaba claramente que ese era un sitio preparado para las grandes actuaciones en vivo, no para música que saliera de quién sabe dónde. Y, a pesar de todo ello, no nos podíamos oponer al progreso.

—Vamos a hacer una cosa —les planteé a mis hijos—. Vamos a comprar el aparato. —Pude ver la decepción en la cara de Pepe, así que me apresuré a aclararlo—: Pero no vamos a prescindir de la orquesta. Quizá algún día, cuando reformemos el local. Pero todavía no. Alternaremos ambas cosas.

Y eso hicimos. Compramos un gran aparato giradiscos y, ante la incrédula y temerosa mirada de todos los miembros de la River, lo instalamos en el escenario. Como he dicho, como sala de baile para música pregrabada el Florida era muy mejorable, así que lo único que hicimos fue pintar unas bombillas para que dieran un poco de color al asunto. Y la orquesta no dejó de tener trabajo. De hecho, sus actuaciones jamás duraban toda la noche, ya que iban haciendo recesos, así que decidimos que pondríamos los discos en los descansos, discos que íbamos a buscar expresamente a Barcelona, a la tienda de discos Castelló. Lo que pasó es lo que ya podíamos haber imaginado. En cuanto Juanito ponía la música pregrabada, la gente mayor de la sala se iba de la pista de baile. Y la gente joven la llenaba. Para mí, ver eso era presenciar un milagro, como seguro que también lo fue para Josepet cuando bastantes años antes compró un gramófono para su café. Aquellos pesados vinilos reproducían con una calidad inigualable, y cuantas veces quisiéramos, aquellas músicas y canciones que estaban presas para siempre en esos surcos que grababan la superficie de los pequeños platillos volantes musicales. Y era lógico que los jóvenes prefirieran los

discos a la orquesta: con ellos podían bailar todas las novedades del momento, sin que tuviéramos que estar toda la semana discutiendo para poder incorporar los temas más recientes, y eso si había suerte en los ensayos. Por no decir que, además, sonaban bastante mejor, cosa que los miembros de la River sabían perfectamente.

La relación con ellos se deterioró más y más. Entendí que la situación se estaba agravando a pasos agigantados cuando, ante un estreno inminente (no recuerdo cuál) que requería pintar un nuevo mural, Pepe se presentó sin el pintor.

—¿Dónde está Jesús?

Lo Pintó se encargaba de pintar a mano los murales con los que anunciábamos las películas que proyectaríamos, y era insustituible. Ante mi pregunta, mi hijo se encogió de hombros, y yo me preocupé tanto que lo fui a buscar. Lo encontré en su casa desayunando con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Quieres que te pinte un mural, Juan? ¿Y por qué no se lo pides a tu tocadiscos?

Tras mucho insistir, pude convencerle de que cumpliera con su trabajo, pero lo hizo a regañadientes y con mala cara. Igualmente, empecé a ir al barbero con mucha menos frecuencia, pues Joaquín lo Sabonero, de natural hablador y dicharachero, ahora me cortaba el pelo en medio de un incomodísimo silencio. Las reuniones con la River para elegir los temas que tocarían en la siguiente sesión, lógicamente, se desarrollaban también en un ambiente de tensión insoportable, y si antes acababan por ceder y aprenderse algún tema nuevo aunque no lo vieran claro, ahora se negaban por sistema a incorporar cualquier cambio que les propusiera un Arnau.

Brunito, por supuesto, se frotaba las manos. El «robo» de músicos se hizo cada vez más frecuente. Al principio, mis excursiones nocturnas conseguían suplir a los desertores, pero pronto empezamos a hacer sesiones con menos intérpretes. ¿No

había saxofonista? Pues hoy no va a sonar el saxofón, y ya está. Con todo, la calidad estaba cayendo en picado, y eso era algo que no pensaba tolerar mucho tiempo más. Hasta que ocurrió lo inevitable. Un día no podía un músico, otro día no podían tres, otro no podían cuatro. Y al fin llegó el día en que no pudo ninguno y no hubo más remedio que hacer la sesión exclusivamente con discos. Y ese día los jóvenes llenaron la sala hasta los topes, excitados por la posibilidad de vivir lo mismo que en un guateque, pero compartiéndolo con cientos de personas en lugar de hacerlo con una docena de amigos. Y entonces nos dimos cuenta de que no había vuelta atrás.

—Podemos seguir programando actuaciones puntuales, no digo que no. Pero la River no puede continuar tocando en el Florida —informé a mis hijos.

Tanto Juanito como Pepe entendían que esa era la única opción posible, pero el segundo aún se resistía a aceptarlo.

—Entiendes lo que implica, ¿verdad? —me preguntó.

Por supuesto que lo entendía, pero las amistades estaban rotas sin remedio desde hacía tiempo, seguramente desde el mismo instante en que a unos jóvenes se les ocurrió montar una fiesta en su casa con un tocadiscos condenando sin remedio a las orquestas. Pepe acabó por asumirlo y, además, pidió ser él quien se lo comunicara al grupo.

—Yo creé la orquesta, *pape*. Soy yo quien tiene que disolverla.

—Me parece muy bien.

Todos lo pasamos muy mal, y seguramente los músicos peor que nadie, puesto que fueron los que se quedaron sin el trabajo y sin el sobresueldo. De todas las experiencias de mi vida profesional, esa fue sin duda la más desagradable. El progreso es maravilloso para unas cosas, pero tiene una terrible cara oscura que arrasa con todo lo viejo sin piedad. Igual que les ocurrió a la mayoría de los actores de cine mudo, que fueron

cruelmente apartados cuando se impuso el sonoro y se vio que no tenían una voz adecuada para las nuevas películas. Y es indiferente si nos gusta o no nos gusta que sea así porque la mayoría de los cambios, para bien o para mal, son siempre imparables.

Y por fin ha pasado. Sé que esto es un cambio de tercio muy grande, pero ha pasado. Yo pretendía que esto fueran unas memorias escritas con un mínimo de distancia desde los hechos que narran, pero lo que me dispongo a redactar ha pasado hace muy poco tiempo, y tengo que ponerlo por escrito ahora mismo.

Hace unos días dije en casa que me iba a contratar una nueva orquesta, y que esta vez tardaría en regresar, pues aprovecharía también para resolver asuntos de la fábrica de harinas con los representantes que tenemos en Barcelona. A nadie le llamó la atención, porque lo hago a menudo. Desaparezco a buscar trastos de segunda mano para mis máquinas y molinos por toda la geografía nacional —a veces también viajo a Londres— y aparezco días después, solo cuando he logrado mi objetivo. Pero esta vez el viaje había sido completamente distinto. Esta vez volví a las dos semanas, no a los pocos días a los que los tenía acostumbrados.

—Papá, ¿qué has estado haciendo? —me preguntaron mis hijos al volver.

—He contratado una orquesta nueva —respondí como si nada.

—¿Una de Barcelona?

—No, extranjera.

—Pero ¿toca en Barcelona?

—No. Tuve que irme al extranjero a contratarla.

—Papá, no me digas que cogiste el ferry hasta Roma solo

para contratar una orquesta —se escandalizó Pepe.

—No he hecho semejante cosa.

—Menos mal.

—Lo que cogí fue el avión a Nueva York.

—¿Qué?

—Y, de allí, otro avión hasta Las Vegas. El abogado Torrente me ha ayudado con los papeles.

—Papá, ¿qué diantre de orquesta has contratado?

—La de Xavier Cugat, hijo. Hay que imprimir carteles enseguida.

El Flamingo es uno de los hoteles casino más emblemáticos de la ciudad del juego de Nevada, porque fue el primer gran hotel del lugar, y porque lo había inaugurado Benjamin «Bugsy» Siegel, el famoso gángster, el hombre que inventó Las Vegas. A Bugsy se le admiraba casi tanto como se le temía; y, por cierto, nadie le llamaba Bugsy a la cara, a menos que se hubiera cansado de vivir. Dicen que una vez lanzó por una ventana a uno que se atrevió a hacerlo, y desde uno de los pisos más altos del Flamingo, precisamente. La verdad es que Siegel solo fue propietario del Flamingo durante tres meses, hasta que alguien lo acribilló a balazos en casa de su novia en Beverly Hills. Nadie fue acusado nunca de ese crimen, aunque hay quien dice que fueron sus antiguos asociados, Meyer Lansky y Lucky Luciano, hartos de que Siegel no les devolviera el mucho dinero que le habían prestado para erigir el Flamingo. Aunque vete a saber. Enemigos que quisieran verle muerto nunca le faltaron a Bugsy. Y acreedores a los que hubiera dado esquinazo, tampoco.

Bugsy llamó al hotel «Flamingo» en honor a su novia Virginia (la misma en cuya casa de Beverly Hills fue convertido en carne picada), una chica piernilarga a la que habían

apodado así por esa circunstancia. Para hacer honor a ese bautizo, Bugsy mandó pintar la fachada enteramente de rosa, y así sigue: una inmensa pesadilla *art déco* reverberando bajo el ardiente sol de Nevada.

El Flamingo es ciertamente imponente: más de siete mil metros cuadrados de solar, habitaciones de lujo, salón de belleza, un centro de salud, un campo de golf, varios clubes nocturnos, varios restaurantes y una gran sala de espectáculos en el que, con frecuencia, actúa la orquesta de Xavier Cugat. Precisamente la misma sala en la que yo acababa de poner los pies.

Ese día Cugat actuaba, aunque, por desgracia, yo había llegado pocos minutos después de que concluyera. Un inoportuno retraso en el vuelo me había hecho imposible asistir al gran espectáculo, aunque eso solamente habría sido la guinda del pastel. Lo que yo quería aún podía conseguirlo, y no estaba dispuesto a irme de allí sin hacerlo. Cuando entraba en el local, vi salir a gente que había estado como público en el *show*, así que Cugat no se podía haber ido tan rápido. Tenía que estar en su camerino desmaquillándose. Ya no era joven, y aunque aún podía presumir de apostura y energía, las primeras arrugas, las primeras canas y, seguro, las primeras manchitas habrían hecho su aparición en el territorio de su piel. No tenía ninguna duda de que sería así, porque éramos caballeros de una edad similar y hacía ya años que yo convivía con ese tipo de manchas. Eran pocas, y discretas, pero, como un ejército implacable y victorioso, avanzaban conquistando cada vez más terreno, sin retroceder jamás. Por poco que Cugat fuera algo presumido, que lo era, no me equivocaba al pensar que aún se encontraba allí, frente al espejo de luces.

Pregunté por el director de la orquesta y me refirieron a Manuel, un diligente muchacho que corría por allí y que resultó ser su ayudante, cosa que confirmaba mi teoría de que

el hombre al que había ido a ver no se había marchado. Traté de expresarme en inglés, pero me caló enseguida y me contestó en español. Era cubano. Yo, aliviado de poder desenvolverme en mi idioma, le dije al tal Manuel que quería invitar a una copa a su jefe para hablar de negocios y, para que no hubiera dudas sobre mi identidad, le entregué una tarjeta de visita. El muchacho recogió el rectángulo de cartulina pequeño y blanco en el que se leía un nombre, Juan Arnau Cabasés, un cargo, propietario de una empresa dedicada a la fabricación de harinas y aceites, y una dirección situada en Fraga cuya existencia con toda seguridad desconocía. Cuando echó un vistazo a la tarjeta, el pobre Manuel hizo una mueca de incomprensión. ¿Qué negocios le querría proponer a su jefe un fabricante de harinas español? Comprendo que le descolocara, pero ¿qué iba a hacer yo? Esas eran mis tarjetas de visita, y no me iba a hacer imprimir unas nuevas expresamente para una sola persona, por muy Xavier Cugat que fuera. Manuel me pidió que por favor esperara, y eso fue lo que hice. Me quedé allí, de pie, casi sin mover un músculo. Podía estarme horas así si eso me hacía conseguir el objetivo.

Mientras me fijaba en la imponente arquitectura del edificio por dentro, volví a recordar a Benjamin «Bugsy» Siegel. Pensé que me divertía ver cómo alguna gente se escandalizaba cuando yo, sin darle demasiada importancia, les decía que Xavier Cugat había trabajado para la Mafia. Siendo, como era, director de una orquesta de baile, y siendo la mayoría de las grandes salas de fiesta propiedad de gente como Siegel o Luciano, ¿cómo podía no haber trabajado para la Mafia? Todos los músicos americanos han trabajado para la Mafia en algún momento, lo quisieran o no: desde Sinatra hasta… Bueno, Sinatra lo había hecho queriendo y de buena gana, pero Sinatra era un caso aparte.

Manuel regresó con un mensaje claro:

—Don Xavier Cugat le acepta esa copa. Dice que se reunirá con usted en cuanto acabe de vestirse.

—Muchas gracias.

Me acerqué a la barra y busqué un taburete. El bar del Flamingo era amplio, lujoso, luminoso. Esperé allí, sin pedir nada para beber aún, atento a cualquier peligro. No me refiero a la posibilidad de que, al ser un local controlado por la Mafia, se pudiera liar un tiroteo, ya que por muchas películas que hubiera visto en el Florida, entendía que eso era algo altamente improbable. El peligro era que Cugat se escabullera tratando de evitar —cosa que entendería perfectamente— al fabricante de harinas y aceites. Así que, en lugar de relajarme, me dediqué a mirar a todos lados compulsivamente. De todos modos, mientras Manuel estuviera aún por allí, significaba que la persona a quien estaba esperando no se había ido. Y Manuel iba arriba y abajo, pero estaba en el Flamingo. Por el momento, todo iba bien.

Hasta que Manuel desapareció de repente. Hacía ya como cinco minutos que no le veía, y me empecé a poner nervioso. ¡Ese chaval tan simpático me la había jugado! Me disponía a levantarme para meterme en los camerinos si hacía falta, cuando lo vi caminando hacia mí, con un chihuahua bajo el brazo: el único, el inigualable. Allí estaba Xavier Cugat.

—Un fabricante de harinas aragonés —fue lo primero que me dijo—. ¿Sabe?, cuando Manuel me ha dado su tarjeta me he quedado un poco decepcionado. Una vez acabada la función, y la jornada, no me importa tomarme un cóctel en la barra con algún admirador, pero prefiero que sea admiradora. Sobre todo cuando, como ahora, Abbe se ha retirado a su habitación a descansar, el angelito.

Se refería a Abbe Lane, una mujer de deslumbrante belleza, pero inteligencia más bien deslucida, o eso decían, que era además la esposa de Cugat desde no hacía demasiado tiempo.

Cugat había estado casado antes; tres veces más. Según había declarado en varias entrevistas, a pesar de la diferencia de edad (treinta y dos años le llevaba), esta era la definitiva. No sabía si eso iba a ser una realidad, pero se trataba sin duda de un deseo: ese hombre no podía tener el ánimo para más matrimonios. Si yo me hubiera tenido que separar de Francisca y volver a empezar, se me habría caído el mundo encima. No me quiero ni imaginar tener que hacerlo, encima, en varias ocasiones. En cualquier caso, Cugat había conseguido hacer de Abbe toda una estrella, cosa que aparentemente ella le agradecía siendo el consuelo y el báculo de su vejez, que no quedaba muy lejana. No me podía creer que tuviera a Xavier Cugat enfrente hablándome de Abbe Lane. Y la noche no había hecho más que empezar.

—Debo confesarle que he estado muy tentado de decirle a Manuel que estaba muy cansado y que me había retirado a mis habitaciones —prosiguió él—, pero me ha picado la curiosidad. ¿Qué demonios querrá de mí un fabricante de harinas aragonés?

Traté de abrir la boca para despejarle las dudas, pero continuó hablando él. En ese momento tuve la sensación de que, a pesar de Abbe y de Manuel y de todo su séquito, se sentía solo. Esa sensación no me abandonaría en el largo rato que duró la conversación.

—Le he reconocido enseguida, señor Arnau. ¿Sabe por qué? No porque guarde cierto parecido conmigo mismo, aunque lo guarde.

Tenía razón, no somos muy distintos: Cugat tiene una parecida cara ancha y redonda, una parecida corpulencia, un parecido bigote finamente recortado, unas parecidas entradas en unos cabellos tensamente peinados hacia atrás…

—Tenemos el mismo cabello —dijo entonces él, como adivinándome el pensamiento—. Aunque, ay, el de usted

parece más abundante.

Noté cierta angustia en esa última afirmación, pero esta vez no traté de interrumpirle.

—No, le he reconocido enseguida por algo en lo que se diferencia mucho de mí: por su atuendo.

Me miré, aunque sabía perfectamente lo que llevaba; lo mismo que casi siempre: una camisa muy blanca, una corbata muy discreta y un traje gris marengo. Un vestuario formal, pulcro y austero, cualidades que me parecen imprescindibles en un hombre de negocios como yo, y en realidad en cualquier persona que desee prosperar en la vida. Cugat, sin embargo, había prosperado mucho más de lo que cualquiera habría podido soñar y en cambio había optado por una indumentaria poco formal: camisa inmaculadamente blanca, eso sí, con un pantalón color burdeos y una chaqueta deportiva de milrayas, blanca y azul. Al fin y al cabo, pensé, Nevada era un desierto, y el calor que hacía allí, fuera de los locales con aire acondicionado, lo justificaba. Llevaba también un fular anudado al cuello, uno azul y granate, estampado con paramecios.

—Como va vestido usted —prosiguió—, lo mismo podía ser oficinista, que funcionario gubernamental, que hombre de negocios. Nada que ver con el resto de la gente que viene por aquí. Fíjese, fíjese.

Obedecí. Di un vistazo alrededor y comprendí que en efecto destacaba mucho entre los otros parroquianos del bar. Pues allí el que no vestía camisa hawaiana porque estaba de vacaciones, vestía camisas con chorreras y trajes de color pastel porque estaba trabajando. En cuanto a los atuendos de las mujeres… Bueno, de los atuendos de las mujeres mejor no hablar. La verdad es que lucían muy poca ropa y gran cantidad de complementos, y también de algunos «suplementos». Dejémoslo ahí.

Esta vez Cugat sí me dio el espacio para hablar. Así que lo aproveché.

—*Té tota la raó, senyor Cugat. Per cert, estic encantat de saludar-lo* —dije yo en catalán.

—*Parla vostè català?*[5]

Le había sorprendido para bien. Supuse que ese era un idioma que Cugat hacía tiempo que no oía. Por lo que tenía entendido, era el idioma con el que hablaba en casa con sus padres, y con su hermano, en su ya lejana infancia en Cuba. Cugat había nacido en Gerona, pero de eso no recordaba nada porque sus padres habían marchado a hacer las Américas cuando él aún era un bebé. Pero la lengua materna no se olvida nunca y se le tiene un cariño especial, así que con eso contaba con habérmelo ganado un poco, y seguí hablando en el mismo idioma.

—Es que soy de Aitona, un municipio de la provincia de Lérida. Hace muchos años que resido en Fraga, pero allí también se habla el catalán. O el fragatino, que es su propia versión del catalán.

—Oh, qué interesante. ¿Le molesta que fume en pipa mientras hablamos?

—*No, i ara. Faci, faci.*[6]

Y Cugat dejó al chihuahua encima del mostrador y empezó a fumar y a tratarme como si fuéramos amigos de toda la vida.

Como ya se apuntaba en las primeras frases que me había lanzado, le preocupaba sobremanera el paso del tiempo.

—De momento no tengo nada que los truquitos del maquillaje teatral de toda la vida no puedan disimular; al menos, mientras estoy en el escenario. Fuera de él, bajo luces más crudas y expuesto a distancias más cortas, me libro de todo eso para no parecer un patético carrozón pintarrajeado.

—No lo parece en absoluto, señor Cugat —repuse.

—Llámame Xavier, podemos tutearnos. Y no lo parezco

porque me lo quito, claro. No quiero ser como Liberace. ¿Sabes de quién hablo?

—Lo sé. Alguna vez has compartido escenario con él, ¿verdad?

—Caramba, Juan Arnau de Aitona, estás bien informado. Pues Liberace como pianista es genial. Sus manos sobre el teclado hacen magia, hay que reconocerlo. Pero, por Dios, qué peluquines. O, mejor dicho, qué pelucones. Y qué de afeites, y qué de lentejuelas y brocados. Y pensar que debajo de todo eso solo hay un señor mayor, bajito y calvo.

—Que, eso sí, toca el piano maravillosamente bien —añadí yo.

—¡Al menos tiene algo bueno!

Y ambos nos reímos. A continuación, Cugat le pegó una calada a la pipa y le cambió el humor.

—Yo también soy un señor mayor y bajito que se está quedando calvo.

—No, hombre, ¿cómo vas a ser…?

—Juan Arnau de Aitona, por favor, déjame terminar.

Me callé, por supuesto.

—Soy un señor mayor y bajito que se está quedando calvo. Y no me parece mal serlo, en el mundo real. Pero no sobre el escenario, ahí no; ese es el territorio de los sueños. El problema de Liberace es que no sabe diferenciar ambos mundos: se comporta en la vida como si estuviera en un escenario, y en un escenario como si así fuera la vida. Yo no caeré en ese error. —Y, tras una pausa, añadió—: Menos con la calvicie.

Cugat me confesó que tenía que hacer algo para solucionar aquello, pues el dueño de una fábrica de crecepelo —era uno de sus muchos negocios, y uno de los más prósperos, junto con el criadero de chihuahuas— no podía aparecer en público luciendo calva, ya que eso sería mala publicidad. En cuanto a las arrugas, no le importaban gran cosa. Las que más se le

marcaban eran las patas de gallo en los rabillos de los ojos, pero me dijo con despreocupación que esas eran arrugas simpáticas, propias de alguien que sonreía mucho. Y él tenía mucho por lo que sonreír, me confió: la vida le había tratado bien. Salvo sus inicios en el mundo del espectáculo, en su juventud. Esos no habían estado exentos de dureza. Incluso, alguna vez, se había visto obligado a dormir en la calle, en un banco de Central Park en Nueva York, muchísimo antes de tener su propio *show* en el mismísimo Waldorf Astoria, el hotel más reconocido de la ciudad de los rascacielos. Pero todo eso quedaba muy lejos ya, afortunadamente para él. Y para sus miles y miles de admiradores, entre los que me contaba, aunque en esos momentos él me trataba como a un amigo íntimo.

Cuando acabó de repasar su vida, llegó el momento de la verdad.

—En fin, ¿qué puedo hacer por ti, Juan? Y, sobre todo, ¿qué son esos negocios que me quieres proponer?

—Te quiero proponer una actuación, Xavier. A ti y a toda tu orquesta.

—¿Una actuación? Pensaba que trabajabas con harinas y aceites.

—Así es, pero también tengo un salón de baile, el Florida, en Fraga. Me esfuerzo por contratar las mejores orquestas, y qué mejor orquesta que la tuya.

Xavier Cugat me miró con algo que interpreté como lástima. Entendí que, a pesar de las confianzas que se acababa de tomar conmigo, me iba a rechazar.

—Soy muy caro, Juan. Y no por mí, es que tengo que movilizar a una gran cantidad de gente entre músicos y personal auxiliar. Sin hablar del material. Y hay que transportar todo eso al otro lado del charco… No me lo invento, eh, tú mismo has podido ver la parafernalia que tengo

montada.

—No, no lo he visto, no he podido llegar a tiempo para la actuación —contesté yo con cierta frialdad olvidando también por un momento la familiaridad con la que habíamos hablado.

—Ven mañana, entonces. Te invito.

—Puedo pagarme la entrada yo, Xavier. Pero mañana tengo que coger un avión para regresar a mis negocios. Te veré, claro que te veré, a ti y a tu orquesta. Os veré en Fraga.

—Juan, en serio, pido mucho dinero como para que te lo puedas permitir.

—Xavier, con el debido respeto, eso no te incumbe. Tú dime lo que necesitas y el dinero que pides. Resolver cómo voy a pagártelo es cosa mía.

Cugat dio un par de chupadas a su pipa, me miró de arriba abajo y, a continuación, me dijo recuperando la cercanía de antes:

—Manuel me dijo que me querías invitar a una copa. Pues venga, ¿a qué esperas? Quiero un daiquiri.

—Perfecto. Yo me tomaré otro.

Durante las siguientes dos horas, tomamos daiquiris y conversamos, sentados ante la barra del bar del hotel Flamingo. Nadie sabrá nunca todo lo que nos llegamos a contar, puesto que algunas cosas se irán con nosotros a la tumba. Lo que sí diré es que me levanté de aquel taburete con una promesa, formalizada mediante un apretón de manos, de que la orquesta de Xavier Cugat iría a actuar al salón Florida de Fraga.

Aquí acababa una parte de los documentos. Quedaban unas pocas páginas más por delante, pero, al parecer, mi abuelo abandonó definitivamente el formato memorias y lo que había

a continuación se asemejaba más a un diario personal. El camarero vino a decirme que si no consumía nada más tendría que dejar la mesa. Le pedí un café. O un té. O lo que lo fuera a mantener alejado más tiempo, me daba absolutamente igual. Lo único que me importaba era terminar de leer el manuscrito de Juan Arnau Cabasés.

Lunes, 30 de julio de 1962

Hoy hemos acabado de colgar los carteles. En realidad, no hacía ninguna falta. Hace días que no queda una sola entrada para el concierto de Xavier Cugat, pero quiero que todo el pueblo de Fraga sea testigo del gran acontecimiento. Además, varios de los carteles que pusimos fueron arrancados. Podría tratarse de una gamberrada de chiquillos, claro, pero me temo algo peor. Es cierto que Brunito se está comportando desde que le regalé la moto, pero no es menos verdad que trabaja habitualmente con los músicos de la antigua Orquesta River, y que todos ellos me aborrecen, así que no sería descabellado pensar que están tramando algo. Y contra mí que tramen lo que quieran, pero la actuación de Cugat es sagrada. Espero muy sinceramente que no traten de boicotearla, pues eso no solo me dejaría en mal lugar a mí y al Florida, sino también, y muy especialmente, a Fraga entero.

A la gente le parece tan increíble que una figura internacional como Cugat pise nuestro pueblo que no paran de preguntarme si es cierto que vendrá. No son pocos los que afirman que lo que tengo yo son muchos *pardals* en la cabeza. Yo siempre contesto que si los Arnau damos nuestra palabra, los Arnau cumplimos. Incluso mi nieto Juanito, que siempre

cree ciegamente todo lo que le digo, alberga dudas al respecto. Hoy mismo me ha preguntado exactamente lo mismo. Por toda respuesta, le he revuelto el pelo. Dentro de una semana verá que su abuelo no dice las cosas porque sí.

Martes, 31 de julio de 1962

Esta mañana hacía un calor infernal. Las fachadas de las casas quemaban al tacto y no había nadie por la calle, ya que quien podía se encerraba en casa esperando horas más frescas para efectuar sus tareas. Pero yo no quería retrasar las mías en la fábrica de harinas. Que yo recuerde, he trabajado cada día de mi vida y la temperatura, aunque sea extrema, jamás ha sido una excusa para no hacerlo. El día que no pueda trabajar, no sé qué voy a hacer. Yendo a coger el Vauxhall me he encontrado con posiblemente la única persona de Fraga, aparte de mí, que había decidido salir a esas horas: era Joaquín lo Sabonero. No sabía si saludarle, pero él no ha tenido tantas dudas y ha venido a hablarme. Me ha felicitado por el concierto que se iba a celebrar el domingo y me ha dicho algo así como: «Xavier Cugat sí que tiene nivel para el Florida». Viniendo de otro, esa frase me habría parecido un elogio, pero teniendo en cuenta nuestro pasado turbulento, me lo he tomado como un reproche. No he sabido cómo contestar, y eso es impropio de mí, pero temo dar cualquier paso en falso que pueda perjudicar la actuación. Lo Sabonero se ha despedido dándome la enhorabuena de nuevo, cosa que me ha dejado un mal sabor de boca.

Miércoles, 1 de agosto de 1962

Hoy me he reunido con mis dos hijos para ver cómo pagaremos

la actuación. Una cosa es que no quede ni una entrada a la venta y otra muy distinta, que vayamos a ganar dinero con ello. No solo es imposible que podamos ingresar una sola peseta, sino que vamos a perder una fortuna. Cuando vieron los números la primera vez, mis hijos se llevaron las manos a la cabeza. Yo le recordé a Pepe que cuando él había querido traer a la Favio Bello tampoco fue una operación ganadora desde el punto de vista estrictamente económico, pero en cambio, a nivel de prestigio, fue una inversión espectacular. Si eso fue así con una orquesta de italianos desconocidos, cómo sería trayendo por primera vez a España al músico de moda.

Cugat viene de actuar en el mejor casino de Las Vegas, un lugar tan emblemático como el Flamingo, y, a su regreso de Fraga, va a inaugurar otro sitio que promete ser legendario al que llamarán Caesar Palace. Y cuando ha actuado lo ha hecho junto a Frank Sinatra, Dean Martin y Sammy Davis Junior, los Rat Pack, de quienes es íntimo amigo, y a veces también con el gran Jerry Lewis y con el actor Peter Lawford, todos ellos habituales de las películas que solemos proyectar. Bien vale la pena declararse en bancarrota para tenerlo en el Florida. Ante esta afirmación mía, mis hijos se han puesto nerviosos de nuevo. Los he tranquilizado, pues no era más que una broma. No nos vamos a arruinar, aunque es cierto que poco faltará. Pero con el tiempo nos recuperaremos, y lo que hará esta actuación para destacarnos de la competencia no lo lograrían ni mil campañas diseñadas por los publicistas más hábiles del mundo.

Jueves, 2 de agosto de 1962

Me he encontrado con Brunito. No sé si hubiera preferido no hacerlo, pero no he tenido elección: allí estaba, en medio de la

carretera, con la BSA que yo mismo le había regalado. Me ha llamado. Brunito nunca me llama ni me dice nada, pero esta vez me ha llamado. No me ha gustado eso. Yo he acudido, por supuesto. Él quería hablar de la actuación, cómo no. A diferencia del resto del pueblo, Bruno no tenía dudas de que hubiera conseguido convencer a Cugat, pero me ha dicho que me iba a costar más que todo el oro de Perú y que me arruinaría. Y que más me valdría no hacerlo. Así lo ha dicho. Más me valdría no hacerlo. ¿Era una amenaza? No sabría decirlo. Me he alejado preguntándome por qué demonios había dejado una de mis más preciadas posesiones en manos de ese personaje.

Viernes, 3 de agosto de 1962

Estoy como un niño con un par de zapatos nuevos. ¡Qué digo un par! Estoy como un niño a quien le han dado las llaves de la fábrica para que se quede con todo el calzado que quiera. Esto de Cugat… no se puede explicar con palabras. Sí es cierto que fue mi objetivo durante mucho tiempo, y no es menos verdad que yo estaba profundamente convencido de que iba a conseguirlo, pero una cosa es pensarlo en tu despacho y otra muy distinta, que esté a punto de hacerse realidad. La obra de mi vida culmina pasado mañana, y por una parte siento una gran satisfacción, pero, por otra, me deja un poco vacío porque sé que no voy a conseguir nada igual por años que viva. Aunque tampoco sabría qué más hacer para igualar esto, porque no se me ocurre nada que pueda estar a la altura de la hazaña de traer a Xavier Cugat a Fraga.

El domingo llega Cugat con toda su orquesta y aún queda mucho trabajo por hacer, así que me pongo a ello. El lunes escribiré cómo ha ido, aunque no tengo ninguna duda de que

será histórico.

Y aquí termina el manuscrito. Mi abuelo no retomaría su escritura ni el lunes siguiente ni ningún otro día. Porque ese mismo viernes 3 de agosto, Juan Arnau Cabasés fallecería de un ataque al corazón delante del molino de aceite del otro lado del puente, al que había ido con su Vauxhall como cada mañana sin excepción para trabajar. Si esto fuera una ficción, matar a un personaje justo antes de poder cumplir el sueño de su vida, me parecería un truco grosero para emocionar al personal a la desesperada, pero por desgracia ocurrió exactamente así. Quizá en este relato haya detalles no ajustados a la más estricta realidad o ligeramente exagerados, lo reconozco, pero este no es uno de ellos.

Se nos iba así *lo pape*, *el padrí*, *l'home del sac* (los niños de la familia también le llamábamos así, en broma), al que visualizaba como un entrañable y bondadoso monstruo que nos perseguía a mí, a mi hermana y a mi primo Pepito por las habitaciones de la casa familiar. Recuerdo como si fuera ahora al trabajador del molino que vino a casa corriendo, desafiando el calor extremo, y nos informó de que mi abuelo se había quejado del dolor y acto seguido se había desplomado en el dintel de la puerta. Llamaron al médico, pero no había nada que hacer, ya no se despertaría.

Dos días más tarde, Xavier Cugat y su orquesta llegaban a Fraga.

La actuación de Xavier Cugat

Levanté la cabeza de entre los papeles apareciendo de nuevo en la gran ciudad, pero en cambio mi corazón seguía en Fraga. La hora de la reunión con Sillerman y, en definitiva, de la firma de la venta de Monegros se acercaba, así que pagué lo que fuera que me había tomado y llamé a un taxi. Tras darle la dirección al conductor, volví a irme muy lejos de allí desenterrando sin querer recuerdos que había guardado muy dentro de mí y que de pronto emergían, imparables. Yo estaba en Fraga el día 5 de agosto de 1962, cuando la Mangüeleta vino a buscarme a casa. Me encontraba en la cocina, con mi madre. Ambos vestidos de negro aún, con las ropas que nos habíamos puesto para el funeral, que se acababa de celebrar.

—Juanito, ven conmigo. Ha llegado el autobús —dijo Manuela con gran excitación.

—Pero si hoy no esperamos rollos de película —protesté.

—Pues algo esperaréis, porque con el autobús ha llegado un coche blanco grande como un transatlántico.

—¿Un qué? —Yo no entendía nada.

—¡Dios mío, la orquesta! —exclamó mi madre.

Con todo lo que había pasado, la inminente llegada de la orquesta de Xavier Cugat había pasado a ser la última de nuestras prioridades.

Segoñé abajo, llegué hasta la entrada de la terraza jardín. Vi aparcado allí un gran autobús y, delante de él, un majestuoso (y enorme) Rolls Royce de color blanco brillando deslumbrante bajo el sol de agosto. El autobús era para los músicos y el personal de apoyo de la orquesta, y el Rolls, sin duda, para

Xavier Cugat y su esposa. Ambos vehículos estaban vacíos, lo que significaba que sus ocupantes ya habrían accedido a los camerinos del salón de baile. Normal, cualquiera se quedaba allí al sol con la que estaba cayendo. La presencia de los dos vehículos ante el edificio había atraído la atención de muchos vecinos que se agolpaban a su alrededor, a pie firme, a pesar del sol y del calor insoportable.

Me había escabullido hasta los camerinos; en vez de entrar por la puerta principal del salón de baile, donde se acumulaban los curiosos ante un mural recién pintado por Jesús lo Pintó —que se había reconciliado con mi abuelo—, me colé en el cine adyacente, atravesé el patio de butacas a oscuras, subí al escenario y me metí por detrás de la pantalla por un costado, por el acceso que usaban las vedetes, los magos y las bailarinas. Al otro lado de la pantalla estaban los camerinos, a los que se llegaba por una empinada escalera de caracol. Y allí me encontré con una multitud atareada. Los músicos, ya vestidos con sus vistosos uniformes, tomaban posiciones y afinaban sus instrumentos; por lo que parecía, se preparaban para el ensayo general. Frente a ellos, y de espaldas a mí, un señor de mediana edad, más bien bajito, vestido con un traje de color blanco crudo de grandes hombreras que le hacía parecer aún más ancho de lo que era, alzaba los brazos, presto a dar la pauta para que aquella cacofonía desmayada de instrumentos disparejos se juntara en una melodía coordinada. A pesar de no haberle visto la cara, lo tuve claro: era Xavier Cugat.

De pie, a un lado del que había identificado como el director de la orquesta, había una mujer deslumbrante de lo bella que era. El ajustado vestido de lentejuelas rojas con el que apenas se cubría permitía apreciar todas y cada una de las rotundas curvas de su cuerpo; unas curvas que impresionaban incluso a un niño como el que yo aún era. La cara redonda, con dos enormes ojos de larguísimas pestañas, una pequeña nariz

respingona que no parecía de este mundo y unos grandes labios pintados de un rojo tan intenso como el del vestido. Estaba enmarcada por una exuberantemente leonina melena rubia y llevaba en brazos un pequeño animal que, al principio, identifiqué como una rata muy grande o algún tipo de gato muy raro, pero enseguida me di cuenta de que era un perro, un chihuahua. Abbe Lane debió de oírme al entrar, porque giró hacia mí sus ojos de pestañas casi infinitas.

—Mira, Cugui, se ha colado un nene. Qué mono.

El hombre del traje blanco se dio la vuelta. Era Xavier Cugat, sí, aunque algo más envejecido que la imagen que yo tenía de él.

—*I tu què hi fas aquí?*[7] —dijo en perfecto catalán.

Yo abrí la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Tan impresionado estaba, que no acerté a articular palabra.

—No puedes quedarte aquí, chico —me dijo Cugat, no sin cierta crudeza—. Tenemos que ensayar. Abbe, llama al encargado, que se lo lleve.

Llegó el encargado, Perico, que lógicamente me conocía.

—Hombre, Juanito, ¡cómo tú por aquí! —dijo nada más verme. Entonces se volvió hacia Xavier Cugat y le aclaró—: Es el nieto del dueño, señor Cugat. Siempre está rondando entre bambalinas. Pero si le molesta, me lo llevo.

—¡Ah! ¿Tu abuelo es el señor Juan Arnau? Ese es el que me contrató.

—Sí, señor. Y mi padre también se llama así. Y yo también.

—Ya veo. En tu familia no sois los más originales del mundo buscando nombres. —Y se rio.

—Supongo que no, señor Cugat.

—¿Y qué? ¿Tu abuelo vendrá a recibirme, entonces?

—Lo dudo mucho, señor. Falleció anteayer.

—¿Qué? —Y en aquel grito que mezclaba sorpresa y horror, Xavier Cugat dejó claro que el momento de las risas se había

acabado.

—Es cierto —intervino Perico—. Lo siento, señor Cugat, debería habérselo dicho cuando han entrado. Iba a hacerlo ahora mismo.

Xavier Cugat puso una mano en mi hombro.

—*Ho sento molt, noi* —se disculpó con semblante apesadumbrado.

—Pobrecillo —intervino Abbe y, tras soltar al perrillo en el suelo, se agachó delante de mí y me abrazó.

De pronto me encontré envuelto en un torbellino de lentejuelas rojas, pelo rubio, labios de carmín, pestañas larguísimas y un intenso perfume floral, como a rosas. A pesar de mi corta edad, estaba acostumbrado a ver de cerca a vedetes y bailarinas de revista, artistas que venían de la ciudad para actuar en el Florida y a las que yo ayudaba a transportar el equipaje hasta el hostal Sorolla. Mujeres que eran inmediatamente reconocibles por sus coloridas vestimentas, que destacaban entre la austeridad habitual de las gentes de los pueblos aragoneses. Las vedetes de revista a las que vi, como Tania Doris o La Maña, incluso cuando estaban fuera del escenario, llevaban encima más plumas de colores que un ave del paraíso. Vestidas, maquilladas y enjoyadas para salir a escena, con organdíes y plumas aún más grandes y vistosas si cabe, parecían seres mágicos de otro mundo. A todo eso estaba acostumbrado yo. Pero, aun así, aquel abrazo de Abbe Lane lo he guardado siempre en un lugar especial de mi memoria.

—¿Quién es el que lleva todo esto ahora? ¿Tu padre, *noi*? —se interesó Xavier Cugat.

—Supongo que sí —intervino Perico antes de que a mí me diera tiempo a responder—, supongo que ahora lo llevarán los hijos: el padre y el tío del chico. Ya lo llevaban bastante, de hecho, pero hoy no han venido por aquí.

—No creo que vengan esta noche a verlos actuar, señor

Cugat —dije yo—. Es que aún estamos de funeral.

—Sí, lo entiendo perfectamente. ¿Tú vendrás?

—Me gustaría, pero soy aún muy joven y mis padres no me dejarán venir solo.

Xavier Cugat me miró con un punto de ternura e hizo una pausa antes de concluir:

—Qué pena. Me hubiera gustado tener a un Juan Arnau en la actuación de esta noche.

Y se fue.

Y allí me quedé yo, cabizbajo, profundamente triste. Pero ¿qué podía hacer? Nada. Y, en efecto, no hizo falta que hiciera absolutamente nada, porque pocos segundos después Cugat volvió atrás y me preguntó:

—¿Quieres vernos ensayar?

Se me abrió el corazón.

—Me encantaría.

—Pero tienes que estarte quieto y calladito.

—Lo estaré, señor Cugat, no se preocupe.

—Estupendo.

Cugat volvió a su puesto de director, ante sus músicos, mientras yo me dirigía al frontal del escenario y me sentaba en uno de los bancos de granito negro que rodeaban la gran pista de baile, de azulejos grises. Y, por supuesto, me mantuve en silencio.

Una por una, fueron sonando la mayoría de las canciones que solíamos escuchar en casa, en el tocadiscos Phillips que mi padre había comprado hacía unos años y que teníamos instalado en el comedor principal de la casa familiar. Interpretaron *Brasil*, *Celos*, *Bésame mucho*, *El Cumbachero*… Aquellas canciones también se las había oído tocar en películas como *Vuelo a Río* o *Escuela de sirenas*, que a mi abuelo le encantaban. Aunque ya me gustaran de antes, ver a los músicos tocarlas en vivo y en directo era una experiencia incomparable

y única. Imborrable. Como único espectador, parecía que las estuvieran interpretando solo para mí, pero sabía de sobra que a quien iban dedicadas era a otro Juan Arnau, mi abuelo.

Aquella noche, la orquesta de Xavier Cugat, con él a la batuta, actuó en el salón Florida, que hizo un lleno histórico a pesar de que no asistiera nadie de la familia. Desde el escenario, Cugat tuvo unas palabras de recuerdo y homenaje para mi abuelo.

Mi tío y mi padre, en efecto, no acudieron a la actuación, aunque el lunes por la mañana sí que fueron a trabajar a sus oficinas en la fábrica. Justo estaban reunidos cuando sonó el intercomunicador y les contaron que allí había un señor extranjero que quería hablar con ellos: un estadounidense que no había querido decir su nombre. Extrañados, le hicieron pasar. El desconocido, que no se presentó, entró en el despacho de mi padre. Iba bien vestido, con un traje cruzado y corbata, como un hombre de negocios, pero se notaba que no lo era. Mi padre le preguntó qué se le ofrecía.

—Vengo a cobrar la comisión del Sindicato de Músicos de Nevada —respondió el otro.

—¿Del sindicato de qué? No sé de qué me está usted hablando. ¿Tú sabes algo de esto, Pepe?

—No, yo tampoco lo conozco.

—Es por la contratación de la orquesta de Xavier Cugat.

—Eso ya lo había arreglado nuestro padre con el agente artístico del señor Cugat. Y ya le hemos pagado.

—Pero aún no han pagado la comisión que le corresponde al sindicato.

Pepe, extrañado, buscó entre los papeles.

—He revisado el contrato, como hago siempre, y no recuerdo que se hablara de ninguna…

El desconocido le arrancó las hojas de las manos.

—No aparece en el contrato.

Mi padre y mi tío cruzaron miradas. Empezaban a hacerse una idea de por dónde iban los tiros. Y si estaban en lo cierto, lo de los tiros podía ser una expresión bastante más literal de lo que podía parecer.

Según me explicó mi padre muchos años después, por aquel entonces el sindicato del *show business* de Las Vegas estaba controlado por la Mafia. De hecho, Xavier Cugat había sido uno de los artistas preferidos de Al Capone, y le puso a tocar en su conocido club Chez Parée, en Chicago, donde le pagaba personalmente, entregándole un sobre lleno de billetes al final de cada una de sus actuaciones. Y mi padre y mi tío tendrían que hacer algo similar si no querían problemas.

—En efectivo, por favor —les dijo el desconocido, en lo que quedaba claro que no era una mera sugerencia.

—Pero pagarle ahora en efectivo va a ser complicado —protestó mi tío—. No tenemos liquidez.

—Tienen lo que han hecho de caja con la actuación.

—Eso lo necesitamos para cubrir los gastos más inmediatos. Podría pagarle con unas letras de cambio…

El americano cabeceó.

—En efectivo —repitió.

—En efectivo, naturalmente —intervino mi padre, que quería evitar «accidentes», del tipo que fueran.

Pagaron, pero se quedaron al borde de la quiebra. Si ya les iba a resultar complicado levantar la cabeza de nuevo tras la actuación de Cugat a secas, ahora, con esta comisión con la que no contaban, y que encima no resultó barata, el negocio amenazaba con hundirse para siempre. La terrible predicción de Brunito iba en camino de cumplirse.

Mi padre y mi tío necesitaban dinero con urgencia, y acudieron al banco, pero viendo los números, no les quisieron

prestar nada. Otro banco, e idéntico resultado. Luego otro banco, y otro más. Ambos condujeron por todo Aragón, contando la misma historia —y dejando fuera del relato el pequeño detalle de la Mafia— en las oficinas de Huesca, de Zaragoza, hasta de Lérida. En todas partes los recibían, pero en ningún sitio les daban líquido, y los acreedores que ya tenían empezaron a perder la paciencia.

Mi padre y mi tío estaban desesperados. Nadie confiaba en ellos. Entonces el intercomunicador sonó de nuevo y les anunciaron que allí estaba José Satorres, el tío de mi madre o, para hacerlo más sencillo, el propietario de la empresa de autobuses Safresa, el mismo que había salvado a Antonio Durán mandándolo a Barcelona cuando la guerra.

—Os habéis entrampado hasta las cejas con lo de Cugat y ahora nadie os da crédito, ¿no es así? —dijo José tras los saludos de rigor.

—¿Cómo te has enterado?

—Las noticias vuelan —respondió, pero sin revelar que era el propio Brunito uno de los que se dedicaban a propagarlas.

—Pues sí. Me temo que nos vamos a tener que declarar en bancarrota.

—En realidad, me siento un poco responsable. Yo animaba a vuestro padre cuando me contaba su ilusión de traer a la orquesta de Xavier Cugat. Y, además, ni en sueños voy a permitir que le pase nada malo a mi sobrina. Mañana tendréis el dinero en el banco. Será un préstamo sin intereses.

Ambos sabían que los negocios de José iban viento en popa, pero no habían querido acudir a él para no molestarle. No habían entendido aún que ese hombre, como parte de la familia (era nieto de Josepet, de hecho), deseaba ser molestado si de ayudar a sus parientes se trataba: siempre estaría allí para ellos, como ellos lo estarían para él. Y, por cierto, pudieron devolver el préstamo íntegro en menos de un año.

Conseguir traer a Xavier Cugat no había estado exento de problemas, pero visto en perspectiva había valido la pena, muchísimo. Y entonces, inesperadamente, se me abrieron los ojos. De pequeño estaba convencido de que la vida había sido muy injusta con mi abuelo al arrebatarle lo que más quería justo cuando estaba a punto de hacerlo realidad. Pero lo que ese hombre había perseguido con tanta tenacidad no había desaparecido con él; al revés, fue su legado. Gracias a su trabajo incansable, toda la población de Fraga pudo disfrutar de una noche de ensueño que no se les iba a borrar de la memoria por años que vivieran. Y eso era ni más ni menos lo que él quería. Entendí entonces, por primera vez en tantos años, que mi abuelo sí había cumplido su sueño.

Bajé del taxi. Miquel Sebastià me esperaba enfrente del edificio que albergaba la sede de SFX Entertainment. En cuanto subimos, nos hicieron pasar. Sillerman nos esperaba.

Reunión en Park Avenue (II)

Robert Sillerman era el jefe supremo, y eso se notaba. Y si se notaba no era porque la ropa que vestía, un típico e insulso traje negro rematado con una corbata gris a rayas igualmente anodina, pareciera más cara o elegante que la de sus subordinados. Tampoco porque su frondoso bigote, que bien podría ser el de un mero contable, lo revistiera de ninguna autoridad. Nada en él le hacía parecer distinto a la masa. Era precisamente en la mirada de los hombres que lo rodeaban donde había que buscar su poder. Todos estaban pendientes de sus movimientos, hasta de los más nimios, y no se atrevían a hablar, ni siquiera a toser, si con ello podían importunar a Sillerman. Incluso Finkel, ayer líder todopoderoso, no parecía hoy más que un pelele, un simple extra de la escena al que nadie se había acordado de darle una sola frase. El tono relajado del día anterior había dejado paso a un ambiente de tensión en el que nadie hablaba, pero, sin embargo, lo decían todo.

Sillerman acabó de inspeccionar los papeles que le había preparado su equipo. Podría haberlo hecho antes, pero había algo de teatral en su actuación, como si también necesitara dejarnos claro a nosotros que allí mandaba él. Levantó al fin la cabeza y clavó sus estridentes ojos azules en mí.

—*You have created a great festival.*

—Dice que has creado un gran festival —tradujo mi amigo.

—Sí, sí, Miquel, lo entiendo.

—Un gran festival, sí, señor —prosiguió Sillerman, en un inglés bien masticado que yo comprendía a la perfección—. Por

lo que veo, todo está en orden, así que podemos proceder a la firma.

Sillerman cogió un bolígrafo y estampó su rúbrica en una serie de papeles. En cuanto él terminó, me los hicieron llegar. Yo miré las hojas. Miré las paredes totalmente acristaladas, desde las que se veía Park Avenue. Miré las fotografías enmarcadas de Shelly con los boxeadores. Miré el mapa del mundo acribillado con las chinchetas que marcaban los clubes y festivales que ya formaban parte de SFX, igual que formaría parte el Festival de Monegros a partir de entonces. El trabajo de toda mi familia y el mío se iba a convertir también en una chincheta de colores en ese mapa. Y entonces supe que no podía hacerlo.

—Perdona, Miquel… ¿Puedes traducir? —pregunté, aún con el bolígrafo en la mano.

—Sí, claro —accedió mi amigo, un poco preocupado—. ¿Todo bien, Juan?

—Sí, todo bien —respondí con una sonrisa, y a continuación me giré hacia el magnate, que me escrutaba con sus ojos azules. No sabía cómo proceder, y habría preferido mil veces firmar antes de tener que pasar por esa confrontación que me avergonzaba profundamente, pero no tenía alternativa, así que seguí adelante—: Mire… Monegros no es un simple festival, es parte de la historia de una familia. Se organiza en los terrenos de la finca de Les Peñetes, que mi tatarabuelo Josepet perdió en una partida de cartas y que si pudo recuperar fue porque trabajó incansablemente. Igual que hicieron todos sus descendientes. Y venderlo, y que ya no nos podamos dedicar más a ello, es algo que… —Me detuve un momento, tan nervioso que temblaba. Sillerman me miraba con gran atención, todos los que estaban en la sala lo hacían, y yo quería esconderme y huir, pero no podía hacer eso. Me tocaba seguir hasta el final—. Que no puedo permitir —acabé al fin la frase

—. Siento muchísimo haberles hecho perder el tiempo, de verdad, pero no puedo vender el festival.

Sillerman terminó de escucharme, sin alterarse. Cuando entendió que yo había terminado, fue su turno.

—Señor Arnau, entiendo su preocupación…

Miquel empezó a traducir, pero yo no podía escuchar nada más. Por muy jefe supremo que fuera, y por mucho respeto reverencial que le tuvieran sus subordinados, yo no era uno de ellos y notaba que me faltaba el aire y que tenía que salir de allí. Dejé el bolígrafo en la mesa.

—Lo siento de verdad, señor Sillerman, pero no puedo venderlo. No lo venderé. Dentro de muy pocos años serán mis hijos los que dirijan la empresa y entonces será su momento. Si aún les sigue interesando el festival, serán ellos quienes tomen esta importante decisión que afectaría a sus vidas.

Y tras pronunciar estas palabras, sintiendo que apenas podía respirar, me levanté y abandoné esa sala en la que sospechaba que ya nunca más sería bien recibido. Miquel no me acompañó. Se quedó allí dentro pidiendo excusas de nuevo, cosa que yo habría hecho si no hubiera sido por la urgencia que sentía de marcharme, sin esperar un solo segundo más.

Cogí el ascensor y los instantes que tardó en descender al vestíbulo, muy pocos teniendo en cuenta la gran cantidad de pisos que tenía que atravesar, me parecieron eternos. Finalmente llegó y pude salir a la calle, coger aire y tratar de calmarme. Y allí me quedé contemplando el paisaje, sin saber si tenía que sentirme aliviado o arrepentido.

A los pocos minutos apareció Miquel. Antes de que me pudiera recriminar nada, me vi en la obligación de darle mi versión de los hechos.

Mi amigo me miraba y yo sentía la necesidad de justificarme ante él:

—¿Sabes lo que hace especial a esta familia, Miquel? Que

llevamos cinco generaciones dedicándonos a esto. Cinco. Y si alguien debe decidir en su día si vende el festival y se dedica a otros negocios, ese no he de ser yo, Miquel, sino mis hijos o los hijos de mis hijos.

Había empezado a recordar cosas que no aparecían en las memorias, pero que mi madre me había contado muchas veces. Cosas a las que seguramente nunca había prestado la suficiente atención, pero que se me habían quedado dentro. De repente, todo eso se me aparecía delante como si fuera lo más importante del mundo. Para mí lo era.

Continué:

—Recordé cuando Pilarín, mi madre, me contaba que había estado rodeada de gaseosas, sifones, música, baile, cine… toda su vida. Sus padres trabajaban cada día, hasta los festivos, y como ella se quedaba sola en casa, se iba a unas escaleritas pequeñas que unían su piso con el bar, se sentaba en un escalón, y a través de una rendija veía todo lo que pasaba en el café. Eso le encantaba: veía el jaleo que se formaba ahí, el griterío, cómo discutían los hombres… Y los domingos hacía lo mismo en el otro lado de la casa que comunicaba con el cine y con el cabaré. ¿No es maravilloso? ¿Adivinas lo que pasa?

—Creo que me lo puedo imaginar, sí.

—¡Juan y Cruz, mis hijos, quinta generación! Cinco generaciones, Miquel, cinco. Con qué cara vuelvo yo a casa y les cuento a mi mujer y a mis hijos que no podrán seguir haciendo bailar a la gente porque he dejado el Festival de Monegros en manos de un financiero a quien solo le preocupan los números que rellenan las casillas de una hoja de cálculo. Eso no lo puedo hacer. Tú lo ves. Ves que no puedo.

—Sí, Juan, tranquilo. No hace falta que me des explicaciones —me tranquilizó finalmente Miquel.

—Sí hace falta, claro que hace falta —repliqué yo—. Hay tantas cosas que te he querido contar en estos años y no he

podido… Dejarás por lo menos que te haga un resumen.

Miquel se rio.

—Hazme el resumen que quieras, claro.

Y, a continuación, miró el reloj y dijo:

—La reunión ha sido más corta de lo que esperaba, así que tengo un par de horas libres. Si me quieres contar más cosas…

—Claro que quiero. Gracias, Miquel. No sabes cómo te lo agradezco, de verdad. Pero antes tengo que llamar a mi madre.

En cuanto oí su voz al otro lado de la línea, anuncié entusiasmado que el Festival de Monegros se quedaba en la familia. Mi madre pareció complacida, pero no sorprendida. No lo estaba. Su respuesta no dejaba lugar a dudas:

—Ya sabía que no lo ibas a vender.

Epílogo

El cine ya lleva un tiempo cerrado. Es decir, los dos cines, porque las dos salas de proyección que había en Fraga, el Victoria y el Florida, eran de mi familia. Pero yo le tenía un cariño especial al Victoria, ya que desde mi dormitorio, en el piso de arriba de la casa familiar, y tras atravesar la terraza sobre una tribuna que unía ambos edificios, se accedía a una puerta tan pequeña que parecía hecha para duendes —o por los duendes, para entrar y salir de vete a saber qué otro mundo mágico— que daba a la cabina de proyección, que en realidad sí era otro mundo mágico. O, por lo menos, eso me parecía a mí, o al niño que fui.

Era una habitación pequeña, decorada con carteles de películas y abigarrada de trastos: el armario para las bobinas, el de los pasquines (donde había también los programas de mano y algunos trozos de celuloide desechados), la mesa de corte y empalme con su cizalla, el alto taburete donde se sentaba el proyeccionista… En otros tiempos, presidiéndolo todo, estaban allí instalados los proyectores, dos máquinas gemelas de aspecto aparatoso llenas de interruptores, diales y ruedecillas de acero que, alternándose, proyectaban ilusiones a través de un chorro de luz para disfrute de la gente, que permanecía sentada en la oscuridad de la platea, en el mar de cabezas que se veía allí abajo desde el ventanuco de la cabina.

Ya hacía tiempo que los proyectores no estaban allí, pues tras cerrar el cine los habíamos vendido; de ellos solo quedaban las marcas en el suelo, donde habían estado atornillados. Y ahora, cuando mirabas hacia abajo desde el ventanuco, ya no

veías un mar de cabezas, sino un mar de butacas vacías y polvorientas, por entre las que quizá deambulaban los fantasmas de la sirena Esther Williams, de Fred Astaire y Ginger Rogers bailando vestidos de etiqueta, de Humphrey Bogart en gabardina, de Béla Lugosi envuelto en la capa de Drácula o de John Wayne con el uniforme del Séptimo de Caballería. Pero los fantasmas, si los había, eran invisibles. La sala de proyección era un espacio desolado, embrujado por su ausencia.

Crecí con ello, en efecto. Recuerdo cuando mi abuelo Antonio me llamaba a gritos:

—¡Juanito, ve a ver si han llegado las películas!

Entonces yo salía corriendo a la calle y, ágil como una liebre —yo era un niño flaco, de rodillas huesudas y llenas de mataduras, como casi todos por entonces—, me acercaba hasta el bar Arizona, enfrente del Cine Florida, donde paraba el autobús de línea de Lérida, y le preguntaba a Francisco, el conductor:

—¿Ha traído los rollos?

—Claro. Están en el maletero.

Mi abuelo Antonio quería que comprobase, con mis propios ojos, si efectivamente habían llegado aquellos pesados sacos de lona rígida que contenían las latas con los rollos de celuloide. Entonces yo llamaba a Tomás, que trabajaba para la familia. Y Tomás, cojo como era —tampoco de la cabeza andaba muy fino, pero era muy buena persona—, llegaba con su carretón, montaba en este los sacos y los transportaba hasta el bar Victoria, cuesta arriba.

Las películas, dependiendo de lo largas que fueran, solían ir repartidas en tres o cuatro rollos, dentro de sendas y enormes latas planas y cilíndricas. Cuando Tomás y yo llegábamos a la cabina de proyección con el saco, el proyeccionista, que se llamaba Gregorio, iba sacando los rollos y los iba poniendo

encima de la mesa de empalmes. «Mira, esta es larga. Cuatro rollos y bien llenos», decía, o bien: «Esta va a ser corta. Son tres latas, pero en la última solo hay una colita de nada. Podríamos hacer más pases». Dentro de los sacos, además de los rollos, venía el material publicitario en papel: los cuadros de cartón, los pasquines y los programas de mano relativos a la cinta que íbamos a proyectar la semana próxima. A mí me fascinaban. Siempre intentaba quedarme con alguno de los grandes y con varios programas. Llegué a reunir una valiosa colección de estos últimos que guardaba dentro de una caja de zapatos Gorila, debajo de mi cama, en la habitación que compartía con mi hermana Maria Pilar.

—Juanito, deja eso ahí, que hay que ponerlos en la fachada —protestaba Gregorio.

—Solo me llevo uno.

—Sí, tú te llevas uno y después la bronca me la llevo yo.

Cuando era niño solía repartir aquellos programas de mano a la puerta del cine, las noches de estreno, así que quedarme al menos uno como recompensa resultaba innegociable.

Uno de los mayores afanes en la familia era intentar conseguir copias nuevas, o al menos poco usadas, de los grandes estrenos. Porque normalmente, para cuando los rollos llegaban a los cines de los pueblos apartados, ya habían rodado por los proyectores de las salas de las grandes ciudades y en ocasiones hasta por los de las salas de las ciudades pequeñas más próximas a estas. Durante este periplo, la cinta de celuloide iba acumulando arañazos, desgarrones y empalmes. Los espectadores que veían la película en alguno de los cines del final del circuito —los cines de barrio más baratos, y los de los pueblos más pequeños y remotos— a veces casi tenían que adivinar su argumento tras una niebla constante de rayas blancas, entre los enojosos saltos que provocaban los empalmes que los proyeccionistas efectuaban para arreglar los

desgarrones. Por eso eran tan importantes esas gestiones, y por eso el tío Santiago y también mis dos abuelos y mi padre, en diferentes momentos de nuestra historia, habían invertido tanto tiempo y tanto esfuerzo en viajar a Barcelona para conseguir buenas copias. Esos eran los rollos que llegaban en el coche de línea cuando mi abuelo Antonio me gritaba:

—¡Juanito, ve a ver si han llegado las películas!

Quería que yo comprobara la calidad de la cinta. O que la comprobáramos Gregorio y yo, vaya. Al abrir por primera vez el saco de pesada lona que se adivinaba de color pardo —ese debió de ser algún día su color natural—, Gregorio solía mirar el principio de la cinta al trasluz. Los arañazos provocados por los muchos pases solían acumularse, sobre todo, en el principio y el final de la cinta, que era lo que más se toqueteaba. Normalmente, durante esta somera inspección ocular, Gregorio expresaba su satisfacción cabeceando.

—Estupendo —decía entonces—, ni una marca.

Otra cosa era empalmar las cintas de las películas; por orden gubernativa, dentro de aquellos pesados sacos se incluía un pequeño rollo con la denominación de NO-DO. Eran las siglas de *Noticiario Cinematográfico Español*, pero era de todo menos eso. Lo más frecuente era que se tratara de pequeños documentales propagandísticos sobre los logros del régimen de Franco, sin ningún valor de actualidad porque solían venir con mucho retraso. Y encima siempre eran imágenes de Franco inaugurando algo: una escuela, un hospital, un pantano… Si hubiéramos intercambiado las imágenes de un NO-DO con las de otro, nadie se habría dado cuenta.

Gregorio dejaba los rollos montados en la cabina la tarde antes de la primera sesión. Poco antes de que empezara esta, por la noche, yo me escabullía a través de la portezuela de la galería y me plantaba en la cabina de proyección.

—¿Otra vez por aquí, Juanito? —decía Gregorio al

encontrarse conmigo.

—Quiero ver la película.

—¿No tendrías que estar durmiendo ya?

—¿Te vas a chivar?

—Depende… Si me ayudas a montar los rollos y no armas bulla…

—Te ayudaré, ya lo sabes, como siempre. Y no armaré bulla.

—Es un trato.

Gregorio agradecía la ayuda para trajinar con los rollos porque era una faena pesada. Debían introducirse en una gran bobina, mucho más grande que la de los rollos originales, para que no hubiera que hacer demasiados cortes entre la proyección de un rollo y el siguiente. La cinta de película de celuloide pasaba por un entramado de cojinetes y ejes rotatorios, ante un potente rayo de luz que se producía mediante barritas de carbono, y la luz, al atravesar la lente óptica, proyectaba las imágenes en la pantalla, allá abajo y allá a lo lejos, a unos cuarenta metros de distancia. Y así se producía el milagro del cine: un sueño proyectado en un haz de luz para que mucha gente lo soñara al mismo tiempo. Yo lo contemplaba a través del ventanuco de la cabina, sin más interrupciones que cuando el proyeccionista me avisaba para cambiar de rollo. Lo recuerdo todo como si ahora mismo aún estuviera allí, en aquella misma cabina que ya no existe. Puedo asegurar que no hay nada más triste que un cine cerrado y abandonado, cuando, además, tú mismo lo has visto rebosante de bullicio y alegría, de las risas y las lágrimas de los cientos y cientos de espectadores que, día sí y día también, ocupaban todas las butacas, colgando semana tras semana el cartel de «Aforo completo». Y ahora solo quedaban las marcas.

Pensaba mucho en todo eso desde que había regresado de Nueva York. Soñaba con ello. Los recuerdos, que durante tanto tiempo había almacenado en un rincón alejado y oscuro, habían vuelto con una energía de la que no los creía capaces. Me sorprendía también a menudo rememorando a gente a quien durante décadas no había dedicado un segundo de mi pensamiento: en Antònia Cabrera, en Maria Vilar, en José y Santiago Satorres, en José María Arnau… ¡hasta en don Nazario Salcedo, el recaudador de tributos de Barbastro! También me venía a la mente Joaquín lo Sabonero, quien tuvo problemas con mi abuelo Arnau y dejó de trabajar en la Orquesta River, pero acabaría siendo encargado y maestro de ceremonias de la discoteca en la que se convertiría el salón de baile Florida en los setenta. La reforma resultaba el paso lógico que permitía que la música grabada se bailara en un sitio expresamente acondicionado para ello, sitio que además expulsó a las madres controladoras de las salas de baile. Entre eso y la oscuridad, que permitía un nivel de transgresión insólito hasta el momento, el cambio supuso un gran paso adelante para la liberación de la mujer en Fraga, igual que las otras discotecas hicieron lo propio en el resto del mundo. Si mi abuelo hubiera vivido más, seguro que habría acometido la reforma él mismo. Pero no fue eso lo que ocurrió, y no tiene sentido pensar en lo que podría haber pasado.

Sin embargo, yo no paraba de hacerlo. Y ahora no me refiero a que imaginara constantemente lo que podría haber pasado con mi familia, pero sí que lo hacía con el Festival de Monegros. Me preguntaba constantemente si hice bien montando ese numerito en las oficinas de SFX. En ese momento lo vi clarísimo, pero tenía una lucidez como de persona ebria. Ya hemos establecido que no bebo, así que no podía estar borracho de alcohol, pero sin duda me encontraba borracho de recuerdos. Los había consumido en cantidades mayores de las

que era capaz de procesar y se me habían subido a la cabeza. En cuanto se me pasó un poco el efecto y vi que le había costado a mi familia tres millones de dólares, no tuve tan claro que hubiera actuado correctamente.

Dos años y medio más tarde, Robert Sillerman declararía en quiebra a SFX. Entonces, algunas voces se alzarían para decir que su error principal fue que era un hombre de negocios, sí, pero no tenía la pasión necesaria para encargarse de ese negocio en concreto. No podía estar en desacuerdo con ello. En cualquier caso, la noticia significaba que, si yo hubiera seguido adelante como si nada y hubiera vendido Monegros, me habría convertido en un hombre muy rico, pero a cambio de destruir el festival, que muy probablemente no habría sobrevivido tras la bancarrota de la empresa. Entonces lo supe sin ninguna duda: hice bien.

Sin embargo, en septiembre de 2013, esa certeza estaba lejos, y la precaria situación económica por la que pasábamos no se había arreglado. Los estadounidenses dicen aquello de que uno no es buen empresario si no se ha arruinado por lo menos tres veces en su vida, y la verdad es que los Arnau habíamos seguido este sabio consejo a pies juntillas a lo largo de varias generaciones. Entre todos nosotros sumábamos unas cuantas ruinas, incluso algunas más que lo que dice el dicho. Sin embargo, no sabía si íbamos a poder recuperarnos de una más, que yo podía haber evitado callando y firmando y que ahora veía cernirse ante mí. Esa temida ruina, por cierto, nunca llegaría: los números de la empresa mejorarían en los siguientes meses, pero en aquel momento, por supuesto, eso tampoco lo sabía. Reunido con Eloy Martín, mi mano derecha, en el café San Marco, le trasladé de nuevo mi inquietud:

—¿Crees que hice lo correcto?

—Ya te dije que sí. Si no creías que esa gente pudiera hacerse cargo de Monegros…

—Tú me das la razón porque soy tu jefe.

—En absoluto. Me contaste toda la historia y te entendí perfectamente.

—Ya. Pero la gente no sabe la historia. Se creen que estoy loco por haber rechazado una oferta tan importante.

Eloy asintió pensativo con la cabeza mientras le daba un sorbo a su capuchino. Yo también le di un sorbo al mío. ¿Qué le ponían para hacerlo tan sabroso?

Mari Cruz, mi mujer, llegó entonces. Como vivimos cerca y le había dicho que me encontraba allí, interpreté que había acudido a buscarme. Pues no exactamente; venía a pedirse un café con leche para llevar. Lo de que nosotros estuviéramos allí era un extra. Eloy aprovechó para irse y yo, para pedirle a Mari Cruz que se sentara conmigo. Lo hizo. A continuación, le conté la conversación que había tenido con Eloy, y de inmediato dijo:

—Cuéntala, entonces. Escribe tu historia y publícala.

—Sí, claro. ¿Y a quién le va a interesar? —objeté. ¿Publicar mi historia? A Mari Cruz se le había subido el café con leche a la cabeza.

—Le va a interesar a mucha gente.

—Tú porque me conoces, pero para el resto del mundo esa historia no tiene ningún valor.

—¿Qué es lo que te decía tu abuelo? ¿Las historias no son nunca ni buenas ni malas, simplemente son entretenidas o aburridas?

—Los espectáculos.

—Para el caso, es lo mismo. La historia de tu familia es como un gran espectáculo. Y ese espectáculo puede ser muchas cosas, pero aburrido ya te digo yo que no lo es.

—Me dices eso porque soy tu marido.

—Si es eso lo que quieres creer…

Dejé la taza en la mesa, convencido de que eso no podía ir a ninguna parte.

Con el paso de los días, la idea de Mari Cruz pasó de parecerme un disparate a una posibilidad, y luego evolucionó desde la posibilidad hasta la necesidad. Y aquí me encuentro, frente al teclado, acabando de narrar ya no mi vida —eso casi es lo que me parece menos relevante— sino las vidas de todos los que han hecho posible que yo hoy esté donde estoy.

Antes de empezar, sin embargo, había algo que tenía que hacer. Un último viaje. Pero esta vez no hacía falta coger ningún avión para desplazarme al otro lado del mundo porque la cosa me pillaba bastante más cerca. En Fraga, concretamente.

Lo primero que hice al llegar fue visitar a mi madre en la casa familiar de la que no se había querido marchar ni que la matasen para ir a vivir a otro sitio más pequeño y fácil de limpiar, la misma en la que había comido sus macarrones que nos habían hecho llegar al cielo tantas veces, la misma que construyó Josepet en 1870 y en la que habían vivido sus descendientes desde entonces. Traté de devolverle los manuscritos, que por aquel entonces aún no pensaba incluir directamente en el libro, pero no los quiso. Según me dijo, ya habían cumplido su propósito con ella.

—Entonces, ¿me los regalas? Vaya, mamá, estoy emocionado, no sé qué decir.

—Pues no me digas nada, que no son para ti.

Menudo planchazo. Mi madre, en cualquier caso, se disponía a arreglarlo:

—No son para ti, son para tus hijos. De momento. Más tarde serán para tus nietos. Y así sucesivamente. Aunque tal vez haya que hacer copias, porque no sé si esos papeles tan antiguos van a aguantar mucho más tiempo.

—Haremos copias, mamá, por eso no te preocupes. Muchas copias —dije con una sonrisa, consciente, ahora sí, de que mi objetivo en la vida se había vuelto publicarlos.

Pero faltaba aún una parada. Tenía que visitar a Josepet. Y no, no pensaba irme al cementerio, como haría todo el mundo, pues estaba convencido de que no era allí donde podría encontrarlo. En lugar de eso, me desplacé a una vieja corralota medio abandonada. Fraga había crecido mucho, se había transformado, todo había cambiado… Pero, como por efecto de un milagro, el primer sitio donde mi tatarabuelo había hecho que la gente bailara seguía relativamente intacto. Entré saltando como pude entre matojos y malas hierbas, y me senté en un rincón tratando de imaginarme la escena. Cerré los ojos. Al abrirlos, allí apareció un joven tocando una alegre melodía con su violín. Aquí, una pareja cogida de las manos, con la falda azul de ella volando al viento. Más allá, varios jóvenes con amplias sonrisas, que demostraban el éxito de la iniciativa. Y, por encima de todos ellos, Josepet corriendo de un lado a otro, atento a todo, excitado, exhausto, radiante, feliz. Le miré. Me miró sonriendo aún. Y con ese simple gesto comprendí que me había dado el permiso para contar su historia.

Los espectáculos no son nunca ni buenos ni malos, simplemente son entretenidos o aburridos, decía mi abuelo Arnau. Y mi vida, gracias a que nací en la familia en la que nací, ha resultado ser un espectáculo fascinante. Bueno o malo, eso ya no lo sé, pero lo que está claro es que ha sido muy, pero que muy entretenido, que en definitiva es lo que cuenta.

Sí, puedo afirmar sin ninguna sombra de duda que yo fui el niño más afortunado del mundo. Y a pesar de que mi infancia quede lejos, puedo afirmar también —lo entiendo al fin— que lo sigo siendo.

Agradecimientos

A mi madre Pilar, la protagonista de la historia, y a mi padre Juan, del que tanto aprendí del arte de hacer bailar a la gente durante los años que tuve el privilegio de compartir con él. A mi hermana Pilar, de la que tan alejado estuve en algún periodo de mi vida y de la que tan cerca me siento cada vez que mis hijos me presentan una de sus producciones escénicas para Elrow.

A mis hijos, nietos y al resto de mi familia, con el deseo de que tras leer estas líneas se sientan más cerca de sus orígenes y les ayude a mejorar como personas y como empresarios.

A mi amigo Pepe Royes, del que sigo acordándome cada día de mi vida, y a mi amigo y compañero Guillermo Torres, con el que tan buenos ratos pasamos juntos y con quien tantas ganas me quedé de compartir estas páginas que habéis leído.

A Ricard Robles, con quien todos los Arnau hemos vivido un trepidante viaje por la cultura del entretenimiento desde que la música electrónica se cruzó en nuestro camino hace ya más de treinta años.

Gracias a mi compañera y esposa Mari Cruz, quien siempre ha confiado en mí, me ha dado las fuerzas necesarias para poder escribir esta novela, y quien tanto me ha ayudado en seguir incansable en este apasionante mundo del ENTRETENIMIENTO y del BAILE, con mayúsculas. Sin ella nada de esto hubiera sido posible. Todo en la vida lo hemos hecho juntos. ¡Gracias, Cruz!

Y, finalmente, a Cristina Castro, a Ana Liarás y Ana María Caballero, quienes me dieron hace ya algunos años la

oportunidad de poder publicar esta novela, que, con la única intención de seguir entreteniendo, me ha tenido ocupado estos últimos tiempos.

Espero que hayáis pasado un buen rato leyendo esta ficción basada en la historia de nuestra familia que desde hace ya ciento cincuenta años no ha tenido otra pretensión que entretener y divertir.

Pasadlo bien y que el baile os acompañe.

Una apasionante novela sobre la gran saga familiar que fundó el Festival de Monegros, la discoteca Florida y las fiestas Elrow.

Un sueño.

Fraga, siglo XIX. El joven Josep Satorres decide rebelarse contra su destino. Nunca le ha gustado el campo y siempre ha fantaseado con ganarse la vida haciendo bailar a la gente. Pero para cumplir este sueño, debe dejar atrás el polvoriento desierto de los Monegros y marcharse a Madrid, la gran capital llena de teatros, cafés, tabernas y espectáculos. Una ciudad que nunca duerme.

Una familia.

Barcelona, 2013. Juan es el último heredero del legado de los Arnau. Durante varias generaciones, se han esforzado para

mantener vivo el sueño de su tatarabuelo. Por sus manos han pasado cafés, cines, casinos y salones de baile que han convertido Fraga en un conocido destino de la vanguardia del ocio y del espectáculo. Sin embargo, cuando un empresario estadounidense le ofrece una generosa cantidad de dinero para comprar el famoso festival de música electrónica de los Monegros, no le resultará nada fácil tomar una decisión

Una historia de éxitos y fracasos, esfuerzo y pasión.

Una saga entrañable y auténtica que recoge el legado de una estirpe dedicada al entretenimiento y a la música de baile desde hace 150 años.

Reseñas:

«La aventura del mundo del espectáculo más cautivadora de todos los tiempos».
Luis Lles, periodista cultural

«Un relato fascinante y único de cómo se ha divertido este país durante más de un siglo. Una clase magistral de la intrahistoria de nuestra cultura impartida por esta saga familiar como protagonista de excepción».
Ricard Robles, cofundador del festival Sónar

«De los genuinos salones de baile a los clubs de electrónica y a las grandes raves y festivales, la historia de esta estirpe es larga, singular, divertida y da para una estupenda narración sobre el valor del esfuerzo, de la familia y del honor».
Javier Blánquez, escritor y periodista

Juan Arnau (Fraga, 1956) representa la quinta generación de una dinastía de emprendedores dedicados al espectáculo. Es considerado un pionero en el mundo de los clubs en España con la sala Florida 135 y el Festival de Monegros, evento que empezó hace más de treinta años en la finca de Les Peñetes propiedad de su familia.

Primera edición: abril de 2023

© 2023, Juan Arnau Durán
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Arcángel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6128-9

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguincocina
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Madre, ¿qué es todo esto?

[2] Dos varas y media equivalen a unos dos metros. Una vara son prácticamente 85 centímetros.

[3] «Música» es como se llamaba a las orquestas entonces.

[4] El llamado «soldado de cuota» era aquel que pagaba una cantidad que permitía reducir el tiempo del servicio militar y elegir destino. Estuvo vigente de 1912 a 1940, y era un avance respecto al anterior sistema en el que los ricos sí podían librarse por completo de la mili. *(N. de la E.)*

[5] Tiene toda la razón, señor Cugat. Por cierto, estoy encantado de saludarlo. ¿Habla usted catalán?

[6] No, en absoluto. Fume, fume.

[7] ¿Y tú qué haces aquí?

Índice

Bailar en el desierto

Una cita con mister Finkel

El manuscrito de Josepet

Madrid: ¿vivir del baile?

Fraga, de nuevo: el café Josepet

Aeropuerto Internacional John F. Kennedy

Fraga, de nuevo

New York, New York

El manuscrito de Maria Satorres

En Manhattan

El manuscrito de Juan Arnau Cabasés

Reunión en Park Avenue (I)

El manuscrito de Antonio Durán

Cae la noche en Manhattan

Del manuscrito de Maria Satorres

Una mañana en Central Park

Del manuscrito de Juan Arnau Cabasés

Los recuerdos de Pilar Durán Satorres

Regreso a Nueva York

Del manuscrito de Juan Arnau Cabasés

La actuación de Xavier Cugat

Reunión en Park Avenue (II)

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Juan Arnau

Créditos

Notas